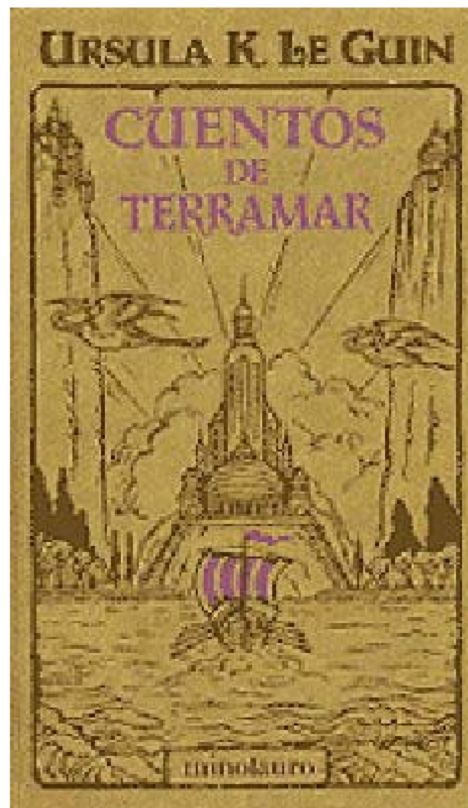
CUENTOS DE TERRAMAR



Úrsula K. Le Guín



Úrsula K. Le Guin

Título original: Tales from Earthsea
Traducción: Franca Borsani

Provença 260 - Barcelona
Edición digital: Elfowar
R6 10/02

ÍNDICE

PREFACIO

Al final del cuarto libro de Terramar, Tehanu, la historia había llegado a lo que yo sentía era ahora. Y, al igual que en el ahora del supuesto mundo real, no sabía qué sucedería después. Podía adivinar, predecir, temer, esperar, pero no lo sabía.

Incapaz de continuar la historia de Tehanu (porque todavía no había sucedido) y asumiendo tontamente que la historia de Ged y de Tenar había alcanzado su final feliz, le di al libro un subtítulo: «El último libro de Terramar».

Oh, tonta escritora. El ahora, se mueve. Incluso en los cuentos, en los sueños, en los «había una vez», ahora no es entonces.

Siete u ocho años después de que Tehanu fuera publicado, me pidieron que escribiera una historia que tuviera lugar en Terramar. Me bastó con echarle una breve mirada al lugar para darme cuenta de que habían estado sucediendo cosas allí mientras yo no estaba mirando. Ya era hora de regresar y descubrir qué estaba sucediendo ahora.

También quería conseguir información acerca de varias cosas que habían sucedido entonces, antes de que Ged y Tenar nacieran. Muchas cosas sobre Terramar, sobre los magos, sobre la Isla de Roke, sobre los dragones, habían comenzado a intrigarme. Con el fin de entender los acontecimientos actuales, necesitaba realizar ciertas investigaciones históricas, pasar algún tiempo en los Archivos del Archipiélago.

La manera cómo uno investiga una historia inexistente es contar la historia y descubrir qué sucedió. Creo que esto no es muy diferente a lo que hacen los historiadores del supuesto mundo real. Incluso si estamos presentes en un acontecimiento histórico, ¿lo comprendemos —podemos siquiera recordarlo— antes de contarlo como una historia? Y en lo que respecta a acontecimientos que tuvieron lugar en épocas o lugares ajenos a nuestra propia experiencia, no tenemos nada para continuar más que las historias que otra gente nos cuenta. Los acontecimientos pasados existen, después de todo, únicamente en la memoria, que es una forma de imaginación. El acontecimiento es real ahora, pero una vez que es entonces, su continua realidad depende totalmente de nosotros, de nuestra energía y de nuestra honestidad. Si permitimos que se escape de la memoria, únicamente la imaginación puede restablecer un mínimo atisbo de ese acontecimiento. Si mentimos acerca del pasado, obligándolo a que cuente la historia que queremos que cuente, que signifique lo que nosotros queremos que signifique, éste pierde su realidad y se convierte en una falsificación. Traer el pasado con nosotros a través del tiempo, en los bolsos de viaje del mito y de la historia, es una tarea muy dura; pero como dice Lao Tzu, la gente sabia sigue su camino con el equipaje a cuestas.

Cuando se construye o se reconstruye un mundo que nunca existió, una historia enteramente ficticia, las investigaciones son de un orden un tanto diferente, pero el impulso y las técnicas básicas son bastante similares. Se observa lo que sucede y se trata de ver por qué sucede, se escucha lo que la gente de allí tiene que decir y se observa lo que hacen, se piensa seriamente en todo esto y se intenta contarlo honestamente, de modo que la historia tenga peso y sentido.

Los cinco cuentos que contiene este libro exploran o extienden el mundo establecido por las primeras cuatro novelas de Terramar. Cada uno es una historia por sí mismo, pero resultarán más provechosos si se los lee después, no antes, de las novelas.

El descubridor tiene lugar alrededor de trescientos años antes de la época de las novelas, en un tiempo oscuro y turbulento; la historia revela cómo se originaron algunas de las costumbres y de las instituciones del Archipiélago. Los huesos de la Tierra trata sobre los magos que le enseñaron al mago que primero le enseñó a Ged, y demuestra que se necesita más de un mago para detener un terremoto. Rosaoscura y Diamante podría tener lugar en cualquier época durante los últimos doscientos años en Terramar; después de todo, una historia de amor puede suceder en cualquier momento y en

cualquier lugar. En el Gran Pantano es una historia que sucedió en los breves pero movidos seis años durante los cuales Ged fue Archimago de Terramar. Y la última historia, Dragónvolador, que tiene lugar algunos años después del final de Tehanu, es el puente entre este libro y el próximo: El otro viento (que será publicado en breve). Un puente dragón.

Para que mi mente pudiera moverse de aquí para allá por los años y los siglos sin desordenarlo todo, y para mantener las contradicciones y las discrepancias en el nivel más bajo posible mientras estaba escribiendo estas historias, me convertí en alguien (un poco) más sistemático y metódico, y reuní mis conocimientos de los pueblos y de su historia en Una descripción de Terramar. Su función es la misma que la de aquel primer mapa que tracé de todo el Archipiélago y de los Confines, cuando comencé a trabajar en Un mago de Terramar hace más de treinta años: necesitaba saber dónde estaban las cosas y cómo llegar desde aquí hasta allí —tanto en tiempo como en espacio.

Debido a que esta clase de información ficticia, como los mapas de reinos imaginarios, les resulta realmente interesante a algunos lectores, he incluido la descripción después de las historias. También tracé nuevamente los mapas geográficos para este libro y, mientras lo hacía, felizmente descubrí uno muy antiguo en los Archivos de Havnor.

Por supuesto que he cambiado a lo largo de los años que han pasado desde que empecé a escribir acerca de Terramar, como también ha cambiado la gente que lee los libros. Todas las épocas son épocas de cambio, pero la nuestra es una de transformaciones masivas, rápidas, morales y mentales. Los arquetipos se convierten en lastres, las grandes simplicidades se complican, el caos se convierte en algo elegante, y lo que todo el mundo sabe que es verdad resulta ser lo que algunas personas solían pensar.

Es inquietante. Para deleitarnos completamente con lo cambiante, con el rayo de esperanza que nos ofrece la electrónica, también anhelamos lo inalterable. Adoramos las viejas historias por su permanencia. Arturo sueña eternamente en Avalon. Bilbo puede «ir hasta allí y volver una y otra vez», y «allí» es siempre la querida y familiar Comarca. Don Quijote se empeña siempre en matar a un molino de viento... Así es que la gente acude a los reinos de fantasía en busca de estabilidad, de antiguas verdades, de simplicidades inmutables.

Y las fábricas del capitalismo se las proporciona. La oferta satisface la demanda. La fantasía se convierte en un producto, en una industria.

La fantasía hecha producto no acarrea riesgo alguno: no inventa nada, sino que imita y trivializa. Comienza por privar a las viejas historias de su complejidad intelectual y ética, convirtiendo su acción en violencia, a sus actores en muñecos, y a la verdad que revelan en un cliché sentimental. Los héroes blanden sus espadas, sus láseres, sus varitas mágicas, tan mecánicamente como cosechadoras, recogiendo las ganancias. Las elecciones morales profundamente perturbadoras son descafeinadas, transformadas en «encantadoras» y seguras. Las ideas apasionadamente concebidas por los grandes contadores de historias son copiadas, estereotipadas, reducidas a juguetes, moldeadas en plásticos de colores llamativos, anunciadas, vendidas, rotas, tiradas a la basura, reemplazables, intercambiables.

Con lo que los productores de fantasía cuentan, y lo que explotan, es la insuperable imaginación del lector, niño o adulto, que da vida incluso a esas cosas muertas —cierto tipo de vida, y sólo durante un rato.

La imaginación, como todas las cosas con vida, vive ahora., y vive con, desde y en, un verdadero cambio. Como todo lo que hacemos y tenemos, puede ser cooptada y degradada; pero sobrevive a la explotación comercial y didáctica. La tierra sobrevive a los imperios. Los conquistadores pueden dejar un lugar desierto donde había bosques y praderas, pero la lluvia seguirá cayendo, los ríos seguirán fluyendo hasta el mar. Los reinos inestables, mutables y falsos del «había una vez» forman parte de la historia y del

pensamiento del ser humano tanto como las naciones que aparecen en nuestros atlas, y algunos son más perdurables.

Hemos habitado ambos, los reinos reales y los imaginarios, durante mucho tiempo. Pero en ningún lugar hemos vivido como nuestros padres o nuestros antepasados lo hicieron. El encantamiento cambia con el paso del tiempo y con la edad.

Ahora conocemos una docena de Arturos diferentes, todos ellos verdaderos. La Comarca cambió irremediablemente, incluso en la época de Bilbo. Don Quijote se fue a caballo hasta la Argentina y se encontró allí con Jorge Luis Borges. Plus c'est la même chose, plus ça change.

Ha sido un placer para mí regresar a Terramar y encontrarla todavía allí, totalmente familiar, y sin embargo cambiada y aún cambiando. Lo que pensé que iba a suceder no es lo que está sucediendo, la gente no es quien —o lo que— pensé que era, y me perdí en islas que creía conocerme de memoria.

Así que éstos son informes de mis exploraciones y descubrimientos: cuentos de Terramar para aquellos a quienes les ha gustado o para quienes piensan que podrían gustar del lugar, y están dispuestos a aceptar estas hipótesis: las cosas cambian:

no siempre se puede confiar en los autores y en los magos:

nadie puede explicar un dragón.

EL DESCUBRIDOR

I - En la Época Oscura

Ésta es la primera página de El libro de la oscuridad, escrito hace aproximadamente seiscientos años en Berila, en Enlad:

Después de que Elfarran y Morred fallecieran y de que la Isla de Soléa se hundiera bajo el mar, el Concilio de los Sabios gobernó en lugar del niño Serriadh hasta que éste se hizo cargo del trono. Su reinado fue esplendoroso pero breve. Los reyes que le siguieron en Enlad fueron siete, y su reino aumentó en paz y en riqueza. Luego, los dragones vinieron por sorpresa a atacar las tierras del oeste, y algunos magos salieron en vano a luchar contra ellos. El Rey Akambar trasladó la corte de Berila en Enlad a la Ciudad de Havnor, desde donde ordenó a su flota que atacara a los invasores desde las Tierras de Kargad, y la condujo de regreso hacia el este. Pero todavía entonces enviaron barcos atacantes incluso hasta el Mar Interior. De los catorce reyes de Havnor, el último fue Maharion, que hizo las paces tanto con los dragones como con los Kargos, aunque sufriendo por ello muchas pérdidas. Y después de que el Anillo de las runas se rompiera, y de que Erreth-Akbe muriera con el gran dragón, y de que Maharion el Valiente fuera asesinado por traición, parecía que nada bueno podía suceder en el Archipiélago.

Muchos reclamaban el trono de Maharion, pero ninguno pudo conservarlo, y las disputas de los pretendientes dividieron todas las lealtades. No quedó nada de aquella mancomunidad, ni nada de justicia, únicamente la voluntad de los ricos. Hombres de casas nobles, comerciantes y piratas, cualquiera que pudiera contratar soldados y magos se llamaba a sí mismo un Señor, reclamando tierras y ciudades como de su propiedad. Los señores de la guerra convertían a aquellos a quienes conquistaban en esclavos, y aquellos a quienes contrataban eran realmente esclavos, que servían a sus señores únicamente para que los protegieran de los rivales que se apoderaban de las tierras, y de los piratas que atacaban los puertos por sorpresa, y de las bandas y las hordas de hombres anárquicos y miserables quienes, desposeídos de su medio de vida, habían sido impulsados por el hambre a asaltar y a robar.

El libro de la oscuridad, escrito a finales de la época sobre la cual cuenta, es una recopilación de historias contradictorias, biografías parciales y leyendas confusas. Es el mejor de los informes que ha sobrevivido a los Años Oscuros. En busca de alabanzas, no de historia, los señores de la guerra quemaron los libros de los cuales los pobres y los débiles podrían haber aprendido el significado del poder.

Cuando los libros del saber popular de un mago llegaban a manos de un señor de la guerra, éste seguramente los trataría con cuidado, guardándolos bajo llave para mantenerlos fuera de peligro o entregándoselos a un mago contratado por él para que hiciese lo que él quisiera con ellos. En los márgenes de los hechizos y de las listas de palabras, y en las guardas de estos libros del saber, un mago o su aprendiz podían dejar constancia de una plaga, de una hambruna, de un ataque, de un cambio de señores, junto a los hechizos practicados en tales acontecimientos, y su éxito o su fracaso. Tales registros, sin orden ni concierto, revelan un momento de claridad aquí y allá, aunque todo lo que hay entre esos momentos es oscuridad. Son como atisbos de un barco iluminado a lo lejos en el mar, inmerso en la oscuridad, bajo la lluvia.

Y hay cantares, antiguas trovas y gestas de islas pequeñas y de las tranquilas tierras altas de Havnor, que cuentan la historia de aquellos años.

El Gran Puerto de Havnor es la ciudad que se encuentra en el corazón del mundo, llena de torres blancas sobre su bahía; en la torre más alta la espada de Erreth-Akbe refleja el primero y el último rayo de luz del día. Por esa ciudad pasa todo el comercio, el saber y el arte de Terramar, una riqueza no atesorada. Allí se encuentra el Rey, de vuelta tras la curación del Anillo, símbolo de curación. Y en esa ciudad, en este último tiempo, los hombres y las mujeres de las islas hablan con los dragones, en señal de cambio.

Pero Havnor también es la Gran Isla, una tierra amplia y fértil; y en las aldeas que se encuentran en el interior de los puertos, las tierras de labrantío de las colinas del Monte Onn, nunca nada cambia demasiado. Allí, un cantar que merezca ser cantado es muy probable que sea cantado nuevamente. Allí, viejos hombres se reúnen en la taberna para hablar de Morred como si lo hubieran conocido cuando ellos también eran jóvenes y héroes. Allí, las muchachas que van caminando a buscar las vacas para traerlas de regreso a casa cuentan historias sobre las mujeres de la Mano, quienes han sido olvidadas en todas las otras partes del mundo, incluso en Roke, pero que son recordadas por aquellos caminos y campos silenciosos y bañados por el sol, y también en las cocinas, en los hogares, donde las amas de casa trabajan y hablan.

En la época de los reyes, los magos se reunían en la corte de Enlad, y más tarde en la de Havnor, para asesorar al rey y aconsejarse mutuamente, utilizando sus artes para ir en pos de lo que creían que era bueno. Pero en los años oscuros, los magos vendieron sus habilidades al mejor postor, enfrentando sus poderes uno contra otro en duelos y combates de hechicería, indiferentes a los males que estaban causando, o peor aún que simplemente indiferentes. Plagas y hambruna, la pérdida de manantiales de agua, veranos sin lluvia y años sin verano, el nacimiento de enfermizas y monstruosas crías de ovejas y de ganado vacuno, el nacimiento de enfermizos y monstruosos niños de la gente de las islas —se acusaba de todas estas cosas a las prácticas de magos y brujas y, por desgracia, la gran mayoría de las veces con justa razón.

Por lo tanto, la práctica de hechicería se convirtió en algo peligroso, excepto bajo la protección de un poderoso señor de la guerra; y aun así, si un mago se encontraba con otro cuyos poderes eran mayores que los suyos, podía ser destruido. Y si un mago bajaba la guardia cuando se encontraba entre la gente normal, ellos también intentarían destruirlo si podían, ya que lo veían como la causa de los peores males que sufrían, un ser maligno. En aquellos años, en las mentes de mucha gente, toda magia era negra.

Fue entonces cuando la hechicería que se practicaba en las aldeas, y sobre todo la brujería de las mujeres, adquirió la mala reputación de la que no ha podido desprenderse desde entonces. Las brujas pagaban gustosamente para practicar las artes que pensaban

eran las suyas propias. El cuidado de las bestias y de las mujeres embarazadas, los nacimientos, la enseñanza de gestas y ritos, la fertilidad y el orden de los campos y de los jardines, la construcción y el cuidado de la casa y de sus muebles, la extracción de minerales y metales, estas grandes cosas siempre habían estado a cargo de las mujeres. Una rica tradición popular de hechizos y encantos era compartida por las brujas para asegurar el buen resultado de tales tareas. Pero cuando las cosas salían mal en un nacimiento, o en el campo, sólo era culpa de las brujas. Y las cosas salían con frecuencia más mal que bien, con los magos luchando unos contra otros, utilizando venenos y maldiciones despiadadamente para ganar una ventaja inmediata sin pensar en lo que vendría después. Trajeron sequías y tormentas, plagas, incendios y enfermedades a lo largo y ancho de las tierras, y la bruja de la aldea era castigada por ellos. No sabía por qué sus ensalmos de curación provocaban que la herida se convirtiera en gangrena, por qué el niño que había traído al mundo era imbécil, por qué sus bendiciones parecían quemar la semilla en los surcos y pudrir la manzana en el árbol. Pero alguien tenía que ser culpado por estas desgracias: y la bruja o el hechicero estaban allí, allí mismo, en la aldea o en el pueblo, no en el castillo o en la fortaleza del señor de la guerra, protegidos por hombres armados y conjuros de defensa. Los hechiceros y las brujas eran ahogados en los pozos envenenados, quemados en los campos secos, enterrados vivos para hacer que la tierra muerta fuera fértil otra vez.

Así que la práctica de su tradición popular y su enseñanza se habían convertido en algo peligroso. Quienes emprendían tales tareas eran generalmente los que ya eran unos marginados, lisiados, trastornados, aquellos que no tenían familia o eran viejos, mujeres y hombres que tenían poco que perder. Los hombres sabios y las mujeres sabias, en quienes se depositaba la confianza y a quienes se veneraba, cedieron el paso al linaje de los embusteros e impotentes hechiceros de aldea con sus engaños y a las brujas arpías con sus pociones utilizadas en beneficio de la lujuria, de los celos y de la malicia. Y el don de un niño para la magia se convirtió en algo a lo que temer y esconder.

Este es un cuento de aquella época. Parte de él está sacada de El libro de la oscuridad, y parte viene de Havnor, de las granjas de las Tierras Altas de Onn y de los bosques de Faliern. Una historia puede componerse de tales trozos y fragmentos, y a pesar de que será un amplio edredón, hecho mitad de habladurías y mitad de conjeturas, aun así puede ser lo suficientemente verdadera. Es un cuento que habla de la Fundación de Roke, y si los Maestros de Roke dicen que no sucedió así, dejemos que sean ellos quienes nos cuenten entonces cómo ocurrió. Porque hay una nube suspendida sobre la época en que Roke se convirtió primero en la Isla de los Sabios, y puede ser que los hombres sabios la hayan puesto allí.

II - Nutria

En nuestro arroyo había una nutria
Que la apariencia de todo mortal adoptaría,
Cualquier hechizo de magia haría,
Y las lenguas del hombre y del pato hablarían.
Y así el agua se va, se va,
Así el agua se va.

Nutria era el hijo de un constructor de barcos que trabajaba en los astilleros del Gran Puerto de Havnor. Su madre le había puesto ese nombre campestre; era una granjera de la aldea de Endlane, al noroeste del Monte Onn. Había ido a la ciudad en busca de trabajo, como muchos otros. Un hombre decente con un oficio decente en épocas turbulentas, el constructor de barcos y su familia no querían darse cuenta temiendo que

eso les trajera algún dolor. Así pues, cuando quedó bien claro que el niño tenía un don especial para la magia, su padre intentó quitárselo a fuerza de golpes.

—También podrías golpear una nube para que lloviera —le decía la madre de Nutria.

—Ten cuidado de no metérle a golpes la maldad en el cuerpo —le decía su tía.

—¡Ten cuidado de que no haga un hechizo y te golpee él a ti con el cinturón! —le decía su tío.

Pero el niño no utilizaba trucos contra su padre. Recibía las palizas en silencio y aprendía a ocultar su don.

No le parecía que fuera para tanto. Era tan fácil para él hacer que una luz plateada brillara en una habitación oscura, o encontrar un alfiler perdido sólo con pensar en él, o enderezar una juntura combada pasando sus manos sobre la madera y hablándole, que no entendía por qué hacían tanto alboroto por esas cosas. Su padre se enfurecía con él por sus «atajos», incluso lo golpeó una vez en la boca cuando Nutria le estaba hablando a su tarea, e insistió en que hiciera su trabajo de carpintería con herramientas, y en silencio.

Su madre trataba de explicarle: —Es como si hubieses encontrado una gran joya —le decía—, ¿y qué podría hacer uno de nosotros con un diamante más que ocultarlo? Cualquiera que sea más rico que nosotros para comprarlo es lo suficientemente fuerte como para matarte con el fin de conseguirlo. Mantenlo oculto. ¡Y mantente alejado de la gente poderosa y de sus hombres astutos!

«Hombres astutos» era como llamaban a los magos en aquella época.

Uno de los dones del poder consiste en reconocer el poder. Un mago reconoce a otro mago, a menos que la ocultación sea muy hábil. Y el niño no tenía ninguna habilidad, excepto en el campo de la construcción de barcos, del cual era un alumno prometedor cuando tenía doce años. Aproximadamente para esa época, la comadre que había ayudado a su madre en su nacimiento visitó a sus padres y les dijo:

—Dejad que Nutria venga a verme por las noches después del trabajo. Debería aprender los cantares y estar preparado para el día de su nombramiento.

No vieron ningún problema en eso, ya que había hecho lo mismo por la hermana mayor de Nutria, así que sus padres lo enviaban con ella todas las noches. Pero ella le enseñó a Nutria más que la canción de la Creación. Ella sabía de su don. Ella y algunos hombres y mujeres como ella, gente que no era para nada conocida y algunos de reputaciones dudosas, tenían todos en alguna medida ese mismo don; y compartían, en secreto, el saber y las habilidades que poseían.

—Un don sin enseñanza es como un barco sin timón —le dijeron a Nutria, y le enseñaron todo lo que sabían. No era mucho, pero había algunos de los cimientos de las altas artes entre sus conocimientos; y a pesar de que se sentía intranquilo por estar engañando a sus padres, no podía resistirse a aquel conocimiento, ni a la amabilidad y a los elogios de sus pobres maestros—. No te hará daño alguno si nunca lo utilizas para hacer daño —le dijeron, y a él no le costó nada prometerles esto.

En el arroyo Serrenen, cuando sus aguas pasaban junto al muro del norte de la ciudad, la comadre le dio a Nutria su verdadero nombre, con el cual es recordado en islas lejanas de Havnor.

Entre esta gente había un anciano a quien llamaban, entre ellos, el Cambiador. Le enseñó a Nutria unos cuantos sortilegios; y cuando el niño tenía aproximadamente quince años, el anciano lo sacó de la ciudad y lo adentró en los campos que estaban junto al Serrenen para enseñarle el único hechizo de verdadera transformación que él conocía. —Primero quiero ver cómo conviertes aparentemente ese arbusto en un árbol —le dijo, e inmediatamente Nutria lo hizo. La ilusión se le daba tan bien al niño que el anciano comenzó a alarmarse. Nutria tuvo que rogarle y camelarlo para que siguiera enseñándole; finalmente tuvo que prometerle, jurando por su propio nombre verdadero y secreto, que si aprendía el hechizo más importante del Cambiador, nunca lo utilizaría a menos que fuera para salvar una vida, la suya o la de otro.

Entonces el anciano se lo enseñó. Pero no servía de mucho, pensó Nutria, ya que tenía que ocultarlo.

Lo que aprendía trabajando con su padre y con su tío en el astillero al menos podía utilizarlo; y se estaba convirtiendo en un buen artesano, incluso su padre lo admitía.

Losen, un pirata que se llamaba a sí mismo el Rey del Mar Interior, era en aquel entonces el señor de la guerra más poderoso de la ciudad y de todo el este y el sur de Havnor. Exigía tributo de aquel rico dominio y lo gastaba en aumentar su soldadesca y las flotas que enviaba para tomar esclavos y botines de otras tierras. Como decía el tío de Nutria, mantenía a los constructores de barcos ocupados. Éstos estaban agradecidos de tener trabajo en una época en la cual los hombres que buscaban trabajo únicamente encontraban miseria, y las ratas corrían de aquí para allá en las cortes de Maharion. Realizaban un trabajo honesto, decía el padre de Nutria; para qué se utilizaba ese trabajo no era asunto de ellos.

Pero las otras cosas que aprendía estaban convirtiendo a Nutria en alguien muy susceptible en estos asuntos, delicado de conciencia. La gran galera que estaban construyendo ahora sería llevada a remo a la guerra por los esclavos de Losen y regresaría con más esclavos como cargamento. Le indignaba pensar en el buen barco realizando una tarea tan despiadada.

—¿Por qué no podemos construir botes de pesca, como lo hacíamos antes? —preguntaba.

Y su padre le decía:

—Porque los pescadores no pueden pagarnos.

—No pueden pagarnos tanto como Losen. Pero podríamos vivir —argumentó Nutria.

—¿Crees que puedo desobedecer la orden del Rey? ¿Quieres ver cómo me envían a remar con los esclavos de la galera que estamos construyendo? ¡Usa tu cabeza, niño!

Así que Nutria siguió trabajando con ellos con la mente despejada y el corazón enfadado. Estaban atrapados. ¿De qué sirve el poder, pensaba, si no es para salir de una trampa?

Su conciencia de artesano no le permitía dañar la carpintería del barco de ninguna manera; pero su conciencia de mago le decía que podía poner un maleficio, una maldición justo dentro de sus vigas y de su casco. ¿Seguro que eso era utilizar el arte secreto para una buena causa? Para hacer daño, sí, pero sólo para hacerle daño a los dañinos. No le habló a sus maestros acerca de todo eso. Si estaba haciendo algo malo, no era culpa de ninguno de ellos y ninguno sabría nada acerca de eso. Pensó en todo aquello durante mucho tiempo, planeando cómo hacerlo, elaborando el hechizo con mucho cuidado. Era el reverso del conjuro que se realiza para encontrar algo, un encantamiento para perder algo, se decía a sí mismo. El barco flotaría, funcionaría sin ningún problema, y podría timonearse bien, pero su rumbo nunca sería el deseado.

Era lo mejor que podía hacer como protesta contra el uso indebido del buen trabajo y de un buen barco. Estaba contento consigo mismo. Cuando el barco fue botado (y todo parecía andar bien, ya que su falla no se haría evidente hasta que estuviera bien adentrado en el mar) no pudo evitar contarle a sus maestros lo que había hecho, el pequeño círculo de ancianos y comadres, el joven encorvado que podía hablar con los muertos, la muchacha ciega que sabía los nombres de las cosas. Les contó el truco que había hecho, y la muchacha ciega se rió, pero los ancianos le dijeron:

—Ten cuidado. Mantente oculto.

Al servicio de Losen había un hombre que se hacía llamar Sabueso, porque, como él decía, tenía olfato para detectar la brujería. Su trabajo consistía en olfatear la comida y la bebida de Losen, sus prendas de vestir y sus mujeres, cualquier cosa que pudiera ser utilizada en su contra por magos enemigos, y también inspeccionar sus buques de guerra. Un barco es algo frágil en un elemento peligroso, vulnerable a hechizos y a maleficios. Tan pronto como Sabueso estuvo a bordo de la nueva galera, olió algo. —Bueno, bueno

—dijo—, ¿de quién es esto? —Caminó hasta el timón y posó una mano sobre él.— Esto sí que es ingenioso —dijo—. Pero ¿quién es? Un recién llegado, supongo. —Olfateó atentamente.— Muy ingenioso —repitió.

Llegaron a la casa del constructor de barcos después del anochecer. Patearon la puerta hasta derribarla y entraron, y Sabueso, de pie entre los hombres armados y con armaduras, dijo: —Él. Dejad a los otros. —Y, con una voz suave y amigable, le dijo a Nutria:— No te muevas. —Podía percibir el gran poder que poseía el joven, lo suficiente como para tenerle un poco de miedo. Pero la angustia de Nutria era demasiado profunda y su entrenamiento demasiado primitivo como para permitirle pensar en utilizar la magia para liberarse o detener la brutalidad de los hombres. Se abalanzó sobre ellos y los atacó, y se defendió como un animal hasta que lo golpearon en la cabeza. Al padre de Nutria le rompieron la mandíbula y golpearon a su tía y a su madre hasta dejarlas inconscientes para enseñarles a no criar hombres astutos. Luego se llevaron a Nutria.

Ni una sola puerta se abrió en la estrecha calle. Nadie miró hacia fuera para ver qué eran aquellos ruidos. No hasta bastante después de haberse ido los hombres. Entonces, algunos vecinos salieron con sigilo de sus casas para consolar como pudieron a la gente de Nutria. —¡Oh, esta hechicería es una maldición, una maldición! —decían.

Sabueso le dijo a su señor que tenían al hechicero en un lugar seguro, y Losen preguntó: —¿Para quién estaba trabajando?

—Trabajaba en su astillero, su alteza. —A Losen le gustaba que se dirigieran a él con títulos nobiliarios.

—¿Quién lo contrató para que le hiciera un maleficio al barco, estúpido?

—Parece que fue idea suya, su majestad.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que iba a conseguir con ello?

Sabueso se encogió de hombros. Prefirió no decirle a Losen que la gente lo odiaba desinteresadamente.

—Dices que es astuto. ¿Puedes utilizarlo?

—Puedo intentarlo, su alteza.

—Domínalo o entiérralo —dijo Losen, y pasó a ocuparse de asuntos más importantes.

Los humildes maestros de Nutria le habían enseñado el valor del orgullo. Habían inculcado en su interior un profundo desdén para con los magos que trabajaban para hombres como Losen, permitiendo que el miedo o la ambición pusieran la magia al servicio de objetivos perversos. Nada, en su mente, podía ser más despreciable que una traición semejante a su arte. Así que le molestaba no poder despreciar a Sabueso.

Había sido encerrado en el almacén de uno de los antiguos palacios de los que Losen se había apropiado. No tenía ventanas, la puerta estaba atrancada con troncos de roble y barras de metal, y se habían lanzado conjuros sobre aquella puerta que hubieran mantenido cautivo a un mago mucho más experimentado que él. Había hombres con grandes poderes y habilidades al servicio de Losen.

Sabueso no se consideraba uno de ellos. —Todo lo que tengo es olfato —decía. Visitaba a Nutría diariamente para ver cómo se recuperaba de su conmoción cerebral y de su hombro dislocado, y también para hablar con él. Por lo que Nutria podía intuir, tenía buenas intenciones y era honesto—. Si no quieres trabajar para nosotros, te matarán —le dijo—. Losen no puede tener a tipos como tú sueltos. Será mejor que accedas a trabajar para él mientras te acepte.

—No puedo.

Nutria dijo esto como si fuera un hecho desafortunado, no como una afirmación moral. Sabueso lo miró con aprecio. En tanto vivía con el rey de los piratas, estaba cansado de las fanfarronadas y de las amenazas, de los fanfarrones y de los amenazadores.

—¿Cuál es tu fuerte?

Nutria era reacio a responder. Sabueso le caía bien, pero no tenía por qué confiar en él.

—Cambiar las formas de las cosas —masculló por fin.
—¿Transformándolas?
—No. Sólo trucos. Convertir una hoja en una moneda de oro. Aparentemente.
En aquella época no tenían nombres fijos para las varias clases y artes de la magia, ni tampoco eran claras las conexiones entre tales artes. No había —según dirían más tarde los hombres sabios de Roke— ninguna ciencia en lo que sabían. Pero Sabueso estaba bastante seguro de que su prisionero estaba ocultando sus talentos.
—¿Puedes cambiar tu propia forma, aunque sea aparentemente?
Nutria se encogió de hombros.
Le costaba mucho mentir. Creía que se sentía incómodo al hacerlo porque no tenía práctica. Pero Sabueso lo tenía más claro. Sabía que la propia magia se resiste a la mentira. Los conjuros, los juegos de manos y el comercio falso con los muertos son falsificaciones para la magia, cristal para el diamante, latón para el oro. Son fraudes, y en esa tierra florecen mentiras. Pero el arte de la magia, a pesar de poder ser utilizado con fines falsos, trata con lo que es real, y las palabras con las que trabaja son las palabras de la verdad. Por lo tanto, a los verdaderos magos les resulta difícil mentir acerca de su arte. En sus corazones saben que su mentira, una vez pronunciada, puede cambiar el mundo.
Sabueso sentía pena por él. —Sabes, si fuera Gelluk el que te estuviera interrogando, te sacaría todo lo que sabes con tan sólo una o dos palabras, y te dejaría temblando. He visto lo que el viejo Cara Pálida deja tras de sí cuando él hace las preguntas. Escucha, ¿puedes cambiar el viento de alguna manera?
Nutria dudó unos segundos y luego dijo: —Sí.
—¿Tienes una bolsa?
Los que trabajaban con el clima solían llevar consigo un saco de cuero en donde decían que guardaban los vientos, y lo desataban para dejar salir un viento bueno, o para capturar uno contrario. Tal vez era sólo para impresionar, pero todos los que trabajaban con el clima llevaban un inmenso saco o una pequeña bolsa.
—En casa —dijo Nutria. No era una mentira, tenía una bolsa en casa. En ella guardaba las mejores herramientas y el nivel de carpintero. Y tampoco estaba mintiendo del todo acerca del viento. Varias veces se las había arreglado para traer un poco de viento mágico cuando paseaba en un barco de vela, a pesar de que no tenía idea de cómo combatir o de cómo controlar una tormenta, lo cual debe saber el que trabaja con el clima en un barco. Pero pensó que prefería hundirse en un vendaval antes que ser asesinado en aquel agujero.
—¿Y no estarías dispuesto a utilizar esa habilidad al servicio del rey?
—En Terramar no hay ningún rey —dijo el joven, severamente y con sinceridad.
—Al servicio de mi señor, entonces —se corrigió Sabueso, paciente.
—No —dijo Nutría, y vaciló. Sintió que le debía una explicación a aquel hombre—. Verás, no lo haré porque no puedo. Pensé en hacer tapones en la cubierta de aquella galera, cerca de la quilla, ¿sabes a qué me refiero con tapones? Actuarían como lo hacen las cuadernas cuando la galera se adentra en un mar turbulento. —Sabueso asintió con la cabeza.— Pero no pude hacerlo. Soy un constructor de barcos. No puedo construir un barco para que se hunda. Y con hombres a bordo. Mis manos no quisieron hacerlo. Así que hice lo que pude. Hice que la nave siguiera su propio rumbo. No el rumbo del rey.
Sabueso sonrió. —De todas maneras todavía no han deshecho lo que tú hiciste —dijo—. El viejo Cara Pálida recorrió todo el barco gateando, gruñendo y refunfuñando. Ordenó que cambiaran el timón. —Estaba hablando del mago más poderoso de Losen, un hombre pálido que provenía del norte, llamado Gelluk, alguien muy temido en Havnor.
—Con eso no basta.
—¿Podrías deshacer el hechizo que le hiciste al barco?
El joven rostro de Nutria, cansado y maltratado, reveló un atisbo de autocomplacencia. —No —contestó—. No creo que nadie pueda hacerlo.

—Qué pena. Podrías haber utilizado eso para negociar.

Nutria no dijo nada.

—Ahora el olfato es algo útil, algo que puede venderse. —Sabueso continuó:— No es que esté buscando competencia, pero un descubridor siempre puede encontrar trabajo, según dicen... ¿Alguna vez has estado en una mina?

Las conjeturas de un mago se acercan al conocimiento, aunque él puede no saber qué es lo que sabe. El primer indicio del don de Nutría, cuando tenía dos o tres años, fue su capacidad para encontrar inmediatamente algo perdido, un clavo que se había caído en algún sitio, una herramienta extraviada, tan pronto como entendía la palabra que designaba al objeto. Y, siendo niño, uno de sus más anhelados placeres había sido salir solo por el campo y pasearse por los caminos o sobre las colinas, sintiendo a través de las plantas de sus pies desnudos y por todo su cuerpo las venas de agua que pasaban bajo tierra, los filones y los nudos de los minerales, los cimientos y los pliegues de las distintas clases de rocas y de suelos. Era como si caminara sobre un gran edificio, viendo sus corredores y sus habitaciones, las entradas a amplias cavernas, el brillo de las ramificaciones de plata en las paredes; y a medida que iba avanzando, era como si su cuerpo se convirtiera en el cuerpo de la tierra, y llegara a conocer sus arterias y sus órganos y sus músculos como a los suyos propios. Este poder había sido un regocijo para él cuando era niño. Nunca había intentado utilizarlo para nada. Había sido su secreto.

No contestó a la pregunta de Sabueso.

—¿Qué hay debajo de nosotros? —Sabueso señaló el suelo, pavimentado con desparejas lozas de pizarra.

Nutria se quedó en silencio durante un rato. Luego dijo en voz muy baja:

—Arcilla y grava, y debajo de eso la roca, que contiene granates. Por debajo de toda esta parte de la ciudad hay este tipo de roca. No sé los nombres.

—Puedes aprenderlos.

—Sé cómo construir barcos, cómo navegar los barcos.

—Te irá mejor si te alejas de los barcos, de todas las luchas y los ataques. El rey está trabajando en las viejas minas de Samory, al otro lado de la montaña. Allí estarías alejado de él. Tienes que trabajar para el rey, si quieres permanecer con vida. Me ocuparé de que te envíen allí. Si es que quieres ir.

Después de unos instantes de silencio, Nutria dijo: —Gracias. —Y alzó la vista para mirar a Sabueso, una mirada breve, inquisitiva y crítica.

Sabueso lo había hecho su prisionero, se había quedado de pie observando cómo golpeaban a su familia hasta dejarlos inconscientes, no había hecho nada para detener las palizas. Sin embargo, hablaba como un amigo. ¿Por qué?, preguntaba la mirada de Nutria. Sabueso le contestó.

—Los hombres astutos necesitamos permanecer unidos —dijo—. Los hombres que no poseen ningún arte, únicamente riqueza, nos enfrentan unos a otros para su beneficio, no para el nuestro. Les vendemos nuestro poder. ¿Por qué lo hacemos? Si siguiéramos nuestro propio camino unidos nos iría mejor, tal vez.

Sabueso tenía buenas intenciones al enviar al joven a Samory, pero no entendió la cualidad de la voluntad de Nutria. Ni tampoco lo hizo el propio Nutría. Estaba demasiado acostumbrado a obedecer a otros como para ver que de hecho siempre había seguido su propio instinto, y era demasiado joven para creer que algo de lo que hiciera podría matarlo.

Planeó, tan pronto como lo sacaron de su celda, utilizar el sortilegio del anciano Cambiador para la autotransformación, y así escapar. No había duda de que su vida estaba en peligro, y estaría bien utilizar el hechizo, ¿no? El único problema fue que no pudo decidir en qué convertirse —en un pájaro o en una nube de humo—, ¿qué sería lo más seguro? Pero mientras estaba pensando en aquello, los hombres de Losen, acostumbrados a los trucos de los magos, le pusieron droga en la comida y dejó

absolutamente de pensar. Lo arrojaron como a un saco de avena en una carreta tirada por mulas. Cuando mostraba indicios de estar reponiéndose, uno de ellos le daba un golpe en la cabeza, diciendo que quería asegurarse de que descansara bien.

Cuando volvió en sí, sintiéndose mal y débil a causa de la droga y con un terrible dolor de cabeza, estaba en una habitación con paredes de ladrillo y ventanas enladrilladas. La puerta no tenía rejas ni ninguna cerradura a la vista. Pero cuando intentó ponerse de pie sintió que unas cadenas de hechicería retenían su cuerpo y su mente, resistentes, tensas, tirantes, cuando se movía. Pudo ponerse de pie, pero no podía dar ni un paso para llegar a la puerta. Ni siquiera podía estirar la mano. Era una sensación horrible, como si sus músculos no fueran suyos. Volvió a sentarse y trató de tranquilizarse. Las cadenas de hechicería alrededor de su pecho no le permitían respirar profundamente, y su mente también parecía estar sofocada, como si sus pensamientos estuvieran agolpados en un espacio demasiado pequeño para todos ellos.

Después de un buen rato, la puerta se abrió y entraron varios hombres. No pudo hacer nada contra ellos mientras lo amordazaban y le ataban los brazos en la espalda.

—Ahora no tejerás encantos ni pronunciarás maleficios, muchacho —le dijo un hombre fuerte y corpulento, con el rostro muy arrugado—, pero puedes asentir lo suficientemente bien con la cabeza, ¿verdad? Te han enviado aquí como a un zahorí. Si eres un buen zahorí, te alimentarás bien y dormirás con facilidad. Cinabrio, para eso tienes que asentir. El mago del Rey dice que todavía está aquí, en alguna parte de estas antiguas minas. Y lo quiere. Así que es mejor para todos encontrarlo. Ahora te llevaré hasta afuera. Es como si yo fuera el descubridor de agua y tu fueras mi vara, ¿entiendes? Tú me guiarás. Y si quieres tomar un camino, o tomar otro, me lo indicas suavemente con la cabeza, ¿entiendes? Y cuando sepas que el mineral está bajo tierra, pisoteas ese lugar. Bien, ése es el trato, ¿sí? Y si juegas limpio, yo también lo haré, ¿entiendes?

Esperó a que Nutria asintiera con la cabeza, pero Nutria permaneció inmóvil.

—Estás de mal humor —dijo el hombre—. Si no te gusta este trabajo, siempre está el horno.

El hombre, a quien los otros llamaban Licky, lo condujo hasta afuera, a una calurosa y despejada mañana que le deslumbró los ojos. Al abandonar su celda había sentido como las cadenas de hechicería se aflojaban y se caían, pero había otros sortilegios en los demás edificios del lugar, especialmente alrededor de una alta torre de piedra, que llenaban el aire con pegajosas líneas de resistencia y rechazo. Si intentaba empujar hacia adelante para atravesarlas, su cara y su barriga se estremecían con pinchazos de agonía, y entonces observaba su cuerpo horrorizado, esperando encontrar una herida; pero no había ninguna herida. Amordazado y atado, sin su voz ni sus manos para hacer magia, nada podía contra aquellos hechizos. Licky le había atado el extremo de una cuerda trenzada de cuero alrededor del cuello, y tenía cogido el otro extremo, siguiéndolo. Dejó que Nutria se tropezara con un par de hechizos, y después de eso Nutria los evitó. Era bastante evidente dónde estaban: los polvorientos caminos doblaban para esquivarlos.

Atado como un perro, siguió caminando, hosco y tembloroso a causa del malestar y de la rabia. Miró atentamente a su alrededor, y hacia la torre de piedra, montones de madera junto a su amplio portal, ruedas oxidadas y máquinas junto a un hoyo, enormes pilas de grava y de arcilla. Se mareó al volver su dolorida cabeza.

—Si eres un zahorí, más vale que empieces a actuar como tal —dijo Licky, al tiempo que se ponía a su lado y lo miraba de reojo—. Y si no lo eres, más vale que lo hagas igual. De esa manera te mantendrás durante más tiempo en esta tierra.

Un hombre salió de la torre de piedra. Pasó junto a ellos, caminando apresuradamente con un extraño andar, arrastrando los pies, mirando fijamente hacia adelante. Su barbilla brillaba y su pecho estaba húmedo por la saliva que le chorreaba de los labios.

—Ésa es la torre del horno —dijo Licky—. Donde cuecen el cinabrio para extraer el metal. Los que trabajan allí mueren en uno o dos años. ¿Hacia dónde, zahorí?

Después de unos instantes Nutria señaló con su cabeza hacia la izquierda, alejándose de la torre de piedra gris. Caminaron hacia un extenso valle sin árboles, pasando junto a vertederos llenos de maleza.

—Por debajo de todo esto ya se ha buscado hace mucho tiempo —dijo Licky. Y Nutria ya había comenzado a darse cuenta del extraño terreno que se extendía bajo sus pies: pozos y habitaciones vacías de aire oscuro en una tierra oscura, un laberinto vertical, los hoyos más profundos llenos de agua estancada—. Nunca había suficiente plata, y el agua metálica hace mucho que desapareció. Escucha, muchacho, ¿sabes al menos lo que es el cinabrio?

Nutria sacudió la cabeza.

—Te mostraré un poco. Eso es lo que busca Gelluk. El mineral del agua metálica. El agua metálica se come todos los metales, incluido el oro, ¿sabes? Así que Gelluk lo llama el Rey. Si encuentras a su Rey, te tratará bien. Generalmente hay agua metálica aquí. Ven, te lo mostraré. Un perro no puede rastrear algo hasta haber reconocido el olor.

Licky lo llevó hacia abajo, al interior de las minas, para enseñarle las gangas, los tipos de tierra en los cuales el metal solía aparecer. Había algunas mujeres trabajando al final de un extenso nivel.

Porque eran más pequeñas que los hombres y podían moverse más fácilmente en espacios estrechos, o porque se sentían a gusto en el interior de la tierra, o más probablemente porque aquélla era la costumbre, las mujeres siempre habían sido las que trabajaban las minas de Terramar. Pero aquellas mineras eran mujeres libres, no esclavas como los trabajadores de la torre del horno. Gelluk lo había nombrado capataz de las mineras, dijo Licky, pero él no trabajaba en las minas; ellas se lo tenían prohibido, creían sinceramente que era de muy mala suerte que un hombre esgrimiera una pala o apuntalara una viga.

—A mí ya me va bien —dijo Licky.

Una mujer con los pelos enmarañados y los ojos brillantes, y con una vela atada a la frente, dejó su piqueta en el suelo para mostrarle a Nutria un poco de cinabrio que había en un cubo, grumos y migajas de un rojo pardusco. Las sombras danzaban sobre la cara de la tierra en la cual las mineras trabajaban. Las viejas vigas crujían, el polvo caía hacia abajo. A pesar de que el aire era bastante fresco en la oscuridad, los espacios y los niveles eran tan bajos y estrechos que las mineras tenían que encorvarse y se abrían camino con dificultad. En algunos sitios el techo se había derrumbado. Las escaleras eran bastante precarias. La mina era un lugar aterrador; sin embargo, Nutria se sentía cobijado allí abajo. Le daba un poco de pena tener que subir otra vez y enfrentarse a aquel caluroso día.

Licky no lo llevó a la torre del horno, sino de regreso al cuartel. De una habitación cerrada con llave sacó una pequeña, suave y gruesa bolsa de cuero que pesaba bastante. La abrió para mostrarle a Nutria el pequeño charco de brillo apagado que había dentro de ella. Cuando cerró la bolsa, el metal que había allí dentro se movió, empujando, presionando, como un animal intentando liberarse.

—Éste es el Rey —dijo Licky, con un tono de voz que podría haber indicado reverencia u odio.

Aunque no era un hechicero, Licky era un hombre mucho más formidable que Sabueso. Pero, al igual que Sabueso, era bruto, no cruel. Exigía obediencia, pero nada más. Nutria había visto a esclavos y a sus señores durante toda su vida en los astilleros de Havnor, y sabía que era afortunado. Al menos durante el día, cuando Licky era su señor.

Podía comer únicamente en la celda, donde le quitaban la mordaza. Pan y cebollas era lo que le daban, con una pizca de aceite rancio en el pan. Hambriento como estaba cada noche, cuando se sentaba en aquella habitación, con los hechizos sobre él, apenas podía tragar la comida. Sabía a metal, a cenizas. Las noches eran largas y terribles, porque los

sortilegios le apretaban, Te pesaban, lo despertaban aterrorizado una y otra vez, jadeando para recobrar el aliento, y nunca le permitían pensar coherentemente. La habitación estaba inmersa en una oscuridad total, ya que no podía hacer brillar aquella esfera de luz que siempre había podido crear en una habitación oscura. El día era indescriptiblemente bienvenido, aunque significara que tendría las manos atadas a la espalda, la boca amordazada y una correa atada alrededor del cuello.

Licky lo sacaba temprano cada mañana, y generalmente daban vueltas por allí fuera hasta altas horas de la tarde. Licky era callado y paciente. No preguntaba si Nutria estaba reconociendo alguna señal de la presencia del mineral; no preguntaba si estaba buscando el mineral o simulando que lo buscaba. El propio Nutria no podría haber respondido a esa pregunta. En aquel deambular, el conocimiento de lo que estaba bajo tierra entraría en él, como solía hacerlo, y él intentaría cerrarse a él. «¡No trabajaré al servicio del mal!», se decía a sí mismo. Entonces la brisa y la claridad estival lo calmaron, y las desnudas y resistentes plantas de sus pies sintieron la hierba seca, y él supo que debajo de las raíces de aquella hierba un arroyo se deslizaba lentamente a través de la tierra oscura, filtrándose por un amplio saliente de roca con láminas de mica, y debajo de aquel saliente había una caverna, y en sus paredes había lechos de cinabrio, delgados, de color carmesí, a punto de desmoronarse... Pero él no indicó nada. Pensaba que tal vez el mapa subterráneo que se estaba formando en su mente podría utilizarse para algo bueno, si es que podía descubrir cómo lograrlo.

Pero después de aproximadamente diez días, Licky le dijo: —El señor Gelluk vendrá a visitarnos. Si no hay mineral para él, probablemente busque a otro zahorí.

Nutria caminó una milla, dando vueltas de aquí para allá; luego regresó también dando vueltas, guiando a Licky hasta un collado no lejos del otro extremo de las viejas minas. Allí señaló hacia abajo con la cabeza y pisoteó el lugar.

De regreso en la celda, después de que Licky le hubiera desatado las manos y sacado la mordaza, le dijo:

—Allí hay algo de ese mineral. Puedes llegar a él si sigues excavando aquel túnel en línea recta, tal vez unos seis metros.

—¿Hay bastante? —Nutria se encogió de hombros.—Justo lo suficiente como para seguir buscando, ¿eh? —Nutria no contestó.— Por mí ya está bien —dijo Licky.

Dos días más tarde, cuando ya habían abierto nuevamente el viejo pozo y habían comenzado a excavar para extraer el mineral, llegó el mago. Licky había dejado a Nutria fuera sentado al sol, en vez de dentro, en la celda. Nutria le estaba agradecido. No podía estar del todo cómodo con las manos atadas y la boca amordazada, pero el viento y la luz del sol eran grandes bendiciones. Y podía respirar profundamente y dormitar sin soñar que la tierra le cubría la boca y los orificios nasales, los únicos sueños que tenía durante las noches en la celda.

Estaba medio dormido, sentado en el suelo, a la sombra, junto al cuartel; el olor de los troncos amontonados junto a la torre del horno le traía recuerdos de los trabajos en el astillero, en casa; el aroma que despedía la madera nueva cuando se pasaba el cepillo por la aterciopelada tabla de roble. Algún ruido o movimiento lo despertó. Levantó la vista y vio al mago de pie frente a él, amenazante sobre él. Gelluk llevaba unas ropas fantásticas, como solían llevar muchos de su clase en aquella época. Una larga túnica de seda, de color escarlata, bordada en dorado y negro con runas y símbolos, y un sombrero de ala ancha y copa en pico que lo hacía parecer más alto de lo que un hombre puede ser. Nutria no tuvo que observar su vestimenta para saber que era él. Reconocía la mano que había tejido sus ataduras y maldecido sus noches, el sabor agrio y el dominio asfixiante de aquel poder.

—Creo que he encontrado a mi pequeño descubridor —dijo Gelluk. Su voz era profunda y suave, como las notas de una viola—. Durmiendo bajo el sol, como alguien que ha hecho bien su trabajo. Así que los has mandado a que excaven para encontrar a

la Madre Roja, ¿no es cierto? ¿Conocías a la Madre Roja antes de venir aquí? ¿Eres un cortesano del Rey? Aquí y ahora, no hay necesidad alguna de cuerdas y nudos. —Desde donde estaba, con tan sólo un movimiento de los dedos, desató las muñecas de Nutria, y el pañuelo que tenía por mordaza se aflojó y cayó.

»Podría enseñarte cómo hacer eso tú mismo —continuó el mago, sonriendo, mirando cómo Nutría se frotaba y flexionaba sus doloridas muñecas y movía los labios que había tenido aplastados contra los dientes durante horas—. Sabueso me dijo que eres un muchacho prometedor, y que podrías llegar muy lejos con un buen guía. Si deseas visitar la Corte del Rey, yo puedo llevarte hasta allí. Pero tal vez no conoces al Rey de quien te estoy hablando, ¿verdad?

De hecho, Nutria no estaba seguro de si se refería al pirata o al mercurio, pero se arriesgó a adivinar e hizo un gesto rápido señalando la torre de piedra.

Los ojos del mago se entornaron y su sonrisa se hizo más amplia.

—¿Sabes su nombre?

—Agua metálica —dijo Nutria.

—Así lo llama el vulgo, o mercurio, o azogue. Pero aquellos que lo sirven le llaman el Rey, y el Rey de todas las cosas, y el Cuerpo de la Luna. —Su mirada fija, benevolente e inquisitiva, pasó sobre Nutria y se dirigió hacia la torre, y luego volvió a él. Su cara era grande y alargada, más blanca que cualquier otra cara que Nutria hubiera visto jamás, con ojos azulados. Sus cabellos grises y negros se rizaban aquí y allá sobre su barbilla y sus mejillas. Su tranquila y amplia sonrisa mostraba unos dientes pequeños, varios de ellos ausentes.

—Aquellos que han aprendido a mirar de verdad pueden verlo tal como es, como al señor de todas las sustancias. En él yacen las raíces del poder. ¿Sabes cómo lo llamamos entre las paredes de su palacio? —El alto hombre con su alto sombrero se sentó de repente en el suelo junto a Nutria, bastante cerca de él. Su aliento olía a tierra. Sus ojos claros miraban fijamente los de Nutria.— ¿Te gustaría saberlo? Puedes saber todo lo que quieras. No necesito tener secretos contigo. Ni tú conmigo —y se rió, no amenazadoramente, sino con placer. Miró fijamente a Nutria una vez más, su alargado y blanco rostro, tranquilo y pensativo—. Tienes poderes, sí, todo tipo de pequeñas habilidades y trucos. Un muchacho listo. Pero no demasiado listo; eso es bueno. No demasiado listo para aprender, como algunos... Yo te enseñaré, si tú quieres. ¿Te gusta aprender? ¿Te gusta el conocimiento? ¿Te gustaría saber el nombre con que llamamos al Rey cuando está solo, inmerso en su brillantez en las cortes de su piedra? Su nombre es Turres. ¿Conoces ese nombre? Es una palabra en la lengua del Rey de todas las cosas. Su propio nombre en su propia lengua. En nuestra lengua materna diríamos Semen. —Sonrió otra vez y golpeó ligeramente la mano de Nutria.— Porque es la semilla y el fertilizante. La semilla y la fuente de la fuerza y el bien. Ya lo verás. Ya lo verás. ¡Venga! ¡Venga! ¡Vamos a ver al Rey volando entre sus súbditos, uniéndose para alejarse de ellos! —Y se puso de pie, flexible y repentinamente, cogiendo la mano de Nutria y tirando de él hasta ponerlo de pie con una fuerza sorprendente. Se reía dominado por la emoción.

Nutria sintió como si estuviera regresando a la vida después de una interminable, triste y aturdida condena. Cuando el mago lo tocaba no sentía el horror de las cadenas de hechizo, sino un regalo de energía y esperanza. Se dijo a sí mismo que no debía confiar en aquel hombre, pero deseaba confiar en él, aprender de él. Gelluk era poderoso, dominante, extraño, y sin embargo lo había liberado.

Por primera vez desde hacía semanas Nutria caminó con las manos desatadas y sin ningún hechizo encima.

—Por aquí, por aquí —murmuraba Gelluk—. No te pasará nada.

Llegaron a la entrada de la torre del horno, un estrecho corredor entre las paredes de unos noventa centímetros de ancho. Tomó el brazo de Nutria, puesto que el joven vacilaba.

Licky le había dicho que era el humo del metal que emergía del mineral recalentado lo que enfermaba y mataba a las personas que trabajaban en la torre. Nutria no había entrado allí nunca, ni había visto nunca entrar a Licky. Se había acercado lo suficiente como para saber que estaba rodeado por sortilegios que herirían, aturdirían y atraparían a cualquier esclavo que tratase de escapar. Ahora sentía esos conjuros como hebras de telaraña, mantos de oscura niebla, abriéndole paso al mago que los había creado.

—Respira, respira, respira —decía Gelluk, riéndose, y Nutria trató de no contener la respiración cuando entraban en la torre.

La cavidad del horno ocupaba el centro de una inmensa cámara en forma de cúpula. Figuras apresuradas y concentradas trabajaban el resplandeciente mineral y lo colocaban a paladas sobre unos troncos que se mantenían ardiendo por grandes fuelles, mientras otros traían troncos de repuesto y trabajaban con los manguitos de los fuelles. Desde el vértice de la cúpula se elevaba una espiral de cámaras que el humo atravesaba hacia el interior de la torre. En aquellas cámaras, le había dicho Licky, el vapor del mercurio era atrapado y condensado, recalentado y vuelto a condensar, hasta que en la bóveda más alta, el metal puro se deslizaba dentro de un comedero o de un cuenco de piedra, solamente una o dos gotas al día, había dicho Licky, de los minerales de baja calidad que estaban fundiendo ahora.

—No tengas miedo —le dijo Gelluk, su voz sonaba fuerte y musical por encima del dificultoso jadeo de los inmensos fuelles y el constante rugir del fuego—. ¡Ven, ven a ver cómo vuela en el aire, purificándose, purificando a sus súbditos! —Condujo a Nutria hasta el borde del crisol. El fascinante resplandor se le reflejaba en los ojos.— Los espíritus malvados que trabajan para el Rey se purifican —dijo, sus labios junto a la oreja de Nutria—. Cuando ellos babean, la escoria y las manchas se despegan de ellos. La enfermedad y las impurezas se sueltan y se escapan de sus úlceras. Y luego, cuando ya han sido quemados hasta estar limpios, finalmente pueden volar hacia arriba, volar hacia las Cortes del Rey. ¡Ven, ven, entra en su torre, en donde la noche oscura trae a la luna!

Detrás de él, Nutria subió las sinuosas escaleras, amplias al principio pero cada vez más angostas y estrechas, pasando por cámaras de vapor con hornos al rojo vivo cuyas aberturas de escape daban a salones de refinamiento en donde el hollín que despedía el mineral quemado era raspado por esclavos desnudos y metido con palas dentro de los hornos para ser quemado nuevamente. Llegaron al sitio más alto. Gelluk le dijo al único esclavo que estaba agachado en el borde del pozo: —¡Muéstrame al Rey!

El esclavo, delgado y de baja estatura, pelado, con llagas que cubrían sus manos y sus brazos, destapó un agujero de piedra junto al borde del hoyo condensador. Gelluk observó atentamente, entusiasmado como un niño. —Tan pequeño —murmuró—. Tan joven. El pequeño Príncipe, el niño Señor, Señor Turres. ¡La semilla del mundo! ¡La joya del alma!

De la pechera de su bata sacó una pequeña bolsa de fino cuero decorada con hilos de plata. Con una delicada cuchara de hueso atada a la bolsa cogió unas gotas de mercurio y las introdujo en ella, luego volvió a atar la correa.

El esclavo se quedó allí de pie, inmóvil. Toda la gente que trabajaba dentro del calor y el humo de la torre del horno estaba desnuda o llevaba únicamente un taparrabos y mocasines. Nutria le echó otra mirada al esclavo, pensando que por la altura debía de ser un niño, y entonces vio los pequeños pechos. Era una mujer. Estaba pelada. Sus articulaciones eran pomos hinchados en sus extremidades de piel y hueso. Levantó la vista y miró a Nutria solamente una vez, moviendo sólo los ojos. Escupió en el fuego, se secó la boca ulcerada con la mano y volvió a quedarse inmóvil.

—Muy bien, pequeño sirviente, bien hecho —le dijo Gelluk con su dulce voz—. Entrega tu escoria al fuego y será transformada en plata viva, en la luz de la luna. ¿No es algo maravilloso —siguió diciendo, alejando a Nutria de allí y conduciéndolo hacia abajo por las escaleras de caracol— cómo de lo más vil sale lo más noble? ¡Ése es un gran

principio del arte! De la Vil Madre Roja nace el Rey de todas las cosas. De la saliva de un esclavo moribundo surge la Semilla de plata del Poder.

Siguió hablando durante todo el recorrido de las sinuosas y apestosas escaleras de piedra, y Nutria trataba de entender, porque aquél era un hombre de poder explicándole a él lo que era el poder.

Pero cuando salieron y se enfrentaron a la luz del día otra vez, su cabeza siguió dando vueltas en la oscuridad, y después de dar unos pasos se dobló sobre sí mismo y vomitó en el suelo.

Gelluk lo observaba con su mirada inquisitiva y afectuosa, y cuando Nutria se puso de pie, estremeciéndose y jadeando, el mago le preguntó tiernamente:

—¿Le tienes miedo al Rey? —Nutria asintió con la cabeza—. Si compartes su poder no te hará daño. Temerle a un poder, luchar contra un poder, es muy peligroso. Amar al poder y compartirlo es el modo regio de proceder. Mira. Observa lo que hago.

—Gelluk cogió la pequeña bolsa dentro de la cual había puesto las gotas de mercurio. Su mirada siempre fija en la de Nutria, abrió la bolsa, se la llevó hasta los labios y se tragó el contenido. Abrió su sonriente boca para que Nutria pudiese ver las gotas plateadas dando vueltas en su lengua antes de que se las tragara.

—Ahora el Rey está en mi cuerpo, es el invitado de honor en mi casa. No me hará babear ni vomitar, ni provocará úlceras en mi cuerpo; no, porque no le tengo miedo, sino que lo invito, y entonces él entra en mis venas y en mis arterias. No me sucede nada malo. La sangre que corre ahora por mis venas es de plata. Veo cosas desconocidas para otros hombres. Comparto los secretos del Rey. Y cuando me abandona, se esconde en la casa de la inmundicia, se ensucia a sí mismo, y una vez más me espera en ese vil lugar para que me lo lleve y lo limpie mientras él me limpia a mí, de modo que cada vez nos purificamos más y más mutuamente. —El mago cogió el brazo de Nutria y caminó con él. Y le dijo, sonriendo, como si le estuviera haciendo una confidencia:— Yo soy alguien que defeca a la luz de la luna. No conocerás a otro como yo. Y aun más que eso, aun más que eso, el Rey entra en mi semilla. Él es mi semen. Yo soy Turres y él es yo...

En la confusión de su mente, Nutria apenas se dio cuenta de que estaban dirigiéndose ahora hacia la entrada de la mina. Entraron bajo tierra. Los pasadizos de la mina eran un oscuro laberinto, como las palabras del mago. Nutria seguía adelante, tratando de entender. Vio a la esclava en la torre, a la mujer que lo había mirado. Vio sus ojos.

Caminaban sin luz alguna excepto por la tenue esfera luminosa que Gelluk proyectaba delante de ellos. Pasaron por niveles que hacía mucho no se utilizaban, pero sin embargo el mago parecía conocer cada palmo, o tal vez no conocía el camino y estaba vagando sin rumbo. Caminaba, dándose la vuelta a veces para guiar a Nutria o advertirle de algo, y luego seguía adelante, siempre hablando.

Llegaron hasta donde las mineras estaban prolongando el viejo túnel. Allí el mago habló con Licky a la luz de las velas, entre sombras dentadas. Tocó la tierra que había al final del túnel, alzó unos terrones con sus manos y los hizo rodar en sus palmas, amasándolos, examinándolos, probándolos. Mientras lo hacía permaneció en silencio, y Nutria lo observaba fija e intensamente, todavía tratando de entender.

Licky regresó con ellos al cuartel. Gelluk le dio a Nutria las buenas noches con su suave voz. Licky lo encerró como de costumbre en la habitación de paredes de ladrillo, y le dio una barra de pan, una cebolla y una jarra con agua.

Nutria se agazapó como siempre bajo la incómoda opresión de las cadenas de hechizo. Bebió sediento. El ácido sabor a tierra de la cebolla era bueno, y se la comió toda.

Mientras se desvanecía la tenue luz que entraba por las grietas de la argamasa de la ventana enladrillada, en lugar de hundirse en la vacía miseria de todas las noches que había pasado en aquella habitación, se quedó despierto y cada vez más despabilado. El excitante alboroto que había invadido su mente durante todo el tiempo que había estado

con Gelluk se fue tranquilizando poco a poco. De él emergió algo, cada vez más cerca, cada vez más claro, la imagen que había visto allí abajo en la mina, en sombras pero sin embargo distinguible: la esclava en la bóveda más alta de la torre, aquella mujer con los pechos vacíos y los ojos enconados, que escupía la saliva de su boca envenenada y se secaba la boca, y se quedaba allí de pie, esperando la muerte. Ella lo había mirado.

Ahora la veía más claramente de lo que la había visto en la torre. La veía más claramente de lo que nunca había visto a nadie. Veía los delgados brazos, las hinchadas articulaciones de sus codos y sus muñecas, la infantil nuca de su cuello. Era como si estuviese con él en la habitación. Era como si estuviese en él, como si fuese él. Ella lo miraba. Él veía cómo ella lo miraba. Se veía a sí mismo a través de los ojos de ella.

Veía las líneas de los hechizos que lo tenían cogido, pesadas cuerdas de oscuridad, un enredado laberinto de líneas por todo su cuerpo. Había una forma de salir de aquel nudo, si giraba así, y después así, y separaba las líneas con sus manos, así; y entonces estuvo libre.

Ya no podía ver a la mujer. Estaba solo en la habitación, de pie y libre.

Todos los pensamientos que no había sido capaz de pensar durante días y semanas se agolpaban en su cabeza, una tormenta de ideas y de sentimientos, una pasión de furia, de venganza, de lástima, de orgullo.

Al principio lo invadieron endiabladas fantasías de poder y de venganza: liberaría a los esclavos, ataría a Gelluk con cadenas de hechizo y lo arrojaría al fuego, lo ataría, lo dejaría ciego y lo abandonaría allí para que respirase los humos que emanaba el mercurio en aquella bóveda, en la más alta, hasta que muriera... Pero cuando sus pensamientos se tranquilizaron y comenzaron a aclararse cada vez más, supo que no podría derrotar a un mago de grandes habilidades y poderes, ni siquiera si aquel mago estaba loco. Si tenía alguna esperanza, ésta era aprovecharse de su locura, y conducir al mago hasta su autodestrucción.

Reflexionó. Todo el tiempo que estuvo con Gelluk había intentado aprender de él, entender lo que el mago le estaba diciendo. Sin embargo, ahora estaba seguro de que las ideas de Gelluk, las enseñanzas que él le había impartido con tanto entusiasmo, no tenían nada que ver con su poder ni con ningún poder verdadero. La minería y el acrisolamiento eran en verdad grandes oficios, con sus propios misterios y dominios, pero Gelluk parecía no saber nada acerca de aquellas artes. Todo lo que decía sobre el Rey de todas las cosas y sobre la Madre Roja eran simplemente palabras. Y no eran las palabras adecuadas. Pero ¿cómo sabía Nutria todo aquello?

En todo su torrente de habladurías, la única palabra que Gelluk había dicho en el Habla Antigua, el lenguaje con el cual se hacían los hechizos de los magos, era la palabra turres. Había dicho que significaba semen. El don de magia de Nutria había reconocido aquel significado como el verdadero. Gelluk había dicho que aquella palabra también significaba mercurio, y Nutria supo que estaba equivocado.

Sus humildes maestros le habían enseñado todas las palabras que conocían de la Lengua de la Creación. Entre ellas no estaba ni la palabra semen ni la que da nombre al mercurio. Pero sus labios se separaron, su lengua se movió: «Ayezur», dijo con la voz de la esclava en la torre de piedra. Era ella la que sabía el verdadero nombre del mercurio y ella quien lo había dicho a través de él.

Luego, durante un rato, se quedó inmóvil, de cuerpo y mente, y comenzó a entender por primera vez dónde yacía su poder.

Se quedó de pie en la habitación cerrada, inmersa en la oscuridad, y supo que se iría libre, porque ya era libre. Una tormenta de alabanzas lo atravesó.

Después de un rato, deliberadamente, entró una vez más en la trampa de cadenas de hechizo, regresó al lugar donde había estado, se sentó sobre el jergón, y siguió pensando. El hechizo de aprisionamiento todavía estaba allí, pero sin embargo ahora no tenía poder alguno sobre él. Podía entrar y salir de él como si fueran meras líneas

pintadas en el suelo. El agradecimiento por aquella libertad latía en él tan rápido como su corazón.

Pensó en lo que debía hacer, y en cómo debía hacerlo. No estaba seguro de si él la había invocado o si ella había venido por voluntad propia; no sabía cómo le había dicho aquella palabra del Habla Antigua, a él o a través de él. No sabía lo que estaba haciendo, ni lo que ella estaba haciendo, y estaba casi seguro de que si realizaba cualquier hechizo, Gelluk se despertaría. Pero, por fin, precipitadamente, y lleno de temor porque tales hechizos eran simplemente un rumor entre aquellos que le habían enseñado su magia, invocó a la mujer de la torre de piedra.

La trajo a su mente y la vio como la había visto, allí, en aquella habitación, y la llamó; y ella vino.

Su espectro se quedó de pie justo fuera de las cuerdas de la telaraña del hechizo, mirándolo fijamente, y viéndolo, porque una esfera de luz suave, azulada, y que venía de ninguna parte, llenaba la habitación. Le temblaban los labios ulcerosos y en carne viva, pero no dijo nada.

Él habló, y le dijo su nombre verdadero: —Yo soy Medra.

—Yo soy Anieb —susurró ella.

—¿Cómo podemos liberarnos?

—El nombre.

—Aunque lo supiera... Cuando estoy con él no puedo hablar.

—Si yo estuviera contigo, podría utilizarlo.

—No puedo llamarte.

—Pero yo puedo venir —dijo ella.

Miró a su alrededor, y él levantó la vista. Los dos sabían que Gelluk había sentido algo, que se había despertado. Nutria sintió que sus ataduras se tensaban y lo ligaban con más fuerza, y la vieja sombra se oscureció.

—Vendré, Medra —dijo ella. Extendió su delgada mano con el puño cerrado, luego la abrió con la palma hacia arriba, como si estuviese ofreciéndole algo. Y después desapareció.

La luz se fue con ella. Estaba solo en la oscuridad. Las frías garras de los hechizos lo agarraron por la garganta y lo ahogaron, le ataron las manos y le presionaron los pulmones. Se agachó, jadeando. No podía pensar; no podía acordarse de nada. «Quédate conmigo», dijo, y no sabía a quién le hablaba. Tenía miedo, y no sabía a qué le tenía miedo. El mago, el poder, el hechizo... Todo era oscuridad. Pero en su cuerpo, no en su mente, ardía un conocimiento que ya no podía nombrar, una certeza que era como una pequeña lámpara entre sus manos en un laberinto de cavernas subterráneas. Mantuvo la vista fija en aquella semilla de luz.

Lo invadieron extraños y diabólicos sueños de asfixia, pero no se apoderaron de él. Respiró profundamente. Por fin se quedó dormido. Soñó con extensas laderas veladas por la lluvia, y la luz brillando a través del agua. Soñó con nubes que pasaban sobre las orillas de las islas, y con una alta, redonda y verde colina que se alzaba al final del mar, entre la bruma y bajo la luz del sol.

El mago que se hacía llamar Gelluk y el pirata que se hacía llamar Rey Losen habían trabajado juntos durante años, cada uno apoyando e incrementando el poder del otro, cada uno creyendo que el otro era su sirviente.

Gelluk estaba seguro de que sin él el nefasto reino de Losen no tardaría en derrumbarse, y algún mago enemigo borraría a su rey con medio hechizo. Pero dejaba que Losen interpretara el papel de señor. El pirata era una comodidad para el mago, quien se había acostumbrado a tener todo lo que deseaba, su tiempo libre y un interminable abastecimiento de esclavos para sus necesidades y sus experimentos. Era fácil mantener las protecciones que había colocado en la persona de Losen, en sus expediciones y en sus incursiones; los hechizos que había colocado en los sitios en

donde trabajaban los esclavos o en donde se guardaban los tesoros. Crear aquellos hechizos había sido un asunto diferente, un arduo y largo trabajo. Pero ahora estaban en su lugar, y no había ni un solo mago en Havnor que pudiera deshacerlos.

Gelluk nunca había conocido a un hombre al cual le tuviera miedo. Unos cuantos magos se habían cruzado en su camino con suficiente fuerza como para que se sintiese receloso de ellos, pero nunca había conocido a uno con habilidades y poderes iguales a los que él poseía.

Recientemente, adentrándose siempre más y más profundamente en los misterios de cierto libro de saber popular traído de la Isla de Way por uno de los ladrones de Losen, Gelluk se había vuelto indiferente ante la mayoría de las artes que había aprendido o había descubierto él mismo. El libro lo convenció de que todas ellas eran meramente sombras o atisbos de un dominio mucho más grande. Al igual que un elemento verdadero contenía a todas las sustancias, un conocimiento verdadero contenía todos los demás. Para acercarse más y más a aquel dominio, comprendió que las artes de los magos eran tan vulgares y falsas como el título y el dominio de Losen. Cuando llegara a ser uno con el elemento verdadero, sería el único rey verdadero. Solo entre los hombres, pronunciaría las palabras de la creación y las de la destrucción. Tendría dragones por mascotas.

En el joven zahorí reconoció un poder, sin instrucción e inepto, que podría utilizar. Necesitaba mucho más mercurio del que tenía, y por consiguiente necesitaba un descubridor. Descubrir era una de las artes menores. Gelluk nunca la había practicado, pero podía ver que el joven muchacho tenía aquel don. Haría bien en aprender el verdadero nombre del chico para asegurarse de poder controlarlo. Suspiró al pensar en el tiempo que tendría que perder enseñándole al joven para qué servía. Y después de eso, todavía habría que excavar y sacar el mineral de la tierra y refinar el metal. Como siempre, la mente de Gelluk esquivaba los obstáculos y los retrasos para llegar a los maravillosos misterios ocultos detrás de ellos.

En el libro del saber popular de la Isla de Way, que llevaba con él en una caja cerrada con hechizos allí donde fuera, había pasajes que hablaban del verdadero fuego refinador. Tras haber estudiado estos párrafos durante mucho tiempo, Gelluk sabía que una vez que tuviera suficiente cantidad de metal puro, la siguiente etapa consistiría en purificarlo aun más hasta convertirlo en el Cuerpo de la Luna. Había entendido el lenguaje oculto del libro que decía que para lograr purificar mercurio, el fuego tenía que crearse no únicamente con madera sino también con cadáveres humanos. Releyendo y reflexionando sobre las palabras aquella noche en su habitación en el cuartel, discernió otro posible significado en ellas. Siempre había otro significado en las palabras de aquel saber. Tal vez el libro estaba diciendo que debía haber sacrificio no solamente de carnes viles, sino también de espíritus inferiores. El gran fuego de la torre debería quemar no sólo cuerpos muertos, sino también vivos. Vivos y conscientes. La pureza de la inmundicia: la gloria del dolor. Todo aquello era parte del gran principio, perfectamente claro una vez visto. Estaba seguro de que tenía razón, finalmente había entendido la técnica. Pero no debía apresurarse, debía ser paciente, tenía que asegurarse. Pasó a otro pasaje y comparó los dos, y le dio vueltas al libro hasta altas horas de la noche. Una vez, durante un segundo, algo desvió su atención, cierta invasión de las afueras de su conciencia; el muchacho estaba intentando hacer algún tipo de truco. Gelluk pronunció impacientemente una única palabra, y regresó a las maravillas del reino del Rey de todas las cosas. Nunca se dio cuenta de que los sueños de su prisionero se habían escapado de él.

Al día siguiente ordenó a Licky que le enviara al muchacho. Estaba ansioso por verlo, por ser bondadoso con él, por enseñarle, por acariciarlo un poco, como había hecho el día anterior. Se sentó con él al sol. A Gelluk le gustaban mucho los niños y los animales. Le gustaban todas las cosas bonitas. Era agradable tener una joven criatura cerca de uno. El incomprensible sobrecogimiento de Nutria era atrayente, al igual que su incomprensible

fuerza. Los esclavos eran agotadores, con su debilidad y sus engaños, y sus desagradables y enfermos cuerpos. Por supuesto, Nutria era su esclavo, pero el muchacho no tenía por qué saberlo. Podían ser maestro y aprendiz. Pero los aprendices no eran muy leales, pensó Gelluk, recordando a su aprendiz Primitivo, quien se pasaba de listo, y a quien debía recordar para controlarlo más estrictamente. Padre e hijo, eso es lo que él y Nutria podrían ser. Haría que el muchacho lo llamase Padre. Se acordó de que había intentado averiguar su verdadero nombre. Había varias maneras de hacerlo, pero la más sencilla, considerando que el muchacho ya estaba en su poder, era preguntárselo a él mismo. —¿Cuál es tu nombre? —le dijo, observando a Nutria atentamente.

Hubo una pequeña lucha en la mente del pequeño, pero su boca se abrió y su lengua se movió: —Medra.

—Muy bien, muy bien, Medra —dijo el mago—. Puedes llamarme Padre.

—Debes encontrar a la Madre Roja —le dijo, el día después de aquello. Estaban otra vez sentados uno junto al otro, fuera. El sol de otoño era cálido. El mago se había quitado el sombrero cónico, y los gruesos y grises cabellos le ondeaban sueltos alrededor de la cara—. Sé que encontraste aquella pequeña parcela para que ellos excavaran, pero allí no hay más que unas pocas gotas. Apenas vale la pena quemarse para tan poco. Si tú vas a ayudarme, y si yo voy a enseñarte, tienes que esforzarte un poco más. Creo que sabes cómo hacerlo —sonrió a Nutria—, ¿verdad?

Nutria asintió con la cabeza.

Todavía estaba conmocionado, horrorizado, por la facilidad con la que Gelluk le había obligado a decir su nombre, lo cual le daba al mago un poder inmediato y absoluto sobre él. Ahora no tenía esperanza alguna de resistirse a Gelluk de ninguna manera. Aquella noche se había sentido completamente desesperado. Pero entonces Anieb, la muchacha, había acudido a su mente: había acudido por voluntad propia, por sus propios medios. No podía invocarla, ni siquiera podía pensar en ella, y no se habría atrevido a hacerlo, ya que Gelluk sabía su nombre. Pero ella acudió, incluso cuando él estaba con el mago, no como un espectro sino como una presencia en su mente.

Era difícil ser consciente de ella a través de las palabras del mago y de los hechizos constantes y controladores de la mitad de su conciencia que tejían cierta oscuridad a su alrededor. Pero cuando Nutria podía hacerlo, entonces no era tanto como si ella estuviese con él, sino como si ella fuese él, o como si él fuese ella. Veía a través de sus ojos. La voz de ella hablaba en su mente, más fuerte y más clara que la voz y los hechizos de Gelluk. A través de sus ojos y de su mente, Nutria podía ver y pensar. Y comenzó a ver que el mago, completamente seguro de poseerlo en cuerpo y alma, se había despreocupado de los hechizos que ataban a Nutria a su voluntad. Una atadura es una conexión. Él —o Anieb en él— podía seguir los enlaces de los hechizos de Gelluk de regreso hasta la propia mente de Gelluk.

Inconsciente de todo esto, Gelluk seguía hablando, siguiendo la interminable fascinación de su propia voz encantadora.

—Tienes que encontrar el verdadero útero, el vientre de la Tierra, que contiene la semilla pura de la luna. ¿Sabías que la Luna es el Padre de la Tierra? Sí, sí; y él se acostó con ella, ya que ése es el derecho del padre. Comenzó a moverse en su vil arcilla con la semilla verdadera. Pero ella no quería dar a luz al Rey. Es fuerte en su miedo y determinada en su vileza. Lo retiene y lo esconde profundamente, temerosa de alumbrar a su señor. Por eso mismo, para darlo a luz, debe ser quemada viva.

Gelluk se detuvo y no dijo nada más durante un rato, pensando; su rostro reflejaba excitación. Nutria vislumbró las imágenes que aparecían en su mente: grandes fuegos, palos quemándose con manos y pies, terrones de tierra ardiendo que gritaban como grita la madera verde en el fuego.

—Sí —dijo Gelluk, su voz profunda, suave y soñadora—, tiene que ser quemada viva. ¡Y entonces, sólo entonces, aparecerá de repente, brillando! Oh, es hora, ya es hora.

Debemos dar a luz al Rey. Debemos encontrar el gran filón. Está aquí; no hay duda alguna de eso: «El útero de la Madre yace debajo de Samory».

Una vez más hizo una pausa. En seguida miró fijamente a Nutria, que se petrificó de miedo pensando que el mago lo había descubierto observando su mente. Gelluk lo miró fijamente durante un rato con aquella curiosa mirada, medio penetrante, medio perdida, sonriendo. —¡Pequeño Medra! —dijo, como si acabara de descubrir que estaba allí. Golpeó suavemente el hombro de Nutria—. Sé que tienes el don de encontrar lo que está oculto. Un don bastante especial, si estuviera adecuadamente entrenado. No temas, hijo mío. Sé por qué llevaste a mis sirvientes solamente hasta el pequeño filón, jugando y retrasándote. Pero ahora que he llegado, tú me sirves a mí, y no tienes nada a qué temerle. Y no servirá de nada que intentes esconderme algo, ¿verdad? El niño sabio ama a su padre y le obedece, y el padre lo recompensa como se lo merece. —Se inclinó hasta quedar muy cerca de Nutria, como le gustaba hacerlo, y le dijo dulce y confidencialmente:— Estoy seguro de que puedes encontrar el gran filón.

—Yo sé dónde está —dijo Anieb.

Nutria no pudo hablar; ella había hablado a través de él, utilizando su voz, la cual sonó espesa y débil.

Muy poca gente le hablaba alguna vez a Gelluk a menos que él les obligara a hacerlo. Los hechizos con los cuales enmudecía, debilitaba y controlaba a todos los que se le acercaban eran tan habituales para él que ni siquiera pensaba en ellos. Estaba acostumbrado a ser escuchado, no a escuchar. Sereno en su fuerza y obsesionado con sus ideas, no tenía pensamiento alguno más allá de ellas. No era en absoluto consciente de Nutria, excepto como una parte de sus planes, una extensión de él mismo.

—Sí, sí, lo harás —le dijo, y volvió a sonreír.

Pero Nutria era totalmente consciente de Gelluk, tanto físicamente como del hecho de que era una presencia con un inmenso poder controlador; y le parecía que las palabras de Anieb le habían quitado a Gelluk todo ese poder que tenía sobre él, ganándole un lugar en donde colocarse, un punto de apoyo para sus pies. Incluso con Gelluk tan cerca de él, terriblemente cerca, se las arregló para hablar.

—Te llevaré hasta allí —dijo secamente y con dificultad.

Gelluk estaba acostumbrado a escuchar a las personas pronunciar las palabras que él había puesto en sus bocas, si es que decían algo. Estas eran palabras que deseaba pero que no esperaba oír. Tomó el brazo del muchacho, acercando la cara a la de él, y sintió cómo él se encogía apartándose.

—Qué listo eres —le dijo—. ¿Has encontrado un mineral mejor que el de aquella parcela que encontraste primero? ¿Que justifique el esfuerzo de excavar y fundir?

—Es el filón —dijo el muchacho.

Aquellas lentas y escuetas palabras acarreaban un gran peso.

—¿El gran filón? —Gelluk lo miró fijamente, sus rostros estaban a menos de un palmo de distancia.

La luz en sus ojos azulados era como el suave y loco movimiento del mercurio—. ¿El útero?

—Sólo el Señor puede ir allí.

—¿Qué Señor?

—El Señor de la Casa. El Rey.

Para Nutria su conversación era, otra vez, corno avanzar caminando en una inmensa oscuridad con una pequeña lámpara. El entendimiento de Anieb era aquella lámpara. Cada paso revelaba el próximo paso que debía dar, pero nunca podía ver el lugar donde estaba. No sabía lo que vendría después, y no entendía lo que veía. Pero lo veía, y seguía avanzando, palabra por palabra.

—¿Cómo sabes de esa Casa?

—La vi.

—¿Dónde? ¿Cerca de aquí?

Nutria asintió con la cabeza.

—¿Está en la tierra?

«Dile lo que él ve», susurró Anieb en la mente de Nutria, y él habló:

—Un arroyo pasa a través de la oscuridad sobre un techo brillante. Bajo el techo está la Casa del Rey. El techo está muy alto sobre el suelo, sobre grandes pilares. El suelo es rojo. Todos los pilares son rojos. En ellos hay runas brillantes.

Gelluk contuvo la respiración. Y entonces le preguntó, muy dulcemente: —¿Puedes leer las runas?

—No puedo leerlas —la voz de Nutria era inexpresiva—, no puedo ir allí. Nadie puede entrar allí en el cuerpo, solamente el Rey. Solamente él puede leer lo que está allí escrito.

El blanco rostro de Gelluk estaba aun más blanco; le temblaba un poco la mandíbula. Se puso de pie, de repente, como lo hacía siempre.

—Llévame hasta allí —dijo, tratando de controlarse, pero obligando tan violentamente a Nutria a que se levantara y caminara que el muchacho se puso de pie tambaleándose y se tropezó varias veces, a punto de caerse. Luego comenzó a caminar, rígida y torpemente, tratando de no resistirse a la coercitiva y apasionada voluntad que apresuraba sus pasos.

Gelluk caminaba muy cerca de él, y a menudo lo cogía del brazo.

—Por aquí —dijo varias veces—. ¡Sí, sí! Es por aquí. —Sin embargo, estaba siguiendo a Nutria. Su tacto y sus hechizos lo empujaban, lo apuraban, pero en la dirección hacia la cual Nutria escogía ir.

Pasaron caminando junto a la torre del horno, pasaron junto al pozo viejo y junto al nuevo, siguieron hasta adentrarse en el extenso valle adonde Nutria había llevado a Licky el primer día que había estado allí. Ahora el otoño estaba casi terminando. Los arbustos y la hierba cubierta de maleza que aquel día habían estado verdes, estaban ya pardos y secos, y el viento hacía crujir las últimas hojas en los arbustos. Por la izquierda de donde se encontraban corría un pequeño arroyo entre matorrales y sauces. Suaves rayos de sol y largas sombras bañaban las laderas.

Nutria supo que se acercaba un momento en el cual podría liberarse de Gelluk; de eso había estado seguro desde la noche anterior. También sabía que en aquel preciso momento podría derrotar a Gelluk, quitarle su poder, si el mago, impulsado por sus visiones, se olvidaba de cuidar de sí mismo, y si Nutria podía averiguar su nombre.

Los hechizos del mago todavía unían sus mentes. Nutria presionó hacia el interior de la mente de Gelluk, buscando su nombre verdadero. Pero no sabía dónde buscar ni cómo buscar. Un descubridor que no conocía su arte, todo lo que podía ver claramente en los pensamientos de Gelluk eran páginas de un libro de saber popular lleno de palabras sin sentido, y las visiones que había descrito —un vasto palacio con paredes rojas donde runas de plata danzaban en los pilares carmesí—. Pero Nutria no pudo leer el libro ni las runas. Nunca había aprendido a leer.

Durante todo ese tiempo él y Gelluk se iban alejando más y más de la torre, lejos de Anieb, cuya presencia a veces se debilitaba y se desvanecía. Nutria no se atrevía a intentar invocarla.

Ahora, a tan sólo unos pasos de distancia de donde se encontraban, estaba el palacio donde, bajo sus pies, bajo tierra, entre sesenta y noventa centímetros hacia abajo, un agua oscura fluía lentamente y se filtraba a través de la suave tierra sobre el saliente de mica. Debajo de eso se abría la hueca caverna y el filón de cinabrio.

Gelluk estaba casi completamente absorto en su propia visión, pero debido a que la mente de Nutria y la de él estaban conectadas, vio algo de lo que veía Nutria. Se detuvo, cogió el brazo de Nutria. Su mano temblaba por el entusiasmo.

Nutria señaló la poco pronunciada pendiente que se elevaba ante ellos.

—La Casa del Rey está allí —dijo. En ese momento la atención de Gelluk se alejó totalmente de él, fija en la ladera y en la visión que veía en ella. Entonces Nutria pudo llamar a Anieb. Ésta inmediatamente acudió a su mente y a su ser, y se quedó allí con él.

Gelluk estaba de pie inmóvil, pero retorciéndose las manos temblorosas. El cuerpo se le estremecía y temblaba, como un perro de caza que quiere emprender la persecución pero no puede encontrar el rastro. Estaba perdido. Allí estaba la ladera con su hierba y sus arbustos bajo los últimos rayos de sol, pero no se veía ninguna entrada. La hierba salía de una tierra cascajosa; la tierra sin veta.

A pesar de que Nutria no había pensado las palabras, Anieb habló con su voz, la misma voz débil y apagada: —Únicamente el Señor puede abrir la puerta. Únicamente el Rey tiene la llave.

—La llave —dijo Gelluk.

Nutria se quedó petrificado, ausente, igual que Anieb se había quedado en lo alto de la torre.

—La llave —repitió Gelluk, impaciente.

—La llave es el nombre del Rey.

Aquello fue un salto en la oscuridad. ¿Cuál de ellos lo había dicho?

Gelluk estaba tenso y temblaba, todavía perdido. —Turres —dijo, después de un rato, casi en un susurro.

El viento soplaba en la hierba seca.

El mago comenzó de repente a avanzar, sus ojos como brasas, y gritó: —¡Ábrete ante el nombre del Rey! ¡Soy Tinaral! —Y sus manos se movieron en un gesto rápido y poderoso, como si estuvieran separando pesadas cortinas.

La ladera que estaba ante él tembló, se retorció y se abrió. En ella se hizo una grieta, profunda y ancha. De ella comenzó a emanar agua, la cual llegó hasta los pies del mago.

Éste se echó hacia atrás, con la mirada fija, e hizo un brusco movimiento con la mano que apartó el arroyo en una nube de rocío, como una fuente soplada por el viento. La grieta en la tierra se hizo más profunda, revelando el saliente de mica. Con un crujido totalmente desgarrador, la piedra brillante se partió en dos. Debajo de ella sólo había oscuridad.

El mago dio un paso hacia adelante. —Aquí estoy —dijo con su jubilosa y dulce voz, y avanzó a zancadas y sin miedo hacia la herida en carne viva de la tierra, una luz blanca danzaba alrededor de sus manos y de su cabeza. Pero al no ver ninguna pendiente ni ningún escalón descendente cuando llegó al borde del techo roto de la caverna, dudó, y en aquel instante Anieb gritó con la voz de Nutria:

—¡Cáete Tinaral!

Tambaleándose frenéticamente, el mago intentó darse la vuelta, perdió el equilibrio en el borde que estaba a punto de desmoronarse, y cayó precipitadamente en la oscuridad. El manto de color escarlata se hinchó hacia arriba, la luz que había alrededor parecía una estrella fugaz.

—¡Ciérrate! —gritó Nutria, poniéndose de rodillas, sus manos sobre la tierra, sobre los bordes en carne viva de la fisura—. ¡Ciérrate, Madre! ¡Cúrate, cicatriza! —suplicó, imploró, pronunciando las palabras de la Lengua de la Creación, que no conocía hasta pronunciarlas—. ¡Madre, cúrate! —repetía, y la tierra agrietada crujió y se movió, uniéndose, curándose a sí misma.

Quedó una veta rojiza, una cicatriz que atravesaba la tierra, la gravilla y la hierba.

El viento movía las hojas secas en las ramas de los robles. El sol se escondía detrás de la colina, y algunas nubes se acercaban formando una baja masa gris.

Nutria se agachó allí al pie en la ladera, solo.

Las nubes ensombrecieron el lugar. La lluvia atravesó el pequeño valle, cayendo sobre la tierra y la hierba. Encima de las nubes, el sol descendía por las escaleras occidentales de la brillante casa del cielo.

Finalmente, Nutria se incorporó. Estaba mojado, frío, desconcertado. ¿Por qué estaba allí?

Había perdido algo y tenía que encontrarlo. No sabía qué era lo que había perdido, pero lo encontraría en la torre ardiente, el lugar donde unas escaleras de piedra se elevaban entre humos. Tenía que ir allí. Se puso de pie y caminó arrastrando los pies, cojo y vacilante, repitiendo el camino ahora de vuelta por el valle.

No se le ocurría esconderse o protegerse. Por suerte para él, no había guardias por allí; de hecho había pocos guardias, y no estaban alerta, ya que los hechizos del mago habían mantenido la prisión cerrada. Los conjuros habían desaparecido, pero la gente de la torre no lo sabía, seguían trabajando bajo el aun más poderoso hechizo de la desesperación.

Nutria atravesó la cúpula del horno y pasó junto a sus apresurados esclavos, luego subió lentamente las humeantes y oscuras escaleras de caracol hasta llegar al sitio más alto.

Ella estaba allí, la mujer enferma que podía curarlo, la pobre mujer que tenía el tesoro, la extraña que era él mismo.

Se quedó en silencio en la entrada. Ella se sentó en el suelo de piedra, cerca del crisol, su delgado cuerpo, grisáceo y oscuro como las piedras. Su barbilla y sus pechos brillaban con la saliva que caía de su boca. Pensó en el manantial de agua que había emanado de la tierra agrietada.

—Medra —dijo ella. Su boca ulcerosa no podía hablar claramente. Él se arrodilló y le cogió las manos, mirándola directamente a la cara.

—Anieb —susurró él—, ven conmigo.

—Quiero irme a casa —dijo ella.

La ayudó a ponerse de pie. No hizo ningún hechizo para protegerse o esconderse. Sus fuerzas se habían agotado. Y a pesar de que ella poseía una gran magia, lo cual le había permitido estar junto a él en cada paso de aquel extraño viaje por el valle, y engañar al mago para que dijera su nombre, no sabía de artes ni de hechizos, y ya no le quedaban fuerzas para nada.

Sin embargo, nadie les prestaba atención, como si un encantamiento de protección hubiese sido echado sobre ellos. Bajaron las sinuosas escaleras, salieron de la torre, pasaron junto al cuartel, se alejaron de las minas. Caminaron a través de ralos bosques hacia las estribaciones que ocultaban el Monte Onn de las tierras bajas de Samory.

Anieb mantenía un ritmo al andar mejor del que parecería posible en una mujer tan famélica y destruida, caminando casi desnuda en el frío de la lluvia. Toda su voluntad apuntaba a avanzar; no tenía ninguna otra cosa en mente, ni él, ni nada. Pero ella estaba allí corporalmente con él, y él sentía su presencia tan profunda y extraña como cuando había acudido a su invocación. La lluvia le resbalaba por la cabeza y el cuerpo desnudo. El la hizo detener para que se pusiera su camisa. Se avergonzaba de ésta porque estaba mugrienta, puesto que él la había estado llevando durante todas aquellas semanas. Ella dejó que se la pasara por la cabeza y después siguió caminando. No podía ir muy deprisa, pero su paso era constante, con los ojos fijos en el sendero que seguían, hasta que la noche llegó temprana bajo las nubes de lluvia, y ya no podían ver dónde colocar los pies.

—Haz la luz —dijo ella. Su voz era un gemido quejumbroso—. ¿No puedes hacer la luz?

—No lo sé —dijo él, pero trató de llevar su esfera de luz hasta allí, alrededor de ellos, y después de un rato, el suelo se iluminó tenuemente ante sus pies.

—Deberíamos encontrar algún lugar en donde cobijarnos y descansar —dijo él.

—No puedo detenerme —dijo ella, y comenzó a caminar otra vez.

—No puedes caminar toda la noche.

—Si me acuesto no me levantaré. Quiero ver la Montaña.

La voz de ella se perdió entre las muchas voces de las gotas de lluvia que azotaban las colinas a través de los árboles.

Siguieron adelante atravesando la oscuridad, viendo únicamente el sendero ante ellos, iluminado por la tenue y luminosa esfera que Nutria enfocaba a través de las plateadas líneas de la lluvia. Cuando ella se tropezó, él la tomó por el brazo. Después de eso, siguieron avanzando pegados el uno al otro, para sentirse más confortados y más abrigados. Caminaban más lentamente, y aun más lentamente, pero siguieron caminando. No había ningún sonido a no ser el de la lluvia cayendo del cielo negro, y el del chapoteo de sus pies empapados en el barro y en la hierba húmeda del sendero.

—Mira —dijo ella, deteniéndose precipitadamente—. Medra, mira.

Nutria había estado caminando casi dormido. La palidez de la luz se había ido desvaneciendo, se había ahogado hasta convertirse en una claridad más tenue, más vasta. Cielo y tierra eran un todo gris, pero delante y por encima de ellos, muy en lo alto, sobre un montículo de nubes, la extensa cresta de la montaña brillaba tenuemente, con un tono rojizo.

—Allí —dijo Anieb. Señaló la montaña y sonrió. Miró a su compañero, y luego lentamente bajó la mirada hasta el suelo. Cayó de rodillas. Él se arrodilló con ella, intentó sostenerla, pero ella se resbaló entre sus brazos. Intentó al menos mantener su cabeza apartada del barro del sendero. Sus extremidades y su rostro se contorsionaban, sus dientes castañeteaban. Él la apretó contra su cuerpo, tratando de darle calor.

—Las mujeres —suspiró ella—, la mano. Pregúntales. En la aldea. He visto la Montaña.

Trató de incorporarse nuevamente, mirando hacia arriba, pero los temblores y los estremecimientos se lo impedían y la atormentaban. Comenzó a jadear para recuperar el aliento. Bajo la luz roja que brillaba ahora desde la cresta de la montaña, y por todo el cielo occidental, Nutria vio espuma y saliva de un rojo escarlata emanando de su boca. A veces se aferraba a él, pero no volvió a hablar. Luchaba contra su muerte, luchaba para respirar, mientras la luz roja se disipaba, y luego todo se inundó de un color gris cuando las nubes pasaron otra vez a través de la montaña y escondieron al sol naciente. Era pleno día y estaba lloviendo cuando su último y dificultoso aliento no fue ya seguido por otro.

El hombre cuyo nombre era Medra se sentó en el barro con la mujer muerta entre sus brazos, y lloró.

Un carretero que caminaba delante de su mula con un cargamento de madera de roble se acercó a ellos y los llevó a ambos a Woodedge. No pudo conseguir que el muchacho soltara a la mujer muerta. Débil y tembloroso como estaba, no quería apoyar su carga sobre las maderas; trepó a la carreta con Anieb en brazos, y la mantuvo sobre él durante todo el trayecto hasta llegar a Woodedge. Todo lo que dijo fue: —Ella me salvó. —Y el carretero no hizo ni una sola pregunta.

—Ella me salvó a mí, pero yo no pude salvarla a ella —les dijo desesperadamente a los hombres y las mujeres de la aldea de la montaña. Todavía no quería soltarla, tenía cogido el rígido cuerpo de Anieb empapado por la lluvia, y lo apretaba contra el suyo como si quisiera defenderlo de algo.

Muy lentamente le hicieron entender que una de las mujeres era la madre de Anieb, y que debería dársela a ella para que se la llevara. Finalmente lo hizo, observando para ver si trataba con ternura a su amiga y si la protegería. Luego siguió a otra mujer, bastante dócilmente. Se puso las ropas secas que ella le sirvió, comió un poco de comida que ella le ofreció y se recostó en el jergón hasta el cual ella lo condujo; allí sollozó cansado hasta que se durmió.

Al cabo de uno o dos días, algunos de los hombres de Licky llegaron preguntando si alguien había visto u oído algo acerca del gran mago Gelluk y de un joven descubridor. Los dos habían desaparecido sin dejar rastro alguno, decían, como si la tierra se los

hubiera tragado. Nadie en Woodedge dijo una palabra acerca del extraño que estaba escondido en el pajar de Aguamiel. Lo mantuvieron fuera de peligro. Tal vez por esa razón la gente de allí ahora no llama a la aldea Woodedge, como solía hacerlo, sino el Escondite de Nutria.

Había pasado por un largo y duro suplicio y había corrido un gran riesgo contra un gran poder. Recuperó pronto su fuerza física, pues era joven, pero a su mente le tomó bastante más tiempo encontrarse a sí misma. Había perdido algo, lo había perdido para siempre, lo había perdido cuando lo había encontrado. Buscó entre sus recuerdos, entre las sombras, tanteando a ciegas una y otra vez a través de las imágenes: el ataque en su casa en Havnor; la celda de piedras, y Sabueso; la celda de ladrillos en el cuartel y las cadenas de hechizo que lo ataban allí; caminar con Licky; sentarse con Gelluk; los esclavos, el fuego, las escaleras de piedra que subían en espiral a través de humos hasta el sitio más alto de la torre. Tenía que recuperarlo todo, que pasar por todo, buscando. Una y otra vez se colocó en el sitio más alto de aquella torre y miró a la mujer, y ella lo miró a él. Una y otra vez caminó a través de aquel pequeño valle, atravesando la hierba seca, atravesando las endiabladas visiones del mago, con ella. Una y otra vez vio al mago caer, vio como la tierra se cerraba. Vio la cresta roja de la montaña a la luz del amanecer. Anieb murió mientras él la tenía entre sus brazos, el rostro destruido contra su brazo. Le preguntó quién era, qué habían hecho y cómo lo habían hecho, pero ella no pudo contestarle.

Su madre, Ayo, y la hermana de su madre, Aguamiel, eran mujeres sabias. Curaron a Nutria de la mejor manera que pudieron, con aceites tibios y masajes, hierbas y encantamientos. Le hablaban y escuchaban cuando él hablaba. Ninguna de ellas dudaba de que era un hombre de gran poder. El lo negaba. —No podría haber hecho nada sin su hija —decía.

—¿Qué hizo ella? —preguntó Ayo dulcemente.

Y él se lo contó lo mejor que pudo. —Éramos extraños el uno para el otro. Sin embargo, ella me dijo su nombre —dijo él—. Y yo le dije el mío. —Hablaba con vacilación, haciendo largas pausas.— Era yo el que caminaba con el mago, obligado por él, pero ella estaba conmigo, y era libre. Y entonces, juntos pudimos volver el poder del mago contra él, de manera tal que se destruyó a sí mismo. —Pensó durante un largo rato, y luego añadió:— Ella me dio su poder.

—Sabíamos que había un gran don en ella —dijo Ayo, y luego permaneció en silencio durante un rato—. No sabíamos cómo enseñarle. Ya no quedan maestros en la montaña. Los magos del Rey Losen destruyen a los hechiceros y a las brujas. No hay nadie a quien acudir.

Una vez estuve en las altas cuestas —dijo Aguamiel—, y una tormenta de nieve de primavera vino hacia mí, y perdí mi camino. Ella acudió allí. Acudió a mí, no corporalmente, y me guió hasta el sendero. En aquel entonces tan sólo tenía doce años.

—A veces caminaba con los muertos —dijo Ayo en voz muy baja—. Por el bosque, hacia abajo, hasta Faliern. Conocía los poderes antiguos, aquellos acerca de los cuales me habló mi abuela, los poderes de la tierra. Eran fuertes allí, según me dijo.

—Pero también era sólo una niña, como las otras —dijo Aguamiel, y escondió su rostro—. Una buena niña —susurró.

Después de un buen rato, Ayo continuó: —Bajó hasta Firn con algunos de los jóvenes de la aldea. Para comprarle vellón a los pastores del lugar. El año pasado en primavera. Aquel mago del que hablaban llegó hasta allí, lanzando hechizos. Cogiendo esclavos.

Luego se quedaron todos en silencio.

Ayo y Aguamiel eran bastante parecidas, y Nutria vio en ellas lo que podría haber sido Anieb: una mujer de poca estatura, de aspecto frágil, espabilada, de cara redonda y ojos claros, y una mata de pelo oscuro, no liso como el de mucha gente, sino rizado, ensortijado. Mucha gente del oeste de Havnor tenía el pelo así.

Pero Anieb había sido pelada, como todos los esclavos que trabajaban en la torre del horno.

Su nombre de pila había sido Lirio, el lirio azul de las primaveras. Su madre y su tía la llamaban Lirio cuando hablaban de ella.

—Sea quien sea y haga lo que haga, no es suficiente —dijo él.

—Nunca es suficiente —dijo Aguamiel—. ¿Y qué puede hacer cualquiera, solo?

Levantó un dedo, luego los demás, y los juntó todos hasta formar un puño; después, lentamente, giró la muñeca y abrió la mano con la palma hacia fuera, como haciendo una ofrenda. Él había visto a Anieb hacer ese gesto. No era un hechizo, pensó, observando atentamente, sino un símbolo. Ayo lo estaba mirando.

—Es un secreto —le dijo.

—¿Puedo saber el secreto? —preguntó Nutria después de un rato.

—Ya lo sabes. Tú se lo diste a Lirio. Ella te lo dio a ti. Confianza.

—Confianza —dijo el muchacho—. Sí, pero en contra de algo. ¿Contra ellos? Gelluk ya no está. Tal vez Losen caiga ahora. ¿Cambiará algo? ¿Se liberarán los esclavos? ¿Comerán los mendigos? ¿Se hará justicia? Creo que hay cierto mal en nosotros, en la raza humana. La confianza lo niega. Pasa a través de él. Salta el abismo. Pero está allí. Y todo lo que hacemos finalmente sirve al mal, porque eso es lo que somos. Ambición y crueldad. Miro al mundo, a los bosques y a la montaña que está aquí, al cielo, y son buenos, como deben serlo. Pero nosotros no. Nosotros estamos equivocados. Nosotros hacemos el mal. Ningún animal hace el mal. ¿Cómo podrían? Pero nosotros podemos, y lo hacemos. Y nunca dejamos de hacerlo.

Ellas lo escucharon, sin estar de acuerdo, sin discutir; aceptaron su desesperación. Sus palabras entraron en un silencio comprensivo y descansaron allí durante algunos días; luego regresaron a él cambiadas.

—No podemos hacer nada el uno sin el otro —dijo él—, pero son los ambiciosos, los crueles, los que se unen y fortalecen unos a otros. Y aquellos que no se unen a ellos permanecen solos. —La imagen de Anieb como la vio por primera vez, una mujer moribunda de pie, sola en lo alto de aquella torre, siempre estaba con él.— El verdadero poder se pierde. Cada mago utiliza sus artes contra los otros, sirviendo a los hombres ambiciosos. ¿Con qué buen fin puede utilizarse cualquier arte de esa forma? Se malgasta. Sale mal, o se desperdicia. Como la vida de los esclavos. Nadie puede liberarse solo. Ni siquiera un mago. Todos ellos trabajando con su magia en celdas de prisión, para no conseguir nada. No hay manera de utilizar un poder para algo bueno.

Ayo cerró la mano y la abrió con la palma hacia arriba, el fugaz esbozo de un gesto, de un símbolo.

Un hombre subió la montaña hasta llegar a Woodedge, un carbonero de Firn.

—Mi esposa Nesty manda un mensaje a las mujeres sabias —dijo, y los aldeanos le mostraron la casa de Ayo. Cuando se detuvo en la puerta hizo un movimiento rápido, un puño que se convierte en una palma abierta—. Nesty dice que les diga que los cuervos están volando desde temprano y que el sabueso va detrás de la nutria —dijo.

Nutria, sentado junto al fuego, partiendo nueces, se quedó inmóvil. Aguamiel le agradeció al mensajero la información y lo hizo pasar para ofrecerle un vaso de agua y un puñado de nueces sin cáscara. Ella y Ayo conversaron con él acerca de su esposa. Cuando el hombre se fue, Aguamiel se dio vuelta para mirar a Nutria.

—El Sabueso trabaja para Losen —dijo él—. Me iré hoy mismo.

Aguamiel miró a su hermana. —Entonces es hora de que hablemos un poco contigo — dijo, sentándose frente al hogar y frente a él. Ayo se quedó de pie junto a la mesa, en silencio. Un buen fuego ardía en el hogar. Era una época húmeda y fría, y leños para el fuego era una de las cosas que tenían en abundancia allí en la montaña.

»Hay gente por todas partes en esta zona, y tal vez más allá también, que piensa, como tú dijiste, que nadie puede ser sabio solo. Así que esta gente trata de unirse. Y por

eso se nos llaman la Mano, o las mujeres de la Mano, a pesar de que no sólo somos mujeres. Pero nos es útil que crean que somos sólo mujeres, ya que los grandes señores no esperan que las mujeres trabajen juntas. Ni que tengan pensamientos acerca de cosas como la Norma o la mala Norma. Ni que tengan ningún tipo de poder.

—Dicen —dijo Ayo desde las sombras— que hay una isla donde la norma de la justicia se mantiene tal como era bajo el mandato de los Reyes. Le llaman la Isla de Morred. Pero no es Enlad de los Reyes, ni Éa. Está al sur, no al norte de Havnor, según dicen. Allí, cuentan, las mujeres de la Mano han mantenido vigentes las viejas artes. Y las enseñan, no las mantienen en secreto cada una para sí misma, como hacen los magos.

—Tal vez con tales enseñanzas podrías darle una lección a los magos —dijo Aguamiel.

—Tal vez puedas encontrar esa isla —dijo Ayo.

Nutria pasaba su mirada de una a otra. Claramente, le habían dicho su más preciado secreto y sus esperanzas.

—La Isla de Morred —dijo él.

—Así debe ser como la llaman las mujeres de la Mano, manteniendo su significado lejos de los magos y de los piratas. Para ellos sin duda tendrá algún otro nombre.

—Debe de ser un largo y terrible camino —dijo Aguamiel.

Para las hermanas y para todos aquellos aldeanos, el Monte Onn era el mundo, y las costas de Havnor eran el límite del universo. Más allá de eso sólo había rumores y sueños.

—Si vas hacia el sur, encontrarás el mar, según dicen —dijo Ayo.

—Eso ya lo sabe, hermana —le replicó Aguamiel—. ¿No nos dijo acaso que era un carpintero de barcos? Pero ha de ser un camino muy muy largo por el mar, seguramente. Y con este mago olfateando tu rastro, ¿cómo llegarás hasta allí?

—Por la gracia del agua, que no tiene olor alguno —dijo Nutria, poniéndose de pie. Un puñado de cáscaras de nueces se cayó de su regazo, cogió la escoba del hogar y las barrió hasta echarlas a las cenizas—. Será mejor que me marche ya.

—Hay pan —dijo Ayo, y Aguamiel salió apresuradamente a colocar un poco de pan duro y de queso seco y algunas nueces en una pequeña bolsa hecha de estómago de oveja. Era gente muy pobre pero le dieron lo que tenían. Lo mismo que había hecho Anieb.

—Mi madre nació en Endlane, cerca del Bosque de Farlien —dijo Nutria—. ¿Conocen ese pueblo? Se llama Rosa, hija de Rowan.

—Los carreteros van hasta Endlane, en verano.

—Si alguien pudiera hablar con su gente allí, ellos se lo comunicarían a ella. Su hermano, Littleash, solía ir a la ciudad cada uno o dos años.

—Asintieron con la cabeza.

—Si ella supiera que estoy vivo... —dijo Nutria.

La madre de Anieb asintió con la cabeza. —Lo sabrá.

—Ahora vete —dijo Aguamiel.

—Ve con el agua —dijo Ayo.

Las abrazó, y ellas a él, y se fue de aquella casa.

Corrió cuesta abajo, alejándose del conjunto de cabañas hacia el rápido y ruidoso arroyo al que había oído cantar en sus sueños durante todas sus noches en Woodedge. Le rezó. «Llévame y sálvame», le pidió. Hizo el hechizo que el anciano Cambiador le había enseñado hacía mucho tiempo, y pronunció la palabra de la transformación. Y entonces ningún hombre se arrodilló junto al agua ruidosa, sino que una nutria se deslizó dentro de ella y se fue.

III - Golondrina

En nuestra colina había un hombre sabio

Que encontró la manera de hacer lo que quería.
Cambió su forma, cambió su nombre,
Pero él mismo nunca sería.
Y así el agua se va, se va.
Así el agua se va.

Una tarde de invierno, a orillas del Río Onneva, donde sus dedos se abrían hacia la ensenada del norte de la Gran Bahía de Havnor, un hombre se puso de pie sobre la arena marrón: un hombre vestido muy pobremente y con un mísero calzado, un hombre delgado y moreno, de ojos oscuros y cabellos tan finos y espesos que el agua resbalaba entre ellos. La lluvia caía sobre las bajas playas de la desembocadura del río, la fina, fría y oscura llovizna de aquel invierno gris. Sus ropas estaban empapadas. Encorvó los hombros, dio unas cuantas vueltas y emprendió su camino hacia una voluta de humo de chimenea que vio a lo lejos, hacia el interior. Detrás de él quedaban las huellas de las cuatro patas de una nutria saliendo del agua, y las huellas de los dos pies de un hombre alejándose de ella.

Adonde fue entonces, las gestas no lo cuentan. Únicamente dicen que vagó por allí, «vagó durante mucho tiempo de tierra en tierra». Si avanzó a lo largo de la costa de la Gran Isla, en muchas de aquellas aldeas pudo haber encontrado una comadre o una mujer sabia o un hechicero que conociera el símbolo de la Mano y que lo ayudara; pero con Sabueso siguiendo su rastro, es más probable que abandonara Havnor tan pronto como pudiera, navegando como tripulante en un barco pesquero de los Estrechos de Ebavnor, o como un comerciante del Mar Interior.

En la Isla de Ark, y en Orrimy en Hosk, y más abajo, en las Noventa Islas, se conocen cuentos sobre un hombre que llegó buscando una tierra en la que la gente se acordaba de la justicia de los reyes y del honor de los magos, y llamaba a aquella tierra la Isla de Morred. No se sabe si estas historias son sobre Medra, ya que utilizó muchos nombres, y muy pocas veces, quizá nunca, se llamaba a sí mismo Nutria. La caída de Gelluk no había derrocado a Losen. El rey pirata tenía a otros magos trabajando para él, entre ellos a un hombre llamado Primitivo, a quien le hubiera gustado encontrar al joven advenedizo que derrotara a su maestro Gelluk. Y Primitivo tenía bastantes posibilidades de encontrarlo. El poder de Losen se extendía por todo Havnor y hacia el norte del Mar Interior, aumentando con los años; y el olfato de Sabueso era más fino que nunca.

Tal vez fue para escapar a la persecución, que Medra fue a Pendor, un largo camino hacia el oeste del Mar Interior, o tal vez algún rumor que corría entre las mujeres de la Mano de Hosk lo llevó hasta allí. Pendor era una isla rica, en aquel entonces, antes de que el dragón Yevaud arrasara con todo lo que había en ella. Dondequiera que hubiera ido Medra hasta entonces, había encontrado las tierras en el mismo estado que Havnor, o peor, hundidas en guerras, ataques y piratería, los campos invadidos por la mala hierba, los pueblos llenos de ladrones. Tal vez, pensó al principio, en Pendor había encontrado la Isla de Morred, porque la ciudad era hermosa y tranquila, y la gente era próspera.

Allí conoció a un mago, un anciano llamado Grandragón, cuyo verdadero nombre se ha perdido. Cuando Grandragón escuchó la historia de la Isla de Morred sonrió, pareció entristecerse y sacudió la cabeza. —No es aquí —dijo—. No es esto. Los Señores de Pender son buenos hombres. Se acuerdan de los reyes. No buscan guerras ni saquean. Pero envían a sus hijos hacia el oeste a cazar dragones. Como deporte. ¡Como si los dragones del Confín del Poniente fueran patos o gansos para matanza! Nada bueno resultará de todo eso.

Grandragón aceptó a Medra como su alumno, con gratitud.

—Aprendí mi arte de un mago que me ofreció libremente todo lo que sabía, pero nunca he encontrado a nadie a quien ofrecerle ese conocimiento, hasta que has llegado tú —le dijo a Medra—. Los muchachos acuden a mí y me dicen: «¿Para qué sirve? ¿Puedes

encontrar oro?»; me preguntan. «¿Puedes enseñarme cómo convertir piedras en diamantes? ¿Puedes darme una espada para matar a un dragón? ¿De qué sirve hablar del equilibrio de las cosas? No se gana nada con ello», dicen. ¡No se gana nada! —Y el anciano siguió hablando de la locura de los jóvenes y los males de los tiempos modernos.

Cuando llegaba el momento de enseñar lo que sabía, era incansable, generoso y exigente. Por primera vez, se le ofreció a Medra una visión de la magia, no como una serie de extraños dones y acciones sin sentido, sino como un arte y un oficio que podía conocerse verdaderamente con mucho estudio, y podía utilizarse correctamente después de mucha práctica, aunque incluso entonces nunca perdería su extrañeza. El dominio de conjuros y de hechizos de Grandragón no era mucho mejor que el de su alumno, pero tenía clara en su mente la idea de algo mucho más grande, la del conocimiento. Y eso lo convertía en mago.

Mientras lo escuchaba, Medra pensó en cómo él y Anieb habían caminado en la oscuridad y bajo la lluvia con el tenue resplandor que les permitía ver solamente el siguiente paso que podían dar, y en cómo habían levantado la mirada para ver la cuesta roja de la montaña al amanecer.

—Todo hechizo depende de todos los demás hechizos —decía Grandragón—. ¡Cada movimiento de una única hoja mueve todas las hojas de todos los árboles en todas las islas de Terramar! Hay un todo. Eso es lo que debes buscar y a lo que debes recurrir. Nada sale bien sino como parte de ese conjunto. Sólo en él reside la libertad.

Medra se quedó durante tres años con Grandragón, y cuando el anciano mago murió, el Señor de Pendor le pidió a Medra que ocupara su lugar. A pesar de tanto despotricar y enfadarse contra los cazadores de dragones, Grandragón había sido venerado en su isla, y su sucesor tendría tanta veneración como poder. Tal vez con la tentación de creer que había llegado más cerca de la Isla de Morred de lo que jamás podría estarlo, Medra se quedó en Pendor durante bastante tiempo. Salió a navegar con el joven señor en su barco, pasando las Toringas, y adentrándose en el Confín del Poniente, en busca de dragones. Su corazón anhelaba fervientemente ver a un dragón, pero algunas tormentas inoportunas, el perverso clima de aquellos años, arrastraron su barco tres veces de regreso a Ingat, y Medra se negó a llevarlo hacia el oeste nuevamente entre aquellos vendavales. Había aprendido bastante a trabajar con el clima desde sus días en un laúd en la Bahía de Havnor.

Un tiempo después de aquello, abandonó Pendor, se encaminó nuevamente hacia el sur, y tal vez fuera a Ensmer. Con una u otra apariencia, llegó finalmente a Geath, en las Noventa Islas.

Allí pescaban ballenas, y todavía lo hacen. Ése era un negocio en el que él no quería participar. Sus barcos y su pueblo apestaban. No le gustaba embarcarse en un barco de esclavos, pero la única nave que salía de Geath hacia el este era una galera con un cargamento de aceite de ballena que llegaría hasta el Puerto de O. Había oído hablar del Mar Cerrado, al sur y al este de O, en donde había islas ricas, poco conocidas, que no comerciaban con las tierras del Mar Interior. Lo que él buscaba podría estar allí. Así que viajó como hechicero de vientos y nubes en una galera remada por cuarenta esclavos.

Por una vez el clima era bastante bueno: un buen viento, un cielo azul con pequeñas nubes blancas, los cálidos rayos del sol de finales de la primavera. Tenían una buena travesía desde Geath. A últimas horas de la tarde oyó que el capitán del barco le decía al timonel: —Esta noche mantén la dirección hacia el sur, para que no despertemos en Roke.

No había oído hablar acerca de aquella isla, así que preguntó:

—¿Qué hay allí?

—Muerte y desolación —dijo el capitán del barco, un hombre de poca estatura, de ojos pequeños, tristes y sabios, como los de una ballena.

—¿Guerra?

—Desde hace muchos años. Pestes, magia negra. Todas las aguas que la rodean están malditas.

—Gusanos —dijo el timonel, el hermano del capitán—. Si atrapas un pez en cualquier parte cerca de Roke, lo encontrarás lleno de gusanos, como un perro muerto sobre un estercolero.

—¿Hay gente que todavía vive allí? —preguntó Medra, y el capitán le contestó: —Brujas.

Mientras su hermano añadía:

—Comedores de gusanos.

Hay muchas islas como ésa en el Archipiélago, convertidas en estériles y desoladas por plagas y maldiciones de magos rivales; eran viles lugares a los que ir, e incluso por los que pasar, y Medra no pensó más en aquel sitio, hasta aquella noche.

Mientras dormía afuera en la cubierta, con la luz de las estrellas sobre su rostro, tuvo un sueño sencillo y vivido: era de día, algunas nubes atravesaban apresuradamente un brillante cielo y al otro lado del mar vio la curva de una alta colina verde iluminada por el sol. Se despertó con la imagen aún clara en su mente, sabiendo que la había visto ya hacía diez años, en la habitación cerrada por hechizos del cuartel de las minas de Samory.

Se incorporó. El mar oscuro estaba tan tranquilo que las estrellas se reflejaban aquí y allá sobre el lustroso sotavento de las largas oleadas. Las galeras a remo raras veces se alejaban de la vista de la tierra, y raras veces remaban por la noche, deteniéndose en cambio en cualquier bahía o en cualquier puerto; pero en esta travesía no se echaron amarras, y puesto que el clima era tan apaciblemente templado, habían levantado el mástil y la gran vela cuadrada. El barco avanzaba suavemente, los esclavos dormían en sus bancos, los hombres libres de la tripulación estaban todos dormidos, excepto el timonel y el centinela, y el centinela estaba adormecido. El agua susurraba a su lado, las cuadernas crujían un poco, la cadena de un esclavo sonaba por allí, y volvía a sonar.

«No necesitan un maestro de vientos y nubes en una noche así, y todavía no me han pagado», dijo Medra a su conciencia. Había despertado de su sueño con el nombre Roke en la cabeza. ¿Por qué nunca había oído hablar de aquella isla, ni la había visto en un mapa? Podría estar maldita y desierta como ellos decían, pero ¿no estaría igualmente indicada en los mapas?

«Podría volar hasta allí como una golondrina de mar y regresar al barco antes de que se haga de día», se dijo a sí mismo, pero no se movió. Iban camino al Puerto de O. Las tierras arruinadas eran demasiado comunes. No había necesidad de volar para encontrarlas. Se acomodó en su rollo de cables, y se puso a mirar las estrellas. Hacia el oeste, vio las cuatro estrellas brillantes de la Fragua, bajas sobre la mar. Estaban un poco borrosas, y mientras las miraba parpadearon una por una.

Un mínimo temblor sobrevoló las lentas y tranquilas oleadas.

—Capitán —dijo Medra, poniéndose de pie—, despierte.

—¿Y ahora qué pasa?

—Viene un viento de brujas. Se acerca. Que arríen la vela.

No soplaba ningún viento. El aire era cálido, la gran vela pendía inmóvil. Solamente las estrellas del oeste se desvanecían hasta desaparecer en una oscuridad silenciosa que se hacía más y más intensa.

El capitán lo observó. —¿Viento de brujas, dices? —preguntó, receloso.

Los hombres astutos utilizaban el clima como un arma, enviando numerosas lluvias para estropear las cosechas del enemigo, o un vendaval para hundir sus barcos; y tales tormentas, anormales y salvajes, podían arrasar y pasar más allá del sitio al cual habían sido enviadas, molestando a segadores o a navegantes aunque estuvieran a cien millas de distancia.

—Bajen la vela —repitió Medra, perentorio. El capitán bostezó y maldijo y comenzó a gritar órdenes. La tripulación se levantó lentamente y lentamente comenzó a arriar la poco manejable vela, y el jefe de los remeros, después de hacerle varias preguntas al capitán y a Medra, comenzó a gritar a los esclavos y a caminar a grandes zancadas entre ellos, azotándolos a diestra y siniestra con su cuerda anudada. La vela estaba a medias arriada, los tripulantes a medio trabajar, el hechizo de permanencia de Medra a medias pronunciado, cuando el viento de brujas comenzó a soplar.

Comenzó con un tremendo trueno que trajo consigo una repentina y completa oscuridad y una fuerte lluvia. El barco daba bandazos como un caballo encabritado, y luego se balanceó con tanta fuerza y tan lejos que el mástil se rompió y se aflojó de su base, a pesar de que los estayes aguantaron. La vela chocó contra el agua, salpicó e inclinó la galera hacia la derecha, las inmensas olas golpeaban contra los escálamos, los esclavos encadenados luchaban y gritaban en sus bancos, los barriles de aceite se rompían, chocando y retumbando unos contra otros. El mar empujó la galera hasta levantarla, la cubierta perpendicular al mar, hasta que una terrible ola de tormenta la golpeó, la inundó y la hundió. Todos los gritos y los alaridos de los hombres se convirtieron de repente en silencio. No había sonido alguno a no ser el repiqueteo de la lluvia sobre el mar, a medida que el impredecible viento se desplazaba hacia el este. Mientras soplaba, un ave marina blanca batió sus alas desde el agua negra y voló, frágil y desesperada, hacia el norte.

Marcadas sobre estrechas arenas bajo graníticos, acantilados, en la primera luz, se veían las huellas de un pájaro. De ellas surgían las huellas de un hombre caminando, alejándose cada vez más de la playa, que iba estrechándose cada vez más entre los acantilados y el mar. Luego las huellas cesaban.

Medra conocía el peligro de adoptar reiteradamente formas que no fueran la suya, pero estaba conmocionado y debilitado a causa del naufragio y el largo vuelo de la noche, y la playa gris lo conducía únicamente al pie de unos acantilados que no podía escalar. Pronunció la palabra una vez más, y voló como una golondrina de mar, con sus rápidas e infatigables alas hasta la cima de los acantilados. Luego, poseído por el vuelo, siguió volando sobre una tierra en la que amanecía sombríamente. A lo lejos, brillante bajo los primeros rayos de sol, vio la curva de una alta colina verde.

Hasta ella voló, y sobre ella se posó, y cuando tocó la tierra era un hombre otra vez.

Se quedó allí de pie durante un rato, desconcertado. Le parecía que no había sido por su propia voluntad o decisión que había adoptado su propia forma, sino que al pisar aquel suelo, aquella colina, se había convertido en él mismo. Una magia más poderosa que la suya imperaba aquí.

Miró a su alrededor, curioso y con recelo. En toda la colina florecían hierbas centellas, sus largos pétalos destacaban amarillos entre los hierbajos. Los niños de Havnor conocían aquella flor. Decían que eran las cenizas que el viento había sembrado cuando se produjo el incendio de Ilien, cuando el Señor del Fuego atacó las islas, y Erreth-Akbe luchó con él y lo derrotó. Mientras permanecía allí de pie, en la memoria de Medra aparecieron cuentos y cantares sobre los héroes: Erreth-Akbe y los héroes anteriores a él, la Reina Águila, Heru, Akambar, quien condujo a los Kargos hacia el este, y Serriadh el pacificador, y Elfarran de Solea, y Morred, el Blanco Encantador, el amado rey. Los valientes y los sabios, todos acudieron ante él como si hubieran sido invocados, como si él los hubiera llamado, a pesar de que no había sido así. Podía verlos. Estaban de pie entre las altas hierbas, entre las flores con forma de llamas que se agitaban suavemente en el viento de la mañana.

Después desaparecieron todos, y se quedó allí solo sobre la colina, temblando y pensando. «He visto las reinas y los reyes de Terramar», pensó. «Pero son solamente la hierba que crece en esta colina».

Lentamente rodeó el lado este de la cumbre de la colina, ya iluminada y cálida por la luz del sol que aparecía a un par de dedos de distancia sobre el horizonte. Al mirar bajo el sol, vio los tejados de un pueblo en la punta de una bahía que se abría hacia el este, y detrás de él, la alta línea del borde del mar atravesando la mitad del mundo. Al girar hacia el oeste, vio campos, pastos y caminos. Hacia el norte había extensas colinas verdes. En un pliegue de tierra, hacia el sur, un bosquecillo de altos árboles captó su mirada y la mantuvo allí fija. Pensó que era el comienzo de un gran bosque como Faliern en Havnor, y entonces no supo por qué pensaba eso, ya que detrás del bosquecillo podía ver brezales y pastos sin árboles.

Se quedó allí de pie durante un largo rato antes de bajar atravesando los altos hierbajos y las hierbas centellas. Cuando llegó al pie de la colina, se encontró con un camino. Este lo condujo a través de tierras de labranza que parecían estar bien cuidadas, aunque muy solitarias. Buscó un camino o un sendero que lo llevara hasta el pueblo, pero no había ninguno que fuese hacia el este. No había ni un alma en los campos, algunos de los cuales estaban recién arados. Ningún perro ladraba mientras pasaba por allí. Únicamente en un cruce de caminos, un viejo burro que pastaba en un campo pedregoso se acercó hasta la cerca de madera y sacó la cabeza, en busca de compañía. Medra se detuvo para acariciar la cara huesuda y de un color marrón grisáceo. Un hombre de la ciudad y de aguas saladas sabía muy poco acerca de las granjas y de sus animales, pero pensó que el burro lo miraba con buenos ojos. —¿Dónde estoy, burro? —le preguntó—. ¿Cómo llego hasta aquel pueblo que he visto?

El burro apoyó la cabeza con fuerza contra su mano, para que Nutria continuara rascándole en el lugar que estaba justo sobre los ojos y debajo de las orejas. Cuando lo hizo, dio un ligero golpe con su larga oreja derecha, así que, cuando Medra se alejó del burro, cogió el camino a la derecha del cruce, aunque parecía que llevaba de regreso a la colina; y en poco tiempo se encontró entre casas, y luego caminando por una calle que llevaba finalmente hasta el pueblo que estaba en la punta de la bahía.

El lugar estaba tan extrañamente silencioso como las tierras de labranza. Ni una voz, ni un rostro. Era difícil sentirse incómodo en un pueblo que parecía bastante común en una agradable mañana de primavera, pero en semejante silencio debió de preguntarse si estaba de hecho en un sitio asolado por alguna peste, o en una isla maldita. Siguió avanzando. Entre una casa y un viejo ciruelo había una cuerda con ropa colgada, las prendas en ella tendidas ondeaban en la soleada brisa. Un gato se acercó por la esquina de un jardín, no uno abandonado y extenuado por el hambre, sino un saludable gato de patas blancas y grandes bigotes. Y por fin, provenientes de la pequeña y empinada callejuela, que en ese lugar estaba adoquinada, oyó voces.

Se detuvo para escuchar, y no oyó nada.

Siguió caminando hasta llegar al pie de la calle. Ésta se abría a una pequeña plazoleta con un mercado. Allí había alguna gente reunida, no mucha. No estaban ni comprando ni vendiendo. No había ni casetas ni puestos allí instalados. Lo estaban esperando a él.

Desde el primer momento en que había caminado por la verde colina, sobre el pueblo, y desde que había visto las brillantes sombras en la hierba, su corazón había estado tranquilo. Estaba expectante, invadido por una sensación de gran extrañeza, pero no asustado. Se quedó inmóvil y observó a la gente que venía a reunirse con él.

Tres de ellos se acercaron: un anciano, grande, amplio de pecho y brillantes cabellos blancos, y dos mujeres. Un mago reconoce a otro mago, y Medra supo que eran mujeres de poder.

Levantó su mano cerrada en un puño y luego, girándola y abriéndola, la puso ante ellos con la palma hacia arriba.

—Ah —dijo una de las mujeres, la más alta de las dos, y se rió. Pero no respondió al gesto.

—Dinos quién eres —dijo el hombre de cabello blanco, bastante cortésmente, pero sin saludarlo ni darle la bienvenida—. Dinos cómo llegaste hasta aquí.

—Nací en Havnor y se me enseñó a construir barcos y magia. Estaba a bordo de un navío que debía ir desde Geath hasta el Puerto de O. Fui el único que no se ahogó, anoche, cuando un viento de brujas arrasó con el barco —luego se quedó en silencio. Pensó en el barco y los hombres encadenados en él se tragaron su mente como el mar negro se los había tragado a ellos. Jadeó, como si acabara de resurgir del agua, a punto de ahogarse.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Como... como un pájaro, una golondrina de mar. ¿Es ésta la Isla de Roke?

—¿Te transformaste?

Asintió con la cabeza.

—¿A quién sirves? —preguntó la más baja y joven de las mujeres, quien habló por primera vez. Tenía un rostro agudo y severo, con largas cejas negras.

—No tengo señor.

—¿Qué ibas a hacer a Puerto de O?

—En Havnor, hace años, pertenecía a la servidumbre. Los que me liberaron me hablaron de un lugar en el que no hay señores, y en el que el reinado de Serriadh es recordado, y donde las artes son honradas. He estado buscando ese lugar, esa isla, durante siete años.

—¿Quién te habló de ella?

—Las mujeres de la Mano.

—Cualquiera puede hacer un puño y mostrar una palma —dijo la mujer alta, agradablemente—, pero no todos pueden volar hasta Roke. O nadar, o navegar, o llegar de cualquier otra manera. Así que debemos preguntar qué te ha traído hasta aquí.

Medra tardó bastante en contestar. —El azar —dijo finalmente—, respondiendo a un gran deseo. No el arte. No el conocimiento. Creo que he llegado al lugar que buscaba, pero no lo sé. Creo que vosotros podéis ser las personas sobre las que ellos me hablaron, pero no lo sé. Creo que los árboles que he visto desde la colina albergan algún gran misterio, pero no lo sé. Solamente sé que desde que puse mis pies sobre aquella colina he estado como estuve cuando era un niño y escuché por primera vez cantar La Gesta de Enlad. Perdido entre maravillas.

El hombre de cabello blanco miró a las dos mujeres. Otra gente se había acercado, y estaban hablando un poco en voz muy baja.

—Si te quedaras aquí, ¿qué harías? —le preguntó la mujer de cejas negras.

—Puedo construir barcos, o arreglarlos, y navegar con ellos. Puedo descubrir cosas, sobre y bajo tierra. Puedo trabajar con el clima, si es que necesitan eso para algo. Y aprenderé el arte de cualquiera que quiera enseñarme.

—¿Qué quieres aprender? —le preguntó la mujer alta con su suave voz.

Ahora Medra sintió que le habían hecho la pregunta de la que dependía el resto de su vida, para bien o para mal. Una vez más se quedó en silencio durante un rato. Comenzó a hablar, y se calló, y finalmente habló. —No pude salvar a alguien, no a cualquiera, a alguien que me salvó —dijo—. Nada de lo que sé pudo liberarla. No sé nada. Si vosotros sabéis cómo ser libres, os lo suplico, ¡enseñadme!

—¡Libres! —dijo la mujer alta, y su voz chasqueó como un látigo. Luego miró a sus compañeros, y después de un rato sonrió un poco. Volvió a mirar a Medra y le dijo: —Somos prisioneros, así que la libertad es algo que estudiamos. Tú llegaste aquí atravesando las paredes de nuestra prisión. Buscando libertad, dices. Pero deberías saber que abandonar Roke puede ser incluso más difícil que llegar a ella. Una prisión dentro de otra prisión, y parte de ella la hemos construido nosotros mismos. —Miró a los otros.— ¿Qué decís? —les preguntó.

Dijeron poco, aparentemente consultándose y asintiendo entre ellos casi en silencio. Por fin la mujer de más baja estatura miró a Medra con sus ojos feroces. —Quédate si quieres —le dijo.

—Lo haré.

—¿Cómo quieres que te llamemos?

—Golondrina —respondió; y así lo llamaron.

Lo que encontró en Roke fue menos y más que la esperanza y el rumor que había perseguido durante tanto tiempo. La Isla de Roke era, según ellos decían, el corazón de Terramar. La primera tierra Segoy que surgió de las aguas en el comienzo de los tiempos fue la resplandeciente Éa del Mar del Norte, y la segunda fue Roke. Aquella colina verde, el Collado de Roke, fue asentada más profundamente que todas las demás islas. Los árboles que él había visto, que a veces parecían estar en un lugar de la isla y a veces en otro, eran los árboles más viejos del mundo, y eran el origen y el centro de la magia.

—Si el Bosquecillo fuera talado, toda la magia desaparecería. Las raíces de esos árboles son las raíces del conocimiento. Las formas que las sombras de sus hojas hacen bajo la luz del sol, escriben las palabras que se pronunciaron en la Creación.

Eso es lo que dijo Ascua, su maestra de feroces cejas negras.

En Roke, todos los maestros del arte de la magia eran mujeres. No había hombres de poder, en realidad había pocos hombres en la isla.

Treinta años antes, los señores piratas de Wathort habían enviado una flota para que conquistara Roke, no por su riqueza, que era escasa, sino para romper el poder de su magia, que tenía reputación de ser inmenso. Uno de los magos de Roke había traicionado a la isla con los hombres astutos de Wathort, debilitando sus hechizos de defensa y de advertencia. Una vez que éstos fueron rotos, los piratas tomaron la isla, no con sortilegios, sino por la fuerza y con fuego. Sus grandes barcos llenaron la Bahía de Zuil, sus hordas quemaron y saquearon, sus buscadores de esclavos se llevaron hombres, niños y mujeres jóvenes. Los niños más pequeños y los ancianos fueron asesinados. Incendiaron todas las casas y todos los campos con los que se encontraron. Cuando se fueron en sus barcos, después de unos días, no dejaron nada en pie en aquella aldea, las granjas en ruinas o desoídas.

El pueblo que estaba en la punta de la bahía, Zuil, compartía algo de lo extraordinario del Collado y del Bosquecillo, porque a pesar de que los invasores lo arrasaron buscando esclavos y botines, e incendiándolo todo, los incendios se habían extinguido y las estrechas callejuelas habían extraviado a los merodeadores. Muchos de los isleños que sobrevivieron eran mujeres sabias y sus hijos, que se habían escondido en el pueblo o en el Bosquecillo Inmanente. Los hombres que había ahora en Roke eran aquellos niños que habían quedado, ya adultos, y algunos hombres que ahora eran ancianos. No había más norma que la de las mujeres de la Mano, puesto que eran sus hechizos los que habían protegido a Roke durante tanto tiempo, y la protegían ahora mucho más cuidadosamente.

Confiaban poco en los hombres. Un hombre los había traicionado. Más hombres los habían atacado. Eran las ambiciones de los hombres, decían, las que habían pervertido todas las artes con el fin de obtener algún tipo de beneficio. —No hacemos tratos con sus gobiernos —dijo la alta Velo con su suave voz.

Pero, sin embargo, Ascua le dijo a Medra: —Nosotros somos nuestra propia perdición.

Los hombres y las mujeres de la Mano se habían reunido en Roke hacía cien años o más, formando una liga de magos. Orgullosos y protegidos por sus poderes, habían buscado enseñar a otros a unirse en secreto contra los que hacían la guerra y los buscadores de esclavos, hasta que pudieran sublevarse abiertamente contra ellos. Las mujeres siempre habían sido las líderes de las ligas, decía Ascua, y también las mujeres, bajo la apariencia de vendedoras de bálsamos, constructoras de redes y de cosas semejantes, se habían ido de Roke hacia otras tierras de alrededor del Mar Interior, tejiendo una extensa y sutil red de resistencia. Incluso ahora, había hebras y nudos que

habían quedado de aquella red. Medra se había topado con uno de esos trozos por primera vez en la aldea de Anieb, y lo había seguido desde entonces. Pero aquel rastro no lo había conducido hasta allí. Desde los ataques, la Isla de Roke se había aislado completamente, se había encerrado dentro de poderosos hechizos de protección tejidos y retejidos por las mujeres sabias de la isla, y no comerciaba con ningún otro pueblo. —No podemos salvarlos —dijo Ascua—. No pudimos salvarnos a nosotros mismos.

Velo, con su dulce voz y su sonrisa, era implacable. Le dijo a Medra que a pesar de que consentía en que se quedara en Roke, lo hacía para vigilarlo.

—Tú atravesaste nuestras defensas una vez —le dijo—. Todo lo que dices de ti mismo puede ser verdad, o puede no serlo. ¿Qué puedes decirme que me haga confiar en ti?

Estuvo de acuerdo con los otros en darle una pequeña casa junto al puerto y un trabajo como ayudante de la encargada del astillero de Zuil, quien se había enseñado a sí misma el oficio y recibió bien la destreza de Medra. Velo no puso dificultades en su camino, y siempre lo saludaba gentilmente. Pero le había preguntado: «¿Qué puedes decirme que me haga confiar en ti?», y él no había podido responderle.

Ascua generalmente lo miraba con el ceño fruncido cuando él la saludaba. Le formulaba bruscas preguntas, escuchaba sus respuestas y no decía nada.

Él le pidió, un poco tímidamente, que le dijera lo que era el Bosquecillo Inmanente, ya que cuando le había preguntado a otros, le habían contestado: «Ascua puede decírtelo». Ella esquivó su pregunta, no arrogantemente sino de modo definitivo, diciéndole:

—Puedes aprender acerca del Bosquecillo, únicamente en él y desde él.

Unos días después bajó a las arenas de la Bahía de Zuil, en donde él estaba reparando un bote pesquero. Lo ayudó en lo que pudo, y le hizo preguntas sobre la construcción de barcos, y él le contestó y le enseñó lo que pudo. Fue una tarde tranquila, pero cuando cayó la noche ella se fue abruptamente, como solía hacerlo. Él sentía cierto sobrecogimiento ante ella; era impredecible. Se quedó pasmado cuando, no mucho tiempo después, ella le dijo: —Iré al Bosquecillo después de la Larga Danza. Ven si quieres.

Parecía que desde el Collado de Roke podía verse toda la extensión del Bosquecillo y, sin embargo, si uno se adentraba en él no siempre salía nuevamente a los campos. Uno avanzaba caminando bajo los árboles. En el Bosquecillo interior eran todos de una misma clase, los cuales no crecían en ningún otro lugar, pero sin embargo no tenían ningún nombre en Hardic más que el de «árbol». En el Habla Antigua, decía Ascua, cada uno de esos árboles tenía su propio nombre. Se seguía caminando, y después de un tiempo se encontraba aún caminando de nuevo entre árboles conocidos, robles y hayas y fresnos, castaños y nogales y sauces, verdes en primavera y desnudos en invierno; había abetos oscuros, y cedros, y un alto árbol de hojas perennes que Medra no conocía, con una corteza suave y rojiza, y un follaje frondoso. Se seguía caminando, y el camino a través de los árboles nunca era el mismo. La gente de Zuil le había dicho que era mejor no ir demasiado lejos, ya que únicamente regresando por donde se había ido podía asegurarse salir a los campos.

—¿Hasta dónde llega el bosque? —preguntó Medra, y Ascua le contestó:

—Hasta donde llegue tu mente —las hojas de los árboles hablaban, decía ella, y las sombras podían leerse—. Estoy aprendiendo a hacerlo —le dijo.

Cuando estaba en Orrimy, Medra había aprendido a leer las escrituras comunes del Archipiélago. Más tarde, Grandragón de Pendor le había enseñado algunas de las runas del poder. Ése era un saber popular conocido. Lo que Ascua había aprendido sola en el Bosquecillo Inmanente no lo sabía nadie excepto aquellos con los que ella compartía su conocimiento. Durante todo el verano vivía en el Bosquecillo, con tan sólo una caja para mantener a los ratones y a las ratas del bosque apartados de su escasa provisión de

comida, un refugio hecho con ramas, y un fuego de cocina cerca de un arroyo que salía del bosque para unirse al pequeño río que descendía hasta la bahía.

Medra acampó por allí cerca. No sabía lo que Ascua quería de él; esperaba que tuviera la intención de enseñarle, de comenzar a contestar sus preguntas sobre el Bosquecillo. Pero ella no decía nada, y él era tímido y prudente, por temor a inmiscuirse en su soledad, la cual lo intimidaba al igual que la extrañeza del propio Bosquecillo. Al segundo día de estar allí, ella le pidió que la acompañara y lo condujo muy lejos hacia el interior de la floresta. Caminaron en silencio durante horas. En el mediodía estival, el bosque estaba en silencio. No cantaba ningún pájaro. Las hojas no se agitaban. Los pasillos entre los árboles eran infinitamente diferentes y todos iguales. No supo cuándo dieron la vuelta para regresar, pero sí que habían caminado más allá de los límites de Roke.

Salieron nuevamente a las tierras de labrantío y los pastos en la cálida noche. Cuando regresaban caminando a su lugar de acampada, él vio como las cuatro estrellas de la Fragua salían por detrás de las colinas del oeste.

Ascua se alejó de él con tan sólo un «Buenas noches».

Al día siguiente le dijo:

—Voy a sentarme bajo los árboles.

Al no estar seguro de lo que ella esperaba que hiciera, la siguió a cierta distancia hasta que llegaron a la parte más profunda del Bosquecillo, donde todos los árboles eran de la misma clase, desconocidos, pero sin embargo cada uno con su propio nombre. Cuando ella se sentó sobre el suave mantillo que había entre las raíces de un árbol grande y viejo, él encontró un lugar no demasiado lejos de allí para sentarse a su vez; y mientras ella observaba y escuchaba y se quedaba inmóvil, él observó y escuchó y se quedó inmóvil. Hicieron eso durante varios días. Hasta una mañana en que, con un humor rebelde, él se quedó junto al arroyo mientras Ascua se adentraba en el Bosquecillo. Ella no miró hacia atrás.

Velo fue desde Zuil aquella mañana, trayéndoles una cesta con pan, queso, cuajadas de leche y frutas de verano. —¿Qué has aprendido? —le preguntó a Medra fría pero gentilmente, como solía hacerlo, y él le contestó: —Que soy un tonto.

—¿Por qué dices eso, Golondrina?

—Un tonto podría sentarse debajo de los árboles para siempre y no aprender nada.

La mujer alta sonrió un poco. —Mi hermana nunca antes le ha enseñado a un hombre —le dijo. Le lanzó una mirada, y luego retiró la vista, miraba ahora los campos veraniegos —Nunca antes había mirado a un hombre.

Medra se quedó en silencio. Sentía su rostro caliente. Miró hacia abajo. —Yo pensaba... —dijo, y se detuvo.

En las palabras de Velo vio, de repente, el otro lado de la impaciencia de Ascua, su ferocidad, sus silencios.

Había intentado mirar a Ascua como a alguien intocable, mientras que lo que ansiaba era tocar su suave piel morena, sus brillantes cabellos negros. Cuando ella lo miraba fijamente, como desafiándolo repentina e incomprensiblemente, él pensaba que estaba enfadada con él. Temía insultarla, ofenderla. ¿A qué le temía ella? ¿Al deseo de él? ¿Al de ella? Y sin embargo no era una muchacha sin experiencia, era una mujer sabia, una maga, ¡ella, que caminaba por el Bosquecillo Inmanente y entendía las formas de las sombras!

Mientras permanecía de pie en el borde del bosque con Velo, todo esto pasó como una ráfaga por su mente, como una inundación que se abre paso a través de una represa. —Yo creía que los magos se mantenían apartados de los demás —dijo finalmente—. Grandragón me dijo que hacer el amor es deshacer el poder.

—Eso es lo que dicen algunos hombres sabios —dijo Velo suavemente, volvió a sonreír y le dijo adiós.

Medra se pasó toda la tarde confundido, furioso. Cuando Ascua salió del Bosquecillo y se dirigió hacia su frondoso cenador río arriba, él fue hasta allí, llevando la cesta de Velo como excusa.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó.

Ella asintió brevemente con la cabeza, frunciendo sus cejas negras.

Él no dijo nada. Ella se agachó para ver lo que había en la cesta.

—¡Melocotones! —exclamó, y sonrió.

—Mi maestro Grandragón me dijo que los hechiceros que hacen el amor deshacen su poder —dijo él de repente.

Ella no dijo nada, sacaba lo que había dentro de la cesta, dividiendo todo entre los dos.

—¿Crees que eso es verdad? —le preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—No —le contestó. Se quedó allí de pie sin poder decir una palabra. Después de un rato ella levantó la vista para mirarlo—. No —repitió con una voz suave y muy baja—, no creo que eso sea verdad. Creo que todos los poderes verdaderos todos los antiguos poderes, en la raíz son uno. —Él todavía seguía allí de pie, y ella dijo:— ¡Mira los melocotones! Están todos maduros. Tendremos que comérnoslos en seguida.

—Si te digo mi nombre —dijo él—, mi verdadero nombre...

—Yo te diría el mío —dijo ella—. Sí, así... sí, así es como debemos comenzar.

Comenzaron, sin embargo, con los melocotones.

Los dos eran tímidos. Cuando Medra cogió la mano de ella, la de él tembló, y Ascua, cuyo nombre era Elehal, se apartó de él con el ceño fruncido. Luego ella tocó su mano muy suavemente. Cuando él acarició su suave y brillante cabellera, ella parecía solamente estar soportando sus caricias, y entonces él se detuvo. Cuando trató de abrazarla, ella estaba rígida, rechazándolo. Luego ella se dio vuelta y, feroz, repentina y torpemente, lo cogió entre sus brazos. No fue la primera noche, ni las primeras noches, que pasaron juntos, las que les dieron a ninguno de ellos demasiado placer o comodidad. Pero aprendieron el uno del otro, y pasaron por la vergüenza y el temor, hasta llegar a la pasión. Fue entonces cuando sus largos días en el silencio del bosque, y sus largas noches iluminadas por las estrellas, fueron una alegría para ellos.

Cuando Velo acudió desde el pueblo para traerles lo que quedaba de los últimos melocotones, ellos se rieron; los melocotones eran el mismísimo emblema de su felicidad. Intentaron hacer que se quedara y cenara con ellos, pero ella no quiso. —Quedaos aquí mientras podáis —les dijo.

El verano terminó demasiado pronto aquel año. Las lluvias llegaron tempranas; la nieve cayó en otoño incluso tan al sur como está Roke. Una tormenta después de la otra, como si los vientos se hubieran sublevado furiosos contra las alteraciones y las intromisiones de los hombres astutos. Las mujeres se reunían se sentaban junto al fuego en las solitarias granjas; la gente se juntaba alrededor de los hogares en el pueblo de Zuil. Escuchaban el soplar del viento y el caer de la lluvia, o el silencio de la nieve. Fuera de la Bahía de Zuil, el mar retumbaba en los arrecifes y en los acantilados, todo alrededor de las costas de la isla, un mar al que ningún barco podía aventurarse a salir.

Lo que tenían lo compartían. En eso era verdaderamente la Isla de Morred. Nadie en Roke pasó hambre o se quedó sin techo, aunque nadie tenía mucho más de lo que necesitaba. Escondidos del resto del mundo, no solamente por el mar y las tormentas sino también por sus defensas que disfrazaban la isla y desviaban a los barcos, trabajaban y hablaban y cantaban los cantares, El Villancico del invierno y La Gesta del Joven Rey. Y tenían libros, las Crónicas de Enlad y la Historia de los héroes sabios. Las mujeres y los hombres más ancianos leían estos preciados libros en voz alta en una habitación junto al embarcadero, donde las pescadoras fabricaban y remendaban sus redes. Allí había un hogar, y ellas encendían el fuego. La gente acudía incluso desde granjas que estaban en

la otra punta de la isla para oír las historias leídas, escuchando en silencio, atentamente. —Nuestras almas están hambrientas —decía Ascua.

Vivía con Medra en su pequeña casa, que no estaba muy lejos de la Casa de la Red, aunque pasaba muchos días con su hermana Velo. Ascua y Velo habían pasado su infancia en una granja cerca de Zuil-burgo hasta que los asaltantes llegaron desde Wathort. Su madre las escondió en un sótano de la granja, y luego utilizó sus hechizos para tratar de defender a su esposo y a sus hermanos, quienes no se escondían, sino que peleaban contra los asaltantes. Fueron asesinados junto con su ganado. Las casas y los graneros fueron incendiados. Las niñas se quedaron en el sótano aquella noche y las noches siguientes. Los vecinos que llegaron finalmente para enterrar los cuerpos ya en estado de putrefacción encontraron a las dos niñas, silenciosas, famélicas, armadas con un azadón y una reja de arado rota, listas para defender los montones de piedras y de tierra que habían apilado sobre sus cabezas.

Medra sabía tan sólo un atisbo de la historia de Ascua. Una noche, Velo, que era tres años mayor que Ascua y tenía aquellos recuerdos mucho más nítidos en su memoria, se la contó por completo. Ascua se sentó con ellos, escuchando en silencio.

En recompensa, él les habló a Velo y a Ascua de las minas de Samory, y acerca del mago Gelluk, y de Anieb, la esclava.

Cuando terminó, Velo se quedó en silencio durante un buen rato y luego dijo:

—Eso era lo que querías decir, cuando llegaste aquí: No pude salvar a la única que me salvó.

—Y tú me preguntaste: ¿Qué puedes decirme que me permita confiar en ti?

—Ya me lo has dicho —dijo Velo.

Medra le cogió la mano y apoyó su frente contra ella. Al contar su historia había retenido las lágrimas. Ahora no podía hacerlo.

—Ella me dio la libertad —dijo—. Y todavía siento que todo lo que hago lo hago a través de ella y por ella. No, no por ella. No podemos hacer nada por los muertos. Pero por...

—Por nosotros —dijo Ascua—. Por nosotros que vivimos, escondidos, ni muertos ni matando. Los muertos están muertos. Los grandes y poderosos recorren su camino libremente. Toda la esperanza que queda en el mundo está en la gente de poca importancia.

—¿Acaso deberemos escondernos siempre?

—Has hablado como un hombre —dijo Velo con su dulce y doliente sonrisa.

—Sí —dijo Ascua—. Debemos ocultarnos, y para siempre si es necesario. Porque no queda nada más que morir o matar, más allá de estas costas. Tú lo dices, y yo lo creo.

—Pero no puedes esconder el verdadero poder —dijo Medra—. No durante mucho tiempo. Muere al estar oculto, al no ser compartido.

—La magia no morirá en Roke —dijo Velo—. En Roke todos los hechizos son fuertes. Eso es lo que dijo el mismo Ath. Y tú has caminado bajo los árboles... Nuestro trabajo debe ser mantener esa fuerza. Esconderla, sí. Acumularla, como un joven dragón acumula su fuego. Y compartirla. Pero únicamente aquí. Ir pasándola, de uno a otro, aquí, donde está segura, y donde los ladrones y los asesinos más poderosos menos la buscarían, ya que nadie aquí tiene ninguna importancia. Y un día el dragón recuperará su fuerza. Si requiere mil años...

—Pero fuera de Roke —dijo Medra—, hay personas comunes que trabajan como esclavos y pasan hambre y mueren en la miseria. ¿Deben seguir así durante mil años sin esperanza?

Miraba a las dos hermanas una y otra vez: una tan apacible y tan inflexible, la otra, debajo de su dureza, rápida y tierna como la primera llama de un fuego cautivador.

—En Havnor —dijo él—, lejos de Roke, en una aldea del Monte Onn, entre gente que no sabe nada del mundo, todavía hay mujeres de la Mano. Esa red no se ha roto después de tantos años. ¿Cómo se tejió?

—Astutamente —le contestó Ascua.

—¡Y se arrojó muy lejos! —Miró a una y la otra una vez más.— No fui bien educado en la ciudad de Havnor —dijo—. Mis maestros me dijeron que no debía utilizar la magia con malos propósitos, pero ellos vivían con miedo y no tenían fuerza contra los poderosos. Me dieron todo lo que tenían para dar, pero era poco. Fue de pura casualidad que no me equivoqué. Y gracias al don de fuerza que Anieb me diera. Si no hubiese sido por ella todavía sería el sirviente de Gelluk. Sin embargo, a ella misma no le habían enseñado nada, y por eso fue esclavizada. Si la hechicería todavía es enseñada por los mejores y utilizada con malos propósitos por los poderosos, ¿cómo crecerá nuestra fuerza aquí? ¿De qué se alimentará el joven dragón?

—Esto es el centro —dijo Velo—. Debemos permanecer en el centro. Y esperar.

—Tenemos que dar lo que debemos dar —dijo Medra—. Si todos excepto nosotros son esclavos, ¿de qué sirve nuestra libertad?

—El verdadero arte prevalece sobre el falso. El todo no cambiará —dijo Ascua, frunciendo el ceño. Estiró el atizador para juntar a sus tocayas en el hogar, y de un golpe derribó la pila y la hizo arder—. Eso lo sé. Pero nuestras vidas son cortas, y el todo es muy extenso. Si tan sólo Roke fuera ahora lo que solía ser, si tuviéramos más gente del verdadero arte reunida aquí, enseñando y aprendiendo, y también preservando...

—Si Roke fuera ahora lo que solía ser, conocida por su fortaleza, aquellos que nos temen vendrían otra vez a destruirnos —dijo Velo.

—La solución yace en guardar el secreto —dijo Medra—. Pero también yace ahí el problema.

—Nuestro problema es con los hombres —dijo Velo—, si me disculpas, querido hermano. Los hombres tienen más importancia para otros hombres que las mujeres y los niños. Podríamos tener cincuenta brujas aquí, y apenas nos prestarían algo de atención. Pero si hubieran sabido que teníamos cinco hombres poderosos, habrían buscado destruirnos nuevamente.

—Así que aunque había hombres entre nosotras, éramos conocidas como las mujeres de la Mano —dijo Ascua.

—Todavía lo sois —dijo Medra—. Anieb era una de vosotras. Ella y vosotras y todos nosotros vivimos en la misma prisión.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Velo.

—¡Aprender nuestra fuerza! —le contestó Medra.

—Una escuela —dijo Ascua—. Donde los sabios puedan venir a aprender unos de otros, a estudiar el todo... El Bosquecillo nos protegería.

—Los señores de la guerra detestan a los estudiantes y a los maestros —dijo Medra.

—Creo que también les temen —dijo Velo.

Y así siguieron hablando, durante aquel largo invierno, y otros hablaron con ellos. Lentamente, sus conversaciones pasaron de ser visiones a ser intenciones, de ser deseos a ser planes. Velo siempre era prudente, advirtiendo de los peligros. Duna, el de los cabellos blancos, estaba tan entusiasmado que Ascua dijo que quería comenzar a enseñar magia a todos los niños de Zuil. Una vez que Ascua comenzó a creer que la libertad de Roke consistía en ofrecerles a otros la libertad, dedicó su mente por completo a tratar de encontrar la manera en que las mujeres de la Mano pudieran recuperar su fuerza otra vez. Pero su mente, formada por sus largas soledades entre los árboles, siempre buscaba la forma y la claridad, y entonces dijo: —¿Cómo podemos enseñar nuestro arte cuando no sabemos lo que es?

Y todas las mujeres sabias de la isla hablaron acerca de aquello: Cuál era el verdadero arte de la magia y cuándo se convirtió en falsa; cómo se mantenía o se perdía el equilibrio

de las cosas; qué oficios eran necesarios, cuáles eran útiles, cuáles peligrosos; por qué alguna gente tenía un don pero no otro, y si uno podía o no aprender un arte para el cual no poseía un don innato. En tales discusiones, se crearon los nombres que desde entonces han sido asignados a los poderes: descubrir, trabajar con el clima, transformar, curar, invocar, crear formas, nombrar, y los oficios de la ilusión, y el conocimiento de los cantares. Éstas son las artes de los Maestros de Roke incluso ahora, a pesar de que el cantor ocupó el lugar del descubridor cuando el descubrir comenzó a ser considerado un mero oficio provechoso, indigno de un mago.

Y fue con estas discusiones como comenzó la escuela de Roke.

Hay algunos que dicen que los comienzos de la escuela fueron muy diferentes. Dicen que Roke solía ser gobernada por una mujer llamada la Mujer Oscura, que estaba confabulada con los Antiguos Poderes de la tierra. Dicen que vivía en una cueva debajo del Collado de Roke, que nunca salía a la luz del día, pero que tejía inmensos hechizos sobre la tierra y el mar que obligaban a los hombres a llevar a cabo sus malvadas intenciones, hasta que el primer Archimago llegó a Roke, abrió la cueva y entró en ella, derrotó a la Mujer Oscura y ocupó su lugar.

En esta historia hay una sola verdad, y es que ciertamente uno de los primeros Maestros de Roke abrió una gran caverna y entró en ella. Pero, a pesar de que las raíces de Roke son las raíces de todas las islas, esa caverna no estaba en Roke.

Y es verdad que en los tiempos de Medra y de Elehal, la gente de Roke, hombres y mujeres, no le temía a los Antiguos Poderes de la tierra, sino que los veneraba, intentaba obtener de ellos fuerza y visión. Eso cambió con los años.

Aquel año la primavera llegó tarde otra vez, fría y tormentosa. Medra se puso a construir barcos. Para cuando florecieron los melocotones, había hecho un esbelto y sólido barco, preparado para adentrarse en lo profundo del mar, construido de acuerdo con el estilo de Havnor. Lo llamó Esperanza. No mucho después navegó con él fuera de la Bahía de Zuil, sin ningún acompañante. —Búscame cuando termine el verano —le dijo a Ascua.

—Estaré en el Bosquecillo —dijo ella—. Y mi corazón contigo, mi oscura nutria, mi blanca golondrina, mi amor, Medra.

—Y el mío contigo, mi ascua de fuego, mi árbol floreciente, mi amor, Elehal.

En el primero de sus viajes de descubrimiento, Medra, o Golondrina como solían llamarlo, navegó hacia el norte por el Mar Interior hasta Orrimy, donde había estado hacía algunos años. Allí había gente de la Mano en la cual confiaba. Uno de ellos era un hombre llamado Cuervo, un rico solitario que no tenía ningún don para la magia, pero sí una gran pasión por lo que estaba escrito, por los libros del saber popular y de la historia. Era Cuervo quien había, tal como él decía, hundido la nariz de Golondrina en un libro hasta que fue capaz de leerlo. —¡Los magos analfabetos son la maldición de Terramar! —gritaba—. ¡El poder ignorante es una cruz! —Cuervo era un hombre extraño, siempre tenía que salirse con la suya, era arrogante, obstinado y, en defensa de su pasión, valiente. Había desafiado el poder de Losen hacía años, había entrado al Puerto de Havnor disfrazado y se había ido de allí con cuatro libros de una antigua biblioteca real. Acababa de obtener, y estaba inmensamente orgulloso de ello, un tratado de Way sobre el mercurio—. Eso también se lo quité a Losen enfrente de sus narices —le dijo a Golondrina—. ¡Ven a echarle un vistazo! Perteneció a un famoso mago.

—Tinaral —dijo Golondrina—. Yo lo conocí.

—El libro es basura, ¿verdad? —preguntó Cuervo, que era rápido para captar señales si tenían que ver con libros.

—No lo sé. Yo ando tras una presa más grande. —Cuervo ladeó la cabeza.— El Libro de los Nombres.

—Se perdió con Ath cuando partió rumbo al oeste —dijo Cuervo.

—Un mago llamado Grandragón me dijo que cuando Ath se quedó en Pendor, le dijo a un mago de allí que le había dejado el Libro de los Nombres a una mujer en las Noventa Islas para que lo protegiera.

—¡Una mujer! ¡Para que lo protegiera! ¡En las Noventa Islas! ¿Estaba loco?

Cuervo despotricó, pero ante la mera idea de que el Libro de los Nombres todavía pudiera existir, estaba preparado para partir rumbo a las Noventa Islas tan pronto como golondrina quisiera.

Así que navegaron hacia el sur a bordo del Esperanza, desembarcaron primero en la maloliente Geath, y luego, disfrazados de vendedores ambulantes, se abrieron camino de una isleta a otra entre canales laberínticos. Cuervo había abastecido el barco con mejores mercancías de las que la gran mayoría de los habitantes de las Islas estaban acostumbrados a ver, y Golondrina las ofrecía a precios justos, mayoritariamente en trueque, ya que había poco dinero entre los isleños. Su popularidad llegaba antes que ellos. Se sabía que comerciaban por libros, si los libros eran viejos y extraños. Pero en las Islas todos los libros eran viejos y todos eran extraños, los que había.

Cuervo estaba encantado con obtener un bestiario manchado de agua de la época de Akambar en trueque por cinco botones de plata, un cuchillo con la empuñadura de perlas, y un cuadrado de seda Lorbanery. Se sentaba en el Esperanza y canturreaba sobre las antiguas descripciones de harikki y otak y icebear. Golondrina, en cambio, desembarcaba y recorría todas las islas, enseñando sus mercancías en las cocinas de las amas de casa y en las poco animadas tabernas donde se sentaban los hombres más ancianos. A veces cerraba el puño distraídamente y luego levantaba la mano abriendo la palma, pero nadie allí le devolvía el gesto.

—¿Libros? —les preguntó un trenzador bastante descuidado en el norte de Sudidi—. ¿Cómo ése de allí? —señaló unas largas tiras de vitela que habían sido utilizadas para techar su casa—. ¿Estas cosas sirven para algo más? —Cuando Cuervo levantó la vista y vio las palabras, visibles aquí y allá entre los desparejos salientes del alero, comenzó a temblar de rabia. Golondrina se apresuró a llevarlo al barco antes de que explotara.

—Era sólo el manual de un curandero de bestias —admitió Cuervo, cuando ya estaban navegando otra vez y se había calmado un poco—. «Spavined», pude leer, y algo acerca de las ubres de las ovejas. ¡Si no fuera por la ignorancia!, ¡la bruta ignorancia! ¡Techar su casa con eso!

—Y eran conocimientos útiles —dijo Golondrina—. ¿Cómo puede la gente no ser ignorante cuando el conocimiento no se salva, no se enseña? Si todos los libros pudieran juntarse en un mismo sitio...

—Como la Biblioteca de los Reyes —dijo Cuervo, soñando con glorias perdidas.

—O tu biblioteca —dijo Golondrina, quien se había convertido en un hombre mucho más astuto de lo que solía ser.

—Fragmentos —dijo Cuervo, menospreciando el trabajo de toda su vida—. ¡Restos!

—Comienzos —dijo Golondrina.

Cuervo sólo suspiró.

—Creo que podríamos ir otra vez hacia el sur —dijo Golondrina, conduciendo el barco hacia el canal abierto—. Rumbo a Pody.

—Tienes un don para los negocios —le dijo Cuervo—. Sabes dónde buscar. Fuiste directamente a aquel bestiario en el granero... Pero aquí no hay mucho que buscar. Nada de importancia. ¡Ath no hubiera dejado el más grande de todos los libros de saber popular entre unos patanes que lo convertirían en un tejado! Llévanos a Pody si quieres. Y luego de regreso a Orrimy. Ya he tenido suficiente.

—Y nos estamos quedando sin botones —dijo Golondrina. Estaba contento; tan pronto como había pensado en Pody supo que estaba yendo en la dirección correcta—. Tal vez pueda encontrar algunos por el camino —dijo—. Es mi don, sabes.

Ninguno de los dos había estado en Pody. Era una isla del sur con un pueblo portuario bonito pero poco animado y bastante antiguo, Telio, construido de piedra arenisca rosada, y campos y huertas que deberían haber sido fértiles. Pero los señores de Wathort habían gobernado allí durante un siglo, cobrando impuestos y buscando esclavos y agotando las tierras y las personas del lugar. Las soleadas calles de Telio eran tristes y sucias. La gente vivía en ellas como en un yermo, en tiendas de campaña y en cobertizos hechos de chatarra, e incluso sin refugio alguno.

—Oh, esto no servirá —dijo Cuervo, lleno de asco, esquivando una pila de excremento humano—. ¡Estas criaturas no tienen libros, Golondrina!

—Espera, espera —dijo su compañero—. Dame un día.

—Es peligroso —le contestó Cuervo—, y no tiene sentido. —Pero no hizo ninguna otra objeción. El modesto e ingenuo muchacho al que había enseñado a leer se había convertido en su insondable guía.

Lo siguió bajando una de las calles principales y por ella hasta una zona de casas pequeñas, el barrio de los antiguos tejedores. En Pody se había cultivado el lino, y había construcciones de piedra para su enriamiento, ahora en su mayoría fuera de uso, y también telares que se veían desde las ventanas de algunas de las casas. En una pequeña plaza donde había algo de sombra del ardiente sol, cuatro o cinco mujeres estaban sentadas hilando junto a un pozo. Algunos niños jugaban cerca de ellas, apáticos ante el calor, delgados, mirando fijamente a los extraños sin demasiado interés. Golondrina había caminado hasta allí sin dudarlo, como si supiera adonde estaba yendo. En ese momento se detuvo y saludó a las mujeres.

—Oh, hermoso hombre —dijo una de las mujeres con una sonrisa—, ni siquiera nos enseñes lo que tenéis allí, en vuestro saco, porque no tengo ni un centavo de cobre ni de marfil, y hace un mes que no veo ninguno.

—Sin embargo, tal vez tenga un poco de lino, ¿verdad, señora? ¿Tejido o hilado? El lino de Pody es el mejor, eso es lo que he oído en un sitio tan lejano como Havnor. Y yo puedo determinar la calidad de lo que estáis hilando. Es una hebra preciosa, por cierto. —Cuervo observaba a su compañero con regocijo y algo de desdén; él mismo podía negociar por un libro muy astutamente, pero charlar con mujeres comunes acerca de botones y de hebras era indigno de él.— Simplemente dejadme enseñaros esto —iba diciendo Golondrina mientras extendía el contenido de su paquete sobre los adoquines, y las mujeres y los sucios y tímidos niños se acercaban para ver las maravillas que les enseñaba—. Telas tejidas es lo que estamos buscando, y hebras imperecederas, y otras cosas también, nos faltan botones. ¿Tal vez tuvierais algunos de cuerno o de hueso? Yo os daría una de estas pequeñas gorras de terciopelo de aquí por tres o cuatro botones. O uno de estos rollos de cinta; mirad el color que tienen. ¡Quedaría hermoso con vuestro cabello, señora! O papel, o libros. Nuestros señores en Orrimy están buscando este tipo de cosas, si tenéis algunas guardadas, tal vez.

—Oh, sois un hermoso hombre —dijo la mujer que había hablado primero, riendo, mientras él sostenía la cinta roja sobre su trenza negra—. ¡Y me gustaría tener algo para vos!

—No me atreveré a pedir un beso —dijo Medra—, pero ¿una mano abierta, tal vez?

Hizo el gesto; ella lo miró durante un segundo. Eso es fácil —dijo suavemente, y le devolvió el gesto—, pero no siempre seguro entre extraños.

Siguió mostrándoles sus mercancías y bromeando con las mujeres y con los niños. Nadie compró nada. Miraban fijamente las baratijas como si fueran tesoros. Les dejó que miraran y tocaran todo lo que quisieran; de hecho permitió que uno de los niños birlara un pequeño espejo de latón pulido, viendo cómo desaparecía por debajo de la harapienta camisa sin decir nada. Finalmente dijo que debía seguir adelante, y los niños se dispersaron mientras él plegaba su paquete.

—Tengo una vecina —dijo la mujer de la trenza negra— que quizá tendría algo de papel, si es que es eso lo que buscas.

—¿Escrito? —preguntó Cuervo, quien había permanecido sentado sobre el brocal del pozo, aburrido—. ¿Tiene marcas?

Ella lo miró de arriba abajo. —Tiene marcas, señor —le contestó. Y luego, dirigiéndose a Golondrina, y con un tono diferente—: Si quisierais venir conmigo, ella vive por aquí. Y a pesar de que es tan sólo una niña, y pobre, os diré, vendedor ambulante, que tiene una mano abierta. Aunque tal vez no todos nosotros la tengamos.

—Tres de tres —dijo Cuervo, esbozando el gesto—, así que ahórrate tu vinagre, mujer.

—Oh, sois vos el que lo está desperdiciando, señor. Nosotros aquí somos gente pobre. E ignorante —le contestó ella. Lo miró durante un segundo y siguió adelante.

Los llevó hasta una casa que estaba al final de una callejuela. Alguna vez habría sido un hermoso lugar, dos plantas construidas con piedras, pero ahora estaba medio vacía, pintarrajeada, las piedras de la fachada y los marcos de las ventanas habían sido arrancados. Atravesaron un patio que tenía un pozo. Ella golpeó la puerta lateral, y una niña la abrió.

—Ah, es la guarida de una bruja —exclamó Cuervo ante el olorcillo de hierbas y humo aromático, y se echó hacia atrás.

—Curanderas —dijo su guía—. ¿Está enferma otra vez, Dory?

La niña asintió con la cabeza, mirando a Golondrina, y luego a Cuervo. Tenía trece o catorce años, corpulenta aunque delgada, con una mirada hosca y firme.

—Son hombres de la Mano, Dory, uno bajo y hermoso y el otro alto y orgulloso, y dicen que están buscando papeles. Sé que tú solías tener algunos, aunque puede que ahora no tengas nada. No tienen nada que necesites, pero podría ser que pagaran un poco de marfil por lo que ellos quieren, ¿no es así?

—Posó sus brillantes ojos en Golondrina, y él asintió con la cabeza.

—Está muy enferma, Rush —dijo la niña. Miró nuevamente a Golondrina—. ¿No sois vos un curandero? —Era una acusación.

—No.

—Ella lo es —dijo Rush—. Como su madre, y la madre de su madre. Déjanos entrar, Dory, o al menos a mí, para hablar con ella. —La niña entró un momento, y Rush le dijo a Medra:— Su madre se está muriendo de tisis. Ningún curandero ha podido curarla. Pero ella podía curar la escrófula, y aliviar el dolor con sólo tocar. Una maravilla es lo que era, y Dory promete seguir sus pasos.

La niña se asomó y les hizo un gesto para que entraran. Cuervo prefirió esperar fuera. La habitación era alta y larga, con rastros de una antigua elegancia, pero muy vieja y muy pobre. La parafernalia y las hierbas secas de los curanderos estaban por todas partes, aunque alineadas en cierto orden. Cerca de la magnífica chimenea de piedra, donde estaban quemando una pequeñísima brizna de hierbas dulces, había un canasto. La mujer que yacía en él estaba tan demacrada que bajo la luz tenue no parecía nada más que huesos y sombras. A medida que Golondrina se iba acercando, ella trataba de sentarse y de hablar. Su hija le levantó la cabeza sobre la almohada, y cuando Golondrina estuvo bien cerca pudo oírla: —Mago —dijo ella—. No ha sido casualidad.

Siendo una mujer de poder, sabía lo que era él. ¿Acaso ella lo había llamado para que acudiera?

—Soy un descubridor —dijo él—. Y un buscador.

—¿Puedes enseñar a mi hija?

—Puedo llevarla con aquellos que pueden hacerlo.

—Hazlo.

—Lo haré.

Volvió a apoyar su cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Conmocionado por la intensidad de aquel deseo, Golondrina se enderezó y tomó aire profundamente. Miró a su alrededor hasta ver a la niña, Dory. Ella no le devolvió la mirada, miraba a su madre con un dolor impasible y hosco. Sólo después de que la mujer se hundiera en el sueño, Dory se movió, iba a ayudar a Rush, quien, como amiga y vecina, se había convertido en alguien muy valioso, y estaba recogiendo unos trapos empapados de sangre que estaban desperdigados junto a la cama.

—Ha sangrado otra vez hace un momento, y no pude detenerlo —dijo Dory. Las lágrimas le brotaban de los ojos y le bajaban por las mejillas. Su rostro apenas cambió.

—Oh niña, oh corderito —dijo Rush, tomándola entre sus brazos; pero a pesar de que a su vez abrazaba a Rush, Dory no se quebró.

—Está yendo allí, al muro, y yo no puedo ir con ella —dijo—. Está yendo sola y yo no puedo ir con ella. ¿No puedes tú ir hasta allí? —De repente se alejó de Rush, mirando nuevamente a Golondrina.— ¡Tú sí puedes ir!

—No —dijo él—. No conozco el camino.

Sin embargo, mientras Dory hablaba, él vio lo que ella veía: una extensa colina que se hundía en la oscuridad, y al otro lado de ella, en el borde del crepúsculo, un bajo muro de piedras. Y mientras miraba pensaba que veía a una mujer caminando junto al muro, muy delgada, inmaterial, huesos, sombras. Pero no era la mujer moribunda que estaba en la cama. Era Anieb.

Luego aquello desapareció y él se descubrió de pie frente a la niña bruja. Su mirada de acusación fue cambiando lentamente. Se cubrió el rostro con las manos.

—Tenemos que dejar que se marchen —dijo él.

Y ella contestó: —Lo sé.

Rush miraba a uno y a otro con sus agudos y brillantes ojos. —No eres solamente un hombre mañoso —dijo—, sino también un hombre astuto. Bueno, no eres el primero.

Él se quedó pensativo.

—A ésta la llaman la Casa de Ath —prosiguió ella.

—Él vivió aquí —dijo Dory, un atisbo de orgullo atravesó por un instante su impotente dolor—. El Mago Ath. Hace mucho tiempo. Antes de partir hacia el peste. Todas mis antepasadas eran mujeres sabias. Él se quedó aquí. Con ellas.

—Dame un cubo —dijo Rush—. Traeré agua para mojar estos trapos.

—Yo traeré el agua —dijo Golondrina. Cogió el cubo, salió al patio y se dirigió hacia el pozo. Igual que antes, Cuervo estaba sentado sobre el brocal, aburrido e impaciente.

—¿Por qué estamos aquí perdiendo el tiempo? —le preguntó, mientras Golondrina bajaba el cubo hacia el interior del pozo—. ¿Ahora estás buscando y cargando agua para las brujas?

—Sí —le contestó Golondrina—, y lo seguiré haciendo hasta que la mujer muera. Y luego llevaré a su hija hasta Roke. Y si quieres leer el Libro de los Nombres, puedes venir con nosotros.

Así fue como la escuela de Roke tuvo su primer alumno, el que llegó del otro lado del mar, junto con su primer bibliotecario. El Libro de los Nombres, que está guardado ahora en la Torre Solitaria, fue la base del conocimiento y del método del Nombramiento, la base de la magia de Roke. La niña Dory, que como ellos decían les enseñó a sus maestros, se convirtió en la señora de todas las artes de curación y de la ciencia de las hierbas, y estableció esa maestría con grandes honores en Roke.

Con respecto a Cuervo, incapaz de separarse del Libro de los Nombres ni siquiera durante un mes, envió a que recogieran sus propios libros en Orrimy y se estableció en Zuil con ellos. Permitía que la gente de la escuela los estudiara, siempre y cuando les mostrara, a él y a ellos, el debido respeto.

Y así fueron pasando los años para Golondrina. A finales de primavera partía en el Esperanza, buscando y descubriendo gente para la escuela de Roke, niños y jóvenes, en su mayoría, que tenían un don para la magia, y a veces mujeres y hombres adultos. La

mayoría de los niños eran pobres, y aunque no se llevaba a ninguno de ellos contra su voluntad, sus padres o sus señores pocas veces sabían la verdad: Golondrina era un pescador que quería un muchacho para que trabajase con él en el barco, o una muchacha para entrenarla en los galpones donde se tejía, o estaba comprando esclavos para su señor en otra isla. Si enviaban a un niño con él para darle una oportunidad, o si vendían a un niño a causa de su pobreza para que trabajara para él, les pagaba con marfil verdadero; si le vendían un niño como esclavo, les pagaba con oro, y al día siguiente había desaparecido, cuando el oro se convertía nuevamente en excremento de vaca.

Viajó hasta muy lejos en el Archipiélago, incluso llegó hasta el Confín del Levante. Nunca iba dos veces al mismo pueblo o a la misma isla sin dejar pasar unos cuantos años en medio, para que su rastro se enfriara. Pero aun así se comenzó a hablar de él. El que se Lleva a los Niños, lo llamaban, un terrible hechicero que llevaba niños a su isla en el helado norte y allí les chupaba la sangre. En aldeas de Way y Felkway todavía les hablan a los niños de El que se Lleva a los Niños, para que desconfíen de los extraños.

Para entonces había mucha gente de la Mano que sabía lo que estaba en marcha en Roke. Los jóvenes llegaban allí enviados por ellos. Hombres y mujeres iban a que se les enseñara y a enseñar. Muchos de ellos tenían grandes dificultades para llegar hasta allí, porque los hechizos que ocultaban la isla eran más fuertes que nunca, haciéndola parecer simplemente una nube, o un arrecife entre inmensas olas; y el viento de Roke soplaba, lo cual mantenía a cualquier barco alejado de la Bahía de Zuil a menos que hubiese un hechicero a bordo que supiera cómo cambiar ese viento. Así y todo, llegaban, y a medida que fueron pasando los años se necesitó una casa más grande para la escuela que cualquiera que hubiera en Zuilburgo.

En el Archipiélago, los hombres construían barcos y las mujeres construían casas, ésa era la costumbre; pero cuando tenían que construir un gran edificio, las mujeres permitían que los hombres trabajaran con ellas, no tenían las supersticiones de las mineras, que procuraban mantener a los hombres lejos de las minas, o las de los carpinteros de navíos, que prohibían a las mujeres observar una quilla colocada. Así que ambos, hombres y mujeres de gran poder, construyeron la Casa Grande en Roke. Su piedra angular fue colocada en la cima de una colina sobre el Pueblo de Zuil, cerca del Bosquecillo y de cara al Collado. Sus paredes fueron hechas no sólo de piedra y madera, sino que también fueron fortalecidas con hechizos y sus cimientos estaban llenos de magia.

De pie en aquella colina, Medra había dicho: —Hay una vena de agua, justo debajo de donde me encuentro, que no se secará.

Excavaron cuidadosamente y llegaron hasta el agua; dejaron que se disparara hacia arriba, a la luz del sol; y la primera parte de la Casa Grande que hicieron fue su más íntimo lugar, el patio de la fuente.

Allí Medra caminó con Elehal sobre el pavimento blanco, antes de que hubiera ninguna pared construida a su alrededor.

Ella había plantado junto a la fuente un joven serbal que había sacado del Bosquecillo. Se acercaron para asegurarse de que estaba creciendo bien. El viento de la primavera soplaba fuerte, hacia el mar, más allá del Collado de Roke, haciendo salpicar el agua de la fuente. Arriba, en la cuesta del Collado, pudieron ver a un pequeño grupo de personas: un círculo de jóvenes estudiantes aprendiendo cómo hacer trucos de ilusión con el hechicero Hega de O, al que llamaban Maestro Mano. Las hierbas centellas, que ya habían florecido, arrojaban sus cenizas al viento. Había mechones grises en los cabellos de Ascua.

—Entonces te vas —dijo ella—, y nos dejas a nosotros para que arreglemos este asunto de la Norma. —Parecía enojado, como siempre, pero su voz raramente sonaba tan áspera como ahora cuando le hablaba a él.

—Me quedaré si quieres, Elehal.

—Sí que quiero que te quedes. ¡Pero no te quedes! Eres un descubridor, tienes que salir a descubrir. Es sólo que ponerse de acuerdo en la Manera, o en la Norma, como Waris quiere que la llamemos, es el doble de trabajo que construir la Casa. Y provoca diez veces más discusiones. ¡Me gustaría poder escaparme de ello! Me gustaría tan sólo poder caminar contigo, así... Y me gustaría que no fueras hacia el norte.

—¿Por qué discutimos? —preguntó él con un tono de voz bastante triste.

—¡Porque es más fuerte que nosotros! Reúne a veinte o treinta personas de poder en una habitación, cada uno querrá salirse con la suya. Y tú juntas a hombres que siempre se han salido con la suya, con mujeres que se han salido con la de ellas, y terminarán resentidos unos con otros. Y además, hay también algunas divisiones verdaderas y reales entre nosotros, Medra. Ellos tienen que tranquilizarse, y no pueden ser tranquilizados fácilmente. Aunque un poco de buena voluntad ayudaría bastante.

—¿Se trata de Waris?

—Waris y muchos otros hombres. Y es que ellos son hombres, y le dan más importancia a eso que a cualquier otra cosa. Para ellos, los Poderes Antiguos son abominables. Y los poderes de las mujeres son sospechosos, porque suponen que todos ellos están relacionados con los Poderes Antiguos. ¡Como si esos Poderes fueran a ser controlados o utilizados por algún alma mortal! Pero ellos ponen a los hombres donde nosotros ponemos al mundo. Y entonces sostienen que un verdadero mago debe ser hombre. Y célibe.

—Ah, eso —dijo Medra alicaído.

—Sí, justamente eso. Mi hermana me dijo anoche que ella, Ennio y las carpinteras se han ofrecido para construirles una parte de la Casa que sea únicamente de ellos, o incluso una casa separada, para que puedan mantenerse puros.

—¿Puros?

—No son mis palabras, son las de Waris. Pero ellos se han negado. Quieren que la Norma de Roke separe a los hombres de las mujeres, y quieren que sean los hombres quienes tomen todas las decisiones. Y así ¿qué compromisos podemos tomar con ellos? ¿Por qué vinieron hasta aquí, si no quieren trabajar con nosotras?

—Deberíamos echar a los hombres que se niegan a hacerlo.

—¿Echarlos? ¿A la fuerza? ¿Para que les digan a los señores de Wathort o de Havnor que unas brujas en Roke están tramando algo?

—Me olvido, siempre me olvido —dijo él, alicaído otra vez—. Olvido las paredes de la prisión. No soy tan tonto cuando estoy fuera de ellas... Cuando estoy aquí no puedo creer que sea una prisión. Pero fuera, sin ti, recuerdo... No quiero irme, pero tengo que irme. No quiero admitir que cualquier cosa aquí puede estar mal o salir mal, pero tengo que hacerlo... Esta vez me iré, e iré hacia el norte, Elehal. Pero cuando regrese me quedaré aquí. Lo que necesite descubrir lo descubriré aquí. ¿Acaso no lo he descubierto ya?

—No —le contestó ella—, sólo a mí... Pero hay mucho que buscar y que descubrir en el Bosquecillo. Suficiente como para impedir que incluso tú te sientas inquieto. ¿Por qué hacia el norte?

—Para extender la Mano en Enlad y en Éa. Nunca he ido allí. No sabemos nada de sus hechicerías. Enlad de los Reyes y la resplandeciente Éa, ¡la más antigua de las islas! Seguramente encontraremos aliados allí.

—Pero Havnor está entre nosotros —dijo ella.

—No navegaré por Havnor, querido amor. Planeo rodearla. Por agua. —Siempre conseguía hacerla reír; él era el único que podía. Cuando él no estaba, ella hablaba muy poco y era bastante ecuánime, habiendo aprendido la inutilidad de la impaciencia frente al trabajo que debe realizarse. A veces fruncía el ceño, a veces sonreía, pero no se reía. Cuando podía, iba al Bosquecillo sola, como lo había hecho siempre. Pero en aquellos años de la construcción de la Casa y la fundación de la escuela, raramente podía ir hasta allí, e incluso entonces solía llevar a un par de estudiantes para que aprendieran con ella

los caminos a través del bosque y las formas de las hojas; porque ella era la Hacedora de Formas.

Golondrina se fue de viaje bastante tarde aquel año. Llevaba con él a un niño de quince años, Mote, un prometedor hechicero de vientos y nubes que necesitaba entrenamiento en el mar, y a Sava, una mujer de sesenta años que había llegado a Roke con él, siete u ocho años antes. Sava había sido una de las mujeres de la Mano en la Isla de Ark. A pesar de que no tenía ningún tipo de don para la hechicería, sabía tan bien cómo hacer que un grupo de personas confiaran unos en otros y trabajaran juntos, que era venerada como una mujer sabia en Ark, y ahora en Roke. Le había pedido a Golondrina que la llevara a ver a su familia, a su madre, a su hermana y a sus dos hijos; él dejaría a Mote con ella y los traería de regreso a Roke cuando volviera. Así que partieron hacia el nordeste atravesando el Mar Interior con el clima estival, y Golondrina le pidió a Mote que pusiera un poco de viento de magia en su vela, para asegurarse de llegar a Ark antes de la Larga Danza.

Mientras costeaban aquella isla, él mismo puso una ilusión alrededor del Esperanza, de modo que no pareciera un barco sino un tronco a la deriva; porque había muchos piratas y mercaderes de esclavos de Losen en aquellas aguas.

Desde Sesesry, en la costa este de Ark, donde dejó a sus pasajeros después de haber bailado allí la Larga Danza, navegó por los Estrechos de Ebavnor, con la intención de dirigirse hacia el oeste siguiendo las costas australes de Omer. Mantuvo el hechizo de la ilusión alrededor de su barco. En la brillante claridad del pleno verano, con un viento del norte soplando, vio, a lo alto y a lo lejos, sobre el azul del estrecho y el más impreciso azul y marrón de la tierra, las largas crestas y la ingrávida cúpula del Monte Onn.

«Mira, Medra. ¡Mira!»

Era Havnor, su tierra, donde estaba su gente, ya fuera viva o muerta, no lo sabía; donde Anieb yacía en su tumba, allí arriba en la montaña. Nunca había regresado, nunca se había acercado tanto. ¿Hacía ya cuánto tiempo? Dieciséis años, diecisiete años. Nadie lo reconocería, nadie recordaría al niño Nutria, excepto la madre, el padre y la hermana de Nutria, si es que aún estaban vivos. Y seguramente habría gente de la Mano en el Gran Puerto. A pesar de que no los había conocido cuando era un niño, los conocería ahora.

Navegó por los amplios pasos hasta que el Monte Onn se escondió detrás de los promontorios en la desembocadura de la Bahía de Havnor. No volvería a verlo a menos que pasara a través de aquel estrecho pasaje. Entonces vería la montaña, toda su extensión y su cresta, sobre las tranquilas aguas donde solía intentar hacer soplar un viento de magia cuando tenía doce años; y si seguía navegando vería elevarse las torres desde el agua, borrosas al principio, meros puntos y líneas, y luego alzando sus brillantes banderas, la ciudad blanca en el centro del mundo.

Era simplemente cobardía lo que lo alejaba de Havnor, ahora temía por su pellejo, tenía miedo de descubrir que su gente había muerto, miedo de recordar a Anieb demasiado vividamente.

Porque había habido ocasiones en las que había sentido que, al igual que él la había invocado en vida, en la muerte podía invocarlo ella a él. El lazo que había entre ellos, el que los había unido y había permitido que ella lo salvara, no estaba roto. Muchas veces ella había acudido a sus sueños, de pie y en silencio, como lo estaba cuando él la vio por primera vez en la torre de Samory. Y él la había visto a ella, hacía muchos años, en la visión de la curandera moribunda de Telio, en el crepúsculo, junto al muro de piedras.

Ahora sabía, por Elehal y otros en Roke, lo que era aquella pared. Se levantaba entre los vivos y los muertos. Y en aquella visión, Anieb había caminado de este lado de la pared, no del lado que se hundía en la oscuridad.

¿Acaso le temía a ella, a quien lo había liberado?

Viró atravesando el fuerte viento, rodeó el Punto Sur y navegó hasta adentrarse en la Gran Bahía de Havnor.

Las banderas todavía ondeaban en las torres de la Ciudad de Havnor, y un rey todavía gobernaba allí; las banderas eran las de los pueblos y las islas capturadas, y el rey era el señor de la guerra Losen. Losen nunca abandonaba el palacio de mármol en el cual permanecía sentado todo el día, servido por esclavos, viendo la sombra de la espada de Erreth-Akbe deslizarse como la sombra de un gran reloj de sol por encima de los tejados allí abajo. Daba órdenes, y los esclavos decían: «Ya está hecho, su majestad». Celebraba audiencias, y los ancianos iban y decían:

«Obedecemos, su majestad». Invocaba a sus magos, y el mago Primitivo acudía, haciendo una reverencia muy profunda.

—¡Hazme caminar! —le gritaba Losen, golpeando las paralizadas piernas con sus débiles manos.

Y el mago le decía: —Su majestad, como vos sabéis, mi indigente arte no ha servido de nada, pero he enviado a buscar al mejor curandero de toda Terramar, que vive en la lejana Narveduen, y cuando él venga, su alteza seguramente volverá a caminar, sí, y bailará la Larga Danza.

Entonces Losen maldecía y gritaba, y sus esclavos le traían vino, y el mago se retiraba, haciendo una reverencia, y asegurándose mientras se iba de que el hechizo de parálisis permanecía intacto.

Era mucho más conveniente para él que Losen fuera el rey, a que él mismo tuviera que gobernar Havnor abiertamente. Los hombres de armas no confiaban en los hombres de astucia y no les gustaba servirles. No importaba cuáles fueran los poderes de un mago, a menos que fuera tan poderoso como el Enemigo de Morred, no podía unir armas y flotas si los soldados y los marinos decidían no obedecer. La gente estaba acostumbrada a temer y a obedecer a Losen, una vieja costumbre ahora y bien aprendida. Le atribuían los poderes que había tenido de temeraria estrategia, firme liderazgo y completa crueldad; y le atribuían también poderes que nunca había tenido, como por ejemplo el dominio de los magos que trabajaban para él.

No había magos trabajando para Losen ahora, excepto Primitivo y un par de humildes hechiceros. Con el permiso de Losen, Primitivo había desterrado o matado a sus rivales uno detrás de otro; desde hacía años disfrutaba de su exclusivo gobierno sobre todo Havnor.

Cuando era el aprendiz y el asistente de Gelluk, había animado a su maestro para que emprendiera los estudios del saber popular de Way, encontrando- se así libre mientras Gelluk estaba ausente, regocijándose con su mercurio. Pero el abrupto final de Gelluk lo había conmocionado. Había algo misterioso en ello, faltaba algún elemento o alguna persona. Invocando al eficaz Sabueso para que lo ayudara, Primitivo había realizado una investigación exhaustiva acerca de lo que había acontecido. Dónde estaba Gelluk, por supuesto, no era ningún misterio. Sabueso lo había rastreado hasta encontrarlo directamente en la cicatriz de una ladera, y dijo que estaba enterrado allí muy profundamente. Primitivo no tenía intención alguna de exhumarlo. Pero al muchacho que había estado con él, Sabueso no había podido rastrearlo: no pudo decir si estaba debajo de aquella colina con Gelluk, o si se había escapado. No había dejado rastros de hechizos como lo había hecho el mago, decía Sabueso, y había llovido mucho durante toda la noche siguiente. Cuando Sabueso pensó que había encontrado las huellas del muchacho, eran de una mujer, y estaba muerta.

Primitivo no castigó a Sabueso por su fallo, pero lo recordaba. No estaba acostumbrado a los errores y no le gustaban. No le gustó lo que Sabueso le dijo acerca de aquel muchacho, Nutria, y lo recordaba.

El ansia de poder se alimenta a sí misma, creciendo mientras devora. Primitivo sufría de hambre. Se moría de hambre. Gobernar Havnor le traía pocas satisfacciones, una

tierra de mendigos y granjeros pobres. ¿De qué servía poseer el Trono de Maharion si nadie se sentaba en él excepto un lisiado borracho? ¿Qué gloria había en los palacios de la ciudad cuando los únicos que vivían en ellos eran esclavos rastreros? Podía tener a cualquier mujer que quisiese, pero las mujeres le agotarían su poder, le quitarían toda su fuerza. No quería a ninguna mujer cerca de él. Ansiaba un enemigo: un oponente al que valiera la pena destruir.

Sus espías habían estado acudiendo a él durante un año o más murmurando acerca de una insurrección secreta a lo largo y a lo ancho de su reino, grupos rebeldes de hechiceros que se hacían llamar la Mano. Ansioso por encontrar a su enemigo, hizo que investigaran a uno de tales grupos. Resultaron ser un montón de mujeres ancianas, comadres, carpinteros, un cavador de fosos, un aprendiz de hojalatero, un par de niños pequeños. Humillado y enfurecido, Primitivo ordenó que los mataran junto con el hombre que los había delatado. Fue una ejecución pública, en nombre de Losen, por el crimen de conspiración contra el Rey. Tal vez últimamente no había habido ese tipo de intimidación. Pero iba contra sus principios. No le gustaba hacer un espectáculo público a costa de algunos tontos que lo habían engañado para que los temiera. Prefería lidiar con ellos a su manera, y cuando él lo dispusiese. Para que sea nutritivo, el miedo tiene que ser directo; necesitaba ver que la gente le tenía miedo, escuchar su terror, olerlo, saborearlo. Pero como gobernaba en nombre de Losen, era Losen quien debía ser temido por los ejércitos y los pueblos, y él mismo debía mantenerse en segundo plano, apañándose con eslavos y aprendices.

Hacía no mucho tiempo, había enviado a Sabueso a que lidiara con ciertos negocios, y cuando acabó su trabajo, el anciano le preguntó a Primitivo: —¿Has oído alguna vez hablar de la Isla de Roke?

—Al sur y al oeste de Kamery. Ha sido propiedad del Señor de Wathort durante cuarenta o cincuenta años.

A pesar de que raras veces abandonaba la ciudad, Primitivo se enorgullecía de su conocimiento de todo el Archipiélago, recogido de los informes de sus marinos y de los maravillosos mapas antiguos que se guardaban en el palacio. Los estudiaba durante noches enteras, dándole vueltas y vueltas hacia dónde y cómo podría extender su imperio.

Sabueso asintió con la cabeza, como si su localización fuera todo lo que le interesara de Roke.

—¿Y bien?

—Una de las ancianas que hiciste torturar antes de que los quemaran a todos, ¿sabes? Bueno, el tipo que lo hizo me lo contó. Hablaba de su hijo en Roke. Llamándolo para que viniese, sabes. Pero como si él tuviera el poder para hacerlo.

—¿Y?

—Me pareció extraño. Una anciana de una aldea del interior, que nunca había visto el mar, diciendo el nombre de una isla tan lejana como ésa.

—El hijo era un pescador que le hablaba de sus viajes.

Primitivo agitó sus manos. Sabueso olfateó, asintió con la cabeza y se fue.

Primitivo nunca hacía caso omiso de ninguna trivialidad que Sabueso mencionara, porque tantas de ellas habían demostrado no ser triviales. Le tenía antipatía al anciano por eso, y porque era inquebrantable. Nunca llegaba a elogiar a Sabueso, y lo utilizaba lo menos posible, pero Sabueso era demasiado útil como para no aprovecharlo.

El mago conservó el nombre Roke en su memoria, y cuando volvió a escucharlo, y con la misma conexión, supo que Sabueso había seguido la pista correcta una vez más.

Tres niños, dos de quince o dieciséis años y una niña de doce, fueron atrapados por una de las patrullas de Losen hacia el sur de Omer, navegando en un barco de pesca robado con un viento de magia. La patrulla los abordó únicamente porque tenían su propio maestro de vientos y nubes a bordo, que levantó una ola para hundir el barco

robado. De regreso en Omer, uno de los niños se rindió y lloriqueando murmuró algo acerca de unirse a la Mano. Al escuchar aquella palabra, los hombres les dijeron que serían torturados y quemados, a lo cual el niño gritó que si lo perdonaban él les contaría todo acerca de la Mano, y de Roke, y de los grandes magos de Roke.

—Tráelos aquí —le dijo Primitivo al mensajero.

—La niña se fue volando, señor —dijo el hombre.

—¿Se fue volando?

—Se convirtió en pájaro. Un quebrantahuesos, según dicen. No esperaba eso de una niña tan pequeña. Se fue antes de que se dieran cuenta.

—Trae a los niños, entonces —dijo Primitivo con absoluta paciencia.

Le trajeron a un solo niño. El otro había saltado del barco, atravesando la Bahía de Havnor, y había sido alcanzado en una pelea de ballestas. El niño que trajeron tenía tal ataque de pánico que Primitivo hasta sentía asco. ¿Cómo podía asustar a una criatura que ya estaba enceguecida y muerta de miedo? Colocó un hechizo de fuerza sobre el niño que lo mantuvo erguido e inmóvil como una estatua de piedra, y lo dejó así durante una noche y un día. De vez en cuando le hablaba a la estatua, diciéndole que era un muchacho inteligente y que podría ser un buen aprendiz, allí en el palacio. Tal vez podría ir a Roke después de todo, ya que Primitivo estaba pensando en ir a Roke, para reunirse allí con los magos.

Cuando lo liberó del hechizo, el niño intentó simular que todavía era de piedra, y no hablaba. Primitivo tuvo que meterse en su mente, tal como lo había aprendido de Gelluk hacía ya tanto tiempo, cuando Gelluk era un verdadero maestro de su arte. Encontró lo que pudo. Luego el niño ya no le servía para nada y hubo que deshacerse de él. Era humillante, una vez más, que la verdadera estupidez de aquella gente hubiera conseguido burlarse de él; y de todo lo que se había enterado acerca de Roke era de que la Mano estaba allí, y también una escuela en la que enseñaban hechicería. Y se había enterado del nombre de un hombre.

La idea de una escuela para magos le hizo reír. Una escuela para verracos salvajes, pensó, ¡un colegio para dragones! Pero el hecho de que hubiera alguna clase de intrigante reunión de hombres de poder en Roke parecía algo probable, y la idea de que existiera cualquier liga o alianza de magos lo horrorizaba más y más cuanto más pensaba en ella. Era antinatural, y podía existir únicamente bajo un gran poder, bajo la presión de un deseo dominante: el deseo de un mago lo suficientemente poderoso como para tener magos incluso más poderosos trabajando para él. ¡Allí estaba el enemigo que él quería!

Sabueso estaba abajo en la puerta, le dijeron. Primitivo ordenó que lo hicieran subir. —¿Quién es Golondrina? —preguntó tan pronto como vio al anciano.

Con la edad, Sabueso había llegado a verse como su nombre: arrugado, con una larga nariz y ojos tristes. Olfateó y pareció estar a punto de decir que no sabía, pero sabía que era mejor no tratar de mentirle a Primitivo. Suspiró. —Nutria —dijo—. El que mató al viejo Cara Pálida.

—¿Dónde se esconde?

—No se esconde. Ha recorrido la ciudad, hablando con la gente. Se fue a ver a su madre en Endlane, detrás de la montaña. Ahora está allí.

—Deberías habérmelo dicho de inmediato —dijo Primitivo.

—No sabía que ibas detrás de él. Yo lo he estado buscando durante mucho tiempo. Me engañó —Sabueso hablaba sin rencor.

—Engañó y mató a un gran mago, a mi maestro. Es peligroso. Quiero venganza. ¿Con quién habló aquí? Los quiero. Y luego lo buscaré a él.

—Con algunas ancianas que viven junto a los muelles. Con un viejo hechicero. Con su hermana.

—Tráelos aquí. Llévate a mis hombres.

Sabueso olfateó, suspiró y asintió con la cabeza.

No había mucho que sacarle a la gente que le trajeron sus hombres. Otra vez lo mismo: pertenecían a la Mano, y la Mano era una liga de poderosos hechiceros en la Isla de Morred, o en Roke; y el hombre Nutria o Golondrina venía desde allí, aunque era oriundo de Havnor; y le tenían mucho respeto, aunque era simplemente un descubridor. La hermana había desaparecido, tal vez se habría ido con Nutria a Endlane, donde vivía la madre. Primitivo hurgaba en sus turbias y estúpidas mentes, hizo que torturaran al más joven de todos ellos, y luego los quemó en un lugar donde Losen pudo sentarse en su silla y observar. El Rey necesitaba distraerse un poco.

Todo esto le tomó solamente dos días, y todo el tiempo Primitivo se lo pasaba buscando y haciendo averiguaciones para acercarse a la aldea de Endlane, enviando a Sabueso hasta allí antes de ir él mismo, enviando allí a su propio presentimiento para que observara el lugar. Cuando supo dónde estaba el hombre, él mismo se trasladó hasta allí inmediatamente, con alas de águila; porque Primitivo era un gran cambiador de forma, tan intrépido que era capaz de adoptar incluso la forma de un dragón.

Sabía que no estaría de más ser precavido con aquel hombre. Nutria había derrotado a Tinaral, y luego estaba todo ese asunto de Roke. Había alguna fuerza en él, o con él. Aun así, era difícil para Primitivo temerle a un mero descubridor que visitaba a sus parientes y a otra gente de esa clase. No podía rebajarse a pasar a escondidas o esconderse. Tocó el suelo a plena luz del día en la plaza de la aldea de Endlane, convirtiendo sus garras en las piernas de un hombre y sus grandes alas en brazos.

Un niño salió corriendo llamando a su madre. No había nadie más por allí. Pero Primitivo miró a su alrededor, todavía con algo de la mirada fija, rápida y brusca de un águila. Un mago reconoce a otro mago, y él sabía en qué casa estaba su presa. Caminó hasta allí y abrió la puerta de un golpe.

Un menudo hombre moreno que estaba sentado a la mesa levantó la vista para mirarlo.

Primitivo alzó su mano para obrar sobre él el hechizo paralizador. Su mano fue detenida, sostenida inmóvil a medio levantar junto a su cuerpo.

¡Aquello era una lucha! ¡Por fin un enemigo con el que valía la pena pelear! Primitivo dio un paso hacia atrás y después, sonriendo, levantó sus dos brazos hacia fuera y hacia arriba, muy lentamente pero sin detenerse, no permitiría que nada de lo que el hombre pudiera hacer lo detuviera.

La casa desapareció. No quedaron paredes, ni techo, ni nadie. Primitivo se quedó de pie sobre la tierra de la plaza de la aldea bajo la luz del sol de la mañana con sus brazos en el aire.

Era solamente una ilusión, por supuesto, pero lo detuvo un momento en su hechizo, y además tuvo que deshacer la ilusión, trayendo otra vez el marco de la puerta frente a él, las paredes y las vigas del techo, el destello de luz en la vajilla, las piedras del hogar, la mesa. Pero no había nadie sentado a la mesa. Su enemigo se había ido.

Y entonces se puso furioso, muy furioso, como un hombre hambriento cuya comida ha sido arrebatada de su mano. Invocó al hombre Golondrina para que reapareciera, pero no sabía su verdadero nombre y no podía dominar ni su corazón ni su mente. Las invocaciones no fueron respondidas.

Salió andando a zancadas de la casa, se dio vuelta y echó un hechizo de fuego sobre ella para que estallara en llamas, el fuego salía incesantemente del techo, de las paredes y de todas las ventanas. De la casa salían mujeres corriendo y gritando. Seguramente se habían escondido en la habitación de atrás; no les prestó atención. «Sabueso», pensó. Pronunció la invocación, utilizando el verdadero nombre de Sabueso, el anciano acudió a él pues se vio obligado a hacerlo. Sin embargo, estaba hosco, y le dijo: —Estaba en la taberna, allí abajo, podrías haber dicho mi nombre de pila y yo habría venido.

Primitivo lo miró sólo una vez. La boca de Sabueso se cerró de golpe y permaneció cerrada.

—Habla cuando yo te lo permita —dijo el mago—: ¿Dónde está el hombre?

Sabueso señaló con la cabeza hacia el noroeste.
—¿Qué hay allí?
Primitivo abrió la boca de Sabueso y le dio la voz justa como para que dijera, en un tono de voz monótono y entrecortado:
—Samory.
—¿Qué forma tiene ahora?
—Nutria —dijo la voz monótona.
Primitivo se rió.
—Lo estaré esperando —dijo. Sus piernas de hombre se convirtieron en garras amarillas, sus brazos en amplias alas con plumas, y el águila levantó el vuelo atravesando el viento.
Sabueso olfateó, suspiró y siguió, caminando con dificultad involuntariamente, mientras detrás de él, en la aldea, las llamas se apagaban, los niños chillaban y las mujeres gritaban maldiciones tras el águila.
El peligro de tratar de hacer el bien es que la mente llega a confundir la intención de la bondad con el acto de hacer las cosas bien.
Eso no es lo que la nutria estaba pensando mientras nadaba rápidamente río abajo por el Yennava. No estaba pensando en nada más que en la velocidad y en la dirección y en el sabor dulce del agua de río y en el agradable poder de nadar. Pero algo parecido era lo que Medra había estado pensando mientras estaba sentado a la mesa, en la casa de su abuela, en Endlane, cuando hablaba con su madre y con su hermana, justo antes de que la puerta se abriera de golpe y de que la terrible figura brillante apareciera allí de pie.
Medra había ido a Havnor pensando que como no tenía intenciones de hacer daño, no lo haría. Sin embargo, había hecho un daño irreparable. Hombres, mujeres y niños habían muerto porque él estaba allí. Habían muerto sufriendo, quemados vivos. Había puesto a su hermana y a su madre en tremendo peligro, y a él mismo, y a través de él, a Roke. Si Primitivo (de quien solamente conocía su nombre de pila y su reputación) llegaba a atraparlo y a utilizarlo como se decía que utilizaba a las personas, vaciando sus mentes como si fuesen pequeñas bolsas, entonces todos los habitantes de Roke se verían expuestos al poder del mago y a la fuerza de las flotas y de los ejércitos que obedecen sus órdenes. Medra hubiera entregado Roke a Havnor, como el mago al que nunca nombraban la había entregado a Wathort. Tal vez aquel hombre, también, había pensado que no podía hacerle daño a nadie.
Medra había estado pensando una vez más, y una vez más inútilmente, cómo podía abandonar Havnor de inmediato y pasando desapercibido, cuando el mago llegó.
Ahora, como nutria, estaba pensando que le gustaría seguir siendo nutria, en las dulces y marrones aguas, el río vivo, para siempre. No hay muerte para una nutria, sólo vida hasta el final. Pero en la suave y brillante criatura estaba la mente mortal; y por donde pasa el arroyo en la colina que está al oeste de Samory, la nutria subió a la fangosa ribera, y entonces el hombre se agazapó allí, temblando.
¿Y ahora hacia dónde? ¿Por qué había ido hasta allí?
No tenía pensamiento alguno. Había adoptado la primera forma que había venido a él, corrió hasta el río como lo hubiera hecho una nutria, nadó como hubiera nadado la nutria. Pero únicamente en su propia forma podía pensar como un hombre, esconderse, decidir, actuar como un hombre, o como un mago contra el mago que lo perseguía.
Sabía que no podía competir con Primitivo. Para detener aquel primer hechizo paralizador había utilizado toda la fuerza de resistencia que tenía. La ilusión y el cambio de forma eran todos los trucos que tenía para poner en juego. Si se enfrentaba otra vez al mago, sería destruido. Y Roke con él. Roke y sus niños, y Elehal, su amor, y Velo, Cuervo, Dory, todos ellos, la fuente del patio blanco. Lo único que quedaría sería el Bosquecillo. Únicamente la verde colina, silenciosa, inamovible. Oyó que Elehal le decía:

Havnor está entre nosotros. La oyó decir: Todos los poderes verdaderos, todos los poderes antiguos, son uno en la raíz.

Miró hacia arriba. La ladera que se elevaba sobre el arroyo era la misma colina a la que había llegado aquel día con Tinaral, la presencia de Anieb en él. La cicatriz estaba a tan sólo unos pasos por detrás de la colina, la costura, todavía lo suficientemente clara bajo las verdes hierbas del verano.

—Madre —dijo, allí de rodillas—, Madre, ábrete a mí.

Apoyó sus manos sobre la costura de la tierra, pero no había poder alguno en ellas.

—Déjame entrar, Madre —susurró en la lengua que era tan antigua como la colina. El suelo tembló un poco y se abrió.

Oyó el grito de un águila. Se puso de pie. Se zambulló en la oscuridad.

El águila se acercó, trazando círculos y gritando sobre el valle, la ladera, los sauces junto al arroyo. Voló en círculos, buscando y buscando, y se fue volando como había llegado.

Después de un buen rato, a últimas horas de la tarde, el viejo Sabueso llegó hasta el valle caminando con dificultad. De vez en cuando se detenía y olfateaba. Se sentó en la ladera junto a la cicatriz de la tierra, descansando sus fatigadas piernas. Estudió el terreno donde yacían algunos terrones de tierra fresca y la hierba estaba inclinada. Golpeó la hierba inclinada para enderezarla. Por fin consiguió ponerse de pie, fue a tomar un sorbo de las claras aguas marrones bajo los sauces y emprendió el camino por el valle cuesta abajo hacia la mina.

Medra se despertó con mucho dolor, en la oscuridad. Durante mucho tiempo eso fue todo lo que hubo. El dolor venía y se iba, la oscuridad permanecía. Una vez se iluminó un poco, como un crepúsculo, y entonces pudo vislumbrar algo. Vio una cuesta que descendía desde donde él estaba hacia un muro de piedras, al otro lado del cual había oscuridad otra vez. Pero no pudo levantarse para caminar hasta el muro, y en ese momento el dolor regresó muy intenso en su brazo y en sus caderas, y en su cabeza. Luego la oscuridad lo rodeó, y luego nada.

Sed: y con ella dolor. Sed, y el sonido de agua corriendo.

Trató de acordarse de cómo hacer luz. Anieb le dijo lastimeramente: ¿No puedes hacer la luz? —Pero él no pudo. Se arrastró en la oscuridad hasta que el sonido del agua fue más fuerte y las rocas debajo de él estaban mojadas, y buscó a ciegas hasta que su mano encontró el agua. Bebió, y cuando terminó trató de alejarse de las rocas mojadas arrastrándose otra vez, porque tenía mucho frío. Uno de sus brazos le dolía y no tenía nada de fuerzas. La cabeza volvía a dolerle, y gemía y temblaba, tratando de acurrucarse para darse calor. No había nada de calor ni de luz.

Estaba sentado a una corta distancia de donde estaba tirado, mirándose a sí mismo, aunque todavía estaba completamente oscuro. Yacía muy acurrucado, cerca de donde el pequeño arroyo se filtraba a gotas por el saliente de mica. No muy lejos, yacía otra pila acurrucada, seda roja podrida, cabellos largos, huesos. Detrás de ella, se extendía la caverna. Podía ver que sus habitaciones y sus corredores iban mucho más allá de lo que se hubiera imaginado. La veía con el mismo insensible interés con el que veía el cuerpo de Tinaral y su propio cuerpo. Sintió un leve arrepentimiento. Simplemente, era justo que él muriera allí con el hombre al cual había matado. Estaba bien. Nada estaba mal. Pero algo en él le dolía, no el intenso dolor corporal, un dolor duradero, de toda la vida.

—Anieb —dijo.

Entonces volvió en sí, con el feroz dolor en el brazo, en las caderas y en la cabeza, sintiéndose mal y mareado en la ciega oscuridad. Cuando se movió, gimió; pero se incorporó. «Tengo que vivir», pensó. «Tengo que recordar cómo vivir. Cómo hacer luz. Tengo que recordar. Tengo que recordar las sombras de las hojas».

«¿Hasta dónde llega el bosque?»

«Hasta donde llegue tu mente.»

Levantó la vista en la oscuridad. Después de un rato movió un poco su mano sana, y la tenue esfera de luz emanó de ella.

El techo de la caverna estaba bastante alto sobre él. El hilo de agua que goteaba del saliente de mica brillaba en pequeñas gotas a la luz que él irradiaba.

Ya no podía ver las cámaras y los corredores de la cueva como los había visto con aquella mirada insensible e incorpórea. Podía ver solamente lo que el parpadeo de su luz reflejaba alrededor y delante de él. Como cuando había atravesado la noche con Anieb hasta su muerte, paso tras paso en la oscuridad.

Se puso de rodillas, y pensó, para luego susurrar: —Gracias, Madre. —Se puso de pie, y se cayó, porque en su cadera izquierda comenzó a sentir un dolor que lo hizo gritar muy fuerte. Después de un rato lo volvió a intentar, y consiguió ponerse de pie. Luego, se quedó con la mirada fija hacia adelante.

Le llevó un largo rato atravesar la caverna. Puso el brazo dolorido dentro de la camisa y mantuvo la mano sana presionada contra la articulación de la cadera, lo cual le facilitaba un poco el andar. Las paredes se estrechaban gradualmente hasta convertirse en un pasillo. Allí el techo era mucho más bajo, justo sobre su cabeza. Filtraba agua de la pared que formaba pequeños charcos entre las rocas. No era el maravilloso palacio rojo de la visión de Tinaral, místicas runas plateadas en altas columnas de ramas. Era simplemente la tierra, solamente polvo, roca, agua. El aire era fresco y apacible. A medida que se iba alejando del hilo de agua goteante, todo iba quedando en silencio. Fuera del resplandor de luz que él producía, todo estaba a oscuras.

Medra inclinó la cabeza y allí, de pie, dijo: —Anieb, ¿puedes regresar hasta aquí, tan lejos? No conozco el camino. —Esperó un poco. Veía oscuridad, escuchaba silencio. Lentamente y con paso vacilante, entró en el pasillo.

Cómo se le había escapado el hombre, Primitivo no lo sabía, pero dos cosas eran seguras: que él era un mago mucho más poderoso que cualquiera de los que Primitivo había conocido, y que regresaría a Roke tan rápido como pudiera, porque ésa era la fuente y el centro de su poder. No tenía sentido intentar llegar allí antes que él; él llevaba la delantera. Pero Primitivo podía seguirlo, y si sus propios poderes no fueran suficientes, tendría con él una fuerza que ningún mago podría soportar. ¿Acaso no había sido incluso Morred casi derrotado? No con brujerías, sino simplemente con la fuerza de los ejércitos que el Enemigo había puesto en su contra.

—Su majestad enviará sus flotas —le dijo Primitivo al anciano que lo miraba fijamente sentado en el sillón del palacio de los reyes—. Un gran enemigo se ha unido contra vos, al sur del Mar Interior, y nosotros vamos a destruirlo. Cien barcos navegarán desde el Gran Puerto, desde Omer y desde el Puerto Sur y vuestro feudo en Hosk, ¡la armada más grande que el mundo haya visto jamás! Yo los guiaré. Y la gloria será vuestra —dijo riéndose abiertamente, lo que hizo que Losen lo mirase con fijeza, invadido por una especie de horror, al fin comenzando a entender quién era el señor y quién el esclavo.

Tan bien controlados tenía Primitivo a los hombres de Losen, que en dos días la gran flota partió desde Havnor, reuniendo refuerzos por el camino.

Ochenta barcos pasaron navegando por Ark y por Ilien con un verdadero y constante viento de magia que los llevaba directo a Roke. A veces, Primitivo, con su túnica de seda blanca, sosteniendo un alto bastón de mando también blanco, el cuerno de una bestia del mar proveniente de lo más lejano del norte, se ponía de pie en la proa de la cubierta de la galera que iba en cabeza, cuyos cien remos brillaban batiéndose como las alas de una gaviota. A veces él mismo era la gaviota, o un águila, o un dragón, que volaba por encima y por delante de la flota, y cuando los hombres lo veían volando gritaban: —¡El gran dragón!, ¡el gran dragón!

Desembarcaron en Ilien para buscar agua y comida. Poner en marcha a una multitud de varios cientos de hombres con tanta rapidez, había dejado poco tiempo para aprovisionar los barcos. Arrasaron los pueblos a lo largo de la costa oeste de Ilien,

cogiendo lo que querían, e hicieron lo mismo en Vissti y en Kamery, saqueando lo que podían y quemando lo que dejaban atrás. Luego, la gran flota se dirigió hacia el oeste, camino del único puerto de la Isla de Roke, la Bahía de Zuil. Primitivo sabía de la existencia del puerto por los mapas que había en Havnor, y sabía que había una alta colina sobre él. A medida que se iban acercando, adoptó la forma de un dragón y remontó el vuelo muy por encima de los barcos, guiándolos, mirando fijamente hacia el oeste en busca de la imagen de aquella colina.

Cuando la vio, imprecisa y verde sobre el brumoso mar, lanzó un grito, los hombres en los barcos oyeron gritar al dragón, y siguió volando a más velocidad, dejándolos que lo siguieran hacia la conquista.

Todos los rumores sobre Roke decían que estaba defendida por hechizos y ocultada por encantamientos, invisible para los ojos comunes. Si había algunos sortilegios tejidos alrededor de aquella colina o de la bahía, ahora veía cómo se abrían ante él; para él eran hilos de telaraña, transparentes. Nada empañaba sus ojos o desafiaba su voluntad mientras volaba sobre la bahía, sobre el pequeño pueblo y un edificio a medio terminar sobre la cuesta que se elevaba sobre él, en la cima de la alta colina verde. Allí, agitando sus garras de dragón y batiendo sus alas rojo óxido, se posó sobre la tierra.

Se puso de pie en su propia forma. El cambio no lo había hecho él mismo. Permaneció alerta, inseguro.

El viento soplaba, agitando las largas hierbas. El verano ya se estaba terminando y la hierba estaba ahora seca, amarillenta, no había flores, a no ser las muy pequeñas cabecillas blancas de la espuma de encaje. Una mujer iba subiendo la colina a pie y se dirigía hacia él atravesando las altas hierbas. No seguía ningún camino, y caminaba sin dificultad, sin prisa.

Creyó haber levantado la mano en un hechizo para detenerla, pero no lo había hecho, y ella seguía avanzando. Se detuvo sólo cuando estuvo a una distancia de dos brazos de él, y todavía un poco por debajo de él.

—Dime tu nombre —dijo ella, y él le contestó: —Teriel.

—¿Por qué has venido hasta aquí, Teriel?

—Para destruirte.

La miraba fijamente, y veía a una mujer de la cara redonda, de mediana edad, baja y fuerte, con mechones grises en los cabellos y ojos oscuros debajo de un par de cejas negras, ojos que atrapaban los suyos, lo atrapaban a él, le sacaban la verdad de la boca.

—¿Destruirnos? ¿Destruir esta colina? ¿Aquellos árboles? —Bajó la vista para posarla en un bosquecillo que no estaba muy lejos de la colina.— Tal vez Segoy, que la hizo, pueda deshacerla. Tal vez la tierra se autodestruirá. Tal vez se autodestruya a través de nuestras manos, al final. Pero no a través de las tuyas. Falso rey, dragón falso, hombre falso, no vengas al Collado de Roke hasta que conozcas el suelo sobre el que estás. —Hizo un gesto con la mano, apuntando hacia abajo, hacia la tierra. Luego se dio la vuelta y comenzó a bajar la colina atravesando las altas hierbas, por donde había venido.

Había otra gente en la colina, ahora podía verlos, muchos otros, hombres y mujeres, niños, vivos y espíritus de los muertos; muchos, muchos de ellos. Les tenía pánico, y estaba acobardado, tratando de realizar un hechizo que lo escondiera de todos ellos.

Pero no realizó ningún hechizo. Ya no tenía magia en él. Había desaparecido, se le había acabado en aquella terrible colina, se había ido a la terrible tierra que yacía bajo sus pies, desaparecido. No era un mago, simplemente un hombre como los otros, sin poder.

Lo sabía, lo sabía con seguridad, aunque todavía intentaba pronunciar algún conjuro, y levantar los brazos en ensalmo, y golpear el aire con rabia. Luego miró hacia el este, entrecerrando los ojos para protegerse del reflejo de los remos de las galeras, buscando las velas de sus barcos acercándose para castigar a aquella gente y salvarlo a él.

Todo lo que podía ver era una bruma sobre el agua, a lo largo y a lo ancho del mar, más allá de la punta de la bahía. Mientras miraba, la bruma se iba espesando y oscureciendo, deslizándose sobre las tranquilas olas.

El girar de la tierra con respecto al sol crea los días y las noches, pero dentro de ella no hay días. Medra caminaba atravesando la noche. Estaba bastante débil, y no siempre podía irradiar su luz. Cuando le fallaba, tenía que parar, sentarse y dormir. El sueño nunca era la muerte, a pesar de lo que él pensaba. Se despertaba, siempre con frío, siempre con dolores, siempre sediento, y cuando podía irradiar un hilo de luz, se ponía de pie y seguía avanzando. Nunca veía a Anieb pero sabía que estaba allí. La seguía. A veces había grandes habitaciones. A veces había charcos de agua estancada. Era difícil romper la quietud de sus superficies, pero bebía de ellos. Pensaba que había estado descendiendo durante mucho tiempo, cada vez más y más profundo, hasta que llegó al más largo de aquellos charcos, y después de eso el camino subía otra vez. A veces Anieb lo seguía. Podía pronunciar su nombre, aunque ella no le contestaba. No podía decir el otro nombre, pero podía pensar en los árboles, en las raíces de los árboles. ¿Hasta dónde llega el bosque? Hasta donde llegan los bosques. Tan lejos como las vidas, tan profundo como las raíces de los árboles. Tan lejos como las hojas formen sombras. No había sombras allí, sólo la oscuridad, pero él siguió adelante, y siguió adelante, hasta que vio a Anieb delante de él. Vio el destello de sus ojos, la nube de sus cabellos rizados. Ella le devolvió la mirada durante un segundo y luego dio media vuelta y corrió suavemente bajando una larga y empinada cuesta hasta perderse en la oscuridad.

Donde él estaba la oscuridad no era total. El aire le daba en el rostro. Hacia adelante y a lo lejos, tenue, pequeña, había una luz que no era la de él. Siguió avanzando. Ya hacía mucho que se iba arrastrando, tirando de su pierna derecha, que no podía soportar su peso. Siguió avanzando. Pudo oler el viento de la noche y ver el cielo nocturno a través de las ramas y de las hojas de los árboles. Una raíz de roble arqueada formaba la boca de la cueva, no más grande que el espacio que un hombre o un tejón necesitan para pasar agachados a través de ella, así lo hizo, y se acostó allí, bajo la raíz del árbol, viendo cómo la luz se desvanecía y una o dos estrellas aparecían entre las hojas.

Allí fue donde Sabueso lo encontró, lejos del valle, al oeste de Samory, en el límite del gran bosque de Faliern.

—Te tengo —dijo el anciano, mirando el cuerpo laxo y lleno de barro. Y luego agregó con pesar—: Demasiado tarde. —Se agachó para ver si podía alzarlo o arrastrarlo, y sintió el leve calor de la vida.— Eres fuerte —dijo—. Oye, despierta. Vamos. Nutria, despierta.

Reconoció a Sabueso, aunque no podía sentarse y apenas podía hablar. El anciano le puso su chaqueta alrededor de los hombros y le dio agua de su cantimplora. Luego se agachó a su lado, su espalda contra el inmenso tronco del roble, y se quedó mirando fijamente el bosque durante un rato. Eran las últimas horas de la mañana, hacía calor, la luz del sol estival se filtraba a través de las hojas formando miles de sombras verdes. Una ardilla se quejó, en la parte más alta del roble, y un arrendajo le contestó. Sabueso se rascó el cuello y suspiró.

—El mago ha seguido el camino equivocado, como siempre —dijo por fin—. Dijo que irías camino a la Isla de Roke y que te atraparía allí. Yo no le dije nada.

Miró al hombre al cual conocía sólo como Nutria.

—Tú te metiste allí, en aquel agujero, con el viejo mago, ¿verdad? ¿Lo has encontrado?

Medra asintió con la cabeza. Sabueso soltó una breve risa gruñona. —Tú encuentras lo que buscas, ¿no es así? Como yo. —Notó que su compañero estaba dolorido, y le dijo:— Te sacaré de aquí. Buscaré y traeré hasta aquí a un carretero de la aldea, cuando recupere el aliento. Escucha. No te preocupes. No te he perseguido durante todos estos años para entregarte a Primitivo. Como te entregué a Gelluk. Lamenté mucho aquello. Lo

he estado pensando. Aquello que te dije acerca de que los hombres de astucia deberían permanecer unidos. Y acerca de para quién trabajamos. No pude ver que tenía otras posibilidades. Pero al haberte causado una desgracia, pensé que si me encontraba contigo otra vez te haría un favor, si pudiera. Como de un descubridor a otro, ¿entiendes? —La respiración de Nutria cada vez era más dificultosa. Sabueso posó su mano sobre la de Nutria durante un segundo, y añadió—: No te preocupes. —Y se puso de pie.— Descansa tranquilo.

Encontró un carretero que estaba dispuesto a llevarlos hasta Endlane. La madre y la hermana de Nutria estaban viviendo con unos primos mientras reconstruían su casa quemada lo mejor que podían. Lo recibieron con incrédula alegría. Al no conocer la conexión de Sabueso con el señor de la guerra y con su mago, lo trataron como a uno de ellos, el buen hombre que había encontrado al pobre Nutria medio muerto en el bosque, y lo había traído a casa. Un hombre sabio, decía la madre de Nutria, Rosa, seguramente un hombre sabio. Nada era demasiado bueno para un hombre como él. Nutria tardó bastante en recuperarse, en curarse. El arreglador de huesos hizo lo que pudo con su brazo roto y con su cadera dañada, la mujer sabia curó con ungüentos los cortes que las rocas le habían hecho en las manos, en la cabeza y en las rodillas, su madre le traía todas las exquisiteces que podía encontrar en los jardines y en los matorrales de bayas; pero él yacía tan débil y demacrado como cuando Sabueso lo había traído. No había ya corazón en él, decía la mujer sabia de Endlane. Estaba en otro sitio, y estaba siendo consumido por la preocupación o por el miedo o por la pena.

—¿Entonces dónde lo tienes? —preguntó Sabueso.

Nutria, después de un largo silencio, dijo: —En la Isla de Roke.

—Donde el viejo Primitivo ha ido con la gran flota. Ya veo. Hay amigos allí. Bien, sé que uno de los barcos ha regresado, porque vi a uno de sus hombres, por el camino, en la taberna. Iré a preguntar. Averiguaré si llegaron a Roke y qué sucedió allí. Lo que puedo decirte es que parece que el viejo Primitivo se está demorando en regresar a casa. —Sonrió, complacido con su broma.— Se está demorando en regresar a casa —repitió, y se puso de pie. Miró a Nutria, aunque no había mucho que mirar—. Descansa tranquilo —le dijo, y se fue.

Tardó varios días en regresar. Cuando lo hizo, montado en una carreta tirada por caballos, tenía tal aspecto que la hermana de Nutría entró corriendo en la casa para decirle: —¡Sabueso ha ganado una batalla o una fortuna! ¡Ha llegado conduciendo un caballo de la ciudad, en una carreta de la ciudad, como un príncipe!

Sabueso entró pisándole los talones. —Bueno —dijo—, en primer lugar, cuando llegué a la ciudad, subí al palacio, solamente para saber las noticias, y ¿qué es lo que veo? Veo al viejo Rey Pirata sosteniéndose sobre sus piernas, gritando órdenes como solía hacerlo. ¡De pie! No se había puesto de pie en años. ¡Gritando órdenes! Y algunos de ellos hacían lo que él decía, y otros no. Así que me fui de allí, ya que ese tipo de situación es peligroso en un palacio. Luego fui a visitar a varios amigos y les pregunté dónde estaba el viejo Primitivo y si la flota había llegado a Roke y había regresado y todo eso. «Primitivo», dijeron, «nadie sabe nada de Primitivo. Ni una señal, ni nada. Tal vez yo podría encontrarlo», bromearon ellos. Saben que quiero dar con él. En cuanto a los barcos, algunos han regresado, con los hombres de a bordo diciendo que nunca llegaron a la Isla de Roke, que nunca la vieron, que navegaron justo por donde las cartas marítimas indicaban que había una isla, y no había ninguna isla. Y luego he visto a algunos hombres de una de las grandes galeras. Dijeron que cuando llegaron cerca de donde debería estar la isla, se vieron envueltos por una bruma tan espesa como una tela mojada, y el mar se espesó también, con lo cual los remeros apenas podían mover los remos a través del agua, y permanecieron allí atrapados durante un día y una noche. Cuando salieron de allí, no había en el mar ni un solo barco más de toda la flota, y los esclavos estaban a punto de rebelarse, así que el señor de la galera la trajo de regreso a casa tan rápido como

pudo. Otra, la antigua Nube de tormenta, solía ser el barco del propio Losen, llegó mientras yo estaba allí. Hablé con algunos hombres que habían estado a bordo. Dijeron que no había absolutamente nada excepto bruma y arrecifes por todas partes donde se suponía que tenía que estar Roke, así que siguieron navegando con otros siete barcos, hacia el sur, y se encontraron con una flota que navegaba hacia el norte desde Wathort. Tal vez los señores de allí habían oído hablar de una gran flota que se dedicaba al saqueo, porque no se detuvieron a hacer preguntas, sino que lanzaron fuegos de mago a nuestros barcos, y se pusieron a la misma altura para abordarlo si podían, y los hombres con los que hablé me dijeron que habían librado una ardua batalla únicamente para escapar de ellos, y no todos lo hicieron. Durante todo aquel tiempo, no supieron nada de Primitivo, y nadie trabajó allí con el clima para su beneficio, a menos que tuvieran su propio hombre con bolsa a bordo. Así que regresaron otra vez atravesando todo el Mar Interior, según dijo el hombre del Nube de tormenta, una derrota tras otra, como perros que perdieran una lucha de perros. Y bien, ¿te gustan las noticias que te traigo?

Nutria había estado luchando para contener las lágrimas; escondió su rostro. —Sí —le contestó—, gracias.

—Pensé que así sería. En cuanto al Rey Losen —dijo Sabueso—, quién sabe. —Olfateó y suspiró.— Si yo fuera él me retiraría —dijo—. Creo que eso es lo que yo haré.

Nutria había recobrado el control de su rostro y de su voz. Se limpió los ojos y la nariz, se aclaró la garganta, y dijo: —Puede ser una buena idea. Ven a Roke. Salvador.

—Parece ser un lugar difícil de encontrar —dijo Sabueso.

—Yo puedo encontrarlo —le contestó Nutria.

IV - Medra

En nuestra puerta había un hombre viejo
que la abrió para ricos y pobres;
los pequeños y los mayores, todos quisieron acercarse
pero por la puerta de Medra pocos pasaron.
Y así el agua se va, se va,
Así el agua se va.

Sabueso se quedó en Endlane. Allí podía ganarse la vida como descubridor, y le gustaba la taberna, y la hospitalidad de la madre de Nutria.

Al comienzo del otoño, Losen estaba colgando de una ventana del Nuevo Palacio, atado con una cuerda por los pies, pudriéndose, mientras seis señores de la guerra se disputaban el reino, y los barcos de la gran escuadra se perseguían y peleaban unos contra otros a lo largo y a lo ancho de los estrechos y de la mar turbulenta por los hechizos de los magos.

Pero el Esperanza, pilotado y conducido por dos jóvenes hechiceros de la Mano de Havnor, llevaron a Medra a salvo por el Mar Interior hasta Roke.

Ascua estaba en el muelle para recibirlo. Cojo y muy delgado, se acercó a ella y la cogió de las manos, pero no podía levantar el rostro para mirarla. Le dijo: —Tengo demasiadas muertes en mi corazón, Elehal.

—Ven conmigo al Bosquecillo —le dijo ella.

Fueron juntos hasta allí y se quedaron hasta que llegó el invierno. Al año siguiente, construyeron una pequeña casa cerca de la orilla del arroyo de Zuil en el sitio donde éste sale del Bosquecillo, y vivieron allí durante los veranos.

Trabajaban y enseñaban en la Casa Grande. La vieron crecer piedra a piedra, cada una de ellas envuelta en hechizos de protección, resistencia y paz. Vieron cómo se establecía la Norma de Roke, aunque nunca tan firmemente como hubieran deseado, y siempre con resistencia; porque llegaban magos de otras islas y surgían entre los

alumnos de la escuela mujeres y hombres de poder, con conocimiento y orgullo, que habían jurado trabajar juntos y para el bien de todos, pero cada uno pensando en una forma diferente de hacerlo.

Al envejecer, Elehal se cansó de las pasiones y de las cuestiones de la escuela, y se sentía cada vez más atraída por los árboles, entre los que se iba sola, tan lejos como llegara su mente. Medra también caminaba por allí, pero no tan lejos como ella, porque estaba cojo.

Después de que ella muriera, vivió solo durante un tiempo en la pequeña casa junto al Bosquecillo.

Un día de otoño regresó a la escuela. Entró por la puerta del jardín, que da al sendero que atraviesa los campos que conducen al Collado de Roke. Hay algo curioso en la Casa Grande de Roke, pues no tiene ningún pórtico ni camino de entrada. Se puede entrar por lo que llaman la puerta trasera, que, a pesar de estar hecha de cuerno y enmarcada con dientes de dragón, y tener tallado sobre ella al Árbol de las mil hojas, no parece existir desde fuera, cuando uno se llega a ella desde el lúgubre callejón; o también se puede entrar por la puerta del jardín, de suave roble, con un cerrojo de hierro. Pero no hay una puerta principal.

Atravesó las salas y los corredores de piedra hasta llegar al lugar más profundo, el jardín pavimentado de mármol de la fuente, donde el árbol que Elehal había plantado era ahora muy alto, sus bayas tiñéndose de rojo.

Al saber que estaba allí, acudieron a verlo los maestros de Roke, las mujeres y los hombres que eran maestros de sus artes. Medra había sido el Maestro Descubridor, hasta que se fuera a vivir al Bosquecillo. Ahora una mujer joven enseñaba ese arte, tal como él se lo había enseñado a ella.

—He estado pensando —dijo—. Vosotros sois ocho. El nueve es mejor número. Consideradme un maestro otra vez, si queréis.

—¿Qué harás, Maestro Golondrina? —le preguntó el Invocador, un mago de cabellos grises de Ilien.

—Vigilaré la puerta —dijo Medra—. Puesto que estoy cojo, no iré muy lejos. Puesto que soy viejo, sabré qué decirles a aquellos que vengan. Puesto que soy un descubridor, descubriré si pertenecen a este lugar.

—Eso nos ahorraría muchos problemas y algunos peligros —dijo la joven descubridora.

—¿Cómo lo harás? —preguntó el Invocador.

—Les preguntaré su nombre —le contestó Medra. Luego sonrió—. Si me lo dicen, podrán entrar. Y cuando crean que lo han aprendido todo, podrán salir otra vez. Si pueden decirme mi nombre.

Y así fue. Durante el resto de su vida, Medra vigiló las puertas de la Casa Grande de Roke. La puerta del jardín que se abría ante el Collado se llamó durante mucho tiempo la Puerta de Medra, incluso después de que muchas cosas cambiaran en aquella casa a medida que los siglos iban pasando por ella. Y todavía ahora, el noveno Maestro de Roke es el Portero.

En Endlane y en las aldeas que están alrededor del pie del Monte Onn en Havnor, las mujeres, mientras hilan y tejen, cantan una gesta adivinanza cuya última línea tiene que ver, tal vez, con el hombre que era Medra, y Nutria, y Golondrina.

Había, tres cosas que ya no serán nunca: la resplandeciente Solea sobre la marea, un dragón que nada en el mar, una golondrina que vuela en la tumba.

ROSAOSCURA Y DIAMANTE

Una canción marinera del oeste de Havnor
Hacia donde va mi amor
hacia allí iré yo.
Hacia donde navega su barco
hacia allí navegaré yo.
Nos reiremos juntos,
juntos lloraremos.
Si vive, también viviré,
si muere, moriré con él.
Hacia donde va mi amor
hacia allí iré yo.
Hacia donde navega su barco
hacia allí navegaré yo.

Al oeste de Havnor, entre colinas cubiertas de robles y castaños, se encuentra la ciudad del Claro. Hace algún tiempo, el hombre rico de aquella ciudad era un comerciante llamado Áureo. Áureo era el dueño y señor de la fábrica que cortaba las tablas de roble para los barcos que se construían en el Puerto Sur de Havnor y en el Gran Puerto de Havnor; era dueño de los más grandes bosques de castaños; era dueño también de las carretas, y contrataba a los carreteros que llevaban la madera y las castañas por las colinas para venderlas. Vivía muy bien de los árboles, y cuando nació su hijo, la madre dijo: —¿Podríamos llamarlo Castaño, o Roble, tal vez? —Pero el padre le contestó—: Diamante. —Ya que para él los diamantes eran lo único más precioso que el oro.

Y así fue como el pequeño Diamante creció en la mejor casa del Claro, un bebé robusto y de ojos claros, un niño coloradote y alegre. Tenía una dulce voz cantarina, un oído privilegiado, y tal amor por la música que su madre, Tuly, lo llamaba Gorrión Cantarín y Alondra Celestial, entre otros nombres cariñosos, puesto que en realidad nunca le había gustado Diamante. Trinaba y canturreaba por toda la casa; aprendía cualquier melodía apenas la escuchaba, e inventaba melodías cuando no escuchaba ninguna. Su madre consiguió que la mujer sabia, Maraña, le enseñara La Creación de Éa y La Gesta del joven Rey, y en la fiesta del Retorno del Sol, cuando tenía once años, cantó el Villancico del Invierno para el Señor de la Tierra Occidental, quien estaba de visita en sus dominios de las colinas que se elevan sobre el Claro. El Señor y su Dama alabaron el cantar del niño y le dieron una pequeña caja de oro con un diamante incrustado en la tapa, lo cual les pareció a Diamante y a su madre un gentil y hermoso regalo. Pero Áureo era un poco impaciente con las canciones y las baratijas. —Hay cosas más importantes que puedes hacer, hijo —le decía—. Y cosas mucho más valiosas que puedes ganar.

Diamante pensaba que su padre se refería al negocio, los leñadores, los aserradores, el aserradero, los bosques de robles, los recolectores, los carreteros, las carretas, todo aquel trabajo, y las conversaciones y los planes, aquellos complicados asuntos de adultos. Nunca sintió que todo aquello tuviera mucho que ver con él, entonces ¿cómo llegaría a hacerse cargo de todo ello como su padre esperaba? Tal vez lo averiguaría cuando creciera.

Pero de hecho el negocio no era lo único que Áureo tenía en mente. Había observado algo en su hijo que lo hacía no precisamente posar sus ojos más allá del negocio, sino echar un vistazo allí arriba de vez en cuando, y luego cerrar los ojos.

Al principio pensaba que Diamante tenía un don, al igual que muchos niños lo tenían y después lo perdían, una chispa aislada de magia. Cuando era un niño pequeño, el propio Áureo había sido capaz de hacer que su propia sombra brillara y centelleara. Su familia lo elogiaba por el truco y hacía que se lo mostrase a los invitados; y luego, cuando tenía siete u ocho años, perdió el don y nunca más pudo hacerlo de nuevo.

Cuando vio a Diamante bajar las escaleras sin tocarlas, pensó que sus ojos lo habían engañado; pero unos días más tarde, vio cómo el niño subía las escaleras flotando, sólo un dedo deslizándose por la barandilla de roble. —¿Puedes hacer eso también para bajar las escaleras? —le preguntó Áureo, y Diamante le respondió—: Oh, sí, así. —Y se deslizó nuevamente hacia abajo, suave como una nube en el viento del sur.

—¿Cómo aprendiste a hacerlo?

—Simplemente lo descubrí —dijo el niño, aunque no parecía muy seguro de si su padre lo aprobaría o no.

Áureo no elogió al niño puesto que no quería que éste se cohibiera o sintiera vanidad por lo que podría ser un don pasajero e infantil, como su dulce voz. Ya había demasiado alboroto por eso.

Pero aproximadamente un año más tarde vio a Diamante fuera, en el jardín de atrás con su compañera de juegos, Rosa. Los niños se habían puesto en cuclillas, las cabezas juntas, riendo. Algo intenso o extraño alrededor de ellos hizo que se detuviera frente a la ventana del rellano de la escalera y los observara. Había algo entre ellos que saltaba de arriba abajo, ¿una rana?, ¿un sapo?, ¿un grillo grande? Salió al jardín y se acercó, moviéndose tan sigilosamente, a pesar de que era un hombre grande, que ellos, absortos, no lo oyeron. Lo que daba saltitos de arriba abajo sobre la hierba entre los dedos de sus pies desnudos era una roca. Cuando Diamante levantaba la mano, la roca saltaba y se elevaba en el aire, cuando sacudía un poco la mano, la roca se sostenía en el aire, y cuando giraba los dedos hacia abajo, ésta caía de nuevo al suelo.

—Ahora tú —le dijo Diamante a Rosa, y ella empezó a hacer lo que él había hecho, pero la roca sólo se movió un poquito.

—Oh —exclamó ella—, ahí está tu papá.

—Eso es muy ingenioso —dijo Áureo.

—Se lo inventó Di —dijo Rosa.

A Áureo no le gustaba aquella niña. Era tan abierta y franca como recelosa, tan osada como tímida. Era un año más pequeña que Diamante, y era hija de una bruja. Hubiera deseado que su hijo jugase con niños de su misma edad, de su misma clase, con niños de las respetables familias del Claro. Tuly insistía en llamar a la bruja «la mujer sabia», pero una bruja era una bruja y su hija no era una buena compañía para Diamante. Sin embargo, le divertía un poco ver a su hijo enseñándole trucos a la niña de una bruja.

—¿Qué más puedes hacer, Diamante? —le preguntó.

—Tocar la flauta —contestó Diamante rápidamente, y sacó de su bolsillo el pequeño pífano que su madre le había regalado para su duodécimo cumpleaños. Lo acercó a sus labios, sus dedos danzaban, y tocó una dulce y conocida melodía de la costa occidental: «Hacia donde va mi amor».

—Muy bonito —dijo el padre—, pero cualquiera puede tocar el pífano, ¿sabes?

Diamante miró a Rosa de reojo. La niña movió la cabeza, mirando hacia abajo.

—Lo aprendí bastante rápido —dijo Diamante.

Áureo gruñó, poco impresionado.

—Puedo hacer que se toque solo —dijo Diamante, y alejó el pífano de sus labios. Sus dedos danzaban sobre las llaves, y el pífano tocó una breve giga. Sonaron algunas notas falsas y un chirrido en la última nota alta—. Todavía no la he sacado toda —dijo Diamante, molesto y avergonzado.

—Bastante bien, bastante bien —dijo su padre—. Sigue practicando. —Y siguió adelante. No estaba seguro de lo que debería haber dicho. No quería alentar al niño para que le dedicara aun más tiempo a la música, o a aquella niña; ya les había dedicado demasiado, y ninguna de las dos cosas le ayudaría a llegar a ningún lado en la vida. Pero ese don, ese innegable don, la roca que saltaba, el pífano que sonaba sin ser tocado... Sería un error hacer demasiado alboroto por ello, pero probablemente tampoco debería desanimarlo.

Según las creencias de Áureo, el dinero era poder, pero no el único poder. Había otros dos, uno igual, uno más grande. Estaba el nacimiento. Cuando el Señor de las Tierras Occidentales llegó a sus dominios cerca del Claro, Áureo se dio el gusto de demostrar su lealtad. El Señor nació para gobernar y para mantener la paz, así como Áureo nació para tratar con el comercio y la riqueza, cada uno en su lugar; y cada uno, noble u hombre común, si servía correcta y honestamente, merecía honor y respeto. Pero también había señores menores a quienes Áureo podía comprar y vender, prestarles dinero o permitir que mendigaran, hombres nacidos nobles que no merecían ni lealtad ni honor. El poder del nacimiento y el poder del dinero eran contingentes, y debían ser ganados para no ser perdidos.

Pero más allá de los ricos y los señores estaban aquellos llamados hombres de poder: los magos. Su poder, aunque poco ejercitado, era absoluto. En sus manos yacía el destino del ya antiguo reino sin rey del Archipiélago.

Si Diamante había nacido con esa clase de poder, si ése era su don, entonces todos los sueños y los planes de Áureo de introducirlo en el negocio, y de hacer que lo ayudara a ampliar la ruta de las carretas hacia un comercio regular con el Puerto Sur, y a comprar los bosques de castaños sobre Reche, todos aquellos planes quedaban reducidos a migajas. ¿Podría Diamante ir (como había hecho el tío de su madre) a la Escuela de Magos en la Isla de Roke? ¿Podría (como había hecho aquel tío) ganarse la gloria para su familia y sus dominios sobre el señor y el hombre común, convirtiéndose así en un mago en la Corte de los Señores del Regente en el Gran Puerto de Havnor? El propio Áureo casi subía las escaleras flotando al albergar semejantes visiones.

Pero no le dijo nada al niño ni a la madre del niño. Era un hombre conscientemente discreto, desconfiado de las visiones hasta que pudieran ser convertidas en actos; y ella, sin embargo una esposa obediente y cariñosa, y madre y ama de casa, ya hacía demasiado alboroto por los talentos y los dotes de Diamante. Y también, como todas las mujeres, tenía tendencia a hablar y a cotillear, y era indiscriminada en sus amistades. La niña Rosa se juntaba con Diamante porque Tuly animaba a la madre de Rosa, la bruja Maraña, a que fuera a visitarlos, consultándola cada vez que Diamante tenía una pequeña molestia, y contándole más de lo que ella o cualquiera debería saber acerca del hogar de Áureo. Sus negocios no eran en absoluto cosa de la bruja. Por otro lado, Maraña podría ser capaz de decirle si su hijo realmente prometía algo, si tenía un talento para la magia... pero apartaba de su mente la idea de preguntarle a ella, de pedirle a una bruja su opinión acerca de lo que fuera, y menos aun un juicio sobre su hijo.

Decidió esperar y observar. Puesto que era un hombre paciente, con una gran fuerza de voluntad, lo hizo durante cuatro años, hasta que Diamante cumpliera los dieciséis. Joven fornido y maduro, a quien se le daban bien los juegos y las lecciones, todavía tenía el rostro colorado y los ojos claros, y era alegre. El cambio de su voz no había sido algo fácil, el dulce tiple se había convertido en un sonido desafinado y áspero. Áureo había esperado que aquel sonido fuera el final de sus canciones, pero el muchacho siguió cantándolas, juntándose con músicos itinerantes, cantantes de baladas y otros, aprendiendo toda su basura. Aquélla no era vida para el hijo de un comerciante que iba a heredar y administrar las propiedades y los aserraderos y los negocios, y Áureo se lo dijo.

—Hijo, se acabó lo de cantar. Debes pensar en ser un hombre.

A Diamante le habían dado su verdadero nombre en los manantiales del Amia, en las colinas que se elevaban sobre el Claro. El hechicero Cicuta, quien había conocido a su tío abuelo el mago, vino desde el Puerto Sur a darle su nombre. Y Cicuta fue invitado el día de su Fiesta del Nombre, el año siguiente, una gran celebración, cerveza y comida para todos, y ropas nuevas, una camisa o una falda, o algunas monedas para cada niño, lo cual era una vieja tradición en el oeste de Havnor; eso y bailar en los jardines de la aldea en una cálida noche de otoño. Diamante tenía muchos amigos, todos los muchachos del pueblo de su misma edad y todas las muchachas también. La gente joven bailaba, y

algunos de ellos habían bebido demasiada cerveza, pero nadie se comportó demasiado mal, y fue una noche feliz y memorable. A la mañana siguiente, Áureo le dijo a su hijo otra vez que debía pensar en ser un hombre.

—He pensado algo sobre eso —dijo el muchacho, con su voz ronca.

—¿Y bien?

—Bueno, yo... —dijo Diamante, y se detuvo.

—Siempre he contado contigo para que lleves los negocios de la familia —le dijo Áureo. Su tono de voz era inexpresivo, y Diamante siguió callado—. ¿Has pensado alguna vez en lo que quieres hacer?

—Á veces.

—¿Has hablado con el Maestro Cicuta?

Diamante dudó un segundo y luego le contestó: —No.

—Yo hablé con él anoche —prosiguió Áureo—. Me dijo que hay ciertos dones naturales que no sólo son difíciles, sino que de hecho está mal y es dañino reprimirlos. —La luz volvió a los ojos oscuros de Diamante.— El maestro dijo que tales capacidades o dones, cuando no son entrenados, no sólo son desperdiciados, sino que pueden ser peligrosos. El arte debe aprenderse y practicarse, dijo. —El rostro de Diamante brillaba.— Pero también dijo que debe ser aprendido y practicado para su propio bien.

Diamante asintió con la cabeza, entusiasmado. Su padre prosiguió:

—Si es un verdadero don, una capacidad poco común, eso debe tomarse aun más seriamente. Una bruja con sus pociones de amor no puede hacer mucho daño, pero incluso un hechicero de aldea, dijo, debe tener cuidado, ya que si el arte se utiliza con fines viles, se convierte en débil y nocivo... Por supuesto, hasta un hechicero recibe su merecido. Y los magos, como tú bien sabes, viven con los señores, y tienen todo lo que desean. —Diamante escuchaba atentamente, frunciendo un poco el ceño.

—Así que, bueno, para ser claros, si tienes este don, Diamante, no nos sirve de nada en nuestro negocio. Tiene que ser cultivado en sus propios términos, y deber ser controlado, aprendido y dominado. Sólo entonces, dijo, pueden tus maestros comenzar a decirte qué hacer con él, qué bien puede traerte. A ti o a otros —agregó a conciencia.

Hubo una larga pausa.

—Yo le he dicho —continuó Áureo— que te he visto, con un simple movimiento de tu mano y una única palabra, convertir la talla de madera de un pájaro en un pájaro que voló y cantó. Te he visto hacer brillar una luz en el aire. Tú no sabías que yo te estaba viendo. He observado y no he dicho nada durante mucho tiempo. No quería hacer demasiado alboroto por simples juegos infantiles. Pero creo que tienes un don, tal vez un gran don. Cuando le dije al Maestro Cicuta lo que vi que puedes hacer, él estuvo de acuerdo conmigo. Dijo que puedes ir a estudiar con él al Puerto Sur durante un año, o tal vez más.

—¿A estudiar con el Maestro Cicuta? —preguntó Diamante, su voz casi media octava más arriba.

—Si quieres.

—Yo, yo, yo nunca he pensado en ello. ¿Puedo pensarlo? ¿Durante un rato, un día?

—Por supuesto —dijo Áureo, encantado con la cautela de su hijo. Había pensado que Diamante no dejaría escapar la oferta, lo cual habría sido natural, tal vez, pero doloroso para el padre, el búho que había, tal vez, empollado un águila.

Puesto que Áureo observaba el arte de la magia con verdadera humildad, como a algo bastante más allá de él. No como un mero pasatiempo, como la música o los cuentos, sino como un asunto práctico de inmenso potencial que sus negocios nunca podrían llegar a igualar. Y aparte, aunque él no lo diría nunca de esa forma, le tenía miedo a los magos. Menospreciaba un poco a los hechiceros, con sus escamoteos y sus ilusiones y sus palabrerías, pero a los magos les temía.

—¿Madre lo sabe? —preguntó Diamante.

—Lo sabrá cuando llegue el momento. Ella no juega ningún papel en tu decisión, Diamante. Las mujeres no saben nada de estos asuntos y no tienen nada que ver con ellos. Debes tomar la decisión tú solo, como un hombre. ¿Lo entiendes? —Áureo estaba siendo franco, veía llegado el momento de destetar al muchacho de su madre. Ella, como mujer, se aferraría a él, pero él, como hombre, debía aprender a desprenderse de las cosas. Y Diamante asintió con la cabeza bastante enérgicamente como para satisfacer a su padre, aunque tenía una mirada pensativa.

—¿El Maestro Cicuta dijo que yo, dijo que pensaba que yo tenía, podría tener un, un don, un talento para...?

Áureo le confirmó que el mago verdaderamente había dicho eso, aunque por supuesto todavía había que ver qué tipo de don. La modestia del muchacho fue un gran alivio para él. Había temido medio inconscientemente que Diamante triunfara sobre él, imponiendo de inmediato su poder. Aquel misterioso, peligroso, incalculable poder contra el cual la riqueza y el dominio y la dignidad de Áureo serían impotentes.

—Gracias, Padre —le dijo el muchacho. Áureo lo abrazó y se fue, satisfecho consigo mismo.

Su lugar de encuentro era en los sauces cabrunos, los matorrales de sauces río abajo junto al Amia justo cuando pasaba bajo la herrería. Tan pronto como Rosa llegó, Diamante le dijo: —¡Quiere que vaya a estudiar con el Maestro Cicuta! ¿Qué voy a hacer?

—¿A estudiar con el mago?

—Cree que tengo un gran talento. Para la magia.

—¿Quién?

—Mi padre. Vio algunas de las cosas que estuvimos practicando. Dice que Cicuta cree que debería ir a estudiar con él porque podría ser peligroso no hacerlo. Oh. —Y Diamante se golpeó la cabeza con las manos.

—Pero es cierto que tienes un talento.

Se quejó y se frotó el cuero cabelludo con los nudillos. Estaba sentado en el suelo, en su viejo lugar de juegos, una especie de cenador entre los sauces, desde donde podían oír el arroyo fluyendo sobre las piedras cercanas y el clang-clang de la herrería un poco más allá. La muchacha se sentó frente a él.

—Mira todo lo que puedes hacer —le dijo—. No podrías hacer nada de todo eso si no tuvieras un don.

—Un pequeño don —dijo Diamante quitándole importancia—. Apenas para hacer algunos trucos.

—¿Cómo lo sabes?

Rosa tenía la piel muy oscura, una mata de cabellos enmarañados, una boca fina y un rostro atento, serio. Sus pies, sus piernas y sus manos estaban desnudos y sucios, su falda y su chaqueta eran vergonzosas. Los dedos de sus pies, aunque sucios, eran delicados y elegantes, y un collar de amatistas brillaba bajo la rasgada chaqueta sin botones. Su madre, Maraña, se ganaba bien la vida curando y sanando, uniendo huesos y ayudando en los partos, y vendiendo hechizos de encuentro, pociones de amor y para dormir. Podía darse el lujo de vestirse ella y vestir a su hija con ropas nuevas, comprar zapatos y mantenerse limpia, pero no se le ocurría hacerlo. Ni tampoco eran los cuidados del hogar algo que le interesara demasiado. Ella y Rosa comían principalmente pollo hervido y huevos fritos, ya que solían pagarle con aves de corral. El patio de su casa de dos habitaciones era una jungla de gatos y gallinas. Le gustaban los gatos, los sapos y las joyas. El collar de amatistas había sido el pago por el feliz nacimiento del hijo del jefe de los guardabosques de Áureo. La propia Maraña llevaba los brazos cubiertos de brazaletes y de pulseras que destellaban y sonaban cuando agitaba impacientemente las manos para realizar un hechizo. A veces llevaba un gatito pequeño sobre el hombro. No era una madre muy atenta. Rosa le había preguntado, cuando tenía siete años: —¿Por qué me tuviste si no me querías?

—¿Cómo puedes ayudar a niños a nacer bien si no has tenido uno? —le contestó su madre.

—Así que fui sólo práctica —gruñó Rosa.

—Todo es práctica —dijo Maraña. Nunca era maliciosa. Pocas veces pensaba en hacer algo más por su hija, pero nunca la lastimaba, nunca la regañaba, y le daba todo lo que ella le pedía, la comida, un sapo propio, el collar de amatistas, lecciones de brujería. Le habría dado ropas nuevas si Rosa se las hubiera pedido, pero nunca lo hizo. Rosa había cuidado de sí misma desde que era muy pequeña; y ésta era una de las razones por las que Diamante la quería. Con ella, sabía lo que era la libertad. Sin ella, podía alcanzarla sólo cuando estaba escuchando y cantando y tocando música.

—Sí que tengo un don —dijo por fin, frotándose las sienes y tirando de sus cabellos.

—Deja de destrozarte la cabeza —le dijo Rosa.

—Sé que Tarry piensa que lo tengo.

—¡Por supuesto que lo tienes! ¿Qué importa lo que crea Tarry? Ya tocas el arpa como nueve veces mejor de lo que él nunca lo hizo.

Esta era otra razón por la que Diamante la quería.

—¿Hay algún mago músico? —preguntó él, mirando hacia arriba.

Ella lo pensó. —No lo sé.

—Yo tampoco. Morred y Elfarran se cantaban el uno al otro, y él era un mago. Y creo que hay un Maestro Cantor en Roke, que enseña las trovas y las historias. Pero nunca oí de un mago que fuera músico.

—No veo por qué un mago no podría ser músico. —Nunca entendía por qué algo no podía ser. Otra razón por la que él la quería.

—Siempre me han parecido cosas similares —dijo él—. La magia y la música. Los hechizos y las melodías. Al menos, ambas cosas tienen que salir perfectas.

—Práctica —dijo Rosa, algo amargamente—. Yo lo sé —le lanzó un guijarro a Diamante. Se convirtió en mariposa en el aire. Él hizo lo mismo, y las dos revolotearon y aletearon unos segundos antes de caer de nuevo al suelo como guijarros. Diamante y Rosa habían inventado algunas variaciones como aquella del viejo truco de las piedras saltarinas.

—Tienes que ir, Di —le dijo ella—. Aunque sólo sea para descubrirlo.

—Lo sé.

—¡Mira que si llegas a ser mago! ¡Oh! ¡Piensa en todo lo que podrías enseñarme! Cambios de forma... Podríamos ser cualquier cosa. ¡Caballos! ¡Osos!

—Topos —dijo Diamante—. Sinceramente, tengo ganas de esconderme bajo tierra. Siempre pensé que mi padre intentaría hacerme aprender sus negocios, después de que me dieran mi nombre. Pero durante todo el año ha estado como manteniéndose alejado. Supongo que tendría ya esto en mente durante todo este tiempo. Pero ¿qué pasará si voy allí y resulta que sirvo tan poco para ser mago como para la contabilidad?

Cuando ella reía, su delgado rostro se aclaraba, su fina boca se agrandaba, y sus ojos desaparecían.

—Oh, Rosaoscura —dijo Diamante—, te quiero.

—Claro que me quieres. Más te vale. Te embrujaré si no lo haces.

Se acercaron arrodillados, cara a cara, los brazos colgando y las manos juntas. Se besaron el uno al otro toda la cara. Para los labios de Rosa, el rostro de Diamante era terso y sabroso como una ciruela, con tan sólo un toque de escozor sobre el labio y la mandíbula, donde había comenzado a afeitarse recientemente. Para los labios de Diamante, el rostro de Rosa era suave como la seda, con tan sólo un toque arenoso en una mejilla, la que se había frotado con una mano sucia. Se acercaron un poco más de manera que sus pechos y sus vientres se tocaron, pero sus manos permanecían a los lados. Siguieron besándose.

—Rosaoscura —susurró él en su oído, el nombre secreto que él le había puesto.

Ella no dijo nada, sólo respiró cálidamente en su oreja, y él gimió. Sus manos apretaron las de ella. Él se alejó un poco. Ella también.

Volvieron a sentarse sobre sus tobillos.

—Oh, Di —dijo ella—, será horrible cuando te vayas.

—No me iré —dijo él—. A ninguna parte. Nunca.

Pero por supuesto se fue al Puerto Sur de Havnor, en una de las carretas de su padre, conducida por uno de los carreteros, junto con el Maestro Cicuta. Como regla general, la gente hace lo que los magos le aconsejan que hagan. Y no es poco honor ser invitado por un mago a ser su alumno o su aprendiz. Cicuta, quien había obtenido su vara en Roke, estaba acostumbrado a que los muchachos se acercaran a él suplicándole que los examinara y, si tenían el don para ello, que les enseñara. Sentía un poco de curiosidad por este muchacho cuyos alegres buenos modales escondían algo de desgana e inseguridad. Que tenía un don era idea del padre, no del muchacho. Eso era algo inusual, aunque tal vez no tan inusual entre los ricos como entre los plebeyos. De cualquier forma, el padre había ofrecido una muy buena paga de antemano en oro y marfil. Si tenía talento para ser mago, Cicuta lo prepararía, y si tenía, como Cicuta sospechaba, un mero don infantil, entonces sería enviado de regreso a casa con lo que quedara de su paga. Cicuta era un mago honesto, honrado, erudito, y sin sentido del humor, con poco interés por los sentimientos y las ideas. Su don era el de los nombres. «El arte comienza y termina con los nombres», decía, lo cual ciertamente es verdad, aunque puede haber un buen trecho entre el comienzo y el fin.

Así fue como Diamante, en vez de aprender hechizos e ilusiones y transformaciones y todos aquellos trucos vulgares, como los llamaba Cicuta, se sentaba en una estrecha habitación en el fondo de la estrecha casa del mago, que se encontraba en una estrecha callejuela de la vieja ciudad, memorizando largas, largas listas de palabras, palabras de poder en la Lengua de la Creación. Plantas y partes de plantas, y animales y partes de animales, e islas y partes de islas, partes de barcos, partes del cuerpo humano. Las palabras nunca tenían sentido, nunca formaban oraciones, sólo listas. Largas, largas listas.

La mente se le iba a otras cosas. En el Habla Verdadera «pestaña» es siasa, leyó, y sintió pestañas acariciando sus mejillas como el beso de una mariposa, pestañas oscuras. Levantó la vista asustado sin saber qué lo había tocado. Más tarde, cuando intentó repetir la palabra, se quedó mudo.

—Memoria, memoria —le decía Cicuta—. ¡El talento no sirve sin memoria! —No era severo, pero era inflexible. Diamante no tenía ni idea de qué opinión tenía Cicuta sobre él, y le parecía que era bastante mala. A veces el mago lo llevaba con él cuando realizaba algún trabajo, generalmente consistía en pronunciar sortilegios de seguridad en barcos y casas, purificar pozos, y participar en las juntas de la ciudad, raras veces hablando, más bien siempre escuchando. Otro mago, que no se había preparado en Roke pero que poseía el don de la curación, cuidaba a los enfermos y a los moribundos del Puerto Sur. Cicuta se alegraba de dejarlo hacer aquello. Su único placer residía en el estudio y, hasta donde Diamante podía ver, en no obrar ningún tipo de magia.

—Mantén el equilibrio, todo depende de ello —le decía Cicuta, y—: Conocimiento, orden y control. —Pronunciaba tan a menudo aquellas palabras que se hicieron melodía en la cabeza de Diamante y se cantaban a sí mismas una y otra vez: conocimiento, orden y controoooooool...

Cuando Diamante ponía las listas de nombres en melodías que se había inventado, las aprendía mucho más rápidamente; pero entonces la melodía salía como parte del nombre, y él la cantaba tan claramente, puesto que su voz se había transformado en la de un fuerte y oscuro tenor, que Cicuta se estremecía al escucharla. La de Cicuta era una casa muy silenciosa.

Generalmente, se suponía que el alumno debía estar con el maestro, o estudiando las listas de nombres en la habitación en la que se encontraban los libros del saber y los libros de palabras, o durmiendo. Cicuta era un maniático a la hora de levantarse y ponerse en marcha para comenzar el día. Pero de vez en cuando Diamante tenía una o dos horas libres. Siempre bajaba al muelle y se sentaba en el paseo marítimo, sobre un peldaño junto al agua y pensaba en Rosaoscura. Tan pronto como salía de la casa y se alejaba del Maestro Cicuta, comenzaba a pensar en Rosaoscura, y seguía pensando en ella y en muy poco más. Le sorprendía un poco. Pensaba que tendría que extrañar su casa, pensar en su madre. De hecho pensaba en ella bastante a menudo, y bastante a menudo extrañaba su casa, acostado sobre el catre en su desnuda, estrecha y pequeña habitación después de una cena insuficiente que consistía en una papilla fría de guisantes —puesto que este mago al menos, no vivía con los lujos que Áureo había imaginado que vivían los magos. Diamante nunca pensaba en Rosaoscura durante las noches. Pensaba en su madre, o en habitaciones en las que entraba el sol y en comidas calientes, o en una melodía que acudía a su cabeza y él la practicaba mentalmente en el arpa, y entonces se quedaba dormido. Rosaoscura aparecería en su mente únicamente cuando estaba en el muelle, mirando fijamente el agua del puerto, el paseo marítimo, los barcos de pesca, únicamente cuando estaba al aire libre y lejos de Cicuta y de su casa.

Así que apreciaba sus horas libres como si fueran realmente encuentros con ella. Siempre la había querido, pero no había entendido que la quería más que a nada ni a nadie. Cuando estaba con ella, incluso cuando estaba abajo en el muelle pensando en ella, estaba vivo. Nunca se sentía enteramente vivo en la casa del Maestro Cicuta y en su presencia. Se sentía un poco muerto. No totalmente muerto, sino un poco muerto.

Algunas veces, sentado sobre un peldaño, el agua sucia del puerto chapoteando en el peldaño siguiente, los chillidos de las gaviotas y las voces de los trabajadores del muelle coronando el aire con torpes y desgarbadas melodías, cerraba los ojos y veía a su amor tan claramente, tan cerca, que estiraba la mano para tocarla. Si estiraba la mano sólo en su mente, como cuando tocaba el arpa mental, entonces realmente la tocaba. Sentía su mano en la de él, y su mejilla, cálida y fría, sedosa y arenosa, rozando su boca. En su mente le hablaba, y en su mente ella le respondía, su voz, su voz ronca diciendo su nombre: «Diamante...».

Pero en cuanto emprendía el regreso, calle arriba desde el Puerto Sur, la perdía. Juraba mantenerla con él, pensar en ella, pensar en ella aquella misma noche, pero ella se desvanecía. Cuando abría la puerta de la casa del Maestro Cicuta ya estaba recitando listas de nombres, o pensando qué le esperaría para la cena, ya que tenía hambre casi todo el tiempo. Hasta que no podía tomarse una hora y correr nuevamente hacia el muelle, no podía pensar en ella.

Así que comenzó a sentir que aquellas horas eran verdaderos encuentros con ella, y vivía para ellos, sin saber que estaba vivo hasta que sus pies se posaban sobre los adoquines, y sus ojos sobre el puerto y la distante línea del mar. Entonces recordaba lo que valía la pena recordar.

Pasó el invierno, y el frío comienzo de la primavera, y con el cálido final de ésta llegó una carta de su madre, traída por un carretero. Diamante la leyó y se la llevó al Maestro Cicuta, diciendo: —Mi madre pregunta si puedo pasar un mes en casa este verano.

—Probablemente no —dijo el mago, y luego, pareciendo notar la decepción de Diamante, bajó su pluma y añadió—: Jovencito, debo preguntarte si deseas seguir estudiando conmigo.

Diamante no sabía qué decir. La idea de que eso dependiera de él no se le había ocurrido nunca. —¿Creéis que debería? —preguntó por fin.

—Probablemente no —le contestó el mago.

Diamante esperaba sentirse aliviado, liberado, pero se dio cuenta de que se sentía rechazado, avergonzado.

—Lo siento —dijo, con tanta dignidad que Cicuta levantó la vista otra vez.
—Podrías ir a Roke —dijo el mago.
—¿A Roke?
La mirada boquiabierta del muchacho irritó a Cicuta, a pesar de que sabía que no debería. Los magos están acostumbrados a una seguridad desmesurada en los jóvenes de su clase. Esperan que la modestia llegue más tarde, si es que llega.
—He dicho Roke, sí. —El tono de voz de Cicuta revelaba que no estaba acostumbrado a tener que repetir lo que decía. Y entonces, puesto que este muchacho, este muchacho tonto, mimado, distraído, se había hecho querer por Cicuta por su resignada paciencia, se compadeció de él y le dijo—: Deberías ir a Roke y encontrar un mago que te enseñe lo que necesitas aprender. Por supuesto que necesitas lo que yo puedo enseñarte. Necesitas los nombres. El arte comienza y termina con los nombres. Pero ése no es tu don. No tienes muy buena memoria para las palabras. Debes entrenarla diligentemente. Sin embargo, está claro que tienes capacidades, y que necesitan cultivarse y hacerlo con disciplina, cosas que otro hombre puede darte mejor que yo. —Así es como la modestia alimenta a la modestia, a veces, incluso en lugares inverosímiles.— Si llegas a ir a Roke, te daré una carta para que te dirijas particularmente al Maestro Invocador.
—Ah —dijo Diamante, desconcertado. El arte de la invocación es tal vez la más misteriosa y peligrosa de todas las artes de magia.
—Tal vez esté equivocado —dijo Cicuta con su seca y monótona voz—. Tu don puede ser para las Formas. O tal vez es un don común y corriente para dar forma y transformar. No estoy seguro.
—Pero vos estáis... yo, en realidad...
—Oh, sí. Eres inusualmente lento, jovencito, para reconocer tus propias capacidades —lo dijo severamente, y Diamante se puso un poco a la defensiva.
—Yo creía que mi don era para la música —dijo.
Cicuta desechó aquello con un gesto de la mano. —Estoy hablando del Arte Verdadero —le dijo—. Ahora seré honesto contigo. Te aconsejo que le escribas a tus padres, yo también lo haré, informándoles de tu decisión de ir a la escuela de Roke, si eso es lo que decides; o al Gran Puerto, si el Mago Inquieto te acepta, lo cual creo que hará, con mis recomendaciones. Pero no te recomiendo que visites tu hogar. El lío emocional de la familia, los amigos, etcétera, etcétera, es precisamente de lo que necesitas liberarte. Ahora, y de aquí en adelante.
—¿Acaso los magos no tienen familia?
A Cicuta le alegraba ver un poco de fuego en el muchacho.
—Son familia unos de otros —le contestó.
—¿Y no tienen amigos?
—Ellos pueden ser amigos. ¿Te he dicho acaso alguna vez que era una vida fácil? —Cicuta calló un instante y miró directamente a Diamante—. Hay una muchacha —le dijo.
Diamante lo miró un instante, luego bajó la vista, y no dijo nada.
—Tu padre me lo dijo. La hija de una bruja, una compañera de juegos de la infancia. El creía que tú le habías enseñado algunos hechizos.
—Ella me enseñó a mí.
Cicuta asintió con la cabeza. —Eso es bastante comprensible, entre niños. Y ahora bastante imposible, ¿lo entiendes?
—No —dijo Diamante.
—Siéntate —le dijo Cicuta. Después de unos segundos, Diamante cogió la rígida silla de respaldo alto que estaba frente a él.
—Aquí puedo protegerte, y así lo he hecho. En Roke, por supuesto, estarás completamente seguro. Las propias paredes, allí... Pero si vas a casa, debes estar dispuesto a protegerte a ti mismo. Es algo difícil para un muchacho joven, muy difícil, la prueba de fuego para una voluntad que aún no se ha armado de valor, para una mente

que aún no ha divisado su verdadero objetivo. Te recomiendo muy encarecidamente que no corras ese riesgo. Escríbele a tus padres, y ve al Gran Puerto, o a Roke. La paga de la mitad de este año, la cual te devolveré, cubrirá tus primeros gastos.

Diamante permanecía sentado, muy erguido y quieto. Últimamente había comenzado a heredar algo de la altura y la complexión robusta de su padre, y ya parecía un hombre, aunque uno muy joven.

—¿A qué os referíais, Maestro Cicuta, cuando habéis dicho que me habíais protegido aquí?

—Simplemente como me protejo a mí mismo —le contestó el mago; y después de un momento, malhumoradamente—: El pacto, muchacho. El poder que damos por nuestro poder. El estado menor del ser al que renunciamos. Seguramente sabes que todo verdadero hombre de poder es célibe.

Se hizo un silencio, y Diamante finalmente dijo: —Así vos decís... que yo...

—Por supuesto. Era mi responsabilidad como tu maestro.

Diamante asintió con la cabeza. Y dijo: —Gracias. —Después de unos instantes se puso de pie:— Disculpadme, Maestro —dijo—. Tengo que pensar.

—¿Adonde vas?

—Voy a bajar al muelle.

—Mejor quédate aquí.

—Aquí no puedo pensar.

Cicuta podría haberse dado cuenta entonces de con qué estaba enfrentándose; pero puesto que le había dicho al muchacho que ya no sería su maestro, no podía dominarlo conscientemente.

—Tienes un don verdadero, Essiri —le dijo, utilizando el nombre que le había dado al muchacho en los manantiales del Amia, una palabra que en el Habla Antigua significa sauce—. No acabo de entenderlo. Y creo que tú no lo entiendes en absoluto. ¡Cuídate! Utilizar indebidamente un don, o rechazarlo, puede provocar grandes pérdidas, puede hacer mucho daño.

Diamante asintió con la cabeza, sufriendo, contrito, sumiso, inconmovible.

—Adelante —le dijo el mago, y Diamante se fue.

Más tarde, Cicuta supo que nunca debería haber permitido que el muchacho abandonara la casa. Había subestimado la fuerza de voluntad de Diamante, o la fuerza del hechizo que la muchacha había obrado sobre él. Su conversación había tenido lugar durante la mañana; Cicuta regresó a la antigua lista que estaba confeccionando; no fue sino hasta la hora de la cena cuando se acordó de su alumno, y no hasta que hubo comido la cena solo cuando admitió que Diamante se había escapado.

Cicuta era reacio a practicar cualquiera de las artes menores de la magia. No urdió un sortilegio para encontrarlo, como cualquier hechicero hubiera hecho. Ni tampoco llamó a Diamante de ninguna manera. Estaba enfadado; tal vez herido. Tenía una buena opinión del muchacho, y se había ofrecido a escribirle al Invocador acerca de él, y luego ante la primera prueba de carácter, Diamante se había quebrado. «Cristal», masculló el mago. Al menos esta debilidad probaba que no era peligroso. Algunos talentos era mejor no dejarlos completamente libres, pero este muchacho no representaba ningún peligro, no tenía malicia. Ni ambición. «No tiene temple», le dijo Cicuta al silencio de la casa. «Dejemos que regrese gateando a casa con su mamá.»

Sin embargo, le dolía que Diamante lo hubiera defraudado rotundamente, sin siquiera una palabra de agradecimiento o de disculpa. Se acabaron los buenos modales, pensó.

Mientras soplaba el farol y se metía en la cama, la hija de la bruja escuchó la llamada de un búho, el breve y líquido hu-hu-hu-hu que hacía que la gente los llamara búhos risueños. Lo escuchó con el corazón afligido. Ésa había sido su señal, en las noches de verano, cuando salían a escondidas de sus casas para encontrarse en la arboleda de sauces allí abajo en la ribera del Amia, cuando todos los demás estaban durmiendo. Ella

no pensaría en él durante la noche. Durante el invierno se había enviado a él noche tras noche. Había aprendido el hechizo de envío de su madre, y sabía que era un hechizo verdadero. Le había enviado su tacto, su voz diciendo su nombre, una y otra vez. Se había encontrado con un muro de aire y silencio. No tocaba nada. Él se había rodeado de muros para mantenerla alejada. No podía escucharla.

Algunas veces, de repente, durante el día, había habido un instante en el cual había sabido que él estaba cerca mentalmente, y había podido tocarlo si estiraba la mano. Pero durante la noche sólo conocía su vacía ausencia, su rechazo. Había dejado de tratar de alcanzarlo hacía ya meses, pero su corazón todavía estaba muy dolorido.

—Hu-hu-hu —repitió el búho, bajo el sauce, y luego dijo—: ¡Rosaoscura! —Ésta, asustada, saltó de la cama y abrió los postigos.

—Sal —susurró Diamante, una sombra bajo la luz de las estrellas.

—Mi madre no está en casa. ¡Entra! —Fue a recibirlo a la puerta.

Se abrazaron muy fuerte, sin soltarse, en silencio durante un buen rato. Para Diamante era como si tuviera allí su futuro, toda su vida, entre sus brazos.

Finalmente ella se movió, besó su mejilla y susurró:

—Te he echado de menos, te he echado de menos, te he echado de menos. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Todo el tiempo que quiera.

Ella cogió su mano y lo condujo hacia el interior de la casa. Él siempre estaba poco dispuesto a entrar en la casa de la bruja, un sitio desordenado con un olor penetrante, lleno de los misterios de las mujeres y la brujería, muy distinta de su pulcro y confortable hogar, incluso más distinta de la fría austeridad de la casa del mago. Se estremeció como un caballo cuando estuvo allí de pie, demasiado alto para aquel techo engalanado con hierbas. Estaba muy nervioso, y agotado, puesto que había caminado cuarenta millas en dieciséis horas y sin comida.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó en un susurro.

—Acompañando a la vieja Ferny. Murió esta tarde, mi madre estará allí toda la noche. Pero ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Caminando.

—¿El mago te dejó que visitaras tu casa?

—Me he escapado.

—¡Te has escapado! ¿Por qué?

—Para poder seguir estando contigo.

La miró, aquel vivido, feroz y oscuro rostro en medio de la áspera maraña de cabellos. Llevaba únicamente su camisa, y pudo ver la infinitamente delicada y tierna curva de sus pechos. La atrajo hacia él una vez más, pero a pesar de que ella lo abrazó volvió a alejarse, frunciendo el ceño.

—¿Para seguir estando conmigo? —repitió ella—. No pareciste preocuparte demasiado por no haberme visto durante todo el invierno. ¿Qué te ha hecho volver ahora?

—Quería que fuera a Roke.

—¿A Roke? —lo miró fijamente—. ¿A Roke, Di? Entonces es cierto que tienes el don. ¿Podrías ser un hechicero?

Encontrarla del bando de Cicuta fue un duro golpe.

—Para él los hechiceros no valen nada. Piensa que puedo ser un mago. Hacer magia. No sólo brujerías.

—Oh, ya veo —dijo Rosa después de unos instantes—. Pero no entiendo por qué te has escapado.

Se habían soltado las manos.

—¿Es que no lo entiendes? —le preguntó él, exasperado con ella por su falta de comprensión, porque él no la había entendido—. Un mago no puede tener nada que ver con las mujeres. Con las brujas. Con todo eso.

—Oh, lo sé. Es indigno de ellos.
—No solamente es indigno de ellos...
—Oh, pero lo es. Apuesto a que has tenido que olvidarte de todos los hechizos que te he enseñado, ¿no es así?
—No son el mismo tipo de cosas.
—No. No son las Altas Artes. No es la Lengua Verdadera. Un mago no debe ensuciar sus labios con palabras comunes. «Débil como magia de mujer, maligno como magia de mujer», ¿crees que no sé lo que dicen? Así que, ¿por qué has vuelto?
—Para verte a ti.
—¿Para qué?
—¿Tú qué crees?
—Nunca te has enviado a mí, nunca me has permitido enviarme a ti, durante todo el tiempo que no has estado aquí. Simplemente se suponía que tenía que esperar hasta que tú te cansaras de jugar al mago. Pues, me he cansado de esperar, —Su voz era casi inaudible, un áspero susurro.
—Alguien ha estado viniendo por aquí —dijo él, incrédulo de que ella pudiera rechazarlo— ¿Quién ha estado persiguiéndote?
—¡No es asunto tuyo si es que hay alguien! Tú te marchas, me das la espalda. Los magos no pueden tener nada que ver con lo que yo hago, con lo que hace mi madre. Pues bien, yo no quiero tener nada que ver con lo que tú haces, tampoco, nunca. ¡Así que vete!
Famélico, frustrado, incomprendido, Diamante estiró los brazos para abrazarla una vez más, para hacer que el cuerpo de ella comprendiera al suyo, repitiendo aquel primer, profundo abrazo que había abarcado todos los años de sus vidas. Se encontró de pie a más de medio metro de distancia, las manos le escocían, los oídos le zumbaban y tenía los ojos deslumbrados. El relámpago estaba en los ojos de Rosa, y sus manos centellaban mientras las apretaba. —Nunca más hagas eso —le susurró.
—Nunca tengas miedo —le contestó Diamante, que se dio la vuelta y salió de la casa. Una hebra de salvia se enganchó en su cabeza y salió con él.
Pasó la noche en su antiguo lugar entre los sauces. Tal vez esperaba que ella apareciera, pero no lo hizo, y en seguida se quedó dormido presa de un profundo cansancio. Despertó con la primera luz fría de la mañana. Se incorporó y pensó. Observó la vida bajo aquella luz fría. Era algo diferente a lo que él se había imaginado. Bajó al riachuelo en el cual había recibido su nombre. Bebió de sus aguas, se lavó las manos y el rostro, se arregló lo mejor que pudo, subió al pueblo y lo atravesó hasta llegar a la magnífica casa que estaba en lo más alto, la casa de su padre.
Después de las primeras exclamaciones y abrazos, los sirvientes y su madre lo sentaron inmediatamente a desayunar. Así que fue con comida caliente en la barriga y cierto coraje frío en el corazón como se enfrentó a su padre, quien había estado afuera antes del desayuno despachando una serie de carretas de madera para el Gran Puerto.
—¡Bueno, hijo! —se rozaron las mejillas—, ¿así que el Maestro Cicuta te ha dado unas vacaciones?
—No, señor. Me he ido.
Áureo lo miró fijamente, luego llenó su plato y se sentó. —Te has ido —dijo.
—Sí, señor. He decidido que no quiero ser un mago.
—Hmm —dijo Áureo, masticando—. ¿Te fuiste por decisión propia? ¿Completamente? ¿Con el permiso del Maestro?
—Completamente por decisión propia, sin su permiso.
Áureo masticaba muy lentamente, sus ojos fijos sobre la mesa. Diamante había visto a su padre así cuando uno de sus guardabosques lo informaba de que había una plaga en el bosque de castaños, y cuando descubrió que un vendedor de mulas lo había engañado.

—Quería que fuera a la Escuela de Roke para estudiar con el Maestro Invocador. Iba a mandarme allí. Y he decidido que no quiero ir.

Después de un rato Áureo le preguntó, todavía con la mirada fija en la mesa: —¿Por qué?

—No es la vida que yo quiero.

Otra pausa. Áureo levantó la vista para mirar a su esposa, quien estaba de pie junto a la ventana, escuchando en silencio. Luego miró a su hijo. Lentamente, la mezcla de enfado, desilusión, confusión y respeto en su rostro dejó paso a algo más simple, una mirada de complicidad, casi pareció que le guiñaba el ojo. —Ya veo —dijo—. ¿Y has decidido qué quieres?

Tras una pausa Diamante le contestó. —Esto. —Su voz era clara. No miraba ni a su padre ni a su madre.

—¡Ja! —exclamó Áureo—. ¡Bien! Te diré que me alegro de ello, hijo. —Se comió una pequeña empanada de cerdo de un bocado.— Ser un mago, ir a Roke, todo eso nunca me pareció algo real, no exactamente. Y contigo allí lejos, no sabía para qué sería todo lo de aquí, para serte sincero. Todos mis negocios. Si estás aquí, todo tiene sentido, ¿sabes? Todo tiene sentido. ¡Bien! Pero escúchame bien, ¿simplemente te escapaste del mago? ¿Él sabía que te marcharías?

—No. Le escribiré. —contestó Diamante, con su nueva voz.

—¿No estará enfadado? Dicen que los magos tienen genio. Son muy orgullosos.

—Está enfadado —dijo Diamante—, pero no hará nada.

Y así fue. De hecho, sorprendentemente para Áureo, el Maestro Cicuta envió escrupulosamente la parte sobrante de la paga del aprendizaje. Con el paquete que fue entregado por uno de los carreteros de Áureo que había llevado un cargamento de varas al Puerto Sur, había una nota para Diamante. Decía: «El verdadero arte requiere un solo corazón». La dirección en el exterior del sobre era la runa Hárdica para Sauce. La nota estaba firmada con la runa de Cicuta, que tenía dos significados: el árbol de cicuta y el sufrimiento.

Diamante se sentó en su soleada habitación en el piso superior de la casa, sobre su confortable cama, escuchando a su madre cantar mientras se paseaba por la casa de aquí para allá. Cogió la carta del mago y releyó el mensaje y las dos runas muchas veces. La fría y aturdida mente que había nacido en él aquella mañana allá en los sauces aceptaba la lección. Nada de magia. Nunca más. Nunca le había entregado su corazón. Para él había sido un juego, un juego que jugar junto con Rosaoscura. Incluso los nombres de la Lengua Verdadera que había aprendido en la casa del mago, a pesar de reconocer la belleza y el poder que yacía en ellos, podría dejarlos ir, dejar que se esfumaran, olvidarlos. Ésa no era su lengua.

Podía hablar su lengua únicamente con Rosaoscura. Y la había perdido, la había dejado ir. El corazón doble no tiene una lengua verdadera. De ahora en adelante podría hablar solamente la lengua del deber: obtener y gastar, inversiones e ingresos, las ganancias y las pérdidas.

Y más allá de todo eso, nada. Había habido ilusiones, pequeños hechizos, guijarros que se convertían en mariposas, pájaros de madera que volaban con alas vivas durante uno o dos minutos. Nunca había habido una elección, en realidad. Sólo había un camino que seguir.

Áureo se sentía inmensamente feliz y era bastante consciente de ello. «El viejo ha recuperado su joya», le decía el carretero al guardabosques. «Está dulce como la mermelada.» Áureo, inconsciente de ser dulce, pensaba únicamente en cuan dulce era la vida. Había comprado el bosque Reche a un precio muy elevado, pero por lo menos el viejo Bajarrama de la Colina del Este no se lo había quedado, y ahora él y Diamante podrían explotarlo corno debía ser explotado. Entre los castaños había muchos pinos, los cuales podrían ser talados y vendidos para mástiles y vergas y pequeños troncos, y luego

replantar allí semillas de castaños. Con el tiempo se convertiría en una plantación pura, como la Gran Arboleda, el corazón del reino de sus castaños. Con el tiempo, por supuesto. Los robles y los castaños no crecen de la noche a la mañana como los alisos y los sauces. Pero había tiempo. Ahora había tiempo. El muchacho apenas tenía diecisiete años, y él mismo tan sólo cuarenta y cinco. Estaba en la flor de su vida. Había estado sintiéndose viejo, pero eso eran tonterías. Estaba en la flor de su vida. Los árboles más viejos, después de florecer, deberían talarse junto con los pinos. Podía sacarse de ellos algo de madera buena para muebles.

—Bueno, bueno, bueno —le decía a su esposa, frecuentemente—, todo parece ir bien otra vez, ¿eh? Tienes a la luz de tus ojos otra vez en casa, ¿eh? No más lloriqueos, ¿eh?

Y Tuly sonreía y le acariciaba la mano.

Una vez, en lugar de sonreír y mostrarse de acuerdo con él, le dijo:—Es hermoso tenerlo aquí otra vez, pero... —y Áureo dejó de escuchar. Las madres nacieron para preocuparse por sus hijos, y las mujeres nacieron para no estar nunca contentas. No había razón alguna por la que debiera escuchar la letanía de ansiedades con la que Tuly se arrastraba por la vida. Por supuesto, ella pensaba que la vida de un comerciante no era lo suficientemente buena para el muchacho. Ella pensaba que ser rey en Havnor no sería lo suficientemente bueno para él.

—Cuando consiga una muchacha —decía Áureo, en respuesta a lo que fuera que ella le estuviera diciendo—, se tranquilizará. El hecho de vivir con los magos, ya sabes, cómo son y todo eso, lo ha hecho retroceder un poco. No te preocupes por Diamante. ¡Sabrá lo que quiera cuando lo vea!

—Eso espero —dijo Tuly.

—Al menos no está viendo a la hija de la bruja —dijo Áureo—. Eso se acabó. —Más tarde se le ocurrió que tampoco su esposa estaba viendo ya a la bruja. Durante años habían sido uña y carne, contra todas sus advertencias, y ahora Maraña ya no se acercaba a la casa. Las amistades de las mujeres nunca duraban. Él le tomaba el pelo acerca de eso. Al encontrar sus hierbas desparramadas por las pecheras y en los armarios para combatir una plaga de polillas, le dijo: —Parece que tendrás que traer a tu amiga la mujer sabia para que las ahuyente con un maleficio. ¿O es que ya no sois amigas?

—No —le contestó su esposa con su suave y monótona voz—, ya no lo somos.

—¡Otra buena noticia! —exclamó Áureo rotundamente—. ¿Y qué ha sido de su hija? Se ha ido con un malabarista, según he oído, ¿verdad?

—Un músico —le contestó Tuly—. El verano pasado.

—Una Fiesta de Nombre —dijo Áureo—. Tiempo para algunos juegos, un poco de música y bailes, muchacho. Diecinueve años. ¡Celébralo!

—Pensaba a ir a la Colina del Este con las mulas de Sul.

—No, no, no. Sul puede arreglárselas solo. Quédate en casa y ten tu fiesta. Has estado trabajando mucho. Contrataremos una orquesta. ¿Cuál es la mejor del país? ¿Tarry y su pandilla?

—Padre, no quiero una fiesta —dijo Diamante y se puso de pie, sacudiendo los músculos como un caballo. Ahora era más grande que Áureo, y cuando se movía abruptamente era asombroso—. Iré a la Colina del Este —dijo, y salió de la habitación.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Áureo a su esposa, una pregunta retórica. Ella lo miró pero no le dijo nada, la suya no fue una respuesta retórica.

Después de que Áureo saliera de casa, Tuly encontró a su hijo en el escritorio revisando algunos libros mayores. Observó las páginas. Largas, largas listas de nombres y números, deudas y créditos, ganancias y pérdidas.

—Di —le dijo, y él levantó la vista. Su rostro aún era redondo y del color de un melocotón, aunque los huesos eran ahora más pesados y sus ojos melancolía.

—No he querido herir los sentimientos de mi padre —dijo él.

—Si quiere una fiesta, la tendrá —dijo ella. Sus voces eran parecidas, las dos se encontraban en el registro más alto pero tenían una tonalidad oscura, y se aferraban a un silencio llano, contenido, controlado. Se sentó en un taburete que estaba junto al alto escritorio.

—No puedo —dijo él, y se detuvo, luego prosiguió—: Realmente no quiero ningún baile.

—Está tratando de conseguirte pareja —le dijo Tuly, escueta, afectuosa.

—Eso no me interesa.

—Ya sé que no.

—El problema es...

—El problema es la música —dijo su madre finalmente. El asintió con la cabeza—. Hijo mío, no hay razón alguna —continuó ella, de repente apasionada—. ¡No hay razón alguna por la cual debas renunciar a lo que quieres!

Él le tomó la mano y se la besó. Estaban sentados juntos.

—Las cosas no se mezclan —dijo él—. Deberían, pero no lo hacen. Ya me he dado cuenta de eso. Cuando abandoné al mago. Creía que podía hacerlo todo. Ya sabes, magia, tocar música, ser el hijo de mi padre, amar a Rosa... Pero las cosas no funcionan así. Las cosas no se mezclan.

—Sí se mezclan, claro que sí —le dijo Tuly—. ¡Todo está vinculado, entrelazado!

—Tal vez lo está, para las mujeres. Pero yo... no puedo duplicar mi corazón.

—¿Duplicar tu corazón? ¿Tú? Renunciaste a la magia porque sabías que si no lo hacías, la traicionarías.

Estas palabras le causaron una evidente impresión, pero no lo negó.

—Pero ¿por qué —le preguntó ella—, por qué renunciaste a la música?

—Tengo que tener un solo corazón. No puedo tocar el arpa mientras estoy negociando con un criador de mulas. ¡No puedo hacer baladas mientras estoy dilucidando cuánto tenemos que pagarles a los recolectores para impedir que los contrate Bajarrama! —En ese momento su voz tembló un poco, un vibrato, y sus ojos ya no estaban tristes, sino furiosos.

—Así que has obrado un hechizo sobre ti mismo —le dijo ella—, al igual que aquel mago obró uno sobre ti. Un hechizo para mantenerte a salvo. Para mantenerte cerca de los criadores de mulas, y de los recolectores de nueces, y de todos ésos. —Golpeó el libro mayor lleno de listas de nombres y números, un leve golpe seco y despreciativo.—Un hechizo de silencio —le dijo.

Después de una larga pausa, el muchacho le preguntó: —¿Qué otra cosa puedo hacer?

—No lo sé, cariño mío. Claro que quiero que estés a salvo. Claro que quiero ver a tu padre feliz y orgulloso de ti. Pero no puedo soportar verte infeliz a ti, ¡sin orgullo! No lo sé. Tal vez tengas razón. Tal vez para un hombre haya una sola cosa en la vida. Pero echo de menos oírte cantar.

Dijo aquello último con lágrimas en los ojos. Se abrazaron, y ella acarició sus espesos y brillantes cabellos y se disculpó por haber sido cruel. Él volvió a abrazarla diciéndole que era la madre más buena del mundo, y luego ella se fue. Pero cuando se estaba retirando del salón se dio la vuelta un momento y le dijo: —Deja que tenga su fiesta, Di. Déjate a ti mismo tenerla.

—Lo haré —le contestó él, para consolarla.

Áureo consiguió la cerveza y la comida, y hasta fuegos artificiales, pero Diamante se ocupó de contratar a los músicos.

—Por supuesto que traeré a mi orquesta —le dijo Tarry—, ¡no me lo perdería por nada del mundo! Tendrás a todos los músicos del oeste del mundo aquí para una de las fiestas de tu padre.

—Puedes decirles que la tuya es la orquesta a la que van a pagarle.

—Oh, vendrán por la gloria —dijo el arpista, un tipo de cuarenta años, delgado, de cara alargada y ojos incoloros—. Entonces ¿tal vez toques algo con nosotros? A ti se te daba muy bien, antes de que te dedicaras a hacer dinero. Y tu voz tampoco estaba nada mal, si hubieses trabajado con ella.

—Lo dudo —le contestó Diamante.

—Aquella muchacha que te gustaba, la hija de la bruja, Rosa, he oído que está por ahí con Labby. Estoy seguro de que vendrán.

—Hasta el día de la fiesta —dijo Diamante, corpulento, apuesto e indiferente, y se fue.

—Demasiado importante y poderoso estos días como para detenerse a conversar —dijo Tarry—, aunque fui yo quien le enseñó todo lo que sabe hacer con el arpa. Pero ¿qué significa eso para un hombre rico?

La malicia de Tarry había dejado los nervios de Diamante a flor de piel, y la idea de la fiesta le pesaba tanto que perdió el apetito. Pensó esperanzado durante un tiempo que estaba enfermo y que podría entonces perderse la fiesta. Pero llegó el día, y él estaba allí. No tan manifiesto, tan eminente, tan deslumbrante como su padre, sino presente, sonriendo, bailando. Todos los amigos de su infancia estaban allí también, la mitad de ellos ya casados con la otra mitad, según parecía, pero todavía había mucho flirteo por aquí y por allá, y varias muchachas hermosas estaban siempre revoloteando cerca de él. Bebió una buena cantidad de la excelente cerveza de la Cervecera Gadge, y descubrió que podía soportar la música si bailaba siguiendo el compás y hablaba y se reía mientras bailaba. Y así fue como bailó con todas las muchachas hermosas, una tras otra, y luego otra vez con cualquiera que volviera a aparecer, lo cual todas hicieron.

Era la fiesta más grandiosa que Áureo jamás había dado, con una pista de baile construida sobre los jardines del pueblo, junto al camino de la casa de Áureo, y había una carpa para que los más viejos comieran y bebieran y cotillearan en ella, y ropas nuevas para los niños, y malabaristas y titiriteros, algunos de ellos que habían sido contratados y otros que simplemente se habían acercado para ver qué podían recoger en calderillas y cerveza gratis. Cualquier festividad atraía a artistas ambulantes y músicos; así se ganaban la vida, y a pesar de no haber sido invitados, eran bienvenidos. Un cantor de cuentos con una voz y una gaita bastante monótonas estaba cantando La Gesta del Señor de los Dragones ante un grupo de personas debajo del gran roble que se encuentra en la cima de la colina. Cuando la orquesta de Tarry, compuesta por un arpa, un pífano, una viola y un tambor, hizo una pausa para tomarse un descanso y unos tragos, un nuevo grupo se colocó de inmediato en la pista de baile. —¡Eh, ahí está la orquesta de Labby! —gritó la muchacha que estaba más cerca de Diamante—. ¡Vamos, son los mejores!

Labby, un muchacho de piel clara y de aspecto un tanto ostentoso y vulgar, tocaba una trompa de madera de doble lengüeta. Con él había un muchacho que tocaba la viola, otro que tocaba el tamborín, y Rosa, que tocaba el pífano. Su primera melodía fue un éxito, rápida y brillante, demasiado rápida para algunos de los bailarines. Diamante y su pareja se quedaron en la pista, y la gente los vitoreó y los aplaudió cuando terminaron de bailar, sudando y jadeando. —¡Cerveza! —gritó Diamante, y fue llevado en andas por un remolino de hombres y mujeres, todos riendo y parloteando.

Escuchó detrás de él cómo comenzaba la siguiente melodía, la viola sola, fuerte y triste como la voz de un tenor: «Hacia donde va mi amor».

Bebió una jarra de cerveza de un trago, y las muchachas que estaban con él miraban los músculos de su fuerte garganta mientras tragaba, y se reían y parloteaban, y él se sacudió como un caballo molesto por las moscas. Y entonces dijo: —¡Oh!, ¡no puedo...! —Salió disparado en el crepúsculo hacia los faroles colgados alrededor del puesto de la cervecera. —¿Adonde va? —preguntó una, y otra dijo: —Volverá. —Y se rieron y siguieron parloteando.

La melodía terminó. —Rosaoscura —dijo Diamante, detrás de ella en la oscuridad. Ella volvió la cabeza y lo miró. Sus cabezas estaban a la misma altura, ella estaba sentada

con las piernas cruzadas sobre la plataforma de la pista, él, arrodillado sobre la hierba—. Ven a los sauces —le dijo él.

Ella no dijo nada. Labby, que la miraba de reojo, se puso la trompa de madera sobre los labios. El tambor dio un triple golpe sobre su tamborín, y comenzaron una giga de marineros.

Cuando volvió a mirar a su alrededor, Diamante se había ido.

Tarry regresó con su orquesta después de aproximadamente una hora, de mal humor por la intromisión y mucho peor por la cerveza. Interrumpió la melodía y el baile, diciéndole a gritos a Labby que despejara la pista.

—Ah, ve a rascarte la nariz, rascador de arpas —le contestó Labby, y Tarry se ofendió, y la gente se puso del lado de uno y de otro, y mientras la pelea estaba en su breve pero más álgido punto, Rosa metió el pífano en su bolsillo y se escabulló.

Lejos de los faroles de la fiesta estaba oscuro, pero ella conocía el camino en la oscuridad. Él estaba allí. Los sauces habían crecido en aquellos dos años. Quedaba sólo un pequeño espacio para sentarse, entre los retoños y las largas y colgantes hojas.

La música volvió a comenzar, distante, desdibujada por el viento y el murmullo del agua del río.

—¿Qué querías, Diamante?

—Hablar.

Eran sólo voces y sombras el uno para el otro.

—¿Y bien? —dijo ella.

—Fui a pedirte que te vinieras conmigo —dijo él.

—¿Cuándo?

—Entonces. Cuando discutimos. Lo dije todo mal. Pensé que... —Se detuvo unos momentos.— Pensé que podía seguir huyendo. Contigo. Y tocar música. Ganarnos la vida. Juntos. Eso era lo que quería decirte.

—No lo dijiste.

—Lo sé. Lo dije todo mal. Lo hice todo mal. Traicioné todo. A la magia. Y a la música. Y a ti.

—Yo estoy bien —dijo ella.

—¿Lo estás?

—En realidad no soy muy buena con el pífano, pero sí lo suficiente. Lo que tú no me enseñaste puedo llenarlo con un hechizo, si es que tengo que hacerlo. Y la orquesta, está bien. Labby no es tan malo como parece. Nadie juega conmigo. Nos ganamos la vida bastante bien. Durante el invierno, me quedo en casa de mi madre y la ayudo. Así que estoy bien. ¿Qué hay de ti, Di?

—Todo mal.

Ella fue a decirle algo, pero no lo dijo.

—Supongo que éramos apenas unos niños —dijo él—. Ahora...

—¿Qué es lo que ha cambiado?

—Tomé la decisión equivocada.

—¿Una vez? —le preguntó ella—. ¿O dos veces?

—Dos veces.

—La tercera es la vencida.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Ella apenas podía reconocer su contorno bajo las sombras de las hojas.

—Estás más alto —le dijo—. ¿Todavía puedes hacer una luz, Di? Quiero verte.

Él sacudió la cabeza.

—Ésa era la única cosa que tú podías hacer y yo no. Y nunca pudiste enseñarme cómo hacerlo.

—No sabía cómo lo estaba haciendo —le contestó él—. A veces funcionaba y a veces no.

—¿Y el mago del Puerto Sur no te enseñó cómo hacer que funcionara?

—Solamente me enseñó nombres.

—¿Y por qué no puedes hacerlo ahora?

—Renuncié a todo aquello, Rosaoscura. Tenía que hacer eso y nada más, o bien no hacerlo. Uno tiene que tener un único corazón.

—No veo por qué —le contestó ella—. Mi madre puede curar una fiebre y ayudar a un niño a nacer y encontrar un anillo perdido, tal vez eso no sea nada comparado con lo que pueden hacer los magos y los señores de dragones, pero no es que no sea nada, de todas formas. Y no renunció a nada por ello. El hecho de tenerme a mí no la detuvo. ¡Ella me tuvo para aprender a hacerlo! Al igual que yo aprendí a tocar música gracias a ti. ¿Acaso tuve que renunciar a urdir hechizos? Ahora yo también puedo bajar una fiebre. ¿Por qué debes dejar de hacer una cosa para poder hacer otra?

—Mi padre... —dijo, y se detuvo, casi riéndose—. No van juntos. El dinero y la música.

—El padre y la hija de la bruja —dijo Rosaoscura.

Otra vez hubo silencio entre ellos. Las hojas de los sauces se agitaban.

—¿Volverías conmigo? —le preguntó él—. ¿Te irías conmigo, vivirías conmigo, te casarías conmigo, Rosaoscura?

—No en la casa de tu padre, Di.

—En cualquier sitio. Escapémonos.

—Pero no puedes tenerme sin la música.

—Ni a la música sin ti.

—Lo haría —dijo ella.

—¿No quiere Labby un arpa en su orquesta?

Ella pensó unos instantes; luego se rió. —Sí quiere un pífano —dijo.

—No he vuelto a practicar desde que me fui, Rosaoscura —le contestó él—. Pero la música siempre estuvo en mi cabeza, y tú... —Ella estiró las manos para alcanzarlo. Se arrodillaron uno frente al otro, las hojas de los sauces se agitaban entre sus cabellos. Se besaron, tímidamente al principio.

Durante los años que siguieron a la marcha de Diamante, Áureo hizo más dinero que nunca. Todos sus negocios eran provechosos. Era como si la buena fortuna se hubiera pegado a él y no pudiera sacársela de encima. Se hizo inmensamente rico.

No perdonó a su hijo. Hubiera sido un final feliz, pero él no lo quiso así. Irse de aquella manera, sin una palabra, la noche de la Fiesta de su Nombre, irse con la muchacha bruja, dejando todo el trabajo honesto sin hacer, para convertirse en un músico errante, en un arpa vibrando y cantando y sonriendo por unas monedas. Para Áureo no había en eso nada más que vergüenza y dolor y furia. Y ésa fue su tragedia.

Tuly la compartió con él durante mucho tiempo, puesto que podía ver a su hijo únicamente mintiéndole a su esposo, lo cual le resultaba muy duro. Lloraba al imaginarse a Diamante pasando hambre, durmiendo mal. Las noches frías de otoño eran un martirio para ella. Pero a medida que fue pasando el tiempo y oía que se hablaba de él como de Diamante, el dulce cantor del oeste de Havnor, Diamante, que había tocado el arpa y cantado para los grandes señores en la Torre de la Espada, su corazón se fue tranquilizando. Y una vez, cuando Áureo estaba en el Puerto Sur, ella y Maraña cogieron una carreta tirada por un burro y condujeron hasta la Colina del Este, donde escucharon a Diamante cantar La Trova de la Reina perdida, con Rosa sentada a su lado, y la pequeña Tuly sobre las rodillas de Tuly. Y aunque no fuera un final feliz, aquello fue un verdadero placer y, después de todo, mucho más no se puede pedir.

Hacia donde va mi amor. / Hacia donde va mi amor, hacia allí iré yo. Hacia donde navega su barco, hacia allí navegaré yo. / Nos reiremos juntos, juntos lloraremos. Si vive yo también viviré, si muere, moriré con él.

LOS HUESOS DE LA TIERRA

Estaba lloviendo otra vez, y el mago de Re Albi tenía una poderosa tentación: obrar un sortilegio sobre el clima, apenas un breve, pequeño sortilegio, para enviar a la lluvia detrás de la montaña. Le dolían los huesos. Le dolían por la ausencia del sol. Un sortilegio para que el sol saliera y brillara a través de su carne y los secara. Por supuesto que podría urdir un hechizo de dolor, pero todo lo que haría sería esconder el dolor durante un rato. No había cura para lo que lo atormentaba. Los huesos más viejos necesitan del sol. El mago se quedó inmóvil en la puerta de su casa, entre la habitación oscura y el aire azotado por la lluvia, controlándose a sí mismo para no pronunciar un conjuro, y enfadado consigo mismo por estarse controlando y por tener que controlarse.

Nunca maldecía —los hombres de poder no maldicen: no es seguro—, pero se aclaraba la garganta con un gruñido de tos, como un oso. Un segundo después un trueno retumbó en las ocultas altas laderas de la Montaña Gontesca, resonando de norte a sur, desvaneciéndose en los bosques invadidos por las nubes.

«Una buena señal, truenos», pensó Dulse. Pronto dejaría de llover. Se levantó la capucha y salió bajo la lluvia para alimentar a las gallinas.

Le echó un vistazo al gallinero y encontró tres huevos. Bucea Roja estaba poniendo. Los cascarones de sus huevos estaban a punto de romperse. Los ácaros la molestaban, y parecía abandonada y agotada. Pronunció unas cuantas palabras contra los ácaros, se dijo a sí mismo que debía acordarse de limpiar la caja del nido en cuanto los polluelos rompieran el cascarón, y se dirigió al corral de las aves, donde Bucea Marrón y Gris y Leggins y Candor y el Rey se acurrucaban bajo el alero haciendo comentarios suaves pero enfadados sobre la lluvia.

—A mediodía ya no lloverá —les dijo el mago a las gallinas. Les dio de comer y cruzó el barro chapoteando hasta llegar a la casa con tres cálidos huevos. Cuando era pequeño le gustaba caminar sobre el barro. Recordaba cómo disfrutaba del frío que subía por entre sus dedos. Todavía le gustaba ir descalzo, pero ya no disfrutaba del barro; era pegajoso, y no le gustaba nada tener que agacharse en el umbral de su casa para limpiarse los pies antes de entrar. Cuando tenía el suelo de tierra no importaba, pero ahora tenía un suelo de madera, como un señor o un comerciante o un Archimago. Para mantener el frío y la humedad lejos de sus huesos. No había sido su decisión. Silencio había venido desde el Puerto Gontesco, la primavera pasada, para colocar un suelo en la casa vieja. Habían tenido una de sus discusiones por aquello. Debería haber sido más listo, después de tanto tiempo, y no haber discutido otra vez con Silencio.

—He caminado sobre la tierra durante setenta y cinco años —le había dicho Dulse—. ¡Unos pocos más no me matarán!

A lo que por supuesto Silencio no respondió, dejando que escuchara lo que había dicho y sintiera a fondo la necedad de sus palabras.

—La tierra es más fácil de mantener limpia —dijo, sabiendo que la pelea ya estaba perdida. Era verdad que todo lo que había que hacer con un buen suelo de arcilla compacto era barrerlo y de vez en cuando rociarlo para mantener la tierra apisonada. Pero igualmente sonaba un poco estúpido.

—¿Quién se supone que va a colocar ese suelo? —preguntó, ahora apenas quejumbroso.

Silencio asintió con la cabeza, queriendo decir que él mismo lo haría.

El muchacho era de hecho un trabajador de primera clase, carpintero, ebanista, colocador de piedras, techador; lo había demostrado cuando vivía allí arriba, como alumno de Dulse, y su vida con los hombres ricos del Puerto Gontesco no le había

ablandado las manos. Trajo los tablones del aserradero de Sexto en Re Albi, conduciendo el equipo de bueyes de Gammer; colocó el suelo y lo pulió al día siguiente, mientras el viejo mago estaba en el Lago Cenagal. Cuando Dulse regresó a casa allí estaba, brillante como el lago oscuro. —Tendré que lavarme los pies cada vez que entre —refunfuñó. Entró con mucho tiento. La madera era tan tersa que la sentía suave debajo de las plantas desnudas de los pies.— Satén —dijo—. No me digas que has hecho todo esto en un día sin urdir un par de hechizos. Una choza de aldea con suelo de palacio. ¡Bueno, será una buena vista, cuando llegue el invierno, ver brillar el fuego en eso! ¿O es que ahora tengo que conseguirme una alfombra? ¿Un vellocino, una urdimbre de oro?

Silencio sonrió. Estaba satisfecho consigo mismo.

Había aparecido en la puerta de Dulse hacía unos pocos años. Bueno, no, debía de hacer ya veinte años, o veinticinco. Hacía ya bastante tiempo. En aquel entonces era realmente un niño, de piernas largas, cabellos enmarañados y rostro suave. La sonrisa forzada, los ojos claros. —¿Qué quieres? —le había preguntado el mago, sabiendo ya lo que quería, lo que todos querían, y alejando sus ojos de aquellos ojos claros. Era un buen maestro, el mejor de Gont, y lo sabía. Pero estaba cansado de enseñar, no quería otro aprendiz a su cargo. Y percibía peligro.

—Aprender —susurró el muchacho.

—Ve a Roke —le contestó el mago. El niño llevaba zapatos y un buen chaleco de cuero. Podía costearse un pasaje en barco para ir a la escuela.

—Ya he estado allí.

Al oír esto Dulse volvió a mirarlo. No tenía capa, ni vara.

—¿Has fallado? ¿Te han echado? ¿Has escapado?

El niño sacudió la cabeza después de cada pregunta. Cerró los ojos; su boca ya estaba cerrada. Estaba allí de pie, tremendamente concentrado, sufriendo; tomó aire, miró al mago directamente a los ojos.

—Mi maestro está aquí, en Gont —dijo, todavía hablando con dificultad apenas en un susurro—. Mi maestro es Heleth.

Ante eso, el mago cuyo nombre verdadero era Heleth, se quedó tan inmóvil como el muchacho, devolviéndole la mirada, hasta que los ojos del niño se apartaron.

En silencio, Dulse buscó el nombre del niño, y vio dos cosas: la pina de un abeto, y la runa de la Boca Cerrada. Luego, buscando un poco más, escuchó en su mente un nombre; pero no lo dijo.

—Estoy cansado de enseñar y de hablar —le dijo—. Necesito silencio. ¿Te basta con eso?

El niño asintió una vez con la cabeza.

—Entonces para mí eres Silencio —dijo el mago—. Puedes dormir en el rincón que está debajo de la ventana que da al oeste. Hay un viejo jergón en la leñera. Ventílalo. No traigas ratones aquí con él.

Y salió con paso airado hacia el Vertedero, enfadado con el niño por haber ido y con él mismo por haber aceptado; pero no era el enojo lo que hacía palpitar su corazón. Andando a zancadas de aquí para allá —en aquel entonces podía hacerlo— con el viento marino golpeando sin parar su flanco izquierdo, y los primeros rayos de sol sobre la mar más allá de las sombras de la montaña, pensó en los Magos de Roke, los maestros del arte de la magia, los profesores del misterio y del poder. «Era demasiado para ellos, ¿verdad? Y será demasiado para mí», pensó, y sonrió. Era un hombre tranquilo, pero no le importaba correr un poco de peligro.

En ese momento se agachó y sintió la tierra bajo sus pies. Estaba descalzo, como siempre. Cuando era un alumno en Roke, usaba zapatos. Pero había regresado a casa, a Gont, a Re Albi, con su vara de mago, y se había quitado los zapatos. Se quedó quieto y sintió la tierra y las rocas del sendero de la cima del acantilado bajo los pies, y los acantilados debajo de ellos, y las raíces de la isla en la oscuridad que yacían por debajo

de todo aquello. En la oscuridad bajo las aguas todas las islas se tocaban y eran una. Eso es lo que le había dicho su maestro Ard, y lo que le habían dicho sus maestros en Roke. Pero ésta era su isla, su roca, su tierra. Su magia había crecido entre ellas. «Mi maestro está aquí», había dicho el niño, pero había algo más que la magia. Eso, tal vez, era algo que Dulse podría enseñarle: lo que estaba más allá de la magia. Lo que él había aprendido allí, en Gont, antes de ir a Roke.

Y el niño tiene que tener un báculo. ¿Por qué permitió Nemmerle que abandonara Roke sin un báculo, con las manos vacías como un aprendiz o como una bruja? Un poder así no debería ir deambulando por ahí sin canalizar y sin símbolo alguno.

«Mi maestro no tenía vara», pensó Dulse, y al mismo tiempo pensó: «El muchacho quiere que yo le dé su báculo. Roble gontesco, de las manos de un mago gontesco. Pues bien, si se lo gana le haré uno. Si puede mantener la boca cerrada. Y le dejaré mis libros del saber. Si puede limpiar un gallinero, y entender las Glosas de Danemer, y mantener la boca cerrada».

El nuevo alumno limpió el gallinero y aró la parcela de judías, aprendió el significado de las Glosas de Danemer y la Arcana de las Enlades, y mantuvo la boca cerrada. Escuchaba. Escuchaba lo que Dulse le decía; a veces escuchaba lo que Dulse pensaba. Hacía lo que Dulse quería y lo que Dulse no sabía que quería. Su don superaba ampliamente las enseñanzas de Dulse, sin embargo había hecho lo correcto al ir a Re Albi, y los dos lo sabían.

Durante aquellos años, Dulse pensaba a menudo en padres e hijos. Él se había peleado con su padre, un hechicero prospector, por haber elegido a Ard como su maestro. Su padre le había dicho a gritos que un alumno de Ara no era hijo suyo, había amamantado su propia ira, había muerto implacable.

Dulse había visto a hombres jóvenes llorar de alegría por el nacimiento de un primer hijo. Había visto a hombres pobres pagar a las brujas las ganancias de todo un año para que le prometieran que el niño tendría siempre buena salud, y a un hombre rico tocar el rostro de su bebé acicalado con oro y susurrar, lleno de adoración: «Mi inmortalidad». Había visto a hombres golpear a sus hijos, abusar de ellos y humillarlos, molestarlos y frustrarlos, odiar la muerte que veían en ellos. Había visto el odio en respuesta en los ojos de los hijos, el desprecio cruel. Y al verlo, Dulse sabía por qué nunca había buscado reconciliarse con su padre.

Había visto a un padre y a un hijo trabajar juntos del amanecer al atardecer, el viejo guiando a un buey ciego, el hombre de edad mediana conduciendo el arado de hoja de acero, ni una palabra entre ellos. Cuando llegaban a la casa el viejo posaba un momento su mano sobre el hombro del hijo.

Siempre se había acordado de eso. Lo recordaba ahora, mientras miraba a través del hogar, en las noches de invierno, la cara oscura inclinada sobre un libro del saber o sobre una camisa que necesitaba un remiendo. Los ojos mirando hacia abajo, la boca cerrada, el espíritu escuchando.

—Una vez en su vida, si es que tiene suerte, un mago encuentra a alguien con quien hablar. —Nemmerle le había dicho eso a Dulse una o dos noches antes de que Dulse abandonara Roke, uno o dos años antes de que Nemmerle fuera elegido Archimago. Había sido el Maestro de Formas y el más bondadoso de todos los maestros de Dulse en la escuela.— Creo que si te quedaras, Heleth, podríamos hablar.

Dulse había sido incapaz de responder absolutamente nada durante un rato. Luego, tartamudeando, sintiéndose culpable por su ingratitud e incrédulo ante su terquedad, dijo: —Maestro, me quedaría, pero mi trabajo está en Gont. Desearía que estuviera aquí, con vos...

—Es un don bastante extraño, saber dónde necesitas estar, antes de haber estado en todos los lugares en los que no necesitas estar. Bueno, pues envíame un alumno de vez

en cuando. Roke necesita de la magia gontesca. Creo que estamos ignorando algunas cosas, aquí, cosas que vale la pena saber...

Dulse había enviado alumnos a la escuela, cuatro o cinco, agradables muchachos con un don para esto o para aquello; pero el que Nemmerle esperaba había llegado y se había ido por voluntad propia, y lo que habían pensado de él en Roke, Dulse no lo sabía. Y Silencio, por supuesto, no lo decía. Era evidente que había aprendido allí en dos o tres años lo que algunos niños aprenden en seis o siete, y muchos no aprendían nunca. Para él había sido simplemente trabajo preliminar.

—¿Por qué no acudiste a mí desde un principio? —le había preguntado Dulse—. Y luego hubieses ido a Roke, para perfeccionar el trabajo.

—No quería haceros perder el tiempo.

—¿Sabía Nemmerle que vendrías a trabajar conmigo?

Silencio sacudió la cabeza.

—Si te hubieras dignado decirle cuáles eran tus intenciones, él me habría enviado un mensaje.

Silencio pareció sorprenderse. —¿Era vuestro amigo?

Dulse calló un momento. —Era mi maestro. Habría sido mi amigo, tal vez, si me hubiera quedado en Roke. ¿Acaso los magos tienen amigos? Solamente esposas, o hijos, supongo... Una vez me dijo que en nuestro oficio, el que encuentra alguien con quien hablar es un hombre de suerte... Acuérdate de eso. Si tienes suerte, un día tendrás que abrir la boca.

Silencio inclinó su enmarañada y pensativa cabeza.

—Si es que no se ha oxidado de estar cerrada —agregó Dulse.

—Si me lo pidierais, hablaría —le contestó el muchacho, tan sincero, tan deseoso de negar su naturaleza ante la petición de Dulse, que el mago tuvo que reírse.

—Te he pedido que no hables —le dijo—. Y no es una necesidad mía. Yo hablo suficiente para los dos. No importa. Sabrás qué decir cuando llegue el momento. Así es el arte, ¿no? Qué decir, y cuándo decirlo. Y el resto es silencio.

El muchacho durmió durante tres años sobre un jergón debajo de la pequeña ventana de la casa de Dulse que daba al oeste. Aprendió magia, alimentó a las gallinas, ordeñó la vaca. Una vez le sugirió a Dulse que tuviera cabras. No había dicho nada durante una semana aproximadamente, una fría y húmeda semana de otoño. Un día dijo:

—Podríais tener algunas cabras.

Dulse tenía el gran libro del saber abierto sobre la mesa. Había estado intentando retejer uno de los Hechizos de Acastan, bastante roto y ya sin poder a causa de las Emanaciones de Fundaur varios siglos atrás. Acababa de comenzar a captar algo de la palabra que le faltaba, la que podría llenar uno de los espacios en blanco, casi la tenía y Silencio dijo:

—Podríais tener algunas cabras.

Dulse se consideraba a sí mismo un hombre verboso e impaciente, con bastante genio. La voluntad de no maldecir había sido una carga para él en su juventud, y durante cuarenta años la imbecilidad de los aprendices, la de los clientes, la de las vacas y la de las gallinas lo habían puesto a prueba incansablemente. Los aprendices y los clientes temían su lengua, en cambio las vacas y las gallinas no prestaban ninguna atención a sus explosiones. Nunca antes se había enfadado con Silencio. Hubo una pausa muy larga.

—¿Para qué?

Aparentemente, Silencio no se había dado cuenta de lo que significaba aquella pausa o la exagerada dulzura en la voz de Dulse.

—Leche, queso, cabritos asados, compañía —le contestó.

—¿Alguna vez has tenido cabras? —le preguntó Dulse, con la misma voz dulce y amable.

Silencio sacudió la cabeza.

En realidad era un muchacho de ciudad, nacido en el Puerto de Gont. No había dicho nada sobre sí mismo, pero Dulse había estado por allí haciendo algunas preguntas. El padre, un estibador, había muerto en el gran terremoto, cuando Silencio tendría siete u ocho años; la madre era cocinera en una fonda del muelle. Cuando tenía doce años, el muchacho se había metido en alguna clase de problema, probablemente fastidiando a alguien con magia, y su madre se las había arreglado para que fuera aprendiz de Elassen, un respetado hechicero en Valmouth. Allí el muchacho había obtenido su verdadero nombre, y algunas nociones de carpintería y agricultura, y poco más; y Elassen había tenido la generosidad, después de tres años, de pagarle el pasaje a Roke. Eso era todo lo que Dulse sabía de él.

—No me gusta el queso de cabra —dijo Dulse.

Silencio asintió con la cabeza, aceptando, como siempre.

De vez en cuando, en los años posteriores, Dulse recordaba cómo no había perdido la paciencia cuando Silencio le preguntara si podían tener cabras; y cada vez que lo recordaba la memoria le devolvía una tranquila satisfacción, como la de terminar el último bocado de una pera en su punto.

Después de pasar los días siguientes tratando de recuperar la palabra perdida, había puesto a Silencio a estudiar los Hechizos de Acastan. Finalmente lo resolvieron juntos, un largo y arduo trabajo. —Como arar con un buey ciego —dijo Dulse.

No mucho después de aquello le dio a Silencio la vara de roble gontesco que había hecho para él.

Y cuando el Señor del Puerto de Gont había tratado una vez más de que Dulse bajara para hacer lo que necesitaba hacerse en el Puerto de Gont, Dulse había enviado a Silencio en su lugar, y allí se había quedado.

Ahora Dulse estaba de pie en su puerta, tres huevos en la mano y la lluvia cayéndole fría por la espalda.

¿Cuánto hacía que estaba allí de pie? ¿Por qué estaba allí de pie? Había estado pensando en el barro, en el suelo, en Silencio. ¿Acaso había estado fuera, caminando por el sendero sobre el Vertedero? No, eso había sido hacía ya muchos años, muchos años, bajo la luz del sol. Estaba lloviendo. Le había dado de comer a las gallinas, y había regresado a la casa con tres huevos, todavía estaban tibios en su mano, huevos de un marrón sedoso, y el sonido del trueno aún retumbaba en su mente, la vibración del trueno estaba en sus huesos, en sus pies. ¿Trueno?

No. Había habido una especie de estallido, hacía un rato. Aquello no eran truenos. Había tenido antes esa extraña sensación y no la había reconocido, antes, ¿cuándo?, hacía mucho, antes de todos los días y todos los años en los que había estado pensando. ¿Cuándo, cuándo había sido? Antes del terremoto. Justo antes del terremoto. Justo antes de que media milla de la costa de Essary se hundiera en el mar, y de que la gente muriera aplastada en las ruinas de sus aldeas, y de que una inmensa ola inundara el muelle del Puerto de Gont.

Bajó el peldaño que separaba el suelo de madera de su casa de la tierra y posó los pies sobre ésta para poder sentir el suelo con los nervios de las plantas de los pies, pero el barro babeaba y ensuciaba cualquier mensaje que la tierra pudiera tener para él. Dejó los huevos junto a la puerta, se sentó a su lado, se limpió los pies con el agua de lluvia recogida en el bote que estaba junto al peldaño, se los secó con el trapo que colgaba del asa del bote, enjuagó y escurrió el trapo y lo colgó en el asa del bote, cogió los huevos, se puso de pie lentamente y entró en su casa.

Le echó una mirada penetrante al báculo que estaba apoyado en la esquina, detrás de la puerta. Puso los huevos en la despensa, se comió una manzana rápidamente porque tenía hambre, y cogió su vara. Era de tejo, con la punta recubierta de cobre, la empuñadura suave como el satén por el uso. Se la había dado Nemmerle.

—¡De pie! —le dijo en su lengua, y la soltó. Se sostuvo como si la hubiera metido dentro de una fosa.
—¡A la raíz! —dijo impacientemente, en la Lengua de la Creación—. ¡A la raíz!
Observó la vara que estaba de pie sobre el suelo brillante. Después de unos escasos segundos la vio temblar muy ligeramente, un escalofrío, un estremecimiento.
—Ah, ah, ah —dijo el viejo mago—. ¿Qué debo hacer? —dijo en voz alta al cabo de un rato.
La vara se balanceó, se quedó quieta, volvió a temblar.
—Basta con eso, querida —le dijo Dulse, posando su mano sobre ella—. Vamos. No me extraña que estuviera pensando, y pensando en Silencio. Debería enviar a alguien... enviarle a él... No. ¿Qué dijo Ard? Encuentra el centro, encuentra el centro. Eso es lo que hay que preguntar. Eso es lo que hay que hacer... —Mientras se murmuraba a sí mismo, echando hacia atrás su pesada capa, poniendo agua a hervir sobre el pequeño fuego que había encendido antes, se preguntaba si siempre se había hablado a sí mismo, si había hablado todo el tiempo cuando Silencio vivía con él. No. Se había convertido en un hábito después de que Silencio se fuera, pensó, aunque un trocito de su mente seguía pensando los pensamientos normales y corrientes de la vida, mientras que el resto se preparaba para el terror y la destrucción.
Hirvió los tres nuevos huevos y uno que ya estaba en la despensa hasta que estuvieron duros, y los puso dentro de una pequeña bolsa junto con cuatro manzanas y una vejiga de vino resinado, para el caso de que tuviera que quedarse fuera toda la noche. Se encogió artríticamente en su pesada capa, cogió su báculo, le dijo al fuego que se apagara y se fue.
Ya no tenía vaca. Se detuvo unos instantes a mirar el corral de las aves, pensando. El zorro había estado visitando el huerto últimamente. Pero las gallinas tendrían que buscar algo si él no aparecía. Tendrían que arriesgarse, como todos los demás. Abrió un poco la verja del gallinero. Aunque la lluvia no era entonces ya más que una llovizna neblinosa, se quedaron acurrucadas bajo el alero del gallinero, desconsoladas. El Rey no había cantado ni una vez aquella mañana.
—¿Tenéis algo que decirme? —les preguntó Dulse.
Bucea Marrón, su favorita, se sacudió y dijo su nombre unas cuantas veces. Las otras no dijeron nada.
—Bueno, cuidaos. He visto al zorro en la noche de luna llena —dijo Dulse, y siguió su camino.
Mientras caminaba pensaba, pensaba mucho, recordaba. Recordaba todo lo que podía sobre asuntos de los que su maestro gontesco le había hablado sólo una vez y hacía mucho tiempo. Asuntos extraños, tan extraños que nunca había sabido si eran verdadera magia o mera brujería, como decían en Roke. Asuntos sobre los que desde luego nunca había oído hablar en Roke, y tampoco había hablado de ellos allí, tal vez por temor a que los Maestros lo despreciaran por tomarse en serio semejantes cosas, tal vez sabiendo que ellos no los entenderían, porque eran temas gontescos, verdades de Gont. No estaban escritos ni siquiera en los libros del saber de Ard, que provenían del Gran Mago Ennas de Perregal. Eran todos asuntos que pasaban de boca en boca, asuntos de palabra. Eran verdades de casa.
—Si necesitas leer la montaña —le había dicho su maestro—, ve al Lagunajo Oscuro en los pastos de ganado más altos de Semere. Desde allí puedes ver los caminos. Necesitas encontrar el centro. Ver por dónde entrar.
—¿Entrar? —había susurrado el niño Dulse.
—¿Qué podrías hacer desde fuera?
Dulse permaneció en silencio durante un largo rato, y luego preguntó: —¿Cómo?
—Así. —Y los largos brazos de Ard se extendieron hacia arriba pronunciando lo que Dulse sabría más adelante era un gran sortilegio de Transformación. Ard pronunció mal

las palabras del sortilegio, como deben hacerlo los maestros de magia para que los sortilegios funcionen. Dulse conocía el truco que le permitía escucharlos bien y recordarlos. Cuando Ard terminó, Dulse había repetido las palabras en su mente en silencio, medio esbozando los extraños y complicados gestos que formaban parte de ellas. De repente su mano se detuvo.

—¡Pero no puedes deshacer esto! —dijo en voz alta.

Ard asintió con la cabeza. —Es irrevocable.

Dulse no conocía ninguna transformación que fuera irrevocable, ningún sortilegio que no pudiera ser deshecho, excepto la Palabra de Desatar, que se dice sólo una vez.

—Pero ¿por qué...?

—Por necesidad —le contestó Ard.

Dulse sabía que era mejor no pedir explicaciones. La necesidad de pronunciar semejante sortilegio no podía ser algo de todos los días; la oportunidad que tenía de usarlo alguna vez era muy remota. Dejó que el terrible hechizo se hundiera en su mente, y que se escondiera y se cubriera con miles de útiles o hermosos o instructivos hechizos y encantamientos, con todo el saber y las reglas de Roke, con toda la sabiduría de los libros que Ard le había legado. Tosco, monstruoso, inútil, había permanecido en la oscuridad de su mente durante sesenta años, como la piedra angular de una casa antigua y olvidada en el sótano de una mansión llena de luces y tesoros y niños.

La lluvia había cesado, aunque la neblina todavía escondía el techo y los jirones de nubes que se amontonaban atravesando los altos bosques. A pesar de no ser un andarín incansable como Silencio, quien habría pasado su vida merodeando por los bosques de la Montaña de Gont si hubiera podido, Dulse había nacido en Re Albi y conocía los caminos y los senderos que la rodeaban como si formaran parte de él. Tomó el atajo en el pozo de Rissi y apareció antes del mediodía en los altos pastos de Semere, un peldaño llano en la ladera de la montaña. Una milla más abajo, ahora bañadas completamente por los rayos del sol, las construcciones de las granjas yacían al abrigo de una colina a través de la cual un rebaño de ovejas se movía como la sombra de una nube. El Puerto de Gont y su bahía estaban ocultos bajo las empinadas y anudadas colinas que se erguían tierra adentro sobre la ciudad.

Dulse se paseó un poco por allí antes de encontrar lo que pensó era el Lagunajo Oscuro. Era pequeño, mitad barro y cañaveral, con un vago y cenagoso sendero hacia el agua, y ninguna huella en él a no ser las de las pezuñas de las cabras. El agua era oscura, aunque se encontraba bajo el claro cielo y bastante por encima de la tierra turbia. Dulse siguió las huellas de las cabras, gruñendo cada vez que sus pies resbalaban en el barro y se torcía el tobillo para evitar caerse. Se quedó inmóvil al llegar al agua, en la orilla. Se agachó para frotarse el tobillo. Escuchó.

Todo estaba sumergido en un silencio absoluto.

No soplaba el viento. Los pájaros no cantaban. No se oía el susurro ni el balido ni el sonido de una voz. Como si toda la isla se hubiera quedado petrificada. No zumbaba ni una mosca.

Miró el agua oscura. No reflejaba nada.

Reacio, dio un paso hacia adelante, descalzo y con las piernas desnudas; había enrollado la capa y la había metido dentro de su bolsa hacía una hora, cuando salió el sol. Los juncos le rozaban las piernas. El barro era blando y absorbente bajo sus pies, lleno de raíces de junco enmarañadas. No hacía ningún ruido mientras se movía lentamente por el estanque, y los círculos que se formaban en el agua al ir atravesándola eran ligeros y pequeños. Durante un buen trecho era poco profundo. Luego sus prudentes pies ya no sintieron el fondo, y se detuvo.

El agua tembló. La sintió primero en los muslos, un lengüetazo, como las cosquillas que produce el pelaje de un animal; luego lo vio, el temblor de la superficie de todo el

lagunajo. No los círculos que él formaba, que ya se había desvanecido, sino una agitación, un temblor, una vez y otra.

—¿Dónde? —susurró, y luego pronunció la palabra en voz alta en la lengua que entienden todas las cosas que no tienen otra lengua.

Todo era silencio. Luego un pez saltó desde el agua negra y temblorosa, un pez gris claro del largo de su mano, y mientras saltaba gritó con una voz pequeña y muy clara, en esa misma lengua: —¡Yaved!

El viejo mago permaneció allí de pie. Trató de recordar todo lo que sabía acerca de los nombres de Gont, trajo a todas sus cuestas y a sus acantilados y a sus barrancos hasta su mente, y en un minuto vio dónde estaba Yaved. Era el sitio en el que se separaban las crestas, sólo un poco hacia el interior del Puerto de Gont, en lo profundo del nudo de colinas que se eleva sobre la ciudad. Era el lugar de la falla. Un terremoto centrado allí podría derribar toda la ciudad, podría causar avalanchas y grandes olas unir los acantilados de la bahía como manos atadas. Dulse se estremeció, tembló de arriba abajo como el agua del estanque.

Dio media vuelta y emprendió el camino hacia la costa, apresurado, sin preocuparse de dónde apoyaba los pies y sin importarle romper el silencio chapoteando y respirando agitadamente. Recorrió con dificultad una vez más el camino atravesando los juncos hasta que llegó a pisar tierra seca y ásperas hierbas, y oyó el zumbido de mosquitos y de grillos. Entonces se sentó en el suelo, duro, porque le temblaban las piernas.

—No funcionará —dijo, hablando para sí mismo en hárdico, y luego añadió—: No puedo hacerlo. —Y después:— No puedo hacerlo solo.

Estaba tan perturbado que cuando se decidió a llamar a Silencio no podía acordarse del comienzo del hechizo, el cual había practicado durante sesenta años; luego, cuando creyó que lo tenía, comenzó a decir en cambio uno de Invocación, y el hechizo había comenzado a funcionar antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, entonces se detuvo y tuvo que deshacerlo palabra por palabra.

Arrancó algo de hierba y frotó con ella el barro baboso que tenía en pies y piernas. Todavía no estaba seco, y simplemente se lo extendió aun más por la piel.

—Odio el barro —susurró. Luego abrió de golpe la boca y dejó de intentar limpiarse las piernas—. Tierra, tierra —dijo, acariciando gentilmente el suelo en el que se sentaba. Luego, muy lenta, muy cuidadosamente, comenzó a urdir el hechizo de llamada.

En una ajetreada calle en bajada que iba a dar al atareado muelle del Puerto de Gont, el mago Ogión se paró en seco. El capitán de barco que estaba a su lado dio varios pasos más y se volvió para mirar a Ogión hablando solo.

—¡Pero yo iré, Maestro! —dijo. Y luego, después de una pausa—: ¿Qué? ¿Tan pronto? —Y después de una pausa más larga, le dijo al aire algo en una lengua que el capitán de barco no comprendía, e hizo un gesto que oscureció el aire a su alrededor por un instante.

—Capitán —le dijo—. Lo siento, debo esperar para hechizar sus velas. Se acerca un terremoto. Debo prevenir a la ciudad. Avisad vos allí abajo, que todos los barcos que puedan navegar salgan a alta mar. ¡Que despejen los Promontorios Fortificados! Buena suerte. —Y dio media vuelta y subió la calle corriendo, un hombre alto y fuerte de ásperos cabellos grises, ahora corriendo como un ciervo.

El Puerto de Gont yace en el límite interior de una extensa pero estrecha bahía entre costas empinadas. Su entrada desde el mar se encuentra entre dos grandes cabos, las Puertas del Puerto, los Promontorios Fortificados, separados por menos de treinta metros. La gente del Puerto de Gont está a salvo de piratas marítimos. Pero su seguridad es también su peligro: la extensa bahía sigue una falla en la tierra, y las mandíbulas que se han abierto podrían volver a cerrarse.

Cuando hubo hecho todo lo que podía hacer para prevenir a la ciudad, y cuando hubo visto a todos los guardianes de las puertas y del puerto hacer lo que podían para evitar que los pocos caminos se atascaran y se convirtieran en trampas mortales llenas de

gente presa del pánico, Ogión se encerró en una habitación en la torre de las señales del Puerto, cerró la puerta con llave, ya que todos querían hablar con él al mismo tiempo, y se envió al Lagunajo Oscuro, en los pastos de ganado de Semere, en lo alto de la Montaña.

Su antiguo maestro estaba sentado sobre la hierba, próximo al lagunajo, comiendo una manzana. Trozos de cáscara de huevo salpicaban el suelo cerca de sus piernas, las cuales estaban cubiertas de barro seco. Cuando alzó la vista y vio la imagen de Ogión, esbozó una amplia y dulce sonrisa. Pero se veía viejo. Nunca le había parecido tan viejo a Ogión. Éste no lo veía hacía más de un año, puesto que había estado muy atareado en el Puerto de Gont, lidiando con los negocios de los señores y de la gente, nunca una oportunidad para caminar por los bosques sobre la ladera de la montaña o para ir a sentarse con Heleth en la pequeña morada de Re Albi, y escuchar y estarse quieto. Heleth era un anciano, tenía ahora cerca de ochenta años; y tenía miedo. Sonrió con alegría al ver a Ogión, pero tenía miedo.

—Creo que lo que tenemos que hacer —dijo sin preámbulos— es tratar de evitar que la falla se cierre demasiado. Tú en las Puertas y yo en el límite interior, en la Montaña. Trabajando juntos, ya sabes. Podríamos llegar a conseguirlo. Puedo sentir cómo se está formando, ¿lo sientes?

Ogión sacudió la cabeza. Dejó que su imagen se sentara sobre la hierba cerca de Heleth, pero no curvó los tallos de la hierba donde pisó o se sentó. —Lo único que he hecho ha sido hundir a la ciudad en el pánico y sacar a todos los barcos de la bahía —dijo—. ¿Qué es lo que sentís? ¿Cómo lo sentís?

Eran preguntas técnicas, de mago a mago. Heleth dudó unos instantes antes de responder.

—Ard me enseñó algo acerca de esto —dijo, e hizo una pausa.

Nunca le había dicho a Ogión nada acerca de su primer maestro, un hechicero desconocido incluso en Gont, y tal vez con mala fama. Ogión sabía solamente que Ard nunca había ido a Roke, que había sido adiestrado en Perregal, y que algún misterio o alguna vergüenza oscurecía su nombre. Aunque era bastante hablador, para ser un mago, Heleth era silencioso como una piedra cuando se trataba de ciertas cosas. Así que Ogión, que respetaba el silencio, nunca le había preguntado nada acerca de su maestro.

—No es magia de Roke —dijo el viejo. Su voz era seca, un poco forzada—. Nada que afecte al equilibrio, sin embargo. Nada engorroso.

Aquélla había sido siempre su palabra para las acciones viles, los sortilegios para obtener beneficios, las maldiciones, la magia negra: «las cosas engorrosas».

Después de un rato, buscando las palabras, prosiguió: —Tierra. Rocas. Es una magia sucia. Antigua. Muy antigua. Tan antigua como la Isla de Gont.

—¿Los Antiguos Poderes? —murmuró Ogión.

Heleth le contestó: —No estoy seguro.

—¿Controlará a la misma tierra?

—Creo que es más un asunto de meterse en ella. Dentro de ella. —El viejo estaba enterrando el corazón de su manzana y los trozos más grandes de cáscara de huevo debajo de la tierra suelta, aplastándola con la mano pulcramente.— Por supuesto que conozco las palabras, pero tendré que descubrir qué hacer a medida que lo voy haciendo. Ése es el problema de los grandes sortilegios, ¿verdad? Sabes lo que tienes que hacer a medida que vas haciéndolo. No hay oportunidad de practicar —levantó la vista—. Ah... ¡ahí! ¿Sientes eso?

Ogión sacudió la cabeza.

—Resistid —dijo Heleth, su mano todavía aplastando ausente y gentilmente la tierra, como se acariciaría a una vaca asustada—. Ahora falta poco, creo. ¿Puedes mantener las Puertas abiertas, querido?

—Decidme lo que haréis vos...

Pero Heleth ya estaba sacudiendo la cabeza. —No —le dijo—. No hay tiempo. No es a lo que estás acostumbrado. —Se distraía cada vez más con lo que fuera que sentía en la tierra o en el aire, y a través de él Ogión también sintió aquella tensión acumulándose, intolerable.

Permanecieron allí sentados sin hablar. La crisis pasó. Heleth se relajó un poco y hasta sonrió. —Es algo muy antiguo —dijo— lo que voy a hacer. Ahora me gustaría haber pensado más en ello. Habértelo enseñado a ti. Pero me parecía un poco tosco. Un poco torpe... Ella no me dijo dónde lo había aprendido. Aquí, por supuesto... Hay distintas clases de conocimiento, después de todo. —¿Ella?

—Ard. Mi Maestro. —Heleth levantó la vista, su rostro indescifrable, su expresión probablemente furtiva.— ¿No lo sabías? No, supongo que nunca lo mencioné. Me pregunto qué diferencia habría en su magia, por ser una mujer. O en la mía, por ser un hombre... Lo que importa, me parece a mí, es en la casa de quién vivimos. Y a quién dejamos entrar en la casa. Este tipo de cosas... ¡Ahí está? Ahí está otra vez...

Su repentina tensión e inmovilidad, la cara de preocupación y la mirada hacia adentro eran como las de una mujer haciendo el trabajo de parto cuando la matriz se contrae. Ése era el pensamiento de Ogión, incluso cuando le preguntaba: —¿Qué habéis querido decir con: «en la Montaña»?

El espasmo pasó; Heleth respondió: —Dentro de ella. Allí en Yaved. —Señaló el grupo de colinas debajo de ellos.— Entraré e intentaré que las cosas no empeoren. Mientras lo haga, descubriré la forma de hacerlo, no lo dudo. Pienso que deberías volver a ti mismo. Las cosas se están poniendo tensas. —Se detuvo otra vez, con la mirada fija como si estuviese sufriendo un intenso dolor, encorvado y acurrucado. Se puso de pie con inmensa dificultad. Sin pensar, Ogión estiró la mano para ayudarlo.

—No sirve de nada —le dijo el viejo mago, sonriendo—, eres sólo viento y luz de sol. Ahora yo seré tierra y piedra. Será mejor que continúes con lo tuyo. Adiós, Aihal. Mantén la... mantén la boca abierta, por una vez, ¿eh?

Ogión, obediente, se llevó a sí mismo de regreso a aquella habitación mal ventilada y llena de tapices en el Puerto de Gont, pero no comprendió la broma del viejo hasta que miró por la ventana y vio los Promontorios Fortificados allí abajo, al final de la extensa bahía, las mandíbulas listas para cerrarse de golpe.

—Lo haré —dijo, y a ello se dispuso.

—Lo que tengo que hacer, verás —dijo el viejo mago, todavía hablándole a Silencio, porque era reconfortante hablar con él aunque ya no estuviera allí—, es entrar en la montaña, bien adentro. Pero no de la manera en que lo hace un hechicero-prospector, no simplemente deslizarme entre las cosas y mirar y probar. Más profundamente. Hasta el fondo. No en las venas, sino hasta los huesos. De acuerdo. —Y allí solo, de pie, en los altos pastos, a la luz del mediodía, Heleth abrió los brazos ampliamente en el gesto de invocación que abre todos los grandes hechizos, y habló.

Nada sucedió mientras decía las palabras que Ard le había enseñado, su antiguo maestro-bruja, con su boca amargada y sus largos y delgados brazos, las palabras mal dichas en aquel entonces, bien dichas ahora.

Nada sucedió, y tuvo tiempo de lamentarse de la luz del sol y del viento del mar, y de dudar del hechizo, y de dudar de sí mismo, antes de que la tierra se levantara a su alrededor, seca, cálida y oscura.

Allí dentro supo que debía darse prisa, que los huesos de la tierra le dolían al moverse, y que debía convertirse en ellos para guiarlos, pero no pudo ir menos lento. En él yacía el aturdimiento de cualquier transformación. En sus días había sido zorro, y toro, y dragón volador, y sabía lo que era cambiar de ser. Pero esto era distinto, este lento agrandamiento. «Me estoy ampliando», pensó.

Se estiró para llegar a Yaved, hacia el dolor, hacia el sufrimiento. A medida que se iba acercando sintió una inmensa fuerza que entraba en él fluyendo desde el oeste, como si

Silencio lo hubiera cogido de la mano después de todo. A través de aquella conexión pudo enviar su propia fuerza, para ayudar. «No le he dicho que no iba a regresar», pensó, sus últimas palabras en hárdico, su último pesar, porque ahora estaba en los huesos de la montaña. Conocía las arterias del fuego, y el latido del inmenso corazón. Sabía lo que debía hacer. No fue en la lengua de ningún hombre en la que dijo: —Estáte callada, estáte tranquila. Así, ahora, así. Aguanta. Así, así. Podemos estar tranquilos.

Y él estaba tranquilo, estaba quieto, aguantaba, roca en roca y tierra en tierra, en la intensa oscuridad de la montaña.

Fue a su mago Ogión a quien la gente vio de pie solo sobre el techo de la torre de las señales en el muelle, cuando las calles corrían de arriba abajo empujadas por las olas, los adoquines saltaban, y las paredes de ladrillos de arcilla se convertían en polvo, y los Promontorios Fortificados se inclinaban unos sobre otros, crujiendo. Fue a Ogión a quien vieron, las manos estiradas hacia adelante, aguantando, separándose; y los acantilados se separaron con ellas, y se quedaron rectos, inmóviles. La ciudad se sacudió y se quedó también inmóvil. Fue Ogión quien detuvo el terremoto. Ellos lo vieron, lo dijeron.

—Mi maestro estaba conmigo, y su maestro con él —dijo Ogión cuando lo elogiaban—. Pude mantener la Puerta abierta porque él mantuvo quieta a la Montaña. —Elogiaron su modestia y no lo escucharon. Escuchar es un don poco común, y los hombres querían tener a sus héroes.

Cuando la ciudad estuvo otra vez en orden, y todos los barcos hubieron ya regresado, y las paredes fueron reconstruidas, Ogión escapó de los elogios y se adentró en las colinas, sobre el Puerto de Gont. Encontró el extraño pequeño valle llamado el Vallecito Cabio, el verdadero nombre de lo que en la Lengua de la Creación era Yaved, al igual que el verdadero nombre de Ogión era Aihal. Caminó por allí durante todo un día, como si estuviera buscando algo. Cuando cayó la noche se acostó en la tierra y le habló: —Deberíais habérmelo dicho. Podría haberme despedido —dijo. Y entonces lloró, y sus lágrimas cayeron sobre la tierra entre los tallos de la hierba y formaron pequeñas motas de barro, pequeñas motas engorrosas.

Durmió allí en el suelo, sin jergón ni manta entre él y la tierra. Al amanecer se levantó y caminó siguiendo el alto camino que va a Re Albi. No entró en la aldea, sino que la pasó de largo hasta llegar a la casa que se erguía sola al norte de las otras casas, al comienzo del Vertedero. La puerta estaba abierta.

Las últimas judías habían crecido y madurado en las parras, los repollos estaban rebosantes. Tres gallinas vinieron cloqueando y picoteando alrededor de la polvorienta entrada, una roja, una marrón, una blanca; una gallina gris estaba poniendo huevos en el gallinero. No había polluelos, ni señal alguna del gallo, el Rey, lo había llamado Heleth. «El Rey está muerto», pensó Ogión. «Tal vez un polluelo esté rompiendo el cascarón ahora mismo para ocupar su lugar.» Pensó que podía sentir el olorcillo de un zorro desde el huerto que estaba detrás de la casa.

Barrió el polvo y las hojas que habían entrado volando por la puerta abierta, y que cubrían el suelo de madera lustrada. Colocó el colchón y la manta de Heleth al sol para que se airearan. «Me quedaré aquí durante un tiempo», pensó. «Es una buena casa.» Y después de un rato siguió pensando: «Podría tener algunas cabras».

EN EL GRAN PANTANO

La isla de Semel está situada al norte y al oeste de Havnor, atravesando el Mar de Pelni, al sur y al oeste de las Enlades. A pesar de ser una de las islas mayores del Archipiélago de Terramar, no hay muchas historias provenientes de Semel. Enlad tiene su

historia gloriosa, y Havnor su riqueza, y Paln su mala fama, pero Semel tiene únicamente ganado y ovejas, bosques y pequeñas ciudades, y el inmenso y silencioso volcán llamado Andanden que se eleva por encima de todo.

Al sur de Andanden yace la tierra sobre la que cayeron las cenizas a treinta metros de profundidad la última vez que el volcán habló. Los ríos y los arroyos cortaron sus recorridos en dirección al mar al atravesar aquella alta llanura, serpenteando y formando estanques, extendiéndose y dando vueltas, creando así un pantano, una inmensa y desolada zona pantanosa con un lejano horizonte, algunos árboles, no mucha gente. El suelo de cenizas deja crecer una hierba rica y brillante, y la gente de allí tiene ganado, engorda carne vacuna para la populosa costa del sur, dejando que los animales se pierdan millas y millas a través de la llanura, con los ríos como cercas.

Tal como lo harían las montañas, Andanden decide el clima. Reúne nubes a su alrededor. El verano es corto, el invierno largo, allá en el gran pantano.

Con la temprana oscuridad de un día de invierno, un viajero se detuvo en el cruce de dos caminos azotados por el viento, ninguno de los dos demasiado prometedor, simples senderos para el ganado entre cañaverales, y buscó alguna señal que le indicara qué camino debía tomar.

Al bajar la última pendiente de la montaña, había visto casas desperdigadas por aquí y por allá en las tierras pantanosas, una aldea que no parecía estar muy lejos. En aquel momento había pensado que iba camino a la aldea, pero en algún sitio había tomado la dirección equivocada. Los altos juncos se elevaban unos sobre otros junto a los senderos, así que si alguna luz brillaba en algún lado, él no podía verla. El agua murmuraba en alguna parte cerca de sus pies. Se había destrozado los zapatos caminando alrededor de Andanden, por los crueles caminos de lava negra. Las suelas estaban gastadas completamente, y le dolían los pies al caminar sobre la helada humedad de los caminos del pantano.

Pronto oscureció aun más. Desde el sur se acercaba una neblina, cubriendo totalmente el cielo. Únicamente sobre la inmensa y difusa mole de la montaña brillaban claramente las estrellas. El viento silbaba entre los juncos, suave, quejumbroso.

El viajero se detuvo en el cruce de caminos y silbó él también a los cañaverales.

Algo se movió en uno de los senderos, algo grande, negro, en la oscuridad.

—¿Estás ahí, querida? —preguntó el viajero. Habló en el Habla Antigua, en la Lengua de la Creación—. Ven, entonces, Ulla —dijo, y la vaquilla dio uno o dos pasos para acercarse a él, para acercarse a su nombre, mientras él caminaba para encontrarla. Descubrió la inmensa cabeza más por el tacto que por la vista, acariciando la sedosa depresión entre sus ojos, rascándole la frente entre los protuberantes cuernos—. Preciosa, eres preciosa —le dijo, respirando su aliento a hierbas, acercándose a su inmenso calor—. ¿Serías mi guía, querida Ulla? ¿Podrás guiarme hacia donde necesito ir?

Tuvo suerte de haberse encontrado con una vaquilla de granja, no con una del ganado errante que lo hubiera adentrado cada vez más y más en los pantanos. A su Ulla le daba por saltar las cercas, pero después de haber andado de aquí para allá comenzaba a tener afectuosos pensamientos del establo de las vacas y de la madre a quien todavía le robaba un trago de leche de vez en cuando; y ahora llevaba al viajero a casa de buena gana. Bajaba caminando, lenta pero decididamente, uno de los senderos, y él iba con ella, una mano sobre su cadera cuando el camino era lo suficientemente ancho. Cuando ella atravesaba un arroyo cuya agua le llegaba a la rodilla, él le cogía la cola. Ella trepaba por la baja y cenagosa ribera y sacudía la cola, pero esperaba a que él trepara aun más torpemente detrás de ella. Luego seguía caminando con paso cansino. Él se apretaba contra su flanco y se aferraba a ella, puesto que el arroyo lo había helado hasta los huesos, y estaba temblando.

—Muu —dijo su guía, suavemente, y él vio el borroso y pequeño cuadrado de luz amarilla apenas a su derecha.

—Gracias —le dijo él, abriendo la verja para la vaquilla, quien fue a encontrarse con su madre, luego atravesó el patio de la casa hasta llegar a la puerta.

Seguramente sería Baya quien estaba allí afuera, pero no entendía por qué llamaba a la puerta. —¡Entra ya, tonto! —dijo ella, pero él golpeó la puerta otra vez, y ella dejó sus zurcidos y fue hasta allí—. ¿Es que ya estás borracho? —dijo ella, y entonces lo vio.

Lo primero que pensó fue que era un rey, un señor, el Maharion de las canciones, alto, erguido, hermoso. Lo siguiente que pensó fue que era un mendigo, un hombre perdido, con las ropas sucias, abrazándose a sí mismo con brazos temblorosos.

Entonces él dijo: —Me he perdido. ¿He llegado a la aldea? —Su voz era ronca y áspera, la voz de un mendigo, pero no tenía el acento de un mendigo.

—Está media milla más adelante —dijo Regalo.

—¿Hay allí alguna fonda?

—No hasta que llegue a Oraby, diez o doce millas más al sur. —Pensó sólo unos instantes.— Si necesita una habitación para pasar la noche, yo tengo una. O San puede tener una, si es que va a la aldea.

—Me quedaré aquí si no hay ningún problema —dijo de aquella manera principesca, con los dientes castañeteando, agarrándose de la jamba de la puerta para mantenerse en pie.

—Quitaos los zapatos —le dijo ella—, están empapados. Luego entrad. —Se hizo a un lado y añadió:— Venid junto al fuego —e hizo que se sentara en el banco de Fusil, que estaba junto al hogar—. Alimentad un poco el fuego —dijo ella—. ¿Queréis un poco de sopa? Todavía está caliente.

—Gracias, señora —murmuró él, agachándose sobre el fuego. Ella le trajo un tazón de caldo. Él bebió con entusiasmo pero con cautela, como si hiciera mucho que había perdido el hábito de tomar sopa caliente.

—¿Habéis venido por la montaña?

Él asintió con la cabeza.

—¿Para qué?

—Para llegar hasta aquí —le contestó él. Estaba empezando a temblar menos. Sus pies desnudos ofrecían una imagen desoladora, magullados, hinchados, empapados. Ella quería decirle que los pusiera lo más cerca posible del calor del fuego, pero no se atrevió. Fuera lo que fuese, no era mendigo por elección.

—No mucha gente viene aquí, al Gran Pantano —dijo ella—. Vendedores ambulantes y gente así, pero no en invierno.

Él terminó su sopa, y ella cogió el tazón. Se sentó en su sitio, el taburete junto a la lámpara de aceite, a la derecha del hogar, y retomó sus zurcidos. —Calentaos bien, y luego os mostraré vuestra cama —le dijo—. En aquella habitación no hay fuego. ¿Habéis tenido que enfrentaros a un clima duro, arriba en la montaña? Dicen que ha nevado.

—Algunas ráfagas —contestó él. Ahora podía verlo bien a la luz de la lámpara y el fuego. No era joven, ni delgado, ni tan alto como ella había pensado. Tenía un rostro agradable, pero había algo que no estaba bien, algo estaba mal. Parece arruinado, pensó, un hombre arruinado.

—¿Por qué habéis venido al Pantano? —le preguntó. Tenía derecho a preguntar, puesto que lo había acogido en su casa, pero sin embargo sintió cierta incomodidad al formular la pregunta.

—Me han dicho que aquí hay una peste entre el ganado. —Ahora que ya no estaba tan totalmente aterido, su voz era hermosa. Hablaba como los contadores de cuentos cuando llegaban a las partes de los héroes y los señores de dragones. Tal vez fuera un contador de cuentos o un cantor. Pero no; la peste, había dicho.

—Sí que la hay.

—Yo puedo ayudar a las bestias.
—¿Sois curandero?
El asintió con la cabeza.
—Entonces seréis más que bienvenido. La plaga es terrible entre las bestias. Y está empeorando.
Él no dijo nada. Ella podía ver cómo el calor le iba entrando a él en el cuerpo, cómo lo iba haciendo sentir menos rígido.
—Poned los pies sobre el fuego —le dijo ella abruptamente—. Tengo algunos zapatos viejos de mi marido —le costó un poco decir aquello, pero sin embargo cuando lo hubo dicho se sintió liberada, también más cómoda. Después de todo, ¿para qué guardaba los zapatos de Fusil? Eran demasiado pequeños para Baya y demasiado grandes para ella. Había dado sus ropas, pero se había quedado con los zapatos, no sabía para qué. Parecería ser que para este tipo. Las cosas llegaban si uno sabía esperarlas, pensó—. Los sacaré para vos —le dijo—. Los vuestros están destrozados.
Él le lanzó una mirada. Sus ojos oscuros eran grandes, profundos, opacos como los ojos de un caballo, ilegibles.
—Está muerto —dijo ella—. Hace dos años. La fiebre del pantano. Tiene que tener cuidado con eso, aquí. El agua. Yo vivo con mi hermano. Ahora está en la aldea, en la taberna. Tenemos una lechería. Yo hago queso. Nuestro rebaño ha estado bien —y esbozó la señal para ahuyentar el mal—. Las mantengo cerca. Allá en las sierras, la peste es muy mala. Tal vez el clima frío termine con ella.
—Es más probable que mate a las bestias que están enfermas —dijo el hombre. Por la voz parecía que tenía un poco de sueño.
—Me llamo Regalo —le dijo ella—. Mi hermano es Baya.
—Gully —dijo él que se llamaba después de una breve pausa, y ella pensó que era un nombre que había inventado. No le encajaba. Nada en él encajaba, ni formaba un todo. Pero sin embargo no le provocaba desconfianza. Se sentía cómoda con él. No iba a hacerle daño. Pensó que había bondad en él, por como hablaba de los animales. Seguramente estaría acostumbrado a tratar con ellos, pensó. Él mismo era como un animal, una silenciosa y lastimada criatura que necesitaba protección pero no podía pedirla.
—Venga —le dijo ella—, antes de que se quede dormido. —Y él la siguió obedientemente hasta la habitación de Baya, que no era mucho más que un armario construido en un rincón de la casa. La habitación de ella estaba detrás de la chimenea. Baya llegaría, borracho, dentro de un rato, y ella le pondría el jergón en un rincón de la chimenea. Dejemos que el viajero tenga una buena cama al menos por una noche. Tal vez le dejara una o dos monedas antes de irse. Había una terrible escasez de monedas en su casa aquellos días.
Se despertó, como siempre, en su habitación de la Casa Grande. No entendía por qué el techo era bajo y el aire olía fresco pero agrio y el ganado berreaba allí afuera. Tuvo que quedarse allí acostado, inmóvil, y regresar a este otro lugar y a este otro hombre, cuyo nombre de pila ya no recordaba, aunque se lo había dicho anoche a una vaquilla o a una mujer. Conocía su verdadero nombre pero aquí no servía de nada, dondequiera que estuviera, ni en ningún otro sitio. Había habido caminos negros y cuestas hacia abajo y una vasta y verde llanura ante él antes de ser cortada por ríos de aguas brillantes. Soplaba un viento muy frío. Los cañaverales habían silbado, y la joven vaca lo había llevado atravesando el arroyo, y Emer había abierto la puerta. Había descubierto su nombre apenas la vio. Pero él debía utilizar algún otro nombre. No debía llamarla por su nombre. Tenía que recordar con qué nombre le había dicho él que debía llamarlo. No debía ser Irioth, aunque él era Irioth. Tal vez con el tiempo se convertiría en otro hombre. No; eso estaba mal; él tenía que ser este hombre. A este hombre le dolían las piernas y

los pies. Pero era una buena cama, una cama de plumas, cálida, y todavía no tenía que salir de ella. Se quedó medio dormido otra vez, alejándose de Irioth.

Cuando por fin se levantó, se preguntó cuántos años tenía, y se miró las manos y los brazos para ver si tenía setenta. Todavía parecía de cuarenta, aunque se sentía de setenta y se movía como tal, con una mueca de dolor. Se vistió, con las ropas sucias como estaban por los interminables días de viaje. Había un par de zapatos debajo de la silla, gastados pero buenos, zapatos resistentes, y un par de medias tejidas de lana junto a ellos. Se puso las medias sobre los pies lastimados y cojeó hasta la cocina. Emer estaba de pie frente al gran fregadero, pasando algo pesado por un trozo de tela.

—Gracias por estas medias y por los zapatos —dijo él, y al agradecerle el regalo recordó su nombre de pila, pero sólo dijo—: señora.

—De nada —le contestó ella, y levantó lo que fuera que había dentro de un enorme cuenco de cerámica, y se secó las manos con el delantal. Él no sabía nada de mujeres. No había vivido en un sitio en el que vivieran mujeres desde que tenía diez años. Les había tenido miedo a las mujeres que le gritaban para que se apartara de sus caminos en aquella otra inmensa cocina hacía ya tanto tiempo. Pero había estado viajando de un lado a otro de Terramar, y había conocido mujeres y había aprendido a sentirse cómodo con ellas, como con los animales; ellos hacían sus cosas sin prestarle a él demasiada atención, a menos que él los asustara. Intentaba no hacerlo. No tenía deseos, ni razón alguna, para asustarlos. No eran hombres.

—¿Queréis un poco de cuajada fresca? Es buena para el desayuno. —Lo estaba mirando, pero la mirada no duró mucho, y no se encontró con la suya. Ella era como un animal, como un gato, lo evaluaba pero no lo juzgaba. Había un gato, uno grande y gris, sentado sobre sus cuatro patas sobre el hogar, mirando fijamente los carbones. Irioth aceptó el tazón y la cuchara que ella le alcanzara y se sentó en el banco. El gato saltó a su lado y ronroneó.

—Mirad eso —exclamó la mujer—. No es amistoso con mucha gente.

—Es por la cuajada.

—Tal vez reconozca a los curanderos.

Allí había paz, con la mujer y con el gato. Había llegado a una buena casa.

—Afuera hace frío —dijo ella—. Esta mañana había hielo en el abrevadero. ¿Os iréis hoy de aquí, con este día?

Se hizo un silencio. Olvidó que tenía que contestar con palabras.

—Me quedaré, si no hay problema —contestó él—. Me quedaré aquí.

La vio sonreír, pero también parecía insegura, y después de un rato dijo: —Bueno, sed bienvenido, señor, pero debo preguntaros: ¿podéis pagar aunque sea un poco?

—Oh, sí —le respondió él, confundido, se puso de pie y regresó cojeando a la habitación en busca de su pequeña bolsa. Le trajo algo de dinero, una pequeña moneda de oro de la corona de Enlade.

—Solamente para la comida y el fuego, sabéis, la turba está tan cara ahora... —estaba diciendo ella, y entonces miró lo que él le ofrecía—. Oh, señor —le dijo, y él supo que había hecho mal—. No hay nadie en la aldea que pueda cambiarme esto —le dijo ella. Lo miró a la cara un momento—. ¡Toda la aldea junta no podría cambiar esto! —dijo, y se rió. Estaba bien, entonces, aunque la palabra «cambiar» resonaba una y otra vez en su cabeza.

—No ha sido cambiada —dijo él, pero supo que no era eso lo que ella quería decir—. Lo siento —añadió—. Si me quedara un mes, si me quedara todo el invierno, ¿eso sería suficiente? Debería tener un lugar donde quedarme, mientras trabajo con las bestias.

—Guardadlo —le dijo ella, riendo otra vez, y agitando las manos—. Si podéis curar el ganado, los ganaderos os pagarán, y entonces vos podréis pagarme a mí. Llamadle fianza, si queréis. ¡Pero guardad eso, señor! Me mareo con sólo mirarlo. Baya —dijo, mientras un hombre intoxicado y apergaminado entraba por la puerta junto con una ráfaga

de viento frío—, el caballero se quedará con nosotros mientras cura al ganado, ¡para ganar tiempo! Nos ha asegurado el pago. Así que tú dormirás en el rincón de la chimenea, y él en la habitación. Éste es mi hermano Baya, señor.

Baya agachó la cabeza y refunfuñó. Tenía los ojos tristes. A Irioth le pareció que el hombre había sido envenenado. Cuando Baya salió otra vez, la mujer se acercó y le dijo, resuelta, en voz baja: —No hay nada malo más que la bebida, pero tampoco queda mucho de él salvo la bebida. Se ha comido gran parte de su mente, y gran parte de lo que tenemos. Así que, ya veis, poned vuestro dinero donde no pueda verlo, si no os importa, señor. No lo buscará. Pero si lo viera, lo cogería. A menudo no sabe ni lo que hace, ¿comprendéis?

—Sí —contestó Irioth—, lo entiendo. Sois una mujer muy bondadosa. —Ella hablaba de su hermano, y decía que no sabía lo que hacía. Lo estaba perdonando.— Una hermana bondadosa —dijo. Las palabras eran tan nuevas para él, palabras que nunca antes había pronunciado o pensado, que creyó que las había dicho en la Lengua Verdadera, en la cual no debía hablar. Pero ella simplemente se encogió de hombros, sonriendo con el ceño fruncido.

—A veces podría arrancarle la cabeza —dijo, y volvió a sus quehaceres.

Él no se había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta que llegó a aquel refugio. Se pasó todo el día dormitando junto al fuego con el gato gris, mientras Regalo entraba y salía haciendo sus cosas, ofreciéndole comida varias veces. Comida pobre, ordinaria, pero él se la comía toda, lentamente, apreciándola. Al caer la noche, el hermano salió, y ella dijo con un suspiro:

—Pedirá otro crédito en la taberna ahora que tenemos un huésped. No es que sea vuestra culpa.

—Oh, sí —dijo Irioth—. Ha sido mi culpa. —Pero ella perdonaba; y el gato gris estaba acurrucado contra su muslo, soñando. Los sueños del gato acudían a su mente, en los bajos campos, donde hablaba con los animales, en los lugares oscuros. El gato saltó hacia allí, y luego había leche, y una profunda y suave emoción. No había ningún mal, sólo una gran inocencia. No había necesidad de palabras. Aquí no lo encontrarían. No estaba allí para que lo encontraran. No había necesidad de decir ningún nombre. No había nadie más que ella, y el gato soñando, y el fuego ardiendo. Había cruzado la montaña por caminos negros, pero aquí los arroyos fluían lentamente entre los pastos.

Estaba loco, y ella no sabía qué era lo que la poseía y hacía que le permitiera quedarse, y sin embargo no podía temerle ni desconfiar de él. ¿Qué importaba si estaba loco? Era amable, y alguna vez debió haber sido sabio, antes de que le pasara lo que le había pasado. Y no estaba tan loco después de todo. Loco en cosas, loco a momentos. Nada en él estaba entero, ni siquiera su locura. Se había olvidado del nombre que le había dicho a ella, y a la gente de la aldea les había dicho que lo llamaran Otak. Probablemente tampoco podía recordar su nombre; siempre la llamaba señora. Pero tal vez así era su cortesía. Ella lo llamaba señor, por cortesía, y porque ni Gully ni Otak parecían nombres que fueran con él. Un otak, según lo que ella había oído, era un pequeño animal con dientes afilados y sin voz, pero no había semejantes criaturas en el Gran Pantano.

Llegó a creer que tal vez todo lo que él había dicho sobre que había ido allí para curar la enfermedad del ganado era una de las partes locas. No se comportaba como los curanderos que llegaban con remedios y hechizos y bálsamos para los animales. Pero después de haber descansado durante un par de días, le preguntó quiénes eran los ganaderos de la aldea, y salió, andando con los pies todavía doloridos, con los viejos zapatos de Fusil. A ella se le partía el corazón, al verlo así.

Regresó por la noche, más cojo que nunca, porque por supuesto San lo había llevado andando muy lejos, adentrándolo en los Grandes Prados, donde estaban muchas de sus reses vacunas. Nadie tenía caballos excepto Aliso, y eran para sus vaqueros. Le dio a su

invitado un balde con agua caliente y una toalla limpia para sus pobres pies, y luego pensó en preguntarle si querría un baño, lo cual aceptó. Calentaron el agua y llenaron la vieja bañera, y ella fue a su habitación mientras él se bañaba frente al hogar. Cuando salió de su habitación, estaba todo ordenado y limpio, las toallas colgadas delante del fuego. Nunca había conocido a un hombre que se ocupara de ese tipo de cosas, ¿y quién lo hubiera esperado de un hombre rico? ¿No tendría acaso sirvientes, en el lugar del que venía? Pero él no causaba más problemas que el gato. Se lavaba su propia ropa, hasta las sábanas de su cama, lo había hecho y las había colgado afuera un día de sol antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo. —No es necesario que hagáis eso vos, señor. Lavaré vuestras cosas con las mías —le había dicho ella.

—No hace falta —le contestó él con aquel tono distante, como si apenas supiera de qué estaba hablándole ella; pero luego agregó—: Trabajáis mucho.

—¿Y quién no? Me gusta hacer queso. Es algo interesante. Y soy fuerte. A lo único que le temo es a envejecer, cuando no pueda levantar los cubos y los moldes —le enseñó uno de sus brazos, redondo y musculoso, cerrando el puño y sonriendo—. ¡Está bastante bien para tener ya cincuenta años! —dijo ella. Era estúpido presumir, pero estaba orgullosa de sus fuertes brazos, de su energía y de su destreza.

—Hará más rápido el trabajo —dijo él seriamente.

Tenía una relación con sus vacas que era maravillosa. Cuando él estaba allí y ella necesitaba una mano, él ocupaba el lugar de Baya, y como le había dicho a su amiga Leonada, riendo, era más astuto con las vacas de lo que lo había sido el viejo perro de Fusil.

—Les habla, y juraría que ellas lo entienden. Y esa vaquilla lo sigue como un perrito. —Fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo allí fuera con las reses vacunas, los ganaderos estaban empezando a apreciarle. Por supuesto que se aferrarían a cualquier promesa de ayuda. La mitad del rebaño de San había muerto. Aliso no quería ni decir cuántas cabezas había perdido. Los cadáveres de las vacas estaban esparcidos por todas partes. Si no hubiera habido un clima tan frío, el Pantano habría apestado a carne podrida. No podía tomarse nada de agua a menos que se hirviera durante una hora, excepto la que se sacaba de los pozos, el de ella aquí y el de la aldea, que le daba el nombre al lugar.

Una mañana, uno de los vaqueros de Aliso apareció en el patio montado en un caballo y arrastrando una mula ensillada.

—El señor Aliso dice que el señor Otak puede montarla, ya que hay de diez a doce millas desde aquí hasta los Prados del este —dijo el joven.

Su invitado salió de la casa. Era una mañana clara pero neblinosa, los pantanos estaban ocultos por vapores relucientes. Andanden flotaba sobre la niebla, una vasta forma rota contra el cielo del norte.

El curandero no le dijo nada al vaquero, sino que fue directamente hacia la mula, o hacia el burdégano, más bien, puesto que había salido del cruce entre la gran burra de San y el caballo blanco de Aliso. Era una yegua ruana blancuzca, joven, con un bonito rostro. Fue y le habló durante un minuto, diciéndole algo en su inmensa y delicada oreja, y acariciándole la cabeza.

—Suele hacerlo —le dijo el vaquero a Regalo—. Les habla. —Parecía divertirse, desdeñoso. Era uno de los compañeros de copas de Baya en la taberna, un muchacho bastante amable, para ser un vaquero.

—¿Está curando al ganado? —le preguntó ella.

—Bueno, no puede deshacerse de la peste en un abrir y cerrar de ojos, pero parece que puede curar a una bestia si se lo propone antes de que empiece a flaquear. Y a las que todavía no les ha atacado, dice que puede evitar que se infecten. Así que el señor lo está enviando por toda la cordillera para que haga todo lo que pueda. Para muchas es demasiado tarde.

El curandero revisó la cincha, aflojó una correa y se subió a la silla de montar, no lo hizo muy expertamente, pero el burdégano no se quejó. Levantó el largo hocico color crema y los hermosos ojos para mirar a su jinete. Él sonrió. Regalo nunca lo había visto sonreír.

—¿Nos vamos? —le dijo al vaquero, quien se puso en camino inmediatamente después de que él saludara a Regalo con la mano y su pequeña yegua resoplara. El curandero iba detrás. El burdégano tenía un andar tranquilo, de piernas largas, y su blancura brillaba con la luz de la mañana. Regalo pensó que era como ver a un príncipe cabalgando, como algo salido de un cuento, figuras que cabalgaban por los pardos campos invernales atravesando la clara neblina, y se desvanecían en la luz, y desaparecían.

En los pastos el trabajo era muy duro. «¿Quién no trabaja duro?», le había preguntado Emer, mostrándole sus fuertes y redondos brazos, sus fuertes y rojas manos. El ganadero Aliso esperaba que él se quedara allí afuera en las praderas hasta haber tocado a cada una de las bestias con vida, allí en los rebaños. Aliso había enviado con él a dos vaqueros. Montaron una especie de campamento, con una gran tela para el suelo y una media tienda. Lo único que había para quemar allí en el pantano eran pequeñas ramitas y juncos muertos, y el fuego apenas era suficiente para hervir agua y nunca suficiente para calentar a un hombre. Los vaqueros montaron y trataron de reunir a los animales para que él pudiera tenerlos en un rebaño, en vez de acudir a ellos uno por uno mientras se dispersaban buscando en los pastos hierbas secas, escarchadas. No podían mantener al ganado reunido durante mucho tiempo, y se enfadaban con las reses, y con él por no moverse más rápido. A él le parecía extraño que no tuvieran paciencia con los animales, a los que trataban como cosas, manejándolos como una viga de madera empuja troncos en un río, simplemente por la fuerza.

No tenían paciencia tampoco con él, siempre le decían que se apurara y que terminara con su trabajo; ni con ellos mismos, ni con sus propias vidas. Cuando hablaban entre ellos era siempre sobre lo que iban a hacer en el pueblo, en Oraby, cuando les pagaran. Oyó hablar bastante sobre las prostitutas de Oraby, Margarita y Goldie y de la que llamaban «el arbusto ardiente». Irioth tenía que sentarse con aquellos muchachos porque todos necesitaban todo el calor que el fuego pudiera aportar, pero ellos no querían que él estuviera allí y él no quería estar allí con ellos. Sabía que ellos temían, aunque levemente, que él fuera un hechicero, y le tenían celos, pero sobre todo desprecio. Era viejo, distinto, no era uno de ellos. Conocía el miedo y los celos, y los evitaba, y el desprecio lo recordaba. Estaba contento de no ser uno de ellos, de que ellos no quisieran hablarle. Tenía miedo de hacerles daño.

Se levantó en la helada mañana mientras ellos aún dormían enrollados en sus mantas. Sabía dónde estaba el ganado más cercano, y se acercó a él. Ahora la enfermedad le era muy familiar. La sentía en sus manos como una quemadura, y sentía náuseas si estaba muy avanzada. Al acercarse a un buey que estaba recostado en el suelo, se sintió mareado y con arcadas. No se acercó más, pero pronunció las palabras que podrían hacer la muerte más llevadera, y siguió adelante.

Le dejaban caminar entre ellos, salvajes como eran y no habiendo obtenido nada de los hombres más que castraciones y matanzas. Le gustaba sentir que ellos confiaban en él, y se sentía orgulloso. No debería, pero así era. Si quería tocar a alguna de las bestias más grandes, simplemente tenía que detenerse junto a ella y hablarle durante un rato en la lengua de aquellos que no hablan. «Ulla», decía, nombrándolos. «Ellu. Ellua.» Ellos se detenían, grandes, indiferentes; a veces uno lo miraba durante un largo rato. A veces otro se acercaba a él con su andar tranquilo, suelto, majestuoso, y respiraba en su palma abierta. A todos los que se acercaban a él podía curarlos. Posaba sus manos sobre ellos, sobre el duro pelaje, sobre las ijadas calientes y sobre el cuello, y enviaba la curación a sus manos pronunciando una y otra vez las palabras del poder. Después de un rato, el

animal tendría un temblor, o sacudiría un poco la cabeza, o daría un paso hacia adelante. Y él bajaría las manos y se quedaría allí de pie, agotado y sin expresión, durante un rato. Luego vendría otro, grande, curioso, tímidamente audaz, cubierto de barro, con la enfermedad en él como un escozor, un hormigueo, un calor en sus manos, un mareo. «Ellu», diría entonces, y caminaría hasta la bestia, y posaría sus manos sobre ella hasta sentirlas frías, como si el arroyo de una montaña pasara a través de ellas.

Los vaqueros estaban discutiendo si era seguro o no comer la carne de un buey muerto por la peste. Las provisiones de comida que habían traído, para empezar escasas, estaban a punto de acabarse. En lugar de cabalgar entre veinte y treinta millas para reabastecerse, querían cortarle la lengua a un buey que había muerto por allí cerca aquella mañana.

Él les había obligado a hervir toda el agua que usaran. Y ahora les dijo: —Si coméis esa carne, dentro de un año comenzaréis a sentiros mareados. Terminaréis tambaleándoos y moriréis como estos animales.

Ellos maldijeron y se burlaron, pero le creyeron. El no tenía idea de si lo que había dicho era verdad. Le había parecido que era verdad mientras lo decía. Tal vez quería fastidiarlos. Tal vez quería deshacerse de ellos.

—Cabalgad de vuelta —les dijo—. Dejadme aquí. Hay comida suficiente para un hombre para tres o cuatro días más. El burdégano me llevará de regreso.

No necesitaban que los persuadieran. Se marcharon cabalgando, dejándolo todo atrás, sus mantas, la tienda, la olla de hierro. «¿Cómo llevaremos todo eso de regreso a la aldea?», le preguntó al burdégano. Ella cuidaba de los ponies y decía lo que dicen los burdéganos: «¡Aaawww!», dijo. Echaría de menos a los ponis.

—Tenemos que terminar el trabajo aquí —le dijo él, y ella lo miró dulcemente. Todos los animales tenían paciencia, pero la paciencia de los caballos era maravillosa, y era innata. Los perros eran leales, aunque más que nada aquello era obediencia. Los perros eran jerárquicos, dividían al mundo en señores y plebeyos. Los caballos eran todos señores. Acordaban la connivencia. Se recordaba caminando entre las inmensas y empenachadas patas de los caballos de carretas, sin miedo. El calor de su respiración sobre su cabeza. Hacía ya mucho tiempo. Se acercó al hermoso burdégano y le habló, llamándola querida, confortándola para que no se sintiera sola.

Le llevó seis días más llegar a los grandes rebaños que estaban en los pantanos del este. Los últimos dos días los pasó cabalgando de aquí para allá para alcanzar a los grupos que se habían dispersado hasta llegar al pie de la montaña. Muchos de ellos todavía no estaban infectados, y pudo protegerlos. El burdégano lo llevó sobre el lomo desnudo y con un andar muy tranquilo. Pero ya no tenía nada para comer. Cabalgando de regreso a la aldea se sentía mareado y débil. Le costó un buen rato llegar a la casa desde el establo de Aliso, donde dejó al burdégano. Emer lo recibió y lo regañó y trató de hacer que comiera, pero él le explicó que todavía no podía comer. —Mientras estaba allí en medio de la enfermedad, en los campos infectados, me sentía enfermo. Dentro de un rato podré volver a comer —le explicó.

—Estáis loco —le dijo ella, muy enfadada. Era un enfado dulce. ¿Por qué no podía ser el enfado algo dulce?

—¡Al menos daros un baño! —le dijo.

Él sabía cómo olía, y se lo agradeció.

—¿Cuánto os pagará Aliso por todo esto? —le preguntó mientras se calentaba el agua. Todavía estaba indignada, hablaba con menos rodeos incluso que de costumbre.

—No lo sé —le contestó él.

Ella dejó lo que estaba haciendo y lo miró fijamente.

—¿No habéis acordado un precio?

—¿Acordar un precio? —preguntó él de inmediato. Luego recordó quién no era, y habló humildemente—: No. No lo hicimos.

—Qué inocente sois —le dijo Regalo, susurrando la palabra—. Os despellejará. —Echó la olla llena de agua hirviendo dentro de la bañera.— Tiene marfil —le dijo—. Decidle que tiene que pagaros en marfil. ¡Allí arriba, muriéndoos de hambre y congelándoos, para curar a sus bestias! Lo único que tiene San es cobre, pero Aliso puede pagaros en marfil. Siento entrometerme en vuestros asuntos, señor. —Salió por la puerta con dos cubos, iba hacia la bomba. Aquellos días se negaba a usar el agua del arroyo. Era sabia y bondadosa. ¿Por qué había vivido durante tanto tiempo entre aquellos que no eran bondadosos?

—Ya veremos —dijo Aliso, al día siguiente— si mis bestias se han curado. Si logran aguantar el invierno, ¿sabéis?, entonces sabremos que habéis curado a todas, que están sanas, ¿sabéis? No es que tenga dudas, pero es lo más justo, lo justo, ¿verdad? No me pediríais vos que os pague lo que tengo pensado pagaros, si la cura no funciona y las bestias acaban muriendo después de todo. ¡Toco madera! Pero tampoco os pediría que esperarais todo ese tiempo sin pagaros nada. Así que aquí tenéis un adelanto, ¿sabéis?, de lo que vendrá después, y por ahora estamos en paz, ¿sí?

Ni siquiera le entregó las monedas de cobre en una bolsa. Irioth tuvo que estirar la mano, y el ganadero depositó en ella seis monedas de cobre, una por una. —¡Ya está! ¡Quedamos en paz! —le dijo, expansivo—. Y tal vez podáis echarle un vistazo a los potros que tengo en los prados del Gran Estanque, mañana o un día de éstos.

—No —le contestó Irioth—. El rebaño de San se estaba muriendo cuando me fui de allí. Me necesitan.

—Oh, no, no lo necesitan, señor Otak. Mientras vos estabais allá en la cordillera del este vino un hechicero curandero, un tipo que ya había estado antes aquí, de la costa del sur, y entonces San lo contrató. Vos trabajaréis para mí y os pagaré bien. Mejor que en cobre, tal vez, ¡si a las bestias les va bien! —Irioth no dijo que sí ni que no, ni gracias, sino que se retiró sin hablar. El ganadero lo miró mientras se iba y escupió—. Atrás —dijo.

El problema apareció en la mente de Irioth como no lo había hecho desde que llegara al Gran Pantano. Luchaba contra él. Un hombre de poder había venido a curar el ganado, otro hombre de poder. Pero un hechicero, había dicho Aliso. No un mago, no. Simplemente un curandero, un curandero de ganado. No necesito temerle. No necesito temerle a su poder. No necesito su poder. Debo verlo, para estar seguro. Si hace lo mismo que hago yo aquí, no hay ningún peligro. Podemos trabajar juntos. Si yo hago lo mismo que hace él aquí. Si él sólo utiliza la hechicería y no tiene malas intenciones. Como yo.

Bajó caminando la desordenada calle de los Pozospuros hasta llegar a la casa de San, que estaba a mitad de camino, frente a la taberna. San, un hombre curtido, entre los treinta y los cuarenta años, estaba hablando con otro hombre en la puerta de su casa, con un extraño. Cuando vieron a Irioth parecieron sentirse incómodos. San entró en su casa y el extraño lo siguió.

Irioth se acercó hasta la puerta. No entró, sino que habló desde allí:

—Señor San, es acerca del ganado que tiene allí entre los ríos. Puedo ir a verlos hoy. —No sabía por qué había dicho eso. No era lo que había querido decir.

—Ah —dijo San, acercándose a la puerta, y tosió un poco—. No hace falta, señor Otak. Este de aquí es el señor Claridad, ha venido a lidiar con la peste. Ya ha curado a algunas de mis bestias en otras ocasiones, pezuñas podridas y todo eso. Necesitándose como se necesita a un hombre a tiempo completo para ocuparse de las reses de Aliso, ¿sabéis?...

El hechicero apareció por detrás de San. Su nombre era Ayeth. El poder que poseía era pequeño, estaba estropeado, corrompido por la ignorancia, el mal uso y las mentiras. Pero los celos que en él había eran como un fuego amenazador. —He estado yendo y viniendo por aquí, trabajando, durante diez años —dijo, mirando a Irioth de arriba abajo—. Un hombre llega desde algún sitio del norte, se queda mis trabajos, algunas personas no estarían muy de acuerdo con eso. Una pelea entre hechiceros no es algo bueno. Si es

que vos sois un hechicero, es decir, un hombre de poder. Yo lo soy. Como bien lo sabe la buena gente de por aquí.

Irioth trató de decir que no quería ninguna pelea. Trató de decir que había trabajo suficiente para los dos. Trató de decir que no le quitaría el trabajo. Pero todas estas palabras se quemaron con el ácido de los celos del hombre, que no quería escucharlas, y las quemó antes de que fueran dichas.

La mirada de Ayeth se hacía más y más insolente mientras miraba a Irioth tartamudear. Comenzó a decirle algo a San, pero Irioth habló.

—Tienes... —le dijo, tienes que irte. Vuélvete. —Mientras decía «Vuélvete», su mano izquierda golpeó el aire como un cuchillo, y Ayeth cayó hacia atrás contra una silla, con la mirada fija.

Era tan sólo un pequeño hechicero, un curandero estafador con unos cuantos hechizos lamentables. O eso parecía. ¿Y qué pasaría si estaba fingiendo, si ocultaba su poder, un rival que ocultaba su poder? Un rival celoso. Hay que detenerlo, hay que atarlo, nombrarlo, llamarlo. Irioth comenzó a decir las palabras que lo atarían, y el hombre, tembloroso, se encogió, acurrucándose para esconderse, marchitándose, lanzando un gemido agudo y chillón. «Está mal, está mal. Estoy haciendo el mal, yo soy el enfermo», pensó Irioth. Detuvo las palabras del hechizo en su boca, luchando contra ellas, y finalmente gritó una palabra distinta. Luego el hombre Ayeth se quedó allí acurrucado, vomitando y temblando, y San lo miraba fijamente e intentaba decir: «¡Atrás! ¡Atrás!» No sucedió nada malo, pero el fuego ardió en las manos de Irioth, le quemó los ojos cuando intentó esconderlos entre las manos, le quemó la lengua cuando trató de hablar.

Durante mucho rato nadie quiso tocarlo. Había caído presa de un ataque en la puerta de la casa de San. Ahora yacía allí como un hombre muerto. Pero el curandero del sur dijo que no estaba muerto, y que era tan peligroso como una víbora. San contó cómo Otak había obrado un hechizo sobre Claridad, que había pronunciado algunas horribles palabras que habían hecho que Claridad se encogiera más y más y gimiera como una rama en el fuego, y luego, en un segundo, había vuelto a ser él otra vez, aunque enfermo como un perro, quién podría culparlo, y todo el rato había habido un resplandor alrededor del otro, de Otak, como un fuego ardiendo, y sombras saltando, y su voz no era como ninguna voz humana. Algo terrible.

Claridad les dijo que se deshicieran de aquel tipo, pero no se quedó allí para ocuparse de que lo hicieran. Regresó por el camino del sur tan pronto como terminó de tragarse una pinta de cerveza en la taberna, diciéndoles que no había lugar para dos hechiceros en una misma aldea y que regresaría, tal vez, cuando aquel hombre, o lo que fuera que era, se hubiera ido.

Nadie se atrevía a tocarlo. Miraban desde una distancia prudente el bulto que yacía en la puerta de la casa de San. La esposa de San lloraba a los gritos por toda la calle. —¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! —gritaba—. ¡Oh, mi bebé nacerá muerto, lo sé!

Baya fue a buscar a su hermana, después de haber escuchado el relato de Claridad en la taberna, la versión de San de aquella historia y otras varias versiones que ya corrían por allí. En la mejor de ellas, Otak había crecido tres metros y, con un rayo, había convertido a Claridad en un trozo de carbón antes de comenzar a echar espuma por la boca, volverse de color azul, y caer inconsciente.

Regalo se apresuró para llegar a la aldea. Fue directo a la puerta de la casa de San, se agachó sobre el hombre y posó su mano sobre él. Todos contuvieron la respiración y murmuraron: «¡Atrás! ¡Atrás!», excepto la hija más pequeña de Leonada, quien entendió mal las señales y saltó con una sugerencia: «¡Al trabajo!».

El hombre se movió, y se incorporó lentamente. Vieron que era el curandero, tal y como había sido antes, sin fuegos ni sombras, aunque parecía muy enfermo. —Vamos —le dijo Regalo, lo ayudó a ponerse de pie y subió la calle caminando lentamente a su lado.

Los aldeanos sacudieron la cabeza. Regalo era una mujer valiente, pero también se podía llegar a ser demasiado valiente. O valiente, decían alrededor de la mesa de la taberna, de la manera equivocada, o en el lugar equivocado, ¿sabes? Nadie que no haya nacido para la hechicería debería atreverse a meterse con ella. Ni con los hechiceros. Uno se olvida de eso. Parecen igual que el resto de la gente. Pero no son como el resto de la gente. Parecería ser que no hay peligro alguno en un curandero. Curan las pezuñas podridas, ablandan una ubre endurecida. Todo eso está muy bien. Pero enfréntate con uno y allí estarás, fuego y sombras y maldiciones y caes víctima de las convulsiones. Es extraño. Ése siempre fue extraño. ¿Ya todo esto, de dónde ha venido? A ver si puedes contestar esa pregunta.

Regalo lo llevó hasta su cama, le quitó los zapatos, y lo dejó allí para que durmiera. Baya llegó tarde a casa y más borracho que de costumbre, así que se cayó y se cortó la frente con el morillo. Sangrando y furioso, le ordenó a Regalo que sacara «al hechicero de la casa, ahora mismo», que lo sacara. Luego vomitó en las cenizas y se quedó dormido sobre el hogar. Ella lo arrastró hasta el jergón, le quitó los zapatos, y lo dejó allí para que durmiera. Fue a ver al otro. Parecía tener fiebre y le puso la mano sobre la frente. Él abrió los ojos, y miró fijamente los de ella sin ninguna expresión. —Emer —dijo, y volvió a cerrar los ojos.

Ella se alejó de él, aterrorizada.

En su cama, en la oscuridad, se acostó y pensó: «Ha conocido al mago que me dio el nombre. O yo dije mi nombre. Tal vez lo dije en voz alta mientras dormía. O alguien se lo dijo. Pero nadie lo sabe. Los únicos que supieron y saben mi nombre son el mago y mi madre. Y están muertos, están muertos... Lo dije mientras dormía...».

Pero ella sabía bien lo que ocurría.

Se quedó de pie con la pequeña lámpara en la mano, y la luz brilló roja entre sus dedos y dorada en su rostro. Él dijo su nombre. Ella lo dejó dormir.

Durmió hasta tarde aquella mañana y despertó como de una enfermedad, débil y tranquilo. Ella era incapaz de tenerle miedo. Descubrió que no tenía recuerdos de lo que había acontecido en la aldea, del otro hechicero, ni siquiera de las seis monedas de cobre que ella había encontrado desparramadas sobre la colcha, las cuales debió de haber tenido apretadas en la mano durante todo lo acontecido.

—No hay duda de que eso es lo que os ha dado Aliso —le dijo—. ¡Nada!

—Le dije que me ocuparía de sus bestias en... en los prados que se encuentran entre los ríos, ¿no es así? —dijo él, poniéndose ansioso; volvía a tener aquella mirada de cacería, y se levantó del banco.

—Sentaros —le dijo ella. Él se sentó, pero parecía preocupado.

—¿Cómo podéis curar si estáis enfermo? —le preguntó.

—¿Y cómo si no? —le contestó él.

Pero una vez más se quedó callado, acariciando al gato gris.

Entró su hermano. —Sal un momento —le dijo a ella apenas vio al curandero dormitando en el banco. Ella salió afuera con él.

—No quiero verlo más aquí —dijo Baya con actitud de dueño y señor de la casa, con el gran corte negro en la frente, los ojos como ostras y las manos temblorosas.

—¿Y adonde irás?

—Es él el que tiene que irse.

—Ésta es mi casa. La casa de Fusil. Él se queda. Tú puedes irte o quedarte, es asunto tuyo.

—También es asunto mío si él se queda o se va, y se irá. No eres quien tiene la última palabra. Todo el mundo cree que debe irse. No es astuto.

—Oh, sí, como ha curado a la mitad de los rebaños y le han pagado por eso tan sólo seis monedas de cobre, es hora de que se vaya, ¡qué bien!, ¿no? Lo tendré aquí todo el tiempo que quiera, y se acabó.

—No querrán comprarnos ni la leche ni el queso —lloriqueó Baya.
—¿Quién ha dicho eso?
—La esposa de San. Todas las mujeres.
—Entonces llevaré los quesos a Oraby —dijo ella—, y los venderé allí. En nombre del honor, hermano, ve a lavarte ese corte, y cámbiate la camisa. Apestas a taberna. —Y volvió a entrar en la casa.— Oh, Dios —dijo, y se puso a llorar.
—¿Qué sucede, Emer? —le preguntó el curandero, volviendo su delgada cara y mirándola con sus ojos extraños.
—Oh, no hay nada que hacer, no hay nada que hacer, lo sé. Nada puede hacerse con un borracho —le contestó. Se secó los ojos con el delantal—. ¿Fue eso lo que os hizo estallar —le preguntó ella—, la bebida?
—No —contestó él, sin ofenderse, tal vez sin entender.
—Por supuesto que no. Disculpadme —dijo ella.
—Tal vez él beba para tratar de ser otro hombre —dijo él—. Para variar, para cambiar...
—Bebe porque bebe —dijo ella—. Para algunos, eso es todo, simplemente eso. Estaré en la lechería. Cerraré la puerta con llave. Ha habido... ha habido algunos extraños merodeando por aquí. Vos descansad. Afuera hace mucho frío. —Quería asegurarse de que se quedara dentro, fuera de peligro, y de que nadie viniera a acosarlo. Más tarde iría a la aldea, hablaría con algunas de las personas más sensatas, y acabaría con aquellas habladurías, si es que podía.
Cuando lo hizo, la esposa de Aliso, Leonada, y otras varias personas estuvieron de acuerdo con ella en que una riña entre hechiceros por cuestiones de trabajo no era nada nuevo ni nada por lo que debieran preocuparse. Pero San y su esposa y la gente de la taberna no paraban de hablar de lo mismo, puesto que era lo único interesante sobre lo que podían hablar durante el resto del invierno, a no ser que lo hicieran sobre el ganado que estaba muriendo. —Además —decía Leonada—, mi hombre nunca pagaría con cobre algo que pensaba que debía pagar con marfil.
—Entonces ¿las vacas que tocó todavía están en pie?
—Hasta donde podemos ver, sí que lo están. Y no ha habido nuevas infectadas.
—Es un verdadero hechicero, Leonada —dijo Regalo, muy honestamente—. Yo lo sé.
—Ése es el problema, cariño —le contestó Leonada—. ¡Y tú lo sabes! Éste no es sitio para un hombre así. Quienquiera que sea, no es asunto nuestro, pero por qué vino hasta aquí, eso es lo que tienes que preguntar.
—Para curar a las bestias —dijo Regalo.
No hacía ni tres días que Claridad se había ido cuando un nuevo extraño apareció en la aldea: un hombre que subía por el camino del sur montando un buen caballo y preguntando en la taberna por alojamiento. Lo enviaron a la casa de San, pero la esposa de éste dio un chillido cuando le dijeron que había un extraño en la puerta, y se puso a gritar que, si San dejaba entrar a otro hombre brujo, su bebé nacería doblemente muerto. Los gritos se escucharon en varias de las casas contiguas, calle arriba y calle abajo, y una multitud, es decir, diez u once personas, se reunieron entre la casa de San y la taberna.
—Bueno, creo que no funcionaría —dijo el extraño con buen humor—. No puedo ayudar en un parto prematuro. ¿Hay tal vez una habitación sobre la taberna?
—Enviadlo a la lechería —dijo uno de los vaqueros de Aliso—. Regalo acepta lo que sea. —Hubo algunas risitas disimuladas.
—Por allí —le dijo el dueño de la taberna.
—Gracias —dijo el viajero, y condujo su caballo por el camino que le habían indicado.
—Todos los extranjeros en una misma cesta —dijo el dueño de la taberna. Y esa frase fue repetida aquella noche en la taberna una docena de veces, una inagotable fuente de admiración, lo mejor que nadie había dicho desde que comenzara la peste.
Regalo estaba en la lechería, y ya había terminado de ordeñar. Estaba colando la leche y sacando las cazuelas.

—Señora... —dijo una voz desde la puerta, ella pensó que era el curandero y contestó:— Esperad un momento que ya termino con esto. —Y luego, al darse la vuelta, vio a un extraño, lo que casi la hizo caer todas las cazuelas.— ¡Oh, me asustasteis! ¿Qué puedo hacer por vos?

—Estoy buscando una cama para pasar la noche.

—No, lo siento, ya somos mi huésped, mi hermano y yo. Tal vez San, en la aldea...

—Ellos me enviaron aquí. Dijeron: «Todos los extranjeros en una misma cesta». —El extraño tenía poco más de treinta años, un rostro franco y un aspecto agradable, llevaba ropas simples, aunque la jaca que estaba detrás de él era un buen caballo.— Ponedme en el establo, señora, estará bien. Mi caballo es quien necesita una buena cama; está cansado. Dormiré en el establo y me iré por la mañana. Es un placer dormir con vacas en una noche fría. Y os pagaré con gusto, señora, si dos monedas de cobre alcanzan. Mi nombre es Halcón.

—Yo soy Regalo —contestó ella, un poco aturullada, pero el hombre le caía bien—. De acuerdo, entonces, señor Halcón. Traed vuestro caballo y encargaos de él. Allí está la bomba, y hay mucho heno. Después venid a la casa. Puedo daros un poco de sopa de leche, y una moneda será más que suficiente, gracias. —No se sentía cómoda llamándolo señor, como hacía siempre con el curandero. Éste no tenía nada de sus modales señoriales. No le había parecido ver a un rey, como le había pasado con el otro cuando lo vio por primera vez.

Cuando terminó en la lechería y fue a la casa, el recién llegado, Halcón, estaba agachado sobre el hogar, avivando hábilmente el fuego. El curandero estaba durmiendo en su habitación. Miró dentro, y cerró la puerta.

—No está muy bien —dijo ella, hablando en voz baja—. Ha estado curando al ganado allí arriba, al este del pantano, con frío, durante días y días, y está agotado.

Mientras ella hacía sus cosas en la cocina, Halcón la ayudaba de vez en cuando de una forma muy natural, y entonces ella comenzó a preguntarse si todos los hombres que provenían de otros sitios eran tanto más colaboradores con los quehaceres de la casa que los hombres del Pantano. Era alguien agradable con quien hablar, y le habló sobre el curandero, ya que no tenía mucho que contar sobre ella.

—Utilizan a un hechicero y luego hablan mal de él por su utilidad —dijo ella—. No es justo.

—Pero él los asustó de alguna manera, ¿verdad?

—Supongo que sí. Apareció otro curandero, un tipo que ya había estado por aquí antes. La verdad es que no hizo demasiado. A mi vaca no le hizo ningún bien cuando tuvo la bolsa entumecida, hace dos años. Y juraría que su bálsamo es simplemente grasa de cerdo. Bueno, entonces le dice a Otak: «Estás cogiendo mis trabajos». Y tal vez Otak le contestara lo mismo. Y pierden la paciencia, y tal vez hicieran algunos hechizos negros. Creo que Otak lo hizo. Pero no lastimó al hombre en absoluto, sino que él mismo cayó al suelo deshecho. Y ahora ya no recuerda nada de todo aquello, y el otro hombre se fue de aquí totalmente ileso. Y dicen que todas las bestias que Otak ha tocado aún están vivas, sanas y fuertes. Diez días se pasó allí fuera con el viento y la lluvia, tocando a las bestias y curándolas. ¿Y sabéis lo que le dio el ganadero? ¡Seis monedas! ¿Podéis imaginaros que estuviera un poco furioso? Pero yo no digo... —se detuvo y luego prosiguió—: No digo que no sea un poco extraño, a veces. De la manera en que lo son las brujas y los hechiceros, supongo. Tal vez tienen que serlo, puesto que tratan con semejantes poderes y males. Pero él es un verdadero hombre, y muy bondadoso.

—Señora —dijo Halcón—, ¿puedo contaros una historia?

—Oh, ¿sois un contador? Oh, ¿por qué no me habíais dicho eso desde un principio? ¿Entonces eso es lo que sois? Yo me preguntaba, puesto que estamos en invierno y todo eso, y vos estáis por los caminos. Pero con ese caballo, pensé que seríais un comerciante. ¿Que si podéis contarme una historia? Sería la alegría de mi vida, ¡y cuanto

más larga mejor! Pero primero tomad vuestra sopa, y dejad que me siente aquí para escuchar...

—En realidad no soy un contador, señora —dijo con su agradable sonrisa—, pero sí es verdad que tengo una historia para vos. —Y cuando se hubo tomado toda la sopa, y ella se hubo instalado con sus zurcidos, la contó.

—En el Mar Interior, en la Isla de los Sabios, en la Isla de Roke, donde se enseña toda la magia, hay nueve Maestros —comenzó.

Ella cerró los ojos dichosa, y escuchó.

Nombró a los Maestros, al de Hierbas y al Maestro Mano, al Invocador y al Hacedor de Formas, al Maestro de Vientos y Nubes y al Cantor, al Nombrador y al Transformador. —Las artes del Transformador y el Invocador son muy peligrosas —dijo—. De cambiar, o de transformar, podéis haber escuchado hablar alguna vez, señora. Hasta un hechicero normal y corriente puede saber cómo realizar cambios ilusorios convirtiendo una cosa en otra cosa durante un rato, o adoptar una apariencia que no es la suya propia. ¿Habéis visto alguna vez eso?

—He oído algo acerca de ello —susurró ella.

—Y a veces las brujas y los hechiceros dirán que han invocado a los muertos para hablar a través de ellos. Tal vez un niño por el cual los padres están llorando. En la choza de la bruja, en la oscuridad, lo oyen llorar, o reír...

Ella asintió con la cabeza.

—Ésos son simplemente hechizos ilusorios, apariencias. Pero hay verdaderos cambios, y verdaderas invocaciones. ¡Y éstas pueden ser verdaderas tentaciones para un mago! Es algo maravilloso volar con las alas de un halcón, señora, y ver la tierra debajo de uno con los ojos de un halcón. Y el de invocar, que en realidad es nombrar, es un gran poder. Saber el verdadero nombre es tener poder, como vos sabéis, señora. Y el arte del invocador apunta directamente a eso. Es algo maravilloso invocar la apariencia y el espíritu de alguien muerto hace mucho tiempo. Ver la belleza de Elfarran en los huertos de Solea, así como la vio Morred cuando el mundo era joven...

Su voz se había vuelto muy suave, muy oscura.

—Bueno, volvamos a mi historia. Hace cuarenta años y más, nació un niño en la Isla de Ark, una rica isla del Mar Interior, al sur y al este de Semel. Este niño era el hijo de un mayordomo de la casa del Señor de Ark. No era el hijo de un hombre pobre, pero tampoco un niño de demasiada importancia. Y sus padres murieron jóvenes. Así que no se le hizo demasiado caso, hasta que tuvieron que fijarse en él por lo que hacía y podía hacer. Era un muchacho extraño, como decían ellos. Tenía poderes. Podía encender un fuego o apagarlo con una palabra. Podía hacer que las ollas y las cazuelas volaran por los aires. Podía convertir una rata en una paloma y hacerla volar por las inmensas colinas del Señor de Ark. Y si estaba enfadado, o asustado, entonces hacía daño. Por ejemplo volcando una tetera llena de agua hirviendo sobre una cocinera que lo había maltratado.

—Dios mío —susurró Regalo. No había dado ni una puntada desde que él comenzara a hablar.

—Era sólo un niño, y los magos de aquella casa no supieron tratarlo con sabiduría, puesto que con él utilizaban poco ésta o la gentileza. Tal vez le tenían miedo. Le ataban las manos y lo amordazaban para evitar que urdiera hechizos. Lo encerraron en uno de los salones del sótano, una habitación de piedra, hasta que pensaron que se habría calmado. Entonces lo mandaron a vivir a los establos de la gran granja, puesto que sabía manejar a los animales, y se tranquilizaba cuando estaba con los caballos. Pero se peleaba bastante con uno de los muchachos del establo, y un día convirtió al pobre muchacho en un montón de excremento. Después de que los magos devolvieron al muchacho del establo a su forma original, volvieron a atar al niño, lo amordazaron y lo metieron en un barco camino a Roke. Pensaron que tal vez allí los Maestros podrían domesticarlo.

—Pobre niño —murmuró ella.

—Ciertamente, puesto que los marineros también le temían, y lo dejaron así atado durante todo el viaje. Cuando el Portero de la Casa Grande de Roke lo vio, le soltó las manos y liberó su lengua. Y lo primero que hizo el niño en la Casa Grande, según dicen, fue poner la Mesa Larga del comedor patas arriba, y agriar la cerveza, y un alumno que intentó detenerlo se convirtió durante un par de segundos en un cerdo... Pero el niño había encontrado en los Maestros sus contrincantes.

»Ellos no lo castigaron, sino que mantuvieron sus salvajes poderes atados con hechizos hasta que pudieron hacerle escuchar y comenzar a aprender. Les llevó mucho tiempo. Había en él un espíritu de rivalidad que le hacía ver cualquier poder que él no tuviera, cualquier cosa que no supiera, como una amenaza, un desafío, algo contra lo cual pelear hasta destruirlo. Hay muchos niños que son así. Yo era así. Pero he tenido suerte. Aprendí mi lección de muy joven.

»Bueno, ese niño aprendió finalmente a domesticar su furia y a controlar su poder. Y era un gran poder. Fuera cual fuese el arte que estudiaba, lo aprendía muy fácilmente, demasiado fácilmente, así que despreciaba las ilusiones, y a los que trabajaban con el clima, e incluso a los curanderos, porque no representaban para él ningún temor, ningún desafío. No veía en sí mismo ninguna virtud por poder dominarlos. Y así fue como, después de que el Archimago Nemmerle le diera su nombre, el muchacho puso todo su empeño en el gran y poderoso arte de la invocación. Y estudió con el Maestro de aquel arte durante mucho tiempo.

»Siempre vivió en Roke, puesto que es allí donde llegan todos los conocimientos de magia, y allí donde se guardan. Y no sentía deseos de viajar y conocer otros tipos de gente, o de ver el mundo, decía que podía invocar a todo el mundo para que acudiera a él, lo cual era verdad. Tal vez ahí es donde yace el peligro de esa arte.

»Ahora bien, lo que se le prohíbe al invocador, o a cualquier mago, es llamar a un espíritu con vida. Podemos llamarlos, sí. Podemos enviarles una voz o un presentimiento, una apariencia de nosotros mismos. Pero no los invocamos nosotros a ellos, en espíritu o en carne, para que acudan a nosotros. Únicamente podemos invocar a los muertos. Únicamente a las sombras. Vos entenderéis por qué esto debe ser así. Invocar a un hombre vivo es tener poder absoluto sobre él, sobre su cuerpo y sobre su mente. Nadie, no importa lo fuerte o sabio o poderoso que sea, puede adueñarse y utilizar a otro ser racional.

»Pero el espíritu de rivalidad fue haciendo su labor sobre el muchacho a medida que iba creciendo y convirtiéndose en un hombre. Es un espíritu muy frecuente en Roke: siempre hacer las cosas mejor que el otro, siempre ser el primero... El arte se convierte en un concurso, en un juego. El fin se convierte en un fin en sí mismo... No hubo allí ningún hombre tan dotado como este hombre, y aun así, si cualquiera hacía algo mejor que él en cualquier cosa, para él era algo muy difícil de soportar. Le asustaba, le indignaba.

»No había lugar para él entre los Maestros, ya que un nuevo Maestro Invocador había sido elegido recientemente, un hombre poderoso, en la flor de su vida, y no parecía probable que se retirara o que muriera. El hombre de nuestra historia ocupaba un lugar de honor entre los eruditos y los demás maestros pero no era uno de los Nueve. A él lo habían pasado por alto. Tal vez no era bueno para él quedarse allí, siempre entre magos, entre niños aprendiendo magia, todos ellos ansiando más y más poder, luchando para ser los más poderosos. De todos modos, a medida que fueron pasando los años él se fue haciendo cada vez más distante, profundizando sus estudios en su celda en la torre, apartado de los demás, enseñando a unos pocos alumnos, hablando poco. El Invocador le enviaba alumnos muy bien dotados, pero muchos de los muchachos de la escuela apenas lo conocían. Sumergido en este aislamiento, comenzó a practicar ciertas artes que no deben practicarse y que no llevan a nada bueno.

»Un invocador se acaba acostumbrando a tratar con espíritus y con sombras y a hacer que vengan según su voluntad y se vayan con sólo decir una palabra. Tal vez este nombre comenzó a pensar: ¿Quién me prohibirá que haga lo mismo con los vivos? ¿Por qué tengo este poder si no puedo utilizarlo? Así que comenzó a llamar a los vivos para que acudieran a él, llamaba a aquellos que vivían en Roke y a quienes él temía, pensando en ellos como rivales, a aquellos cuyos poderes le daban celos. Cuando acudieron a él les quitó sus poderes y los cogió para sí, dejándolos en silencio. No podían decir lo que les había sucedido, ni qué les había pasado a sus poderes. No lo sabían.

»Así que finalmente invocó a su propio maestro, al Invocador de Roke, cogiéndolo desprevenido.

»Pero el Invocador luchó contra él tanto en cuerpo como en espíritu, y me llamó a mí, y yo acudí. Juntos luchamos contra la voluntad que nos destruiría.

Se había hecho de noche. La lámpara de Regalo se había apagado. Sólo el resplandor rojo del fuego brillaba en el rostro de Halcón. No era el rostro que ella se había imaginado. Estaba desgastado, y era un rostro duro y lleno de cicatrices en un lado. La cara de un halcón, pensó ella. Se quedó quieta, escuchando.

—Este no es el cuento de un narrador, señora. Ésta es una historia que nunca más volverá a escuchar. A nadie.

»Yo era nuevo en el oficio de ser Archimago en aquel entonces. Y era más joven que el hombre contra el cual luchábamos, y tal vez no le tenía suficiente miedo. Hicimos todo lo que pudimos para aguantar contra él, allí, en el silencio, en la celda de la torre. Nadie más sabía lo que estaba sucediendo. Luchamos. Luchamos durante un largo rato. Y luego terminó. Él se rompió. Como se rompe una rama. Estaba roto. Pero se fue volando. Para poder vencer aquella ciega voluntad. El Invocador había perdido parte de su fuerza para siempre. Y yo no tuve la fuerza en mí para detener al hombre cuando se fue volando, ni la astucia de enviar a alguien detrás de él. Y no quedaba en mí ni una pizca de poder para perseguirlo yo mismo. Así que escapó de Roke. Se fue sin problema.

»No pudimos ocultar la pelea que habíamos tenido con él, aunque contamos sobre ella lo menos que pudimos. Y muchos dijeron "Mejor que se haya marchado, porque siempre ha estado medio loco, y ahora estaba loco del todo".

»Pero cuando el Invocador y yo nos recuperamos de los golpes que habían recibido nuestras almas, por decirlo de alguna manera, y de la terrible estupidez en la que cae la mente después de una lucha semejante, comenzamos a pensar que no era bueno tener a un hombre de mucho poder, a un mago, vagando por Terramar con la mente no muy serena, y tal vez lleno de vergüenza y de furia y de sed de venganza.

»No pudimos encontrar rastro alguno de él. Seguramente se convirtió en pájaro o en pez cuando se fue de Roke, hasta llegar a otra isla. Y un mago puede esconderse de todos los sortilegios de encuentro. Mandamos a hacer nuestras investigaciones, de la manera que solemos hacerlo, pero nada ni nadie contestó. Así que nos dispusimos a buscarlo, el Invocador por las islas del este y yo por el oeste. Porque cada vez que pensaba en ese hombre, había empezado a ver en mi mente una gran montaña, un cono roto, con una inmensa y verde tierra debajo, extendiéndose hacia el sur. Recordaba mis lecciones de geografía de cuando era sólo un niño en Roke, y la disposición de la tierra en Semel, y la montaña cuyo nombre es Andanden. Por eso he venido al Gran Pantano. Creo que he venido al sitio correcto.

Se hizo un silencio. El fuego susurraba.

—¿Debería hablar con él? —preguntó Regalo con voz serena.

—No hace falta —dijo el hombre como un halcón—. Yo lo haré. —Y luego dijo:— Irioth.

Ella miró la puerta de la habitación. Se abrió y él estaba allí de pie, delgado y cansado, con los ojos oscuros llenos de sueño y de aturdimiento y de dolor.

—Ged —dijo, y agachó la cabeza. Después de un rato levantó la vista y preguntó—: ¿Puedes quitarme mi nombre?

—¿Por qué debería hacer eso?
—Solamente significa dolor. Odio, orgullo, codicia.
—Te sacaré esos nombres, Irioth, pero no el tuyo.
—No lo entendía —dijo Irioth—. Lo de los otros. Que son otros. Todos somos otro. Debemos serlo. Yo estaba equivocado.
El hombre llamado Ged se acercó a él y le cogió las manos, que Irioth tenía ya medio estiradas, implorando.
—Te equivocaste y has rectificado. Pero estás cansado, Irioth, y el camino es muy arduo cuando uno va solo. Ven a casa conmigo.
La cabeza de Irioth se inclinó de total cansancio. Toda la tensión y la pasión habían salido de su cuerpo. Pero levantó la vista para mirar no a Ged sino a Regalo, callada en el rincón del hogar.
—Aquí tengo trabajo —dijo él.
Ged también la miró.
—Es cierto —dijo ella—. Cura al ganado.
—Me muestran lo que debo hacer —dijo Irioth—, y quién soy. Saben mi nombre. Pero nunca lo dicen.
Después de un rato Ged acercó gentilmente hacia él al hombre más viejo, y lo sostuvo con el brazo. Le dijo algo en voz muy baja y lo dejó ir. Irioth suspiró profundamente.
—Allí no sirvo para nada, ¿entiendes Ged? —dijo—. Aquí, soy. Si me dejan hacer el trabajo. —Miró nuevamente a Regalo, y Ged también. Ella los miró a los dos.
—¿Qué dices tú, Emer? —le preguntó el que parecía un halcón.
—Yo diría —contestó ella, con la voz aguda y chillona, y hablándole al curandero—, que si las reses de Aliso todavía están en pie cuando termine el invierno, los ganaderos os suplicarán que os quedéis. Aunque puede que no os quieran.
—Nadie quiere a un hechicero —dijo el Archimago—. ¡Bueno, Irioth! ¿Acaso he venido hasta aquí, soportando el frío del invierno para buscarte, y debo regresar solo?
—Diles... Diles que estaba equivocado —dijo Irioth—. Diles que me equivoqué. Dile a Thorion... —Y se detuvo, confundido.
—Le diré que los cambios en la vida de un hombre pueden ir más allá de todas las artes que nosotros conocemos, y de toda nuestra sabiduría —dijo el Archimago. Miró a Emer otra vez y le dijo—: ¿Puede quedarse aquí, señora? ¿Es tanto vuestro deseo como el de él?
—Es diez veces más ayuda y más compañía para mí de lo que lo es mi hermano —le contestó ella—. Y un verdadero buen hombre, como ya os he dicho antes, señor.
—Muy bien. Entonces, Irioth, mi querido compañero, mi maestro, mi rival, mi amigo, adiós. Emer, valiente mujer, mi honor y mi agradecimiento para vos. Que vuestro corazón y vuestro hogar estén en paz. —Y entonces hizo un gesto que dejó una huella resplandeciente en el aire durante unos instantes, sobre la piedra del hogar.— Ahora iré al establo —dijo él, y así fue.
La puerta se cerró. Todo estaba en silencio a no ser por el susurro del fuego.
—Acercaos al fuego —dijo ella. Irioth se acercó y se sentó en el banco.
—¿Ése era el Archimago? ¿De verdad?
Él asintió con la cabeza.
—El Archimago del mundo —dijo ella—. En mi establo. Debería dejarle mi cama...
—No la aceptaría —dijo Irioth.
Ella sabía que tenía razón.
—Vuestro nombre es hermoso, Irioth —dijo ella al cabo de un rato—. Nunca supe el verdadero nombre de mi esposo. Ni él el mío. Nunca más diré el vuestro. Pero me gusta saberlo, ya que vos conocéis el mío.
—Vuestro nombre es hermoso, Emer —le dijo él—. Lo diré cuando vos me lo pidáis.

DRAGÓNVOLADOR

I - Iria

Los antepasados de su padre habían sido dueños y señores de un amplio y rico territorio en la amplia y rica Isla de Way. No reclamaron ningún título o privilegio en la corte en la época de los reyes, aunque durante todos los años oscuros que sobrevinieron después de la caída de Maharion gobernaron a su tierra y a su gente con mano firme, reinvirtiendo sus ganancias en las tierras, garantizando alguna clase de justicia, y deshaciéndose de tiranos mezquinos. A medida que el orden y la paz se iban restableciendo en el Archipiélago bajo el dominio de los hombres sabios de Roke, durante un tiempo, la familia y sus granjas y aldeas siguieron prosperando. Aquella prosperidad y la belleza de las praderas y de los altos pastos y de las colinas coronadas por robles convertían aquel territorio en un símbolo, por lo que la gente decía «tan gordo como una vaca de Iria» o «tan afortunado como un iriano». Los señores y muchos habitantes de la zona agregaban aquel nombre al suyo propio, llamándose a sí mismos irianos. A pesar de que los granjeros y los pastores seguían temporada tras temporada, año tras año y generación tras generación, tan firmes y prósperos como los robles, la familia que poseía la tierra cambió y fue decayendo con el tiempo y la suerte.

Una disputa entre hermanos por su herencia los dividió. Un heredero manejó mal lo que había heredado, con codicia, el otro con estupidez. Uno tenía una hija que se casó con un comerciante y trató de gobernar su herencia desde la ciudad, el otro tenía un hijo cuyos hijos tuvieron otra disputa, dividiendo así la tierra ya dividida. Cuando nació la niña llamada Dragónvolador, Iría, aunque era todavía una de las regiones de colinas y campos y praderas más hermosa de toda Terramar, era ya un campo de batalla de desavenencias y litigios. En las tierras de labranza sólo quedaron malas hierbas, las granjas se quedaron sin techo, dejaron de utilizarse los ordeñaderos y los pastores siguieron a sus rebaños por la montaña para encontrar mejores pastos. La antigua casa que había sido el centro del territorio estaba medio en ruinas sobre su colina entre los robles.

Su dueño era uno de los cuatro hombres que se hacían llamar Señores de Iría. Los otros tres lo llamaban el Señor de la Antigua Iría. Pasó su juventud y gastó lo que le quedaba de la herencia en cortes judiciales y en las antesalas de los Señores de Way en Shelieth, intentando probar su derecho a todo el territorio, tal como había sido cien años atrás. Regresó fracasado y amargado, y pasó el resto de su vida bebiendo el fuerte vino tinto de su último viñedo y caminando por los límites de su terreno con una jauría de perros maltratados y mal alimentados, para mantener a los intrusos fuera de sus tierras.

Mientras estaba en Shelieth había contraído matrimonio con una mujer sobre la cual nadie sabía nada en Iría, porque era de alguna otra isla, según se decía, de algún lugar del oeste; y nunca había ido a Iría, porque había muerto dando a luz allí en la ciudad.

Cuando regresó a casa llevaba consigo a una hija de tres años. Se la entregó al ama de llaves y se olvidó de ella. Cuando estaba borracho a veces se acordaba de ella. Si podía encontrarla, la hacía quedarse de pie junto a su silla o sentarse sobre sus rodillas y escuchar todos los males que le habían sucedido a él y a la casa de Iría. Maldecía y lloraba y bebía y la hacía beber a ella también, haciéndole jurar que honraría su herencia y que le sería leal a Iría. Ella tragaba el vino, pero odiaba las maldiciones y las lágrimas, y las babosas caricias que les seguían. Escaparía, tan pronto como pudiera, si podía, y acudiría a los perros y a los caballos y al ganado. A ellos les había jurado que le sería fiel a su madre, a quien nadie conocía ni honraba ni le era fiel, excepto ella.

Cuando tenía trece años, el viejo viñero y el ama de llaves, que eran los únicos que quedaban en la casa, le dijeron al Señor que ya era hora de que le dieran su nombre a su

hija. Le preguntaron si debían mandar a buscar al hechicero del Estanque del Oeste, o si la bruja de su aldea serviría. El Señor de Iria comenzó a gritar, furioso: —¿Una bruja de aldea? ¿Una bruja para darle a la hija de Irian su nombre verdadero? ¿O un traidor sirviente hechicero, uno de aquellos arrebatadores de tierras advenedizos que le robaron el Estanque del Oeste a mi abuelo? Si ese turón pone un pie sobre mis tierras, le soltaré los perros para que le saquen el hígado. ¡Id y decidle eso, si queréis! —Etcétera, etcétera.

La vieja Margarita volvió a su cocina y el viejo Conejo regresó a sus vides, y Dragónvolador, con sus trece años, salió corriendo de la casa y bajó así la colina hasta llegar a la aldea, y profirió las maldiciones de su padre a los perros, quienes, locos de excitación por sus gritos, ladraron y aullaron y salieron corriendo detrás de ella.

—¡Vuelve a casa, maldita perra de corazón negro! —gritó ella—. ¡Y tú también, arrastrado traidor! —Y los perros se callaron y regresaron sigilosamente a la casa con la cola entre las patas.

Dragónvolador encontró a la bruja de la aldea sacando gusanos de una herida infectada en la grupa de una oveja. El nombre de pila de la bruja era Rosa, como el de muchas otras mujeres en Way y en otras islas del Archipiélago Hárdico. A la gente que tiene un nombre secreto que contiene su poder como un diamante contiene luz, le gusta tener un nombre público común y corriente, como los nombres de otra gente.

Rosa estaba murmurando maquinalmente un sortilegio que se sabía de memoria, pero eran sus manos y su pequeño y afilado cuchillo los que hacían casi todo el trabajo. La oveja soportaba pacientemente el cuchillo afilado, sus ojos opacos, ambarinos, observando el silencio; sólo pateaba de vez en cuando con su pequeña pata delantera izquierda y suspiraba.

Dragónvolador miraba con atención el trabajo de Rosa. Rosa sacó un gusano, lo dejó caer, le escupió encima y volvió a su tarea. La niña se apoyó contra la oveja, y la oveja se apoyó contra la niña, dando y recibiendo calor. Rosa extrajo, dejó caer y escupió sobre el último gusano, y dijo: —Ahora alcánzame ese cubo —lavó la llaga con agua salada. La oveja suspiró profundamente y de repente salió caminando del patio, camino a casa. Ya había tenido curación—. ¡Machito! —gritó Rosa. Un mugriento niño apareció por debajo de un arbusto, donde había estado durmiendo y persiguiendo a la oveja, de quien estaba nominalmente a cargo a pesar de que ella era más vieja, más grande, estaba mejor alimentada y probablemente fuera más sabia que él.

—Me han dicho que deberías darme un nombre —dijo Dragónvolador—. Mi padre se puso furioso al oírlo, así que no hay nada que hacer.

La bruja no dijo nada. Sabía que la niña tenía razón. Una vez que el Señor de Iria decía que permitiría o no permitiría alguna cosa, nunca cambiaba de opinión, sintiéndose orgulloso de su inflexibilidad, ya que, desde su punto de vista, únicamente los hombres débiles decían una cosa y luego hacían otra.

—¿Por qué no puedo darme a mí misma mi propio nombre? —preguntó Dragónvolador, mientras Rosa lavaba el cuchillo y sus manos con el agua salada.

—No se puede.

—¿Por qué no? ¿Por qué tiene que ser una bruja o un hechicero? ¿Qué es lo que hacéis vosotros?|

—Bueno... —empezó Rosa, y tiró el agua salada sobre la tierra desnuda del pequeño patio delantero de su casa, la cual, como la mayoría de las casas de las brujas, estaba situada un poco apartada de la aldea—. Bueno —repitió, enderezándose y mirando vagamente a su alrededor, como buscando una respuesta, o una oveja, o una toalla—. Tienes que saber algo acerca del poder, ¿sabes? —dijo por fin, y miró a Dragónvolador con un ojo. Su otro ojo miraba un poco hacia un lado. A veces Dragónvolador pensaba que el hechizo estaba en el ojo izquierdo de Rosa, a veces le parecía que estaba en el derecho, pero siempre un ojo miraba recto y el otro observaba algo que estaba fuera del alcance de la vista, detrás de la esquina, o en cualquier otro sitio.

—¿Qué poder?

—El único —dijo Rosa. Tan pronto como la oveja hubo desaparecido, entró en su casa. Dragónvolador la siguió, pero solamente hasta la puerta. Nadie entraba a la casa de una bruja sin ser invitado.

—Tú dijiste que yo lo tenía —dijo la niña ante la apestosa penumbra de la única habitación de la choza.

—Dije que había una fuerza en ti, una muy poderosa —dijo la bruja desde la oscuridad—. Y tú también lo sabes. Lo que debes hacer yo no lo sé, ni tú tampoco. Eso es lo que hay que descubrir. Pero no hay un poder que te permita nombrarte a ti misma.

—¿Por qué no? ¿Qué es más uno mismo que el propio nombre verdadero?

Un largo silencio.

La bruja emergió con un huso y una bola de lana grasienta. Se sentó sobre el banco que estaba junto a la puerta y comenzó a girar el huso. Había hilado más de noventa centímetros de hilaza gris amarronada antes de contestar.

—Mi nombre soy yo misma. Cierto. Pero, entonces, ¿qué es un nombre? Es lo que otro me llama. Si no hubiera nadie más, solamente yo, ¿para qué querría un nombre?

—Pero... —dijo Dragónvolador y se detuvo, atrapada por el argumento. Después de un rato dijo—: ¿Entonces un nombre tiene que ser un regalo?

Rosa asintió con la cabeza.

—Dame un nombre, Rosa —dijo la niña.

—Tu papá dice que no.

—Yo digo que sí.

—Aquí él es el que manda.

—Puede hacerme pobre y estúpida y despreciable, ¡pero no puede dejarme sin nombre!

La bruja suspiró, como la oveja, incómoda y pensativa.

—Esta noche —dijo Dragónvolador—. En nuestro manantial, el que está al pie de la Colina de Iria. Lo que no sepa no le hará daño. —Su voz parecía medio engatusadora, medio salvaje.

—Deberías tener tu debido día de nombramiento, tu fiesta y tu baile, como cualquier jovencito —le dijo la bruja—. El nombre debe darse al amanecer. Y después tiene que haber música y festejos todo el día. Una fiesta. No recibirlo escapando a escondidas por la noche sin que nadie lo sepa...

—Lo sabré yo. ¿Cómo sabes qué nombre decir, Rosa? ¿Te lo dice el agua?

La bruja sacudió una vez su cabeza color gris hierro.

—No puedo decírtelo. —Su «no puedo» no significaba «no lo haré». Dragónvolador esperó— Es el poder, como te he dicho antes. Simplemente viene. —Rosa dejó de hilar y levantó la vista para mirar con un ojo una nube que había hacia el oeste; el otro miraba un poco hacia el norte del cielo.— Estáis allí, en el agua, juntas, tú y la niña. Tú le quitas el nombre a la niña. La gente puede seguir utilizando ese nombre como nombre de pila, pero ya no es su nombre, ni siquiera lo fue. Así que ahora ya no es una niña, y ya no tiene nombre. Entonces esperas. Allí, en el agua. Y abres tu mente, como... como si abrieras al viento las puertas de una casa. Y él viene.

Tu lengua lo dice, dice el nombre. Tu aliento lo forma. Se lo das a aquella niña, el aliento, el nombre. No puedes pensar en ello. Dejas que entre en ti. Debe pasar a través de ti y el agua le pertenece. Ése es el poder, así es como funciona. Es así. No es algo que haces. Debes saber cómo saberlo dejar hacer. Ése es todo el poder.

—Los magos pueden hacer más que eso —dijo la niña después de un rato.

—Nadie puede hacer más que eso —dijo Rosa.

Dragónvolador giró la cabeza sobre su cuello, estirándose hasta que la vértebra le crujió, estirando con impaciencia sus largos brazos y piernas.

—¿Lo harás? —preguntó.

Después de un rato, Rosa asintió una vez con la cabeza.

Se encontraron en la oscuridad de la noche, en el sendero que pasa al pie de la Colina de Iria, bastante después del atardecer, bastante antes del amanecer. Rosa creó una esfera de luz tenue para que pudieran encontrar el camino a través del terreno pantanoso alrededor del manantial sin caerse en un pozo ciego entre los juncos. En la fría oscuridad, debajo de unas pocas estrellas y de la curva negra de la colina, se desnudaron y caminaron por las aguas poco profundas, sus pies hundiéndose profundamente en un barro de terciopelo. La bruja tocó la mano de la niña, diciendo: —Niña, tomo tu nombre. No eres una niña. No tienes nombre.

Todo estaba completamente inmóvil.

La bruja dijo ahora en un susurro: —Mujer, sé nombrada. Eres Irían.

Durante un momento más largo se quedaron quietas; luego el viento nocturno sopló atravesando sus hombros desnudos y temblorosos, salieron del agua, se secaron lo mejor que pudieron, lucharon descalzas y miserables, para atravesar los cañaverales de puntas cortantes y raíces enmarañadas, y encontraron el camino de regreso hasta el sendero. Y allí, Dragónvolador habló en un susurro llena de furia y de rabia:

—¡Cómo has podido darme ese nombre! —La bruja no dijo nada.— No está bien. ¡No es mi verdadero nombre! Pensé que mi nombre me haría ser yo. Pero esto sólo empeora las cosas. Te has equivocado. Eres sólo una bruja. Lo has hecho mal. Ése es su nombre. Y puede quedárselo. Está tan orgulloso de él, de sus estúpidos dominios, de su estúpido abuelo. Yo no lo quiero. No lo aceptaré. Ésa no soy yo. Todavía no sé quién soy. ¡Pero no soy Irian! —De repente se quedó callada, después de decir el nombre.

La bruja seguía sin decir una palabra. Caminaron en la oscuridad una junto a la otra. Finalmente, con una voz aplacada, atemorizada, Rosa dijo: —Vino tan...

—Si se lo dices a alguien alguna vez, te mataré —le dijo Dragónvolador.

Al oír eso, la bruja dejó de caminar. Musitó guturalmente, como un gato. —¿Decírselo a alguien?

Dragónvolador también se detuvo. Después de un instante dijo: —Lo siento. Pero siento como... siento como si me hubieras traicionado.

—He dicho tu verdadero nombre. No es lo que yo creía que sería. Y no me siento a gusto con ello. Como si hubiera dejado algo a medio hacer. Pero es tu nombre. Si te traiciona, entonces ésa es su verdad. —Rosa dudó unos instantes y luego dijo ya menos enfadada, más fríamente:— Si quieres el poder para traicionarme a mí, Irian, yo te lo daré. Mi nombre es Etaudis.

El viento había comenzado a soplar otra vez. Las dos estaban temblando, los dientes les castañeteaban. Estaban de pie cara a cara sobre el negro sendero, apenas podían ver dónde estaba la otra. Dragónvolador extendió la mano a tientas y se encontró con la mano de la bruja. Se dieron un ferviente y largo abrazo. Luego siguieron su camino con prisa, la bruja a su choza cerca de la aldea, la heredera de Iria colina arriba a su casa en ruinas, donde todos los perros, quienes la habían dejado ir sin hacer demasiado escándalo, la recibieron con un clamor y un alboroto de ladridos que despertó a todo el que se encontraba durmiendo a media milla a la redonda, excepto al Señor, totalmente borracho junto a su fría chimenea.

II - Marfil

El Señor de Iria del Estanque del Oeste, Abedul, no era el dueño de la casa vieja, pero sí de las tierras centrales y más ricas del viejo dominio. Su padre, más interesado en los vinos y en los huertos que en las disputas con sus parientes, le había dejado a Abedul una creciente pobreza. Abedul contrató a algunos hombres para que se ocuparan de las granjas y de los viñedos y de los toneleros y de los acarreos y de todo eso, mientras él disfrutaba de su riqueza. Se casó con la hija tímida del hermano menor del Señor del

Estanque de Way, y se regocijaba hasta el agotamiento pensando en que sus hijas eran de sangre azul.

La moda de aquella época entre la nobleza era tener un mago a su servicio, un verdadero mago con una vara y una capa gris, entrenado en la Isla de los Sabios; así que el Señor de Iría del Estanque del Oeste se consiguió un mago de Roke. Le sorprendió lo fácil que era conseguir uno, si se pagaba el precio.

El muchacho, llamado Marfil, en realidad todavía no tenía su báculo y su manto; explicó que lo harían mago cuando regresara a Roke. Los Maestros lo habían enviado a ver el mundo para adquirir experiencia, puesto que todas las clases de la escuela no pueden darle a un hombre la experiencia que necesita para ser un mago. Abedul se mostró un poco dubitativo ante esto, y Marfil le aseguró que su preparación en Roke lo había equipado con toda la clase de magia que podría necesitarse en Iría del Estanque del Oeste en Way. Para demostrarlo, hizo parecer que una manada de ciervos corría atravesando el comedor, seguida por una bandada de cisnes, la cual levantó vuelo maravillosamente y atravesó la pared sur para aparecer más tarde por la del norte; y, por último, una fuente en un balde de plata surgió de repente en el centro de la mesa, y cuando el señor y su familia intentaron imitar prudentemente a su mago y llenaron sus copas con aquella agua y la probaron, resultó ser un vino dulce y dorado. «Vino de las Andrades», dijo el muchacho con una sonrisa modesta y complaciente. Para entonces, ya se había ganado a la esposa y a las hijas. Y Abedul pensó que el muchacho valía lo que pedía, aunque él prefería en silencio el tinto seco Fanian de sus propios viñedos, que te emborrachaba si tomabas lo suficiente, mientras que esa cosa amarilla era sólo agua de miel.

Si era experiencia lo que el joven hechicero estaba buscando, no obtuvo mucha en el Estanque del Oeste. Siempre que Abedul tenía invitados de Kem-bermouth o de cualquier otro terreno vecino, la manada de ciervos, los cisnes y la fuente de vino dorado hacían su aparición. También hacía unos fuegos de artificio muy bonitos en las noches de primavera. Si los encargados de los huertos y de los viñedos acudían al Señor para preguntarle si su mago podría urdir un sortilegio de crecimiento en los perales aquel año, o tal vez un encantamiento para que alejara la podredumbre de los viñedos de Fanian en la colina del sur, Abedul les decía: —Un mago de Roke no se rebaja a hacer tales cosas. ¡Id a decirle al hechicero de la aldea que se gane el pan!

Y cuando la hija más pequeña llegaba con una tos debilitante, la esposa de Abedul no se atrevía a molestar al joven sabio por ello, sino que enviaba humildemente a alguien hasta la casa de Rosa de la Antigua Iría, para pedirle que entrara por la puerta trasera y tal vez hiciera una cataplasma o cantara un canto para que la niña se curara.

Marfil nunca notó que la niña estaba enferma, ni tampoco los árboles de peras, ni los viñedos. No tenía mucho trato con nadie, tal como debe hacerlo un hombre de arte y erudición. Pasaba sus días cabalgando por los campos en la preciosa yegua negra que le había dado su patrón para su uso exclusivo después de que él dejara bien claro que no había venido desde Roke para caminar con dificultad por el barro y por la tierra de caminos campestres poco frecuentados.

Durante sus cabalgatas, a veces pasaba por una antigua casa que estaba sobre una colina, entre grandes robles. Una vez se salió del sendero de la aldea y comenzó a subir la colina, pero una jauría de perros flacos y de fauces feroces llegó corriendo a toda prisa y bramando hacia donde él se encontraba. La yegua temía a los perros y era propensa a encabritarse y a salir disparada, así que después de aquello mantuvo cierta distancia. Pero tenía buen ojo para la belleza, disfrutaba de ella, y le gustaba mirar la vieja casa soñando en la moteada luz de las tempranas tardes de verano.

Preguntó a Abedul sobre aquel lugar. —Ésa es Iria —le contestó Abedul—, la Antigua Iria, quiero decir. Esa casa me pertenece. Pero después de un siglo de disputas y peleas por ella, mi abuelo dejó el lugar para acabar con la riña. Aunque el Señor que allí se

encuentra todavía se estaría peleando conmigo si no estuviera demasiado borracho como para poder hablar. Hace años que no veo a ese viejo. Creo que tenía una hija.

—Su nombre es Dragónvolador, y es quien hace todo el trabajo, y yo la vi una vez el año pasado. Es alta y tan hermosa como un árbol en flor —dijo la hija más pequeña, Rosa, quien se distraía ocupando sus catorce años de vida con agudas observaciones, que era todo lo que podía hacer. Se interrumpió, tosiendo. Su madre le lanzó una angustiada y suplicante mirada al mago. Seguramente había oído aquella tos, esta vez. Él sonrió a la pequeña Rosa, y el corazón de la madre se exaltó. Seguramente no habría sonreído así si la tos de Rosa fuera algo serio, ¿verdad? —Esa gente de la casa vieja no tiene nada que ver con nosotros —dijo Abedul, enfadado. El discreto Marfil no preguntó nada más. Pero quería ver a la muchacha tan hermosa como un árbol en flor. A menudo cabalgaba cerca de la casa vieja. Intentó detenerse en la aldea que estaba al pie de la colina para hacer algunas preguntas, pero no había ningún sitio donde parar y nadie que contestara sus preguntas.

Una bruja de ojos incoloros lo miro solo una vez y se metió dentro de su choza. Si decidía subir a la casa, tendría que enfrentarse con la jauría de sabuesos del infierno, y probablemente con un viejo borracho. Pero valía la pena correr el riesgo, pensó; estaba cansado de la aburrida vida del Estanque del Oeste, y nunca había sido alguien que dudara demasiado antes de arriesgarse. Cabalgó cuesta arriba por la colina hasta que los perros estuvieron bramando a su alrededor en un frenesí, tratando de morder las patas de la yegua. Ésta cayó al suelo y comenzó a golpearlos con sus cascos, y él pudo evitar salir disparado únicamente urdiendo un sortilegio de detención y utilizando toda la fuerza de sus brazos. Los perros saltaban e intentaban morder ahora las piernas de Marfil, y éste estaba ya a punto de dar rienda suelta a la yegua cuando alguien apareció entre los perros gritando palabrotas y golpeándolos con una correa. Cuando logró que la yegua, agotada y muerta de sed, se pusiera de pie, vio a la muchacha tan hermosa como un árbol en flor. Era muy alta, estaba furiosa, de grandes manos y pies y boca y nariz y ojos, y una cabeza de cabellos enmarañados y polvorientos. Les gritaba:

—¡Abajo! ¡Volved a la casa, carroña, malditos hijos de perra! —a los ahora quejosos y acobardados perros. Marfil se cogió la pierna derecha con ambas manos. Los dientes de uno de los perros le habían arrancado un trozo de los pantalones de montar de un mordisco, y por allí le goteaba un hilo de sangre.

—¿Está la yegua herida? —preguntó la mujer—. ¡Oh, esos parásitos traidores! —Acariciaba suavemente la pata delantera derecha de la yegua. Sus manos se mancharon del sudor y la sangre del animal.— Aquí, aquí —dijo—. Buena chica, valiente. —La yegua apoyó la cabeza en el suelo y todo su cuerpo tembló aliviado.— ¿Por qué la has dejado en medio de los perros sin poder moverse? —preguntó la mujer llena de furia. Estaba arrodillada a las patas del caballo, con la cabeza levantada mirando a Marfil. Él la miraba desde el lomo del caballo, y así y todo se sentía bajo; se sentía pequeño. Ella no esperó la respuesta—. Yo la guiaré —dijo, poniéndose de pie, y estiró la mano para alcanzar las riendas. Marfil se dio cuenta de que tenía que bajar del caballo. Lo hizo, mientras le preguntaba:

—¿Está muy mal? —Y miraba la pata de la yegua, donde sólo veía una espuma brillante y llena de sangre.

—Ven, mi amor —dijo la muchacha a la yegua, no a él. La yegua la siguió con confianza. Comenzaron a caminar por el escabroso camino que rodeaba la ladera de la colina hasta llegar a un viejo establo de piedras y ladrillos, sin caballos, habitado únicamente por nidos de golondrina y golondrinas que se abatían sobre el tejado cantando su agudo murmullo.

—Mantenla tranquila —dijo la muchacha, y lo dejó sosteniendo las riendas de la yegua en aquel desértico lugar. Regresó al cabo de un rato arrastrando un pesado cubo, y se

puso a lavarle la pata a la yegua con una esponja—. Quítale la silla de montar —le dijo a él, y su tono de voz contenía un silencioso e impaciente «¡estúpido!» al que Marfil obedeció, medio molesto por su tosca grandeza y medio intrigado. Ahora no lo hacía pensar en absoluto en un árbol en flor, pero realmente era hermosa, de una manera grande y feroz. La yegua se entregaba a ella totalmente. Cuando le decía: «¡Mueve la pata!», la yegua movía la pata. La mujer la limpió de pies a cabeza, le puso otra vez la silla de montar, y se aseguró de que se pusiera al sol—. Se pondrá bien —dijo—. Tiene una herida, pero si la lavas con agua salada y tibia cuatro o cinco veces al día, se curará bien. Lo siento. —Esto último lo dijo con sinceridad, aunque bruscamente, como si todavía se estuviese preguntando cómo había podido él dejar que su yegua se quedara allí inmóvil sólo para ser atacada, y lo miró directo a los ojos por primera vez. Tenía los ojos claros, de un marrón anaranjado, como de color topacio oscuro, o ámbar. Eran unos ojos extraños, justo a la altura de los suyos.

—Yo también lo siento —dijo él, tratando de hablar con cuidado, con suavidad.

—Es la yegua de Irian del Estanque del Oeste. ¿Entonces tú eres el mago?

Él inclinó la cabeza. —Marfil, del Gran Puerto de Havnor, para servirle. ¿Puedo...?

Ella lo interrumpió. —Creía que era de Roke.

—Lo soy —dijo él, recobrando la compostura.

Ella lo miró fijamente, con aquellos ojos extraños, tan impenetrables como los de una oveja, pensó él. Entonces ella lo soltó todo: —¿Has vivido allí? ¿Has estudiado allí? ¿Conoces al Archimago?

—Sí —le contestó él con una sonrisa. Luego hizo una mueca de dolor y se agachó para apretarse la espinilla con la mano durante unos instantes.

—¿Tú también estás herido?

—No es nada —contestó él. De hecho, para su sorpresa, la herida había dejado de sangrar.

La mirada de la mujer se posó nuevamente sobre su rostro.

—¿Cómo es... cómo es Roke?

Marfil se acercó, cojeando muy levemente, hasta una vieja montura que estaba por allí cerca y se sentó. Estiró la pierna, apretando la parte lastimada, y levantó la vista para mirar a la mujer. —Me llevaría mucho tiempo contarte cómo es Roke —dijo—. Pero sería un placer para mí...

—El hombre es un mago, o casi —dijo Rosa la bruja—, ¡un mago de Roke! ¡No debes hacerle preguntas! —Estaba más que escandalizada, estaba asustada.

—A él no le importa —le aseguró Dragónvolador—. Sólo que casi nunca contesta realmente a las preguntas.

—¡Por supuesto que no!

—¿Por qué por supuesto que no?

—¡Porque él es un mago! ¡Porque tú eres una mujer, sin arte, sin conocimientos, sin aprendizaje!

—¡Tú podrías haberme enseñado! ¡Nunca quisiste hacerlo!

Rosa despreció todo lo que le había enseñado o lo que podía enseñarle con un gesto de la mano.

—Pues bien, entonces tengo que aprender de él —dijo Dragónvolador.

—Los magos no les enseñan a las mujeres. Estás borracha.

—Tú y Escoba urdís hechizos.

—Escoba es un hechicero de aldea. Este hombre es un hombre sabio. ¡Aprendió las Altas Artes en la Casa Grande de Roke!

—Me ha dicho cómo es —dijo Dragónvolador—. Uno camina por el pueblo cuesta arriba, el Pueblo de Zuil. Hay una puerta que se abre a la calle, pero está cerrada. Parece una puerta común.

La bruja escuchaba, incapaz de resistirse a la fascinación de los secretos revelados y al contagio de aquel deseo apasionado.

—Y un hombre aparece cuando tú tocas la puerta, un hombre de aspecto normal. Y te hace una prueba. Tienes que decirle una determinada palabra, una contraseña, para que te deje entrar. Si no la sabes, nunca podrás entrar. Pero si te deja entrar, entonces desde dentro verás que la puerta es totalmente diferente. Está hecha de cuerno, y tiene un árbol tallado, y el marco está hecho de diente, el diente de un dragón que vivió mucho, mucho antes que Erreth-Akbe, antes que Morred, antes de que hubiera gente en Terramar. Al principio solamente había dragones. Encontraron el diente en el Monte Onn, en Havnor, en el centro del mundo. Y las hojas del árbol están talladas tan finamente que la luz brilla a través de ellas, pero la puerta es tan fuerte que si el Portero la cierra no hay hechizo que pueda abrirla. Y luego el Portero te lleva por un corredor y luego por otro, hasta que estás perdido y desconcertado, y luego de repente sales bajo el cielo. En el Patio de la Fuente, en la parte más profunda de la Casa Grande. Y allí es donde supuestamente estaría el Archimago, si es que está...

—Sigue —murmuró la bruja.

—En realidad eso es todo lo que me ha dicho, hasta ahora —dijo Dragónvolador, volviendo al templado y nublado día de primavera y a la infinita familiaridad del camino de la aldea, el patio delantero de la casa de Rosa, sus propias siete ovejas lecheras pastando en la Colina de Iría, las coronas color bronce de los robles—. Es muy cuidadoso al hablar de los Maestros.

Rosa asintió con la cabeza.

—Pero me ha hablado de algunos de los alumnos.

—Supongo que no habrá ningún problema con eso.

—No lo sé —dijo Dragónvolador—. Que te cuenten cosas de la Casa Grande es maravilloso, pero yo pensaba que la gente allí sería... no lo sé. Por supuesto que la mayoría son tan sólo unos muchachos cuando llegan allí. Pero yo pensé que serían... —Apartó la mirada y la posó sobre las ovejas que estaban sobre la colina, su rostro reflejaba preocupación.— Algunos de ellos son realmente malos y estúpidos —dijo en voz muy baja—. Se meten en la escuela porque son ricos. Y estudian allí para hacerse más ricos. O para obtener poder.

—Pues, claro que sí —dijo Rosa—, ¡para eso están allí!

—Pero el poder, según tú me contaste, no es lo mismo que hacer que la gente haga lo que tú quieres, o hacer que te pague...

—¿No?

—¡No!

—Si una palabra puede curar, una palabra puede lastimar —dijo la bruja—. Si una mano puede matar, una mano puede curar. Es una pobre carreta que va sólo en una dirección.

—Pero en Roke, aprenden a utilizar bien el poder, no para hacer daño, no para obtener ganancias.

—Yo diría que todo es para obtener ganancias, de alguna manera. La gente tiene que vivir. Pero, yo qué sé. Me gano la vida haciendo lo que sé hacer. Y no interfiero con las altas artes, con las artes peligrosas, como invocar a los muertos —y Rosa hizo el gesto de la mano para ahuyentar al peligro del que acababa de hablar.

—Todo es peligroso —dijo Dragónvolador, con la mirada fija más allá de las ovejas, de la colina, de los árboles, en profundidades inmóviles, un vacío vasto y descolorido, como el cielo claro antes del amanecer.

Rosa la observaba. Sabía que no sabía quién era Irian o lo que podría llegar a ser. Una mujer grande, fuerte, extraña, ignorante, inocente y enfadada, sí. Pero desde que Irian era sólo una niña, Rosa había visto en ella algo más, algo más allá de lo que era ella. Y cuando Irian miraba a través del mundo como lo estaba haciendo ahora, parecía entrar en

aquel lugar o en aquel tiempo, o parecía estar más allá de ella misma, mucho más allá del conocimiento de Rosa. Y entonces Rosa le temía, y temía por ella.

—Tú ten cuidado —dijo la bruja, adusta—. Todo es peligroso, bastante peligroso, y más que nada meterse con magos.

A través del amor, del respeto y la confianza, Dragónvolador nunca haría caso omiso de una advertencia de Rosa; pero era incapaz de ver a Marfil como a alguien peligroso. No lo entendía, pero la idea de tenerle miedo, a él personalmente, no era una idea que cupiera en su cabeza. Trataba de ser respetuosa, pero era imposible. Pensaba que era inteligente y bastante apuesto, pero no pensaba mucho en él, excepto por lo que él podía decirle. Él sabía lo que ella quería saber y poco a poco se lo fue diciendo, y luego no había sido realmente lo que ella había querido saber, sino que quería saber más y más. Él era paciente con ella, y ella le estaba agradecida por su paciencia, sabiendo que era mucho más rápido que ella. A veces sonreía ante su ignorancia, pero nunca se burlaba de ella ni la reprobaba. Como a la bruja, le gustaba responder a una pregunta con otra pregunta; pero las respuestas a las preguntas de Rosa eran siempre algo que siempre había sabido, mientras que las respuestas a las preguntas de él eran cosas que nunca se había imaginado y que encontraba sorprendentes, inoportunas, incluso dolorosas, y que cambiaban sus creencias.

Día tras día, mientras hablaban en el viejo establo de Iria, donde habían tomado por costumbre encontrarse, ella le preguntaba y él le contaba más, aunque con desgana, siempre parcialmente; protegía a sus Maestros, pensaba ella, tratando de defender la imagen brillante de Roke, hasta que un día él cedió a su insistencia y por fin habló libremente.

—Hay hombres buenos allí —dijo—. El Archimago era realmente poderoso y sabio. Pero se ha ido. Y los Maestros... Algunos se mantienen al margen, siguiendo conocimientos arcanos, siempre en busca de más formas, siempre más nombres, pero sin utilizar sus conocimientos para nada. Otros esconden su ambición bajo la capa gris de la sabiduría. Roke ya no es el sitio en el cual se encuentra el poder de Terramar. Ahora ese sitio es la Corte de Havnor. Roke vive de su majestuoso pasado, defendido por miles de sortilegios contra el día de hoy. Y dentro de esas paredes de hechizo, ¿qué es lo que hay? Ambiciones que se enfrentan, temor a cualquier cosa nueva, temor a hombres jóvenes que desafían el poder de los viejos. Y en el centro, nada. Un patio vacío. El Archimago nunca regresará.

—¿Cómo lo sabes? —susurró ella.

Parecía preocupado. —El dragón se lo llevó.

—¿Tú lo viste? ¿Tú has visto eso? —Apretó las manos, imaginando aquel vuelo, sin siquiera escuchar su respuesta. Después de un largo rato, regresó a la luz del día y al establo y a sus pensamientos y a sus enigmas.— Pero incluso si él ya no está —dijo—, seguro que algunos de los Maestros son verdaderamente sabios.

Cuando él levantó la mirada y habló lo hizo de muy mala gana, con el atisbo de una sonrisa melancólica. —Todo el misterio y la sabiduría de los Maestros, cuando salen a la luz del día, no son gran cosa, ¿sabes? Trucos del oficio, maravillosas ilusiones. Pero la gente no quiere saber eso. La gente quiere las ilusiones, los misterios. ¿Quién puede culparlos? Hay tan poco en la vida que sea hermoso o encomiable.

Como para ilustrar lo que estaba diciendo, había recogido un trozo de ladrillo de la calzada rota, y lo lanzó por los aires, y mientras él hablaba el ladrillo aleteaba sobre sus cabezas con delicadas alas azules, una mariposa. Estiró uno de sus dedos y la mariposa se posó sobre él. Sacudió aquel dedo y la mariposa cayó al suelo, un trozo de ladrillo.

—En mi vida no hay mucho que sea muy encomiable —dijo ella, con la cabeza gacha, mirando fijamente la calzada—. Todo lo que sé hacer es ocuparme de la granja, tratar de ser convincente y de decir la verdad. Pero si pensara que hasta en Roke todos son trucos y mentiras, odiaría a esos hombres por haberme engañado, por habernos engañado a

todos. No puede ser todo mentira. No todo. Es cierto que el Archimago entró en el laberinto entre los Hombres Canos y que regresó con el Anillo de la Paz. Es cierto que entró en la muerte con el joven rey, y que derrotó al mago araña, y que regresó. Sabemos eso por las palabras del propio Rey. Incluso aquí, los arpistas vinieron a cantar esa gesta, y un narrador vino a contarla.

Marfil asintió con la cabeza. —Pero el Archimago perdió todo su poder en la tierra de la muerte. Tal vez en ese entonces se debilitó toda la magia.

—Los sortilegios de Rosa funcionan tan bien como siempre —dijo ella firmemente.

Marfil sonrió. No dijo nada, pero ella vio qué insignificantes eran las actividades de una bruja de aldea para él, quien había visto grandes obras y poderes. Ella suspiró y habló de corazón. —¡Oh, si no fuese mujer!

Él volvió a sonreír. —Eres una hermosa mujer —le dijo, aunque francamente, no halagándola como lo había hecho al principio, antes de que le demostrara cuánto odiaba ella eso—. ¿Por qué querrías ser un hombre?

—¡Para poder ir a Roke! ¡Y ver, y aprender! ¿Por qué, por qué pueden ir allí solamente los hombres?

—Así fue decretado por el primer Archimago, hace siglos —dijo Marfil—. Pero... yo también me lo he preguntado.

—¿En serio?

—A menudo. Al ver sólo muchachos y hombres, día tras día, en la Casa Grande y en todos los recintos de la escuela. Al saber que las mujeres de los pueblos están atadas por hechizos que les prohíben hasta poner sus pies sobre los campos alrededor del Collado de Roke. Una vez cada muchos años, tal vez, se le permite a alguna gran mujer entrar brevemente en los patios externos... ¿Por qué? ¿Acaso todas las mujeres son incapaces de entender? ¿O es que los Maestros les temen, temen ser corrompidos? No es eso, pero temen que admitir a las mujeres pudiera cambiar la norma a la que se aferran, la pureza de esa norma...

—Las mujeres pueden vivir castas tanto como los hombres —dijo Dragónvolador sin rodeos. Sabía que ella era directa y tosca con temas en los que él era delicado y sutil, pero no conocía ninguna otra forma de ser.

—Por supuesto —dijo él; su sonrisa se ampliaba brillantemente—. Pero las brujas no siempre son castas, ¿verdad?... Tal vez eso es lo que temen los Maestros. Tal vez el celibato no sea tan necesario como lo predica la Norma de Roke. Tal vez no sea una forma de mantener puro el poder, sino de mantener el poder sólo para ellos. Dejando fuera a las mujeres, dejando fuera a todos los que no aceptan convertirse en eunucos para obtener ese único poder... ¿Quién sabe? ¡Una maga! ¡Quizás eso lo cambiaría todo, cambiaría todas las reglas!

Ella podía ver cómo la mente de él bailaba frente a la de ella, cogiendo ideas y jugando con ellas, transformándolas como había transformado el ladrillo en mariposa. Ella no podía bailar con él, no podía jugar con él, pero lo miraba maravillada.

—Tú podrías ir a Roke —dijo él, los ojos le brillaban de entusiasmo, de picardía, de audacia. La miraban casi suplicantes, incrédulos, silenciosos; insistió—: Podrías hacerlo. Eres una mujer, pero hay maneras de cambiar tu apariencia. Tienes el corazón, el coraje, la voluntad de un hombre. Tú podrías entrar en la Casa Grande. Lo sé.

—¿Y qué haría allí?

—Lo que hacen todos los alumnos. ¡Vivir solos en una celda de piedras y aprender a ser sabios! Puede que no sea todo lo que tú soñaste, pero eso, también, lo aprenderías.

—No podría. Se darían cuenta. Ni siquiera podría entrar. Me has dicho que está el Portero. No sé la palabra que tengo que decirle.

—La contraseña. Pero yo puedo enseñártela.

—¿Podrías? ¿Está permitido?

—No me importa lo que está permitido —le contestó él, con el ceño fruncido como nunca antes lo había visto—. El propio Archimago dijo: Las reglas están hechas para ser transgredidas. La injusticia hace las reglas, y el coraje las transgrede. ¡Yo tengo el coraje, si tú lo tienes!

Ella lo miró. No podía hablar. Se puso de pie y después de unos instantes salió del establo caminando, se alejó atravesando la colina, subiendo el camino que la rodeaba y llegó hasta la mitad. Uno de los perros, su favorito, un inmenso y horrible sabueso con la cabeza muy pesada, la siguió. Se detuvo en la pendiente que estaba sobre el pantanoso manantial en el cual Rosa le había dado su nombre hacía diez años. Se quedó allí de pie. El perro se sentó a su lado y la miró a la cara. No había pensamientos claros en su mente, pero las palabras se repetían: «Podría ir a Roke y descubrir quién soy».

Miró hacia el oeste por encima de los lechos de juncos y de los sauces y de las colinas lejanas. Todo el cielo occidental estaba vacío, despejado. Se quedó inmóvil y su alma pareció acercarse a aquel cielo e irse, salir de ella.

Se oyó un pequeño ruido, el suave clip-clop de los cascos de la yegua negra, acercándose por el camino. Entonces Dragónvolador volvió a sí misma y llamó a Marfil y bajó corriendo la colina para encontrarse con él.

—Iré —le dijo.

Él no había planeado ni había tenido la intención de semejante aventura, pero al ser tan alocada, cuanto más pensaba en ella, más se entusiasmaba. La idea de pasar el largo y gris invierno en el Estanque del Oeste le hundía el espíritu como una piedra. Allí no había nada que le interesara a no ser por la muchacha Dragónvolador, que había llegado a ocupar todos sus pensamientos. Su fuerza aplastante e inocente lo había derrotado absolutamente hasta ahora, pero él hacía lo que ella quería para conseguir que al final ella hiciera lo que él quería, y valía la pena jugar aquel juego, pensaba él. Si ella se escapaba con él, el juego estaría ganado. En cuanto a la broma que éste representaba, la idea de realmente meterla en la escuela de Roke disfrazada de hombre, había pocas posibilidades de conseguirlo, pero le complacía pensar en él como un gesto de desacato a toda la piedad y la pomposidad de los Maestros y de sus aduladores. Y si de alguna manera lo conseguía, si lograba realmente que una mujer atravesara aquella puerta, aunque fuera por un instante, ¡ésa sería una dulce venganza!

El dinero era un problema. La muchacha pensó, por supuesto, que él, siendo un gran mago, chasquearía los dedos y los haría flotar sobre el mar en un barco mágico volando con un viento mágico. Pero cuando él le dijo que tendrían que comprar un barco, ella simplemente contestó: —Yo tengo el dinero del queso.

Él guardaba como oro en paño aquellos comentarios. A veces ella lo asustaba, y él se lo tomaba a mal. Cuando soñaba con ella, ella nunca se rendía ante él, sino que él se rendía ante una dulzura feroz y destructora, hundiéndose en un abrazo aniquilador; eran sueños en los que ella era algo que iba más allá de toda comprensión y él no era nada. Despertaba de aquellos sueños temblando y avergonzado. A la luz del día, cuando la veía grande, con las manos sucias, hablando como una palurda, como una simplona, él recuperaba su superioridad. Únicamente deseaba que hubiera alguien que oyera lo que ella decía, uno de sus grandes amigos en el Gran Puerto que encontraría todo aquello divertido. «Yo tengo el dinero del queso», se repetía a sí mismo, cabalgando de regreso al Estanque del Oeste, y reía. «Yo sí que lo tengo», decía en voz alta. La yegua negra sacudía las orejas.

Le dijo a Abedul que había recibido un mensaje de su maestro desde Roke, el Maestro Mano, y que debía ir para allí inmediatamente, para qué no podía decirlo, por supuesto, pero no estaría fuera demasiado tiempo; medio mes para llegar hasta allí, otro para regresar; estaría de vuelta bastante antes de los Barbechos, como muy tarde. Tenía que pedirle al Señor Abedul que le diera un adelanto de su salario para pagar el viaje en barco y el alojamiento, puesto que un mago de Roke no debía aprovecharse de la buena

voluntad de la gente que se ofrecía a darle todo lo que necesitaba, sino que debía pagar su viaje como cualquier otro hombre. Como Abedul estaba de acuerdo con esto, tuvo que darle a Marfil una cartera para su travesía, la primera vez después de muchos años que tenía dinero de verdad en su bolsillo: diez cuentas de marfil talladas con la nutria de Shelieth en un lado y la Runa de la Paz en el otro, en honor al Rey Lebannen. —Hola, pequeñas tocayas —les dijo cuando se hubo quedado solo con ellas—. Vosotras y el dinero del queso os llevaréis muy bien.

Le contó muy poco a Dragónvolador acerca de sus planes, más que nada porque hacía pocos, confiando en la suerte y en su propio ingenio, el cual raras veces lo decepcionaba si se le presentaba una buena oportunidad para utilizarlo. La muchacha prácticamente no hacía preguntas. —¿Iré como hombre todo el camino? —fue una de ellas.

—Sí —le contestó él—, pero solamente disfrazada. No obraré sobre ti un sortilegio de apariencia hasta que lleguemos a la Isla de Roke.

—Pensé que sería un sortilegio de cambio —dijo ella.

—Eso no sería muy astuto —le contestó él, imitando bastante bien la seca solemnidad del Maestro Transformador—. Si es necesario, lo haré, por supuesto. Pero descubrirás que los magos son bastante parcos con los grandes hechizos. Por una buena razón.

—El equilibrio —dijo ella, aceptando todo lo que él le decía de la manera más simple, como siempre.

—Y tal vez porque tales artes ya no tienen el poder que tuvieron alguna vez —le contestó él. No sabía por qué trataba de debilitar su fe en la magia; tal vez porque cualquier debilitamiento de su fuerza, de su entereza, era para él un triunfo. Había comenzado, simplemente para tratar de meterla en su cama, un juego que le encantaba jugar. El juego se había convertido en una especie de contienda que no había esperado, pero con la cual no podía terminar. Ahora estaba decidido no sólo a ganarle, sino a derrotarla. No podía permitir que ella lo derrotara a él. Debía probarle a ella y probarse a sí mismo que sus sueños no tenían sentido.

Al principio, impaciente por cortejar su aplastante indiferencia física, había urdido un encantamiento, un sortilegio de seducción de hechicero, que despreciaba incluso mientras lo hacía, aunque sabía que era eficaz. Lo obró sobre ella mientras estaba remendando el ronzal de una vaca. El resultado no había sido el profundo deseo que había provocado en las muchachas de Havnor y de Zuil sobre las cuales había realizado el hechizo. Dragónvolador se había vuelto poco a poco más silenciosa y hosca. Había dejado de hacer sus interminables preguntas sobre Roke y no le contestaba cuando él le hablaba. Cuando él se acercó a ella con vacilación, cogiéndole la mano, ella lo apartó con un golpe en la cabeza que lo dejó mareado. El la vio ponerse de pie y salir a zancadas del establo sin decir una palabra, y al horrible sabueso al que ella tanto quería corriendo detrás de ella. El sabueso se dio vuelta y lo miró con una sonrisa.

Ella cogió el camino que iba hasta la casa vieja. Cuando los oídos dejaron de zumbarle, salió detrás de ella con la esperanza de que el sortilegio estuviera funcionando y de que aquélla fuera sólo su manera particularmente grosera de llevarlo por fin hasta su cama. A medida que se iba acercando a la casa, comenzó a oír el crujido de vajillas rotas. El padre, el borracho, salió de la casa tambaleándose y parecía atemorizado y confundido, seguido por la voz estruendosa y áspera de Dragónvolador:

—¡Sal de la casa, borracho y rastrero traidor! ¡Libertino estúpido y desvergonzado!

—Me ha quitado la copa —le dijo el Señor de Iría al extraño, gimiendo como un cachorro, mientras los perros gimoteaban a su alrededor—. La ha roto.

Marfil se fue de allí. No regresó hasta al cabo de dos días. El tercer día pasó cabalgando experimentalmente por la Antigua Iria, y ella fue corriendo hacia él. —Lo siento, Marfil —le dijo, levantando la cabeza para mirarlo con sus ahumados ojos naranja—. No sé qué me pasó el otro día. Estaba enfadada. Pero no contigo. Perdóname.

El la perdonó elegantemente. Y no volvió a obrar sobre ella un encantamiento de amor.

Pronto, pensaba él ahora, no necesitaría uno. Tendría verdadero poder sobre ella. Finalmente había descubierto cómo conseguirlo. Ella misma lo había puesto en sus manos. Su fortaleza y su fuerza de voluntad eran tremendas, pero afortunadamente ella era estúpida, y él no.

Abedul había enviado a un carretero hasta Kem-bermouth con seis barriles llenos de vino Fanian de hacía diez años encargados por el comerciante de vinos de allí. Estaba contento de mandar a su mago como guardaespaldas, ya que el vino era valioso, y a pesar de que el joven rey estaba poniendo las cosas en orden lo más rápido que podía, todavía había pandillas de ladrones en los caminos. Así que Marfil abandonó el Estanque del Oeste en el gran carro tirado por cuatro grandes caballos de carreta, traqueteando lentamente por el sendero, las piernas colgando. Al pie de la Colina del Burro apareció una tosca figura junto al camino y le pidió al carretero que lo llevara. —No te conozco —le dijo el carretero, levantando su látigo para alejar al extraño, pero Marfil se acercó rodeando el carro y dijo: —Deja que el muchacho se suba, buen hombre. No te hará ningún daño mientras yo esté contigo.

—Entonces vigílelo bien, maestro —dijo el carretero.

—Lo haré —le contestó Marfil, y le guiñó el ojo a Dragónvolador. Ella, bien disfrazada, cubierta de polvo y con un viejo blusón, un pantalón de peón y un repugnante sombrero de fieltro, no le devolvió el guiño. Representaba su papel incluso cuando estaban sentados uno junto al otro con las piernas colgando sobre el portón, con seis inmensos medios toneles de vino zarandeándose entre ellos, y el somnoliento carretero y los somnolientos campos y colinas estivales deslizándose lentamente, pasando lentamente. Marfil intentó bromear con ella, pero ella simplemente sacudió la cabeza. Tal vez estaba asustada por aquel descabellado plan, pero ahora ya estaba embarcada en él. Era imposible saber lo que iba a ocurrir. Estaba seria y absolutamente callada. «Podría aburrirme mucho con esta mujer», pensaba Marfil, «si alguna vez llego a tenerla debajo de mí». Aquel pensamiento lo excitaba casi insoportablemente, pero cuando volvía a mirarla, su deseo se desvanecía ante su enorme y real presencia.

No había posadas en aquel camino, el cual atravesaba lo que una vez había sido todo el Dominio de Iria. Cuando el sol se estaba acercando a las llanuras del oeste, se detuvieron en una granja que ofrecía su establo para los caballos, un cobertizo para la carreta, y paja en el entretecho del establo para los carreteros. El entretecho estaba oscuro y mal ventilado, y la paja olía a encierro y a viejo. Marfil no sentía ningún deseo, aunque Dragónvolador estaba acostada a menos de un metro de distancia de donde él estaba. Había representado tan exhaustivamente el papel de un hombre durante todo el día, que casi lo había convencido incluso a él. ¡Después de todo tal vez engañara al viejo! pensó él. Sonrió al pensar aquello y se durmió.

Siguieron traqueteando durante todo el día siguiente a través de una o dos lluvias de tormenta, y al atardecer llegaron a Kembermouth, una amurallada y próspera ciudad portuaria. Dejaron al carretero ocupándose de los negocios de su señor y caminaron un poco para encontrar una posada cerca del muelle. Dragónvolador miró a su alrededor para ver el aspecto de la ciudad en un silencio que podría haber significado pavor y respetoso desaprobación, o simplemente impasibilidad. —Éste es un hermoso pueblecito —dijo Marfil—, pero la única ciudad del mundo es Havnor.

Era inútil tratar de impresionarla; todo lo que dijo fue: —No hay muchos barcos que vayan a comerciar a Roke, ¿verdad? ¿Crees que nos tomará mucho tiempo encontrar a uno que nos lleve?

—No si llevo una vara —le contestó él.

Dejó de mirarlo todo a su alrededor y comenzó a caminar de aquí para allá sumida en sus pensamientos, y así estuvo durante un rato. Cuando se movía era hermosa, audaz y elegante, con la cabeza erguida.

—¿Lo que quieres decir es que le harían un favor a un mago? Pero tú no eres un mago.

—Ésa es una mera formalidad. Nosotros, los hechiceros de rango superior, podemos llevar una vara cuando estamos ocupándonos de asuntos que incumben a Roke. Y eso es lo que yo estoy haciendo.

—¿Al llevarme a mí hasta, allí?

—Al llevarles a ellos un alumno, sí. ¡Un alumno con grandes dotes!

Ella no hizo más preguntas. Nunca discutía; era una de sus virtudes.

Aquella noche, después de la cena en la posada del muelle, le preguntó con una timidez inusual en la voz: —¿Yo tengo grandes dotes?

—A mi juicio, sí —le contestó él.

Ella reflexionó, las conversaciones con ella eran por lo general algo bastante lento, y dijo: —Rosa siempre dijo que yo tenía poder, pero ella no sabía de qué tipo. Y yo... yo sé que lo tengo, pero no sé lo que es.

—Vas a Roke para descubrirlo —le dijo él, levantando su copa en honor de ella. Después de un instante ella levantó la suya y le sonrió, una sonrisa tan tierna y radiante que él dijo espontáneamente—: ¡Que todo lo que encuentres sea todo lo que buscas!

—Si es así, será gracias a ti —le contestó ella. En aquel momento él la amó por su auténtico corazón, y hubiera apartado para siempre cualquier pensamiento de ella que no fuera como su compañera en una audaz aventura, en una valiente broma.

Tenían que compartir una habitación con otros dos viajeros en la concurrida posada, pero los pensamientos de Marfil eran totalmente castos, aunque se reía un poco de sí mismo por ello.

A la mañana siguiente cogió una ramita del jardín de la cocina de la posada y urdió sobre ella un sortilegio de apariencia para que pareciera una buena vara, herrada con cobre y exactamente de su misma altura. «¿Qué madera es?», preguntó Dragónvolador, fascinada, cuando la vio, y cuando él respondió con una carcajada: «De romero», ella también rió.

Emprendieron su camino por el embarcadero, preguntando por un barco que fuera rumbo al sur y que pudiera llevar a un mago y a su aprendiz hasta la Isla de los Sabios, y no tardaron demasiado en encontrar un cargado barco mercante que iba rumbo a Wathort, y cuyo capitán estaría de acuerdo en llevar al mago de buena voluntad y al aprendiz a mitad de precio. Incluso la mitad del precio representaba la mitad del dinero del queso; pero tendrían el lujo de tener un camarote, puesto que el Nutria de Mar era un barco de doble cubierta y con dos mástiles.

Mientras estaban hablando con el capitán, un carro se detuvo en el muelle y comenzó a descargar seis familiares barriles de media tonelada.

—Eso es nuestro —dijo Marfil, y el capitán del barco contestó:

—Van para Hortburgo. —Y Dragónvolador dijo en voz tenue: —Desde Iria.

Entonces se dio la vuelta para mirar la tierra una vez más. Era la única vez que él la vería mirar hacia atrás.

El hechicero de nubes del barco subió a bordo justo antes de zarpar, no era un mago de Roke, sino un tipo que trabajaba con el clima envuelto en un manto desgastado por el mar. Marfil agitó un poco el báculo al saludarlo. El hechicero lo miró de arriba abajo y le dijo:

—Sólo un hombre trabajará con el clima en este barco. Si no soy yo, me iré.

—Yo soy simplemente un pasajero, Maestro Hombre-Bolsa. Dejo con gusto los vientos en sus manos.

El hechicero miró a Dragónvolador, que estaba rígida como un árbol y no decía nada.

—De acuerdo —contestó, y ésa fue la última palabra que le dijo a Marfil.

Durante la travesía, sin embargo, habló varias veces con Dragónvolador, lo cual puso a Marfil un poco incómodo. Su ignorancia y su confianza podían ponerla en peligro y por

consiguiente a él también. ¿Sobre qué hablaban ella y el hombre de la bolsa? Le preguntó más tarde, y ella respondió:

—De qué será de nosotros.

La miró fijamente.

—De todos nosotros. De Way y de Felkway, y de Havnor, y de Wathort, y de Roke. De toda la gente de las islas. Dice que cuando el Rey Lebannen iba a ser coronado, el otoño pasado, mandó a buscar al antiguo Archimago a Gont para que fuera a coronarlo, y él no pudo acudir. Y no había ningún nuevo Archimago. Así que el Rey se puso él mismo la corona. Y algunos dicen que eso no está bien, y que no tiene derecho a ocupar el trono. Pero otros dicen que el propio Rey es el nuevo Archimago. Pero él no es un mago, es simplemente un rey. Así que otros dicen que vendrán otra vez los Años Oscuros, como cuando no había ninguna norma de justicia y la magia era utilizada para fines perversos.

Después de una pausa, Marfil preguntó:

—¿Ese viejo hechicero de nubes dice todo eso?

—Son cosas que se dicen, supongo —dijo Dragónvolador, con su grave simplicidad.

El hechicero de vientos y nubes conocía bien su oficio, al menos. El Nutria de Mar navegó a toda velocidad hacia el sur; se encontraron con turbiones estivales y con mares picados, pero nunca con una tormenta o con un viento molesto. Descargaron y cargaron mercancía en algunos puertos en la costa norte de O, en Ilien, en Leng, en Kamery y en el Puerto de Ó, y luego partieron rumbo al oeste para llevar a los pasajeros hasta Roke. Y encarados rumbo al oeste, Marfil sintió un pequeño hueco en las entrañas, porque sabía muy bien cómo estaba protegida Roke. Sabía que ni él ni el hechicero de nubes podrían hacer nada para desviar el viento de Roke si llegaba a soplar contra ellos. Y, si lo hacía, Dragónvolador preguntaría por qué. ¿Por qué soplaba contra ellos?

Le alegró notar que el hechicero también estaba incómodo, de pie junto al timonel, observando el tope, metiendo vela ante el menor atisbo de vientos procedentes del oeste. Pero el viento se mantuvo firme desde el norte. Un turbión apareció de repente con aquel viento, y Marfil bajó al camarote, pero Dragónvolador se quedó arriba, en la cubierta. Le tenía miedo al agua, le había dicho a él. No sabía nadar; dijo: «Ahogarse debe ser algo horrible. No poder respirar». Se había estremecido de sólo pensarlo. Era el único miedo que había mostrado tener desde que él la conociera. Pero no le gustaba el camarote, tan bajo y tan estrecho, y se había quedado en la cubierta todos los días, y había dormido allí también todas las noches cálidas. Marfil no había tratado de engatusarla para que fuera al camarote. Ahora sabía que intentar engatusarla no serviría de nada. Para poseerla tendría que dominarla; y lo conseguiría, si podían llegar a Roke.

Volvió a subir a cubierta. Se estaba despejando, y mientras el sol se ponía, las nubes se iban disipando hacia el oeste, y dejaban ver un cielo dorado detrás de la alta y oscura curva de una colina.

Marfil observó aquella colina con una especie de nostálgico odio.

—Ése es el Collado de Roke, muchacho —le dijo el hechicero de vientos y nubes a Dragónvolador, quien estaba de pie a su lado junto a la barandilla—. Ahora estamos entrando en la Bahía de Zuil, donde el único viento que hay es el que ellos quieren que haya.

Cuando estuvieron bien adentrados en la bahía y habían soltado el ancla, ya era de noche, y Marfil le dijo al capitán del barco: —Desembarcaré mañana por la mañana.

Abajo, en el pequeño camarote, Dragónvolador estaba sentada esperándolo, más solemne que nunca, pero sus ojos resplandecían por la emoción. —Desembarcaremos mañana por la mañana —repitió, y ella asintió con la cabeza, sumisa.

Y luego preguntó:

—¿Tengo buen aspecto?

Él se sentó sobre su estrecha litera y la miró sentada sobre la estrecha litera de ella; no podían mirarse a la cara directamente, puesto que no había sitio para sus rodillas. En el

Puerto de O ella se había comprado una camisa y unos pantalones más decentes, siguiendo sus consejos, para parecer un candidato más probable para la escuela. Su rostro estaba bronceado por el viento y muy limpio. Sus cabellos estaban trenzados y la trenza estaba recogida, como la de Marfil. También se había lavado bien las manos, y ahora yacían flojas sobre sus muslos, manos largas y fuertes, como las de un hombre.

—No pareces un hombre —le contestó él. El rostro de ella se oscureció—. Al menos a mí no me lo pareces. Yo nunca te veré como a un hombre. Pero no te preocupes, ellos sí.

Ella asintió con la cabeza, su rostro reflejaba ansiedad.

—La primera prueba es la gran prueba, Dragónvolador —le dijo. Cada noche, mientras yacía acostado solo en aquel camarote, había estado planeando aquella conversación—. Para entrar en la Casa Grande. Para atravesar esa puerta.

—He estado pensando bastante al respecto —le dijo ella, precipitada y sincera—. ¿No puedo simplemente decirles quién soy? Y si tú estuvieras allí para responder por mí, para decir que aunque sea mujer, tengo un don, y yo prometería tomar el voto y obrar el sortilegio de castidad, y vivir apartada, si eso es lo que quieren...

Él sacudió la cabeza desde la primera hasta la última palabra. —No, no, no, no. Imposible. Inútil. ¡Mortal!

—Incluso si tú...

—Incluso si yo intercediera por ti. No me escucharían. La Norma de Roke prohíbe que se le enseñe a las mujeres cualquiera de las altas artes, cualquier palabra del Lenguaje de la Creación. Siempre ha sido así. No escucharán. ¡Así que hay que demostrárselo! Y nosotros se lo demostraremos, tú y yo. Nosotros les enseñaremos a ellos. Tienes que tener coraje, Dragónvolador. No debes debilitarte, y no debes pensar: «Oh, si les suplico que me dejen entrar, no podrán negarse». Sí que pueden, y lo harán. Y si te revelas, te castigarán. Y a mí también. —Puso un marcado énfasis en las últimas palabras, y para sus adentros murmuró: «Atrás».

Ella lo miró fijamente con sus ojos impenetrables, y finalmente le preguntó: —¿Qué debo nacer?

—¿Confías en mí, Dragónvolador?

—Sí.

—¿Confiarás en mí completamente, totalmente, sabiendo que el riesgo que corro por ti es aun más grande que el que corres tú en esta aventura?

—Sí.

—Entonces debes decirme la palabra que le dirás al Portero.

Ella lo miraba fijamente.

—Pero yo creía que tú me la dirías a mí, la contraseña.

—La contraseña que él te pedirá que le digas es tu verdadero nombre. —Dejó que eso hiciera mella en ella durante un rato, y luego continuó suavemente:— Para urdir el hechizo de apariencia sobre ti, para poder hacerlo tan completo y tan profundo como para que los Maestros de Roke puedan verte como a un hombre y nada más, para poder hacer eso, yo también debo saber tu nombre. —Hizo otra pausa. Mientras hablaba le parecía que todo lo que decía era verdad, y su voz era suave y gentil mientras decía:— Podría haberlo sabido hace mucho tiempo. Pero decidí no utilizar esas artes. Quería que tú confiaras en mí lo suficiente como para decirme tu nombre tú misma.

Ella miraba hacia abajo, se miraba las manos, ahora entrelazadas sobre las rodillas. A la tenue luz rojiza del farol, sus pestañas proyectaban largas y delicadas sombras sobre sus mejillas. Levantó la vista, y lo miró fijamente. —Mi nombre es Irian —dijo.

Él sonrió. Ella no sonrió.

Él no dijo nada. De hecho estaba confundido. Si hubiera sabido que sería tan fácil, habría podido tener su nombre, y con él el poder que le haría hacer todo lo que él quisiera, hacía días, hacía semanas, simplemente, sin estar llevando a cabo aquel

alocado plan, sin necesidad de renunciar a su salario y a su precaria respetabilidad, sin necesidad de haber realizado aquella travesía marítima, ¡sin necesidad de tener que llegar hasta Roke para conseguirlo! Porque ahora se daba cuenta de que todo el plan era una locura. No había manera en que él pudiera disfrazarla que engañara al Portero siquiera por un instante. Todas sus ideas sobre humillar a los Maestros como ellos lo habían humillado a él eran pamplinas. Obsesionado con engañar a la muchacha, había caído en su propia trampa, en la que había preparado para ella. Amargamente reconoció que siempre estaba creyéndose sus propias mentiras, atrapado en redes que él mismo había tejido laboriosamente. Después de haber quedado una vez como un tonto en Roke, había regresado para hacerlo otra vez. Una terrible y desoladora furia comenzó a crecer en él. No había nada bueno, no había nada bueno en nada.

—¿Qué sucede? —preguntó ella. La ternura de su voz profunda y ronca lo acobardó, y escondió el rostro entre sus manos, luchando contra las vergonzosas lágrimas.

Ella puso una mano sobre su rodilla. Era la primera vez que lo tocaba. Él lo soportó, el calor y el peso de aquella mano que había perdido tanto tiempo deseando.

Quería lastimarla, sacudirla de su terrible e ignorante bondad, pero lo que dijo cuando por fin habló fue: —Yo sólo quería hacerte el amor.

—¿En serio?

—¿Acaso creíste que era uno de sus eunucos? ¿Que me castraría a mí mismo con sortilegios para ser un santo? ¿Por qué crees que no tengo una vara? ¿Por qué crees que no estoy en la escuela? ¿Te has creído todo lo que te he dicho?

—Sí —le contestó ella—. Lo siento. —La mano de ella aún estaba sobre su rodilla. Le dijo:— Podemos hacer el amor, si quieres.

Él se incorporó, y se quedó inmóvil.

—¿Qué eres? —le preguntó por fin.

—No lo sé. Por eso quería venir a Roke. Para averiguarlo.

Él se alejó, se puso de pie, encorvado; ninguno de los dos podía estirarse del todo en aquel bajo camarote. Cogiéndose y soltándose las manos, se alejó de ella tanto como pudo, dándole la espalda.

—No lo averiguarás. Son todo mentiras, farsas. Unos cuantos viejos jugando con palabras. Yo no quise jugar sus juegos, entonces me fui. ¿Sabes lo que hice? —Se dio vuelta, mostrando los dientes en un rictus de triunfo:— Hice que una muchacha, una muchacha del pueblo, viniera a mi habitación. A mi celda. A mi pequeña, célibe celda de piedra. Tenía una ventana que daba hacia afuera, hacia la calle de atrás. No urdí ningún sortilegio, no se pueden hacer hechizos con toda su magia rondando por allí. Pero ella quiso venir, y vino, y yo dejé una escalera de cuerda fuera de la ventana, y ella subió por allí. ¡Y estábamos en ello justo cuando entraron los viejos! ¡Les di su merecido! ¡Y si hubiera podido hacerte entrar, lo habría hecho otra vez, les habría dado una lección!

—Bueno, lo intentaré —dijo ella. Él la miraba fijamente—. No por la misma razón que tú —continuó—, pero aún quiero hacerlo. Y ya hemos llegado hasta aquí. Y tú sabes mi nombre.

Era cierto. Él sabía su nombre: Irian. Era como un trozo de carbón encendido, un rescoldo ardiendo en su mente. Sus pensamientos no podían retenerlo. Sus conocimientos no podían utilizarlo. Su lengua no podía pronunciarlo.

Ella alzó la cabeza para mirarlo, su marcado y duro rostro se suavizaba a la luz del farol. —Si me has traído hasta aquí solamente para hacerme el amor, Marfil —le dijo ella—, podemos hacerlo. Si es que aún quieres.

Al principio no pudo decir ni una palabra, simplemente sacudió la cabeza. Después de un rato fue capaz de reír.

—Creo que hemos dejado pasar... esa posibilidad.

Ella lo miró sin resentimientos, ni reproches, ni vergüenza.

—Irian —dijo él, y ahora su nombre fluyó con facilidad, dulce y fresco como agua de manantial en su boca seca—. Irian, esto es lo que tienes que hacer para entrar en la Casa Grande...

III - Azver

La dejó en la esquina de la calle, una estrecha y oscura callejuela con un aspecto un tanto taimado, que se inclinaba hacia arriba entre paredes anodinas, hasta llegar a una puerta de madera que se encontraba en una pared aun más alta. Él había obrado sobre ella el sortilegio, y parecía un hombre, mas no se sentía como tal. Ella y Marfil se habían abrazado, porque después de todo habían sido amigos, compañeros, y él había hecho todo aquello por ella. —¡Coraje! —le dijo, y la dejó ir. Ella subió la callejuela y se detuvo ante la puerta. En ese momento miró hacia atrás, pero él ya no estaba.

Llamó a la puerta.

Después de un rato oyó que el pestillo se movía. La puerta se abrió. Un hombre de mediana edad estaba allí de pie. —¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó. No sonreía, pero su voz era agradable.

—Puede dejarme entrar en la Casa Grande, señor.

—¿Sabes por dónde se entra? —Sus ojos almendrados estaban muy atentos, pero sin embargo parecían mirarla desde muy lejos.

—Se entra por aquí, señor.

—¿Sabes qué nombre tienes que decirme para que te deje entrar?

—El mío, señor. Es Irian.

—¿De veras? —le preguntó él.

Eso le dio tiempo. Permanció en silencio. —Es el nombre que me dio Rosa, la bruja de mi aldea en Way, en el manantial que está al pie de la Colina de Iría —dijo por fin, tratado de ser convincente y diciendo la verdad.

El Portero la miró durante lo que pareció un buen rato. —Entonces ése es tu nombre —le dijo—. Pero tal vez no todo tu nombre. Creo que tienes otro.

—No lo sé, señor. —Después de otro largo rato ella dijo:— Tal vez pueda aprenderlo aquí, señor.

El Portero inclinó un poco la cabeza. Una leve sonrisa formó curvas crecientes en sus mejillas. Se hizo a un lado. —Entra, hija —le dijo.

Ella atravesó el umbral de la Casa Grande.

El hechizo de apariencia de Marfil cayó como una telaraña. Ahora era y parecía ella misma.

Siguió al Portero por un pasillo de piedra. Sólo al final de aquel corredor pensó en darse vuelta para ver brillar la luz a través de las mil hojas del árbol que estaba tallado en la alta puerta, rodeada por su marco de hueso blanco.

Un hombre joven envuelto en una capa gris caminaba apresuradamente por el corredor y se detuvo de golpe al acercarse a ellos. Miró fijamente a Irian; luego, con una breve inclinación de cabeza, siguió adelante. Ella se dio vuelta para mirarlo. Él también estaba mirándola.

Un globo de fuego desvaído y verdoso flotaba suavemente bajando el corredor a la altura de los ojos, aparentemente en busca del muchacho. El Portero le hizo señas con la mano, y la bola lo esquivó. Irían viró con brusquedad y se agachó frenéticamente, pero sintió cómo el frío fuego le hacía estremecer los cabellos al pasar sobre ellos. El Portero echó un vistazo a su alrededor, y ahora su sonrisa era más amplia. Aunque no dijo nada, ella sintió que estaba pendiente de ella, preocupado por ella. Se puso de pie y lo siguió.

Él se detuvo frente a una puerta de roble. En lugar de golpearla esbozó un símbolo o una runa sobre ella con la punta de su vara, un báculo claro hecho con una madera un tanto grisásea. La puerta se abrió mientras una resonante voz decía detrás de ella:

—¡Adelante!

—Espera aquí un momento, por favor, Irían —dijo el Portero, y entró en la habitación, dejando la puerta abierta de par en par detrás de él. Ella pudo ver estantes y libros, una mesa cubierta de más libros y tarros de tinta, y escritos, dos o tres niños sentados a la mesa, y al corpulento hombre de cabellos grises con el cual hablaba el Portero. Vio cómo le cambiaba el rostro a aquel hombre, vio sus ojos volviéndose a ella en una breve mirada, vio cómo interrogaba al Portero, en voz baja, intensamente.

Los dos se acercaron a ella.

—El Maestro Transformador de Roke: Irían de Way —dijo el Portero.

El Transformador la miró fija y abiertamente. No era tan alto como ella. Miró fijamente al Portero, y luego a ella otra vez.

—Discúlpame por hablar de ti delante de ti, muchacha —le dijo—, pero debo hacerlo. Maestro Portero, sabes que nunca cuestionaría tu juicio, pero la Norma es clara. Debo preguntarte qué te ha impulsado a quebrantarla y dejarla entrar.

—Ella me lo pidió —dijo el Portero.

—Pero... —El Transformador hizo una pausa—. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer pidió entrar en la escuela?

—Ellas saben que la Norma no se lo permite.

—¿Sabías tú eso, Irían? —le preguntó el Portero, y ella le contestó: —Sí, señor.

—¿Y entonces qué te ha traído hasta aquí? —insistió el Transformador, severo, pero sin ocultar su curiosidad.

—El Maestro Marfil me dijo que podría hacerme pasar por hombre. Aunque yo pensé que debía decir quién era. Seré tan célibe como cualquiera, señor.

Dos largas arrugas aparecieron en las mejillas del Portero, rodeando la leve curva de su sonrisa. El rostro del Transformador permanecía severo, pero parpadeó, y después de pensar durante unos segundos, dijo: —Estoy de acuerdo, sí. —Definitivamente el mejor plan era ser honesto.— ¿De qué Maestro has hablado?

—De Marfil —dijo el Portero—. Un muchacho del Gran Puerto de Havnor, a quien dejé entrar hace tres años, y lo dejé salir otra vez el año pasado, como vos recordaréis.

—¡Marfil! ¿Aquel muchacho que estudiaba con el Maestro Mano? ¿Está aquí? —le preguntó el Transformador a Irian, encolerizado. Ella se quedó quieta y no dijo nada.

—No en la escuela —dijo el Portero, sonriendo.

—Te ha engañado, jovencita. Ha querido ponerte en ridículo poniéndonos en ridículo a nosotros.

—Yo lo utilicé para que me ayudara a llegar hasta aquí y para que me dijera qué decirle al Portero —dijo Irian—. No estoy aquí para engañar a nadie, sino para aprender lo que necesito saber.

—Muchas veces me he preguntado por qué dejé entrar a aquel muchacho —dijo el Portero—. Ahora comienzo a entenderlo.

Al decir eso, el Transformador lo miró, y después de reflexionar unos segundos dijo seriamente: —Portero, ¿qué tienes en mente?

—Creo que Irian de Way puede haber acudido a nosotros buscando no solamente lo que necesita saber, sino también lo que nosotros necesitamos saber. —El tono de voz del Portero era igual de sobrio, y su sonrisa había desaparecido.— Creo que éste puede ser un tema de reunión para los Nueve.

El Transformador absorbió aquello con una mirada de verdadero asombro; pero no cuestionó al Portero. Simplemente dijo:

—Pero no para los estudiantes.

El Portero sacudió la cabeza, de acuerdo con él.

—Ella puede alojarse en el pueblo —dijo el Transformador, un poco más aliviado.

—¿Mientras hablamos a sus espaldas?

—¿No querrás hacerla entrar en el Salón del Concilio? —preguntó el Transformador con incredulidad.

—El Archimago llevó allí al muchacho Arren.

—Pero... pero Arren era el Rey Lebannen...

—¿Y quién es Irian?

El Transformador se quedó en silencio, y luego dijo tranquilamente y con respeto: —Amigo mío, ¿qué piensas hacer, o aprender? ¿Qué es ella, que pides esto para ella?

—¿Quiénes somos nosotros —contestó el Portero— para rechazarla sin saber lo que es?

—Una mujer —dijo el Maestro Invocador.

Irian había esperado algunas horas en la cámara del Portero, una clara habitación de techos bajos, desnuda, con un asiento junto a una ventana con una pequeña hoja de vidrio, que daba a los jardines de la cocina de la Casa Grande. Jardines hermosos y muy bien cuidados, largas hileras y lechos de vegetales, hierbas y verduras, con cañas de bayas y árboles frutales alrededor. Vio a un hombre fornido y de piel oscura y a dos niños salir al jardín y escardar una de las parcelas de verduras. Observar su meticuloso trabajo la tranquilizó un poco. Deseó poder ayudarlos. La espera y la extrañeza eran muy difíciles. Una vez, el Portero entró en la habitación, trayéndole una taza con agua y un plato con carne fría, pan y cebolletas, y ella comió porque él se lo dijo, pero le costaba masticar y tragar. Los jardineros se fueron y ya no había nada que observar a través de la ventana a no ser los repollos creciendo y los gorriones esperando, y de vez en cuando un halcón allá a lo lejos en el cielo, y el viento agitándose suavemente entre las copas de los altos árboles, detrás de los jardines.

El Portero regresó y le dijo: —Ven, Irian, y conoce a los Maestros de Roke. —Su corazón comenzó a galopar como el caballo que tira una carreta. Lo siguió atravesando el laberinto de corredores hasta llegar a un salón de paredes oscuras con una hilera de altas y puntiagudas ventanas. Un grupo de hombres estaba allí de pie. Cada uno de ellos la miró cuando entró en aquel salón.

—Irian de Way, mis señores —dijo el Portero. Todos estaban en silencio. Le hizo señas para que se adentrara más en el salón—. Al Maestro Transformador ya lo has conocido —le dijo. Nombró a todos los demás, pero ella no pudo memorizar todos sus nombres y habilidades, excepto el del Maestro de Hierbas, había creído que era el jardinero, y el del más joven de ellos, un hombre alto de rostro severo pero hermoso que parecía esculpido en una piedra oscura, era el Maestro Invocador. Fue él quien habló cuando el Portero terminó. —Una mujer —dijo.

El Portero inclinó la cabeza, sereno como siempre.

—¿Para esto nos has reunido a los Nueve? ¿Solamente para esto?

—Solamente para esto —contestó el Portero.

—Se han visto dragones volando sobre el Mar Interior. Roke no tiene Archimago, y las islas no tienen un rey que haya sido verdaderamente coronado. Hay cosas más importantes que hacer —dijo el Invocador, y su voz también era como de piedra, fría y pesada—. ¿Cuándo vamos a hacerlas?

Hubo un incómodo silencio, puesto que el Portero no contestó. Finalmente un hombre menudo y de ojos claros que llevaba una túnica roja debajo de su capa gris de mago preguntó: —¿Traéis vos a esta mujer a la Casa como estudiante, Maestro Portero?

—Si así fuera, estaría en manos de todos vosotros aprobarlo o desaprobarlo —contestó él.

—¿Y es así? —preguntó el hombre de la túnica roja, sonriendo un poco.

—Maestro Mano —dijo el Portero—, ella pidió entrar como alumna, y no vi razón alguna para negárselo.

—Todas las razones —dijo el Invocador.

Entonces habló un hombre de voz profunda y clara:

—No es nuestro juicio lo que debe prevalecer, sino la Norma de Roke, la cual juramos seguir.

—Dudo que el Portero osara desafiarla siquiera ligeramente —dijo uno al cual Irian no había notado sino hasta que habló, aunque era un hombre corpulento, de cabellos blancos, huesudo y con cara de peñasco. A diferencia de los otros, la miraba mientras hablaba—. Yo soy Kurremkarmerruk —le dijo—. Como Maestro Nombrador aquí, me invento libremente los nombres, el mío incluido. ¿Quién te ha dado tu nombre, Irian?

—La bruja Rosa de nuestra aldea, señor —le contestó ella, muy erguida, aunque su voz salió aguda y áspera.

—¿Acaso le han dado el nombre equivocado? —le preguntó el Portero al Nombrador.

Kurremkarmerruk sacudió la cabeza. —No. Pero...

El Invocador, quien había estado de pie de espaldas a todos ellos, de cara al hogar sin fuego, se dio vuelta. —Los nombres que las brujas se dan unas a otras no son de nuestra incumbencia aquí —dijo—. Si vos tenéis algún interés en esta mujer, Portero, deberíais dedicaros a él fuera de estas paredes, del otro lado de la puerta que jurasteis vigilar. No hay sitio aquí para ella, y nunca lo habrá. Solamente podría traer confusión, discordia y más debilidad entre nosotros. No hablaré más ni diré nada más en su presencia. La única respuesta ante el error deliberado es el silencio.

—El silencio no es suficiente, mi señor —dijo uno que todavía no había hablado. Para Irian tenía un aspecto muy extraño, su piel era pálida y un poco rojiza, tenía largos cabellos claros y unos ojos estrechos del color del hielo. Sus palabras también eran extrañas, rígidas y algo deformadas—. El silencio es la respuesta a todo, y a nada — añadió.

El Invocador alzó su noble y oscuro rostro y atravesó el salón con la mirada hasta encontrar al hombre pálido, pero no dijo nada. Sin una palabra, ni siquiera un gesto, volvió a darse la vuelta y abandonó el salón. Cuando pasó caminando junto a Irían, ésta se apartó. Fue como si una tumba se hubiera abierto, una tumba invernal, fría, húmeda, oscura. El aliento se le atascó en la garganta. Jadeó un poco para recuperarlo. Cuando se repuso, vio que el Transformador y el hombre pálido la miraban intensamente.

El que tenía la voz corno una campana de sonido grave también la miró, y le habló con una severidad franca y bondadosa. —Tal y como yo lo veo, el hombre que te trajo hasta aquí tenía intenciones de hacer daño, pero tú no. Sin embargo, al estar aquí, Irían, nos haces daño a nosotros y a ti misma. Todo lo que no está en el lugar que le corresponde hace daño. Una nota cantada, sin importar lo bien cantada que esté, destroza la melodía de la cual no forma parte. Las mujeres les enseñan a las mujeres. Las brujas aprenden su arte de otras brujas y de hechiceros, no de magos. Lo que nosotros enseñamos aquí está en un lenguaje que no es para ser utilizado por las lenguas de las mujeres. El corazón joven se rebela ante tales leyes, llamándolas injustas, arbitrarias. Pero son leyes verdaderas, fundadas no en lo que nosotros queremos, sino en lo que es. Los justos y los injustos, los tontos y los sabios, todos deben obedecerlas, o malgastar la vida y sufrir las consecuencias.

El Transformador y un delgado anciano con cara entusiasta que estaba a su lado asintieron con la cabeza mostrando su aprobación. El Maestro Mano dijo:

—Irían, lo siento. Marfil era mi pupilo. Si le enseñé mal, hice peor en echarlo de aquí. Pensé que era insignificante, y por lo tanto inofensivo. Pero él te mintió y te sedujo. No debes sentirte avergonzada. La culpa fue de él y mía.

—No estoy avergonzada —dijo Irian. Los miró a todos. Sintió que debía agradecerles su cortesía pero no le salían las palabras. Los saludó rígidamente con la cabeza, dio media vuelta y salió a zancadas del salón.

El Portero la alcanzó justo cuando llegó a un cruce de corredores y se detuvo sin saber qué camino escoger. —Por aquí —le dijo él, poniéndose a su lado, y después de un rato—: Por aquí. Y así llegaron pronto hasta una puerta. No estaba hecha de cuerno y

marfil. Era de roble pero sin tallar, negra y enorme, con un cerrojo de hierro desgastado por el tiempo—. Esta es la puerta del jardín —le dijo el mago, abriendo el cerrojo—. Solían llamarla la Puerta de Medra. Yo vigilo ambas puertas. —La abrió. La claridad del día deslumbró a Irian. Cuando por fin pudo ver claramente, vio un sendero que salía desde la puerta, atravesaba los jardines y los campos detrás de ellos, pasaba por los campos de los altos árboles, y tenía el oleaje del Collado de Roke a la derecha. De pie sobre el sendero, justo del otro lado de la puerta, como si los hubiera estado esperando, estaba el hombre de cabellos claros y ojos estrechos.

—Maestro de Formas —dijo el Portero, para nada sorprendido.

—¿Adonde envías a esta dama? —preguntó el Hacedor de Formas con sus extrañas palabras.

—A ninguna parte —contestó el Portero—. La dejo salir de la misma manera que la he dejado entrar, por su propia voluntad.

—¿Vendrías conmigo? —le preguntó el Maestro de Formas a Irian.

Ella lo miró, y también al Portero, pero no dijo nada.

—Yo no vivo en esta Casa. En ninguna casa —dijo el Maestro de Formas—. Yo vivo allí. En el Bosquecillo. Ah —dijo, dándose la vuelta de repente. El hombre corpulento y de cabellos blancos, Kurremkarmerruk el Nombrador, estaba de pie un poco más abajo, sobre el sendero. No había estado allí hasta que el otro mago dijo: «Ah». Irian miraba a uno y a otro con completo asombro.

—Esta es simplemente una apariencia mía, una representación, un envío —le dijo el anciano—. Yo tampoco vivo aquí. Sino a varias millas de aquí —señaló hacia el norte—. Puedes ir hasta allí cuando termines aquí con el Maestro de Formas. Quisiera aprender más acerca de tu nombre. —Saludó a los otros dos magos con la cabeza, y desapareció. Un abejorro zumbó fuertemente atravesando el aire donde él había estado.

Irian bajó la cabeza y miró el suelo. Después un largo rato dijo, aclarando su garganta, y todavía sin levantar la vista: —¿Es cierto que hago daño por estar aquí?

—No lo sé —dijo el Portero.

—En el Bosquecillo no harás daño —le dijo el Maestro de Formas—. Vamos. Hay una vieja casa, una choza. Vieja, sucia. No te importa, ¿verdad? Quédate un tiempo. Ya verás. —Y emprendió su camino bajando por el sendero, entre los perejiles y los arbustos de habichuelas. Ella miró al Portero; él le sonrió un poco. Siguió al hombre de cabellos claros.

Caminaron aproximadamente media milla. El collado de cima redondeada se elevaba entero con el sol del oeste a su derecha. Detrás de ellos, la escuela se extendía gris y con todos sus tejados sobre la baja colina. El bosquecillo de árboles se levantaba ahora ante ellos. Irian vio robles y sauces, castaños y fresnos, y altos árboles de hojas perennes. Desde la densa oscuridad bañada por los rayos del sol, bajaban las aguas de un arroyo, de verdes riberas, con varios espacios marrones pisoteados por donde las vacas y las ovejas bajaban a beber o a cruzar el arroyo. Habían cruzado una valla del otro lado de la cual había un prado donde cincuenta o sesenta ovejas pastaban la corta y clara hierba, y ahora estaban cerca del arroyo. —Aquélla es la casa —dijo el mago, señalando un tejado bajo y cubierto de musgo, oculto por las sombras vespertinas de los árboles—. Quédate esta noche, ¿de acuerdo?

Le pidió que se quedara, no le ordenó que lo hiciera. Todo lo que ella pudo hacer fue asentir con la cabeza.

—Traeré comida —dijo él, y se marchó, apresurando el paso, con lo cual desapareció en seguida, aunque no tan abruptamente como el Nombrador, en el claroscuro de debajo de los árboles. Irian lo observó hasta que terminó de desaparecer y luego emprendió su camino atravesando los altos hierbajos y las malas hierbas hasta llegar a la pequeña casa.

Parecía ser muy vieja. Había sido reconstruida y vuelta a reconstruir, pero no por mucho tiempo. Ni tampoco había vivido nadie allí durante mucho tiempo, al menos eso parecía por el aspecto sosegado y solitario que tenía. Pero sin embargo tenía un aire agradable, como si los que habían dormido allí lo hubieran hecho llenos de paz. En cuanto a las paredes decrépitas, los ratones, el polvo, las telarañas y los escasos muebles, con todo eso Irian se sentía bastante como en casa. Encontró una escoba medio desplumada y barrió los excrementos de los ratones. Desenrolló su manta sobre la cama de madera. Encontró un cántaro rajado en un armario de puertas torcidas y lo llenó con agua del arroyo, que fluía clara y silenciosamente a diez pasos de la puerta. Hizo estas cosas en una especie de trance, y cuando acabó de hacerlas, se sentó sobre la hierba con la espalda contra la pared de la casa, la cual conservaba el calor del sol, y se quedó dormida.

Cuando despertó, el Maestro de Formas estaba sentado allí cerca, y había una cesta sobre la hierba entre ellos.

—¿Tienes hambre? Come —le dijo él.

—Comeré más tarde, señor. Gracias —le respondió Irian.

—Yo tengo hambre ahora —dijo el mago. Cogió un huevo duro de la cesta, lo cascó, le sacó la cascara y se lo comió.

—A esta casa la llaman la Casa de la Nutria —dijo él—. Es muy vieja. Tan vieja como la Casa Grande. Aquí todo es viejo. Nosotros somos viejos, los Maestros.

—Vos no sois muy viejo —le dijo Irian. Pensaba que tendría entre treinta y cuarenta años, aunque era difícil decirlo; pensaba una y otra vez en que sus cabellos eran blancos, porque no eran negros.

—Pero yo vengo desde muy lejos. La distancia puede ser años. Soy Kargo, de Karego. ¿Has oído hablar de ese sitio?

—¡Los Hombres Canos! —exclamó Irian, mirándolo fija y abiertamente. Todas las gestas de Margarita sobre los Hombres Canos que navegaban más allá del éste para dejar las tierras yermas y atravesar a niños inocentes con sus lanzas, y la historia de cómo Erreth-Akbe perdió el Anillo de la Paz, y los nuevos cantares y el Cuento del Rey sobre la manera en que el Archimago Gavilán se metió entre los Hombres Canos y regresó con aquel anillo...

—¿Canos? —preguntó el Maestro de Formas.

—Helados. Blancos —dijo ella apartando la mirada, avergonzada.

—Ah —después de unos segundos añadió—: El Maestro Invocador no es viejo. —Y ella obtuvo una mirada de soslayo de aquellos estrechos ojos del color del hielo.

Se quedó callada.

—Me pareció que le tenías miedo. —Ella asintió con la cabeza. Puesto que ella no decía nada, y ya había pasado un buen rato, él prosiguió—: En las sombras de estos árboles no hay ningún peligro. Sólo verdad.

—Cuando él pasó a mi lado —dijo ella en voz muy baja—, vi una tumba.

—Ah —dijo el Maestro de Formas. Había hecho un pequeño montoncito con trozos de cáscara de huevo sobre el suelo junto a su rodilla. Acomodó los blancos fragmentos hasta formar una curva, y luego la cerró formando un círculo—. Sí —dijo, estudiando sus cáscaras de huevo; luego, rascando un poco la tierra, las enterró con cuidado y delicadamente. Se sacudió el polvo de las manos. Una vez más su mirada se posó sobre Irian y luego miró hacia otro lado.

—¿Has sido una bruja, Irian?

—No.

—Pero tienes algo de conocimiento.

—No. No tengo nada. Rosa no quiso enseñarme. Dijo que no se atrevía. Porque yo tenía poder pero ella no sabía lo que era.

—Tu Rosa es una sabia flor —dijo el mago, sin sonreír.

—Pero sé que tengo que hacer algo. Que tengo que ser algo. Por eso quería venir aquí. Para descubrirlo. En la Isla de los Sabios.

Se estaba acostumbrando ya a aquella cara extraña, y era capaz de leerla. Pensó que él parecía estar triste. Su forma de hablar era severa, rápida, seca, pacífica.

—Los hombres de la Isla no siempre son sabios, ¿sabes? —dijo él—. Tal vez el Portero. —Ahora la miraba, no de soslayo sino abiertamente, sus ojos atrapando y sosteniendo los de ella.— Pero ahí, en el bosque, debajo de los árboles. Ahí está la verdadera sabiduría. Nunca es vieja. No puedo enseñarte pero puedo llevarte al Bosquecillo. —Después de un minuto se puso de pie.— ¿De acuerdo?

—Sí —contestó ella un poco indecisa.

—¿La casa está bien?

—Sí...

—Mañana —dijo él, y se fue.

Así que durante quince o más de los calurosos días de verano, Irian durmió en la Casa de la Nutria, que era una casa tranquila, y comió lo que el Maestro de Formas le traía en su cesta, huevos, queso, verduras, frutas, carnero ahumado, e iba con él todas las tardes al bosquecillo de altos árboles, donde los senderos nunca parecían estar donde ella creía recordar que estaban, y muchas veces llegaban mucho más allá de lo que parecían ser los confines del bosque. Caminaban en silencio, y raramente hablaban cuando descansaban. El mago era un hombre callado. Aunque había en él un atisbo de ferocidad, nunca se la mostraba a ella, y su presencia era tan natural como la de los árboles y la de los extraños pájaros y la de las criaturas de cuatro patas del Bosquecillo. Tal como él había dicho, no trataba de enseñarle. Cuando ella preguntaba algo acerca del Bosquecillo, él le decía que éste, junto con el Collado de Roke, estaba allí desde que Segoy creara las Islas del mundo, y que toda la magia estaba en las raíces de los árboles, y que éstas estaban enredadas con las raíces de todos los bosques que había o podría llegar a haber.

—Y a veces el Bosquecillo está en este lugar —dijo él—, y a veces en otro. Pero siempre está.

Nunca había visto dónde vivía él. Dormiría donde se le antojara, imaginaba ella, en aquellas cálidas noches de verano. Le preguntó de dónde venía la comida que comían. Lo que la escuela no producía por sí misma, le dijo él, lo proporcionaban los granjeros del lugar, quienes se consideraban bien recompensados por las protecciones que los Maestros colocaban en sus rebaños y en sus campos y en sus huertos. Eso tenía sentido, pensó ella. En Way, la frase «un mago sin su alimento» significaba algo inaudito, sin precedentes. Pero ella no era ningún mago, así que, queriendo ganarse su alimento, hizo todo lo que pudo por reparar la Casa de la Nutria, pidiéndole herramientas prestadas a un granjero y comprando clavos y yeso en el Pueblo de Zuil, puesto que todavía tenía la mitad del dinero del queso.

El Maestro de Formas nunca iba a verla antes del mediodía, por lo que tenía las mañanas libres. Estaba acostumbrada a la soledad, pero aun así echaba de menos a Rosa y a Margarita y a Conejo, y a las gallinas y a las vacas y a las ovejas, y a los ruidosos y estúpidos perros; y también echaba de menos todo el trabajo que hacía en casa tratando de mantener a la Antigua Iría unida y de poner comida sobre la mesa. Así que trabajaba con parsimonia cada mañana hasta que veía al mago salir de entre los árboles, con sus cabellos del color claro, brillando bajo la luz del sol.

Una vez allí en el Bosquecillo, no tenía pensamiento alguno sobre ganar, o merecer, o siquiera aprender. Estar allí era suficiente, lo era todo.

Cuando le preguntó si los alumnos de la Casa Grande iban allí, él le respondió: «A veces». Otra vez dijo: «Mis palabras no son nada. Escucha a las hojas». Eso fue lo único que dijo que podría llamarse enseñanza. Mientras ella caminaba, escuchaba a las hojas cuando el viento las hacía susurrar o cuando bramaba en las copas de los árboles;

observaba a las sombras jugar, y pensaba en las raíces de los árboles allí abajo en la oscuridad de la tierra. Se sentía completamente feliz de estar allí. Sin embargo siempre, sin descontento ni urgencia, sentía que estaba esperando algo. Y aquella silenciosa expectativa se hacía más profunda y más clara cuando salía del cobijo del bosque y veía el cielo abierto.

Una vez, cuando ya habían recorrido un buen tramo y los árboles, oscuros árboles de hojas perennes que ella no conocía, se alzaban altos a su alrededor, oyó una llamada —una trompa que alguien hacía sonar, ¿una petición de ayuda?— remota, al mismísimo límite del alcance del oído. Se detuvo, inmóvil, escuchando hacia el oeste. El mago siguió caminando, y se volvió sólo cuando se dio cuenta de que ella se había detenido.

—He oído... —dijo ella, y no pudo decir lo que había oído.

Él escuchó. Siguieron caminaron y por fin atravesaron un silencio ampliado y agudizado por aquella lejana llamada.

Ella nunca había entrado al Bosquecillo sin él, hasta varios días antes, en que él la había dejado sola entre sus árboles. Una calurosa tarde, cuando llegaron a un claro que había entre unos robles, él le dijo: —Regresaré aquí, ¿de acuerdo? —Y se fue caminando con su rápido y silencioso andar, perdiéndose casi inmediatamente en las moteadas y cambiantes profundidades del bosque.

Ella no tenía deseos de explorar sola. La tranquilidad del lugar llamaba a la quietud, a observar, a escuchar; y ella sabía lo complicados que eran los senderos, y que el Bosquecillo era, tal como había dicho el Maestro de Formas, «más grande por dentro que por fuera». Se sentó en una zona en sombras moteada por los rayos del sol, y observó las formas que las hojas proyectaban sobre el suelo. El lugar estaba lleno de bellotas; aunque nunca había visto cerdos salvajes en el bosque, vio allí sus huellas. Por un instante olfateó el rastro de un zorro. Sus pensamientos se movían tan rápida y naturalmente como la brisa en la cálida luz.

Allí, su mente parecía estar a menudo vacía de pensamientos, llena del propio bosque, pero aquel día los recuerdos acudieron a ella, vividos. Pensó en Marfil, pensando que nunca volvería a verlo, preguntándose si habría encontrado un barco que lo llevase de regreso a Havnor. Le había dicho que nunca regresaría al Estanque del Oeste; el único lugar para él era el Gran Puerto, la Ciudad del Rey, y por lo que a él le importaba, la Isla de Way podía hundirse en el mar tan profundamente como Solea. Pero ella pensó con amor en los caminos y en los campos de Way. Pensó en la aldea de la Antigua Iria, en el pantanoso manantial que estaba al pie de la Colina de Iria, en la vieja casa que está sobre ella. Pensó en Margarita cantando gestas en la cocina, en las tardes de invierno, marcando el tiempo con sus zuecos de madera; y en el viejo Conejo en los viñedos con su navaja, mostrándole cómo podar la vid «hasta llegar a la vida que está en el centro»; y en Rosa, en su Etaudis, susurrando encantamientos para aliviar el dolor en el brazo roto de un niño. «He conocido a gente sabia», pensó. Su mente retrocedía ante el recuerdo de su padre, pero el movimiento de las hojas y las sombras lo acercaba. Lo vio borracho, gritando. Sintió sus curiosas y trémulas manos sobre ella. Lo vio llorando, enfermo, avergonzado; y un dolor le recorrió el cuerpo y luego se disolvió, como un dolor que se derrite hasta desaparecer en la larga extensión de los brazos. Él significaba menos para ella que la madre que no había conocido.

Se estiró, sintiendo la comodidad de su cuerpo en el calor, y su mente regresó hasta Marfil. En su vida nunca había habido nadie a quien deseara. La primera vez que vio al joven mago cabalgando tan delgado y arrogante, deseó poder desearlo; pero no fue así y no pudo hacerlo; y entonces había pensado que estaría protegido por hechizos. Rosa le había explicado cómo obraban los sortilegios de los magos, «de manera que la idea nunca cruce por tu cabeza, ni por la de ellos, ¿sabes?, porque les quitaría poder, según dicen». Pero Marfil, pobre Marfil, había estado demasiado desprotegido. Si alguien estaba bajo un hechizo de castidad, debió de haber sido ella misma, porque siendo tan

encantador y tan apuesto, nunca había sido capaz de sentir nada por él más que simplemente afecto, y su único deseo había sido aprender lo que él podía enseñarle.

Pensó en ella misma, sentada en el profundo silencio del Bosquecillo. Ningún pájaro cantaba; la brisa se había apaciguado; las hojas pendían inmóviles. «¿Estaré hechizada? ¿Seré una cosa estéril, no un todo, no una mujer?», se preguntaba a sí misma, mirando sus fuertes y desnudos brazos, la suave curva de sus pechos a la sombra, bajo el cuello de la camisa.

Levantó la vista y vio al Hombre Cano saliendo de un oscuro pasillo de inmensos robles y acercándose a ella atravesando el claro.

Se detuvo frente a ella. Ella sintió cómo se ruborizaba, su rostro y su garganta ardían, estaba mareada, los oídos le zumbaban. Buscó palabras, cualquier cosa, algo que decir, para desviar su atención de ella, y no pudo encontrar nada. Él se sentó a su lado. Ella agachó la cabeza, como si estuviera estudiando el esqueleto de una hoja del año anterior que estaba junto a su mano.

«¿Qué es lo que quiero?», se preguntó, y la respuesta no llegó a ella en palabras sino a través de todo su cuerpo y alma: el fuego, un fuego aun más grande que aquél, el vuelo, el vuelo ardiente...

Volvió en sí, al tranquilo aire bajo los árboles. El Hombre Cano estaba sentado a su lado, su rostro inclinado hacia abajo, y ella pensó en qué frágil y ligero parecía, qué callado y apenado. No había nada a lo que temer. No había peligro alguno.

Él levantó la vista para mirarla.

—Irian —dijo—, ¿escuchas las hojas?

La brisa se estaba moviendo otra vez, suavemente; podía oír un leve susurro entre los robles. —Un poco —le contestó.

—¿Oyes las palabras?

—No.

Ella no preguntó nada y él no dijo nada más. Al poco tiempo se puso de pie, y ella lo siguió hasta el camino que siempre los llevaba, tarde o temprano, fuera del bosque, hasta el claro junto al arroyo de Zuil y a la Casa de la Nutria. Al llegar allí, ya estaba avanzada la tarde. Él bajó hasta el arroyo y se arrodilló para beber de sus aguas en donde éste abandonaba el bosque, después de todos los cruces. Ella hizo lo mismo. Luego, sentados sobre las frescas y largas hierbas de la ribera, él comenzó a hablar.

—Mi gente, los Kargos, adoran a dioses. Dioses Gemelos, hermanos. Y el rey también es un dios. Pero antes de los dioses y después, siempre, están los arroyos. Las cuevas, las piedras, las colinas. Los árboles. La tierra. La oscuridad de la tierra.

—Los Antiguos Poderes —dijo Irian.

Él asintió con la cabeza. —Allí, las mujeres conocen los Antiguos Poderes. Aquí también, las brujas. Y el conocimiento es malo, ¿sabes?

Cuando agregaba aquellos pequeños e interrogativos «¿de acuerdo?» o «¿sabes?» al final de lo que había parecido una aseveración, siempre la tomaba por sorpresa. Ella no dijo nada.

—La oscuridad es mala —dijo el Maestro de Formas.

Irian respiró profundamente y lo miró a los ojos mientras seguían allí sentados.

—Sólo la luz en la oscuridad —dijo entonces.

—Ah —dijo él. Apartó la mirada para que ella no pudiera ver su expresión.

—Debería irme —dijo ella—. Puedo caminar por el Bosquecillo, pero no vivir allí. No es mi... mi lugar. Y el Maestro Cantor dijo que hacía daño estando aquí.

—Todos hacemos daño por estar —dijo el Maestro de Formas. Hizo lo que solía hacer, un pequeño bosquejo con cualquier cosa que tuviera a mano: sobre el pequeño trozo de arena que había en la orilla del arroyo justo frente a él puso el tallo de una hoja, una brizna de hierba y varios guijarros. Los estudió y los reacomodó—. Ahora debo hablar de daños —dijo él.

Después de una larga pausa, prosiguió: —Tú sabes que un dragón trajo de regreso a nuestro Señor Gavilán, con el joven rey, de las tierras de la muerte. Luego, el dragón llevó a Gavilán hasta su casa, porque sus poderes habían desaparecido, ya no era un mago. Así que, dentro de muy poco tiempo, los Maestros de Roke se reunirán para elegir un nuevo Archimago, aquí, en el Bosquecillo, como siempre. Pero no como siempre.

»Antes de que llegara el dragón, el Invocador también había regresado de la muerte, adonde puede ir, adonde su arte puede llevarlo. Allí había visto a nuestro señor y al joven rey, en aquel campo detrás del muro de piedras. Dijo que no regresarían. Dijo que el Señor Gavilán le había dicho que regresara a nosotros, a la vida, que se llevara esas palabras. Y entonces lloramos por nuestro señor.

»Pero después llegó el dragón, Kalessin, que regresó con él con vida.

»El Invocador estaba entre nosotros cuando estábamos en el Collado de Roke y vimos al Archimago arrodillándose frente al Rey Lebannen. Luego, mientras el dragón se llevaba a nuestro amigo, el Invocador cayó desvanecido.

«Yacía como si estuviera muerto, frío, su corazón no latía, pero sin embargo respiraba. El Maestro de Hierbas utilizó todo su arte, pero no pudo reanimarlo. "Está muerto", dijo. "La respiración no lo abandonará, pero está muerto."

«Entonces lloramos por él. Luego, puesto que había consternación entre nosotros, y todas mis formas hablaban de cambio y de peligro, nos reunimos para escoger a un nuevo guardián de Roke, un Archimago que nos guiara. Y en nuestro concilio pusimos al joven rey en el lugar del Invocador. Nos parecía bien que él se sentara entre nosotros. Al principio el único que se opuso fue el Transformador, y luego estuvo de acuerdo.

»Nos reunimos, nos sentamos, pero no nos fue posible escoger. Dijimos esto y aquello, pero no dijimos ningún nombre. Y entonces yo... —hizo una pequeña pausa—. Entonces acudió a mí lo que mi gente llama el eduevanu, es decir la otra respiración. Las palabras acudían a mí y yo las pronunciaba. Dije: ¡Hama Gondun! Y Kurremkarmerruk les dijo lo mismo en idioma hárdico: "Una mujer en Gont". Pero cuando regresé a mis propias entrañas, no podía decirles lo que eso significaba. Y entonces nos fuimos de allí sin haber escogido a ningún Archimago.

»El rey se fue poco tiempo después, y el Maestro de Vientos se fue con él. Antes de que el rey fuera coronado, fueron a Gont y buscaron al señor Gavilán, para descubrir lo que aquello significaba, "una mujer en Gont", ¿sabes? Pero no lo vieron, sólo vieron a mi compatriota, Tenar-del-Anillo. Dijo que ella no era la mujer que ellos buscaban. Y no encontraron a nadie, no encontraron nada. Así que Lebannen consideró que aquello había sido una profecía que aún tenía que cumplirse. Y en Havnor colocó su corona sobre su propia cabeza.

»El Maestro de Hierbas, y yo mismo, creímos que el Invocador estaba muerto. Creímos que el aliento que conservaba quedaba aún allí por obra de un hechizo de su propio arte que nosotros no comprendíamos, como las serpientes de hechizo saben lo que mantiene latiendo sus corazones mucho después de que han muerto. Por más que parecía terrible enterrar un cuerpo que aún respiraba, sin embargo estaba frío, y su sangre ya no corría por sus venas, y ya no había alma en él. Eso era lo más terrible. Así que nos preparamos para enterrarlo. Y, entonces, mientras yacía junto a su tumba, sus ojos se abrieron. Se movió, y habló. Dijo: "Me he invocado a mí mismo otra vez a la vida, para hacer lo que debe hacerse".

La voz del Hacedor de Formas se hizo más áspera. De repente apartó el pequeño esbozo de guijarros con la palma de su mano.

—Así que cuando el Maestro de Vientos regresó después de la coronación del rey, éramos nueve otra vez. Pero divididos. Porque el Invocador dijo que debíamos reunimos otra vez y elegir a un Archimago. El rey no había tenido lugar entre nosotros, dijo. Y «una mujer en Gont», quienquiera que pudiera llegar a ser, no tenía lugar entre los hombres de Roke, ¿sabes? El Maestro de Vientos, el Cantor, el Transformador, Mano, le dan la razón.

Y puesto que el Rey Lebannen es un hombre que ha regresado de la muerte, para cumplir esa profecía, dicen que el Archimago también será un hombre que haya regresado de la muerte.

—Pero... —dijo Irian, y se detuvo.

Después de un largo rato, el Hacedor de Formas dijo:

—Ese arte, el de invocar, ¿sabes?, es terrible. Siempre es peligroso. Aquí —y levantó la mirada para observar la verde y dorada oscuridad de los árboles—, aquí no hay invocaciones. Nada vuelve de detrás del muro. No hay muro.

Su rostro era el rostro de un guerrero, pero cuando miraba los árboles éste se enternecía, anhelando.

—Así que —dijo—, te utiliza como pretexto para convocarnos a reunión, pero yo no iré a la Casa Grande. Y no seré invocado.

—¿El no quiere venir aquí?

—Creo que no quiere caminar por el Bosquecillo. Ni por el Collado de Roke. En el Collado, lo que es, se muestra.

Ella no supo lo que él quería decir, pero no preguntó, preocupada:

—Dices que me convierte en la razón para que vosotros os reunáis.

—Sí. Para echar a una mujer se necesitan nueve magos. —Pocas veces sonreía, y cuando lo hacía era rápida y ferozmente.— Debemos reunimos para mantener la Norma de Roke. Y entonces elegir un Archimago.

—Si yo me fuera... —Lo vio sacudir la cabeza.— Siempre podría ir con el Nombrador...

—Aquí estás a salvo.

La idea de hacer daño la perturbaba, pero la idea de correr peligro no había cruzado por su mente. Lo encontraba inconcebible.

—No me pasará nada —dijo—. ¿Entonces el Nombrador y tú, y el Portero...?

—... no Queremos que Thorion sea Archimago. El Maestro de Hierbas tampoco, aunque escarba mucho y habla poco.

Vio que Irian lo miraba fijamente y sorprendida. —Thorion el Invocador no esconde su verdadero nombre —le dijo él—. Ha muerto, ¿sabes?

Ella sabía que el Rey Lebannen utilizaba su verdadero nombre abiertamente. Él también había regresado de la muerte. Pero aun así, que el Invocador lo hiciera continuaba sorprendiéndola e inquietándola más y más cuanto más pensaba en ello.

—¿Y los... los alumnos?

—También están divididos.

Pensó en la escuela, donde había estado tan brevemente. Desde allí, debajo del alero del Bosquecillo, la veía como paredes de piedra rodeando una clase de seres, y manteniendo fuera a todos los demás, como un corral, una jaula. ¿Cómo podía alguno de ellos mantener el equilibrio en un lugar así?

El Hacedor de Formas empujó cuatro guijarros en una pequeña curva sobre la arena y dijo: —Ojalá Gavilán no se hubiera ido, ojalá pudiera leer lo que escriben las sombras. Pero lo único que puedo oír de las hojas es Cambio, cambio... Todo cambiará excepto ellas. —Volvió a levantar la cabeza para observar los árboles con aquella mirada anhelante. El sol se estaba poniendo. Se levantó, le dio amablemente las buenas noches, y se fue caminando, entrando por debajo de los árboles.

Se sentó un rato junto al arroyo de Zuil. Estaba perturbada por lo que él le había contado y por sus pensamientos y sentimientos en el Bosquecillo, y le perturbaba que cualquier pensamiento o sentimiento la perturbara allí. Fue hasta la casa, se sirvió su cena de carne ahumada y pan y lechuga de verano, y la comió sin saborearla. Vagó otra vez con desasosiego por la ribera del arroyo hasta llegar al agua. Estaba muy quieta y cálida en los últimos minutos del crepúsculo, sólo las estrellas más grandes ardían a través de un pálido cielo cubierto. Se quitó las sandalias y metió los pies en el agua. Estaba fresca, pero aún la atravesaban algunas venas con el calor del sol. Se quitó las

ropas, los pantalones y la camisa de hombre que era todo lo que tenía, y se metió desnuda en el agua, sintiendo el empuje y la agitación de la corriente por todo su cuerpo. En Iria nunca había nadado en los arroyos, y siempre había odiado el mar, ondulándose frío y gris, pero estas rápidas aguas le gustaban, esta noche. Se dejaba llevar por la corriente y flotaba, sus manos deslizándose sobre piedras sedosas debajo del agua y sobre sus propios sedosos flancos, sus piernas acariciaban hierbas acuáticas. El agua se llevó todas sus preocupaciones e intranquilidades, y gozó flotando en las caricias del arroyo, mirando fijamente el blanco y suave fuego de las estrellas.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. El agua se enfrió de golpe. Incorporándose, con las extremidades aún suaves y flojas, miró hacia arriba y vio en la orilla, sobre ella, la figura blanca de un hombre.

Se puso de pie, desnuda, en el agua.

—¡Vete! —gritó—. ¡Vete, traidor, estúpido libertino, o te arrancaré el hígado! —Subió de un salto a la ribera, ayudándose con los resistentes hierbajos, y se irguió rápidamente tambaleándose. No había nadie allí. Estaba de pie, enfurecida, temblando de rabia. Saltó otra vez más abajo, a la orilla, encontró sus ropas, y se las puso, mientras seguía gritando—: ¡Mago cobarde! ¡Traidor hijo de perra!

—¿Irían?

—¡Ha estado aquí! —gritó ella—: ¡Ese asqueroso corazón, ese Thorion! —Se acercó hasta el Maestro de Formas mientras él caminaba bajo la luz de las estrellas junto a la casa.— Me estaba bañando en el arroyo, ¡y él estaba allí parado mirándome!

—Un envío. Era solamente una apariencia de él. No podía lastimarte, Irian.

—Un envío con ojos, ¡una apariencia que ve! Puede que estuviera... —Se detuvo, de repente perdida en el mundo. Se sentía enferma. Temblaba, y tragó la fría saliva que quedaba en su boca.

El Maestro de Formas se acercó a ella y cogió sus manos con las de él. Sus manos estaban cálidas, y ella se sentía tan mortalmente fría que se acercó aun más a él para sentir el calor de su cuerpo. Se quedaron así durante un rato, el rostro de ella alejado del de él pero con las manos unidas y los cuerpos apretados uno contra el otro. Finalmente ella se alejó, enderezándose, echando hacia atrás sus lacios y húmedos cabellos.

—Gracias —le dijo—. Tenía frío.

—Lo sé.

—Yo nunca tengo frío —dijo ella—. Fue por él.

—Te digo, Irian, que no puede venir hasta aquí, que no puede hacerte daño aquí.

—No puede hacerme daño en ningún sitio —le contestó ella, el fuego corriendo nuevamente por sus venas—. Si intenta hacerme daño, lo destruiré.

—Ah —dijo el Hacedor de Formas.

Ella lo miró a la luz de las estrellas, y le dijo:

—Dime tu nombre. No tu verdadero nombre, simplemente un nombre por el que pueda llamarte. Cuando piense en ti.

Él se quedó en silencio durante un minuto y luego le respondió: —En Karego-At, cuando era un bárbaro, era Azver. En hárdico, es un estandarte de guerra.

—Azver —dijo ella—. Gracias.

Acostada pero despierta en la pequeña casa, sintiendo que el aire la sofocaba y el techo se le acercaba cada vez más, de repente se durmió profundamente. Se despertó igual de sobresaltada cuando comenzó a recibir la luz del este. Fue hasta la puerta para ver lo que más le gustaba ver, el cielo antes del amanecer. Mirando hacia abajo, vio a Azver, el Maestro de Formas, envuelto en su capa gris, profundamente dormido en el suelo delante de su puerta. Ella volvió a meterse sin hacer ruido en la casa. Un rato después lo vio volviendo a su bosque, caminando despacio, un poco rígidamente, y rascándose la cabeza mientras se iba, como hace la gente cuando todavía está medio dormida.

Se puso a trabajar descascarando la pared interior de la casa, preparándola para enyesarla. Justo cuando el primer rayo de sol pasó por la ventana, alguien golpeó su puerta abierta. Fuera estaba el hombre que ella había pensado era el jardinero, el Maestro e Hierbas, con aspecto serio e impasible, como un buey marrón, junto al viejo de rostro enjuto y adusto, el Nombrador.

Ella se acercó hasta la puerta y murmuró una especie de saludo. La intimidaban aquellos Maestros de Roke; y su presencia también significaba que la época de paz había terminado, los días caminando por el silencioso bosque estival con el Maestro de Formas. Eso había llegado a su fin la noche anterior. Ella lo sabía, pero no quería saberlo.

—Nos ha enviado el Hacedor de Formas —dijo el Maestro de Hierbas. Parecía incómodo. Al observar una mata de malas hierbas debajo de la ventana, dijo—: Esto es heno blanco. Alguien de Havnor lo ha plantado aquí. No sabía que había alguno en esta isla. —Lo examinó cuidadosamente, y puso algunas vainas de semillas en su pequeña bolsa.

Irian estaba estudiando al Nombrador disimuladamente pero con mucha atención, tratando de ver si podía descubrir si era, según él había dicho, un envío o si estaba allí en carne y hueso. Nada en él parecía ser insustancial, pero ella pensó que no estaba allí, y cuando estuvo bajo la inclinada luz del sol que entraba por la ventana, y no proyectó sombra alguna, lo supo.

—¿Donde vos vivís está muy lejos de aquí, señor? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza. —Me he dejado a mitad del camino —contestó. Miró hacia arriba; el Maestro de Formas venía hacia donde ellos estaban, ahora bien despierto.

Los saludó y les preguntó: —¿Vendrá el Portero?

—Dijo que sería mejor que se quedara vigilando las puertas —contestó el Maestro de Hierbas. Cerró con cuidado su bolsita y miró a los demás, a su alrededor—. Pero no sé si podrá vigilar la colina de la hormiga.

—¿Qué pasa? —preguntó Kurremkarmerruk—. He estado leyendo algunas cosas acerca de dragones. No le he prestado atención a las hormigas. Pero todos los muchachos que tenía estudiando en la Torre se han ido.

—Invocados —dijo el Maestro de Hierbas, secamente.

—¿Y? —preguntó el Nombrador, más secamente aún.

—Puedo decirte solamente lo que me parece a mí —dijo el Maestro de Hierbas, reacio, incómodo.

—Hazlo —dijo el viejo mago.

El Maestro de Hierbas aún dudaba. —Esta dama no pertenece a nuestro concilio —dijo finalmente.

—Pertenece al mío —dijo Azver.

—Ha venido a este lugar, en esta época —dijo el Nombrador—. Y a este lugar, en esta época, nadie viene por casualidad. Lo único que sabe cualquiera de nosotros es lo que nos parece. Hay nombres detrás de nombres, mi Señor Curador.

El mago de ojos oscuros agachó la cabeza ante eso, y dijo: —Muy bien. —Evidentemente con alivio por aceptar el juicio de ellos antes que el suyo propio.— Thorion ha estado mucho con los otros Maestros, y con los muchachos. Reuniones secretas, círculos internos. Rumores, susurros. Los estudiantes más jóvenes están asustados, y varios me han preguntado a mí o al Portero si pueden irse, abandonar Roke. Y los hemos dejado ir. Pero no hay ningún barco en el puerto, y ninguno ha entrado en la Bahía de Zuil después del que os trajo a vos, señorita, y se fue al otro día rumbo a Wathort. El Maestro de Vientos mantiene al viento de Roke contra todo. Si llegara a venir el propio rey, no podría desembarcar en Roke.

—Hasta que cambie el viento, ¿eh? —dijo el Maestro de Formas.

—Thorion dice que Lebannen no es en realidad rey, puesto que ningún Archimago lo coronó.

—¡Tonterías! ¡Eso no es historia! —dijo el viejo Nombrador—. El primer Archimago llegó siglos después del último rey. Roke gobernaba al servicio del rey.

—Ah —dijo el Hacedor de Formas—, al mayordomo le cuesta ceder las llaves cuando el dueño regresa a casa, ¿eh?

—El Anillo de Paz ha cicatrizado —dijo el Maestro de Hierbas, con su paciente y turbulenta voz—; la profecía se ha cumplido, el hijo de Morred ha sido coronado, y aún no tenemos paz. ¿En qué nos hemos equivocado? ¿Por qué no podemos encontrar el equilibrio?

—¿Qué pretende Thorion? —preguntó el Nombrador.

—Traer a Lebannen aquí. —respondió el Maestro de Hierbas—. Los hombres jóvenes hablan de «la verdadera corona». Una segunda coronación, aquí. Por el Archimago Thorion.

—¡Atrás! —dejó escapar Irian impulsivamente, al tiempo que hacía la señal que evita que la palabra se convierta en hecho. Ninguno de los hombres sonrió, y después de unos instantes el Maestro de Hierbas hizo el mismo gesto.

—¿Cómo es que los tiene a todos? —preguntó el Nombrador—. Maestro de Hierbas, tú estabas aquí cuando Gavilán y Thorion fueron desafiados por Irioth. Su don era tan poderoso como el de Thorion, creo. Lo utilizaba para manejar a los hombres, para controlarlos totalmente. ¿Es eso lo que hace Thorion?

—No lo sé —contestó el Maestro de Hierbas—. Lo único que puedo decirte es que cuando estoy con él, cuando estoy en la Casa Grande, siento que nada puede hacerse a no ser lo que ya se ha hecho. Que nada cambiará. Nada crecerá. Que no importa qué curas utilice, la enfermedad terminará en muerte. —Miró a su alrededor, a todos lo demás, todos como un buey herido.— Y creo que es cierto. No hay otra manera de recobrar el equilibrio que no sea quedándose quietos. Hemos ido demasiado lejos. Que el Archimago y Lebannen fueran corpóreamente a la muerte y regresaran no estuvo bien. Quebrantaron una ley que no debe ser quebrantada. Por eso volvió Thorion, para restaurar la ley.

—¿Qué, para enviarlos de nuevo a la muerte? —preguntó el Nombrador, y el Hacedor de Formas: —¿Quién debe decir qué es la ley?

—Hay un muro —dijo el Maestro de Hierbas.

—Ese muro no tiene las raíces tan profundas como mis árboles —dijo el Maestro de Formas.

—Pero tienes razón, Maestro de Hierbas, hemos perdido el equilibrio —dijo Kurremkarmerruk, su voz áspera y severa—. ¿Cuándo y dónde comenzamos a ir demasiado lejos? ¿De qué nos hemos olvidado, a qué le hemos dado la espalda, qué hemos pasado por alto?

Irian miraba a uno y a otro.

—Cuando el equilibrio está mal, quedarse quieto no es bueno. Debe empeorar aun más —dijo el Maestro de Formas—. Hasta... —Hizo un rápido gesto de cambio total con las manos abiertas, de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo.

—¿Qué puede estar más mal que invocarse a uno mismo para regresar de la muerte? —preguntó el Nombrador.

—Thorion era el mejor de todos nosotros, un corazón valiente, una mente noble. —El maestro de Hierbas había hablado casi con furia.— Gavilán lo amaba. Al igual que todos nosotros.

—La conciencia lo atrapó —dijo el Nombrador— La conciencia le dijo que él era el único que podía arreglar las cosas. Para hacerlo, negó su muerte. Y así niega la vida.

—¿Y quién debe enfrentarse a él? —preguntó el Maestro de Formas—. Yo solamente puedo esconderme en mi bosque.

—Y yo en mi Torre —dijo el Nombrador—. Y tú, Maestro de Hierbas, y el Portero, estáis dentro de la trampa, en la Casa Grande. Las paredes han sido construidas para mantener fuera todos los males. O dentro, según fuera el caso.

—Somos cuatro contra él —dijo el Hacedor de Formas.

—Ellos son cinco contra nosotros —objetó el Maestro de Hierbas.

—¿A esto hemos llegado —dijo el Nombrador—, a reunimos al borde del bosque que Segoy plantó y hablar de cómo destruirnos unos a otros?

—Sí —dijo el Maestro de Formas—. Lo que pasa demasiado tiempo sin cambios termina autodestruyéndose. El bosque es para siempre porque muere y muere y así vive. No dejaré que esa mano muerta me toque. O que toque al rey que nos trajo esperanza. Se ha hecho una promesa, se ha hecho a través de mí. Yo la he pronunciado: «Una mujer en Gont». No dejaré que esas palabras sean olvidadas.

—¿Entonces debemos ir a Gont? —preguntó el Maestro de Hierbas, contagiado por la pasión de Azver—. Gavilán esta allí.

—Tenar-del-Anillo está allí —dijo Azver.

—Tal vez nuestra esperanza esté allí —dijo el Nombrador.

Se quedaron en silencio, inseguros, intentando albergar algo de esperanza.

Irían también se quedó en silencio, pero su esperanza se hundió, y fue reemplazada por una sensación de vergüenza y total insignificancia. Aquellos eran hombres valientes, sabios, buscando salvar lo que amaban, pero no sabían cómo hacerlo. Y ella no compartía su sabiduría, ni tomaba parte alguna en sus decisiones. Se alejó de ellos, y ellos no lo notaron. Siguió caminando, dirigiéndose hacia el arroyo de Zuil, donde salía del bosque sobre una pequeña cascada de cantos rodados. El agua estaba clara bajo los rayos de sol matutinos y producía un sonido alegre. Quería llorar, pero nunca había servido para hacerlo. Se detuvo y observó el agua, y su vergüenza se fue convirtiendo lentamente en rabia.

Regresó donde estaban los tres hombres, y dijo:

—Azver.

Él se dio vuelta para mirarla, sorprendido, y se acercó un poco.

—¿Por qué rompisteis vuestra Norma por mí? ¿Fue eso algo justo para mí, que nunca podré ser lo que vosotros sois?

Azver frunció el ceño.

—El Portero te dejó entrar porque tú se lo pediste —le respondió—. Yo te traje al Bosquecillo porque las hojas de los árboles me dijeron tu nombre antes de que tú llegaras aquí. Irían, decían, Irían. Por qué has venido, no lo sé, pero no ha sido por casualidad. El Invocador también sabe eso.

—Tal vez he venido a destruirlo a él.

Azver la miró y no dijo nada.

—Tal vez he venido a destruir Roke.

Entonces sus pálidos ojos ardieron. —¡Inténtalo!

Un largo temblor recorrió su cuerpo mientras permanecía allí, frente a él. Se sintió más grande que él, más grande que ella misma, enormemente grande. Podía alargar un dedo y destruirlo. Él estaba allí, de pie, en su pequeña, valiente, breve humanidad, su mortalidad, indefenso. Ella respiró muy profundamente. Se alejó de él.

La sensación de tremenda fuerza iba desapareciendo de ella poco a poco. Giró un poco la cabeza y miró hacia abajo, sorprendida de ver su propio brazo moreno, su manga arremangada, la hierba surgiendo fría y verde alrededor de sus sandalias. Volvió a mirar al Maestro de Formas y aún parecía un ser muy frágil. Lo compadecía y lo honraba. Quería advertirle del peligro en que se encontraba. Pero no le salió ni una palabra. Se dio vuelta y regresó a la orilla del arroyo junto a la pequeña cascada. Allí se puso en cuclillas y escondió el rostro entre los brazos, dejándolo a él fuera, dejando al mundo fuera.

Las voces de los magos hablando eran como las voces de las aguas fluyendo. El arroyo decía sus palabras, y ellos decían las de ellos, pero ni unas ni otras eran las palabras correctas.

IV - Irían

Cuando Azver volvió a reunirse con los otros hombres, había algo en su rostro que hizo preguntar al Maestro de Hierbas:

—¿Qué sucede?

—No lo sé —contestó Azver—. Tal vez no deberíamos irnos de Roke.

—Probablemente no podemos —dijo el Maestro de Hierbas—. Si el Maestro de Nubes pone a los vientos en nuestra contra...

—Regresaré donde me encuentro —dijo de repente Kurremkarmerruk—. No me gusta dejarme por ahí tirado como a un zapato viejo. Estaré aquí con vosotros esta tarde. —Y se fue.

—Me gustaría caminar un poco bajo tus árboles, Azver —dijo el Maestro de Hierbas, con un largo suspiro.

—Adelante, Deyala. Yo me quedaré aquí. —El Maestro de Hierbas se fue. Azver se sentó sobre el precario banco que Irían había hecho y colocado contra la pared de la fachada de la casa. La miró a ella, allí arriba junto al arroyo, agachada sin moverse en la ribera. Las ovejas en el campo que estaba entre ellos y la Casa Grande balaban suavemente. El sol de la mañana calentaba cada vez más.

Su padre lo había llamado Estandarte de Guerra. Había venido desde el oeste, dejando atrás todo lo que conocía. Había aprendido su verdadero nombre de los árboles del Bosquecillo Inmanente, y se había convertido en el Maestro de Formas de Roke. Durante todo aquel año, las formas de las sombras y de las ramas y de las raíces, todo el silencioso lenguaje de su bosque, había hablado de destrucción, de transgresión, del cambio de todas las cosas. Ahora lo tenían encima, él lo sabía. Había llegado con ella.

Ella estaba a su cargo, a su cuidado, ello supo desde que la vio. Aunque había venido a destruir a Roke, tal como ella misma había dicho, él debía servirle. Y lo hizo de buena gana. Ella había caminado con él por el bosque, alta, extraña, valiente; había apartado los espinosos brazos de las zarzas con sus grandes y cuidadosas manos. Sus ojos, de color ámbar, como las aguas del Arroyo de Zuil a la sombra, lo habían observado todo; había escuchado; se había quedado quieta. El quería protegerla y sabía que no podía hacerlo. Le había dado un poco de calor cuando tenía frío. No tenía nada más para darle. Adonde tenía que ir ella, allí iría. No comprendía el peligro. No tenía sabiduría alguna más que la inocencia, ni armadura alguna más que su furia. «¿Quién eres, Irian?», le preguntó, mientras la observaba, agachada como un animal encerrado en su silencio.

El Maestro de Hierbas regresó del bosque y se sentó un rato con él, sin hablar. Al mediodía regresó a la Casa Grande, acordando regresar con el Portero por la mañana. Les pedirían a todos los otros Maestros que se reunieran con ellos en el Bosquecillo. —Pero él no vendrá —dijo Deyala, y Azver asintió con la cabeza.

Se quedó todo el día cerca de la Casa de la Nutria, vigilando a Irían, obligándola a comer un poco con él. Ella había vuelto a la casa, pero cuando hubieron terminado de comer, regresó a su sitio en la orilla del arroyo y se sentó allí inmóvil. Y él también sentía cierto letargo en su propio cuerpo y en su propia mente, cierta estupidez, contra la cual luchó pero a la cual no pudo derrocar. Pensó en los ojos del Invocador, y entonces fue él quien sintió frío, en todo su cuerpo, a pesar de que estaba sentado bajo todo el calor de aquel día estival. «Estamos gobernados por los muertos», pensó. Y no podía dejar de pensar en ello.

Se sintió agradecido al ver a Kurremkarmerruk bajando lentamente por la ribera del arroyo de Zuil desde el norte. El viejo caminaba descalzo por las aguas del arroyo, con los zapatos en una mano y el alto báculo en la otra, gruñendo cuando perdía el equilibrio sobre las rocas. Se sentó en la orilla más cercana para secarse los pies y ponerse nuevamente los zapatos. —Cuando regrese a la Torre —dijo—, lo haré cabalgando. Contrataré a un carretero, compraré una mula. Soy viejo, Azver.

—Ven a la casa —le dijo el Maestro de Formas, y le ofreció al Nombrador agua y comida.
—¿Dónde está la muchacha?
—Durmiendo —Azver hizo un gesto con la cabeza señalando el sitio en el que ella se encontraba, encogida sobre la hierba sobre la pequeña cascada.
El calor del día comenzaba a disminuir y las sombras del Bosquecillo se proyectaban sobre la hierba, aunque los rayos del sol todavía bañaban la Casa de la Nutria. Kurremkarmerruk se sentó sobre el banco con la espalda contra la pared de la casa, y Azver se sentó en el umbral de la puerta.
—Hemos llegado al final —dijo el anciano rompiendo el silencio.
Azver asintió con la cabeza, en silencio.
—¿Qué te trajo hasta aquí, Azver? —le preguntó el Nombrador—. He pensado muchas veces en hacerte esta pregunta. Has venido desde muy, muy lejos. Y en las tierras de Kargad no tenéis magos.
—No. Pero tenemos cosas de las que está hecha la magia. Agua, piedras, árboles, palabras...
—Pero no las palabras de la Creación.
—No. Ni dragones.
—¿Nunca?
—Sólo en los viejos cuentos del Lejano Oriente, del desierto de Hur-at-Hur. Antes de que hubiera dioses. Antes de que hubiera hombres. Antes de que los hombres fueran hombres, eran dragones.
—Pues, eso sí que es interesante —dijo el viejo erudito, enderezándose un poco—. Te dije que he estado leyendo algunas cosas sobre dragones. Ya sabes, sobre esos rumores que dicen que volaban sobre el Mar Interior hasta tan al este como Gont. Sin duda ése fue Kalessin llevando a Ged a casa, multiplicado por navegantes, mejorando aun más una buena historia. Pero un muchacho aquí me juró que toda su aldea había visto dragones que volaban, esta primavera, al oeste del Monte Onn. Y entonces me puse a leer esos viejos libros, para saber cuándo dejaron de venir al este de Pendor. Y en un viejo pergamino Pelniano, me encontré con tu historia, o con algo parecido. Dice que los hombres y los dragones eran todos de una misma especie, pero que en algún momento se enfrentaron. Algunos fueron hacia el oeste y otros hacia el este, y se convirtieron en dos especies, y olvidaron que alguna vez habían sido una sola.
—Fuimos al Lejano Oriente —dijo Azver—. Pero ¿sabes tú qué es el líder de un ejército, en mi lengua?
—Edran —dijo el Nombrador inmediatamente, y rió—. Dragón... —Después de un rato añadió—: Podría buscar la etimología de una palabra aun estando al borde de la muerte... Pero creo, Azver, que ahí es donde estamos. No lo derrotaremos.
—El nos lleva ventaja —dijo Azver, muy secamente.
—Así es. Pero, aun admitiendo que es muy poco probable, admitiendo que es imposible, si llegáramos a derrotarlo, si regresara a la muerte y nos dejara a nosotros aquí, con vida, ¿qué haríamos? ¿Qué vendría después de eso?
Después de una larga pausa, Azver dijo: —No tengo idea.
—¿Acaso tus hojas y tus sombras no te dicen nada?
—Cambio, cambio —dijo el Maestro de Formas— Transformación.
De repente levantó la vista. Las ovejas, que habían estado agrupadas cerca de la valla, estaban escabullándose, alguien venía por el sendero desde la Casa Grande.
—Un grupo de muchachos —dijo el Maestro de Hierbas, casi sin aliento, mientras se acercaba a ellos—. El ejército de Thorion. Vienen hacia aquí. Para llevarse a la muchacha. Para echarla de aquí. —Se detuvo para tratar de recuperar el aliento.— El Portero estaba hablando con ellos cuando me fui. Creo que...

—Aquí está —dijo Azver, y el Portero estaba allí, su apacible rostro de un amarillo apergaminado estaba tranquilo como siempre.

—Les he dicho —dijo— que si traspasaban la Puerta de Medra hoy nunca más podrían atravesarla para volver a entrar a la casa que conocían. Entonces algunos de ellos estuvieron a punto de echarse atrás. Pero el Maestro de Vientos y Nubes y el Cantor los alentaban a seguir adelante. Pronto estarán aquí.

Podían oír voces de hombres en los campos que estaban al este del Bosquecillo.

Azver fue rápidamente hasta donde Irian estaba acostada, junto al arroyo, y los otros lo siguieron. Ella se enderezó y se puso de pie, parecía embotada y aturdida. Todos estaban alrededor de ella, formando una especie de defensa de protección, cuando el grupo de treinta o más hombres llegaba junto a la pequeña casa y se acercaba a ellos. La mayoría eran de los alumnos más antiguos; había cinco o seis báculos de mago entre la muchedumbre, y el Maestro de Vientos y Nubes los guiaba. Su delgado y entusiasta viejo rostro reflejaba preocupación y cansancio, pero saludó cortésmente a los cuatro magos, a cada uno por su título.

Ellos le devolvieron el saludo, y Azver tomó la palabra:

—Venid al Bosquecillo, Maestro de Vientos y Nubes —dijo—, y allí esperaremos a los que faltan de los Nueve.

—Primero tenemos que resolver el asunto que nos divide —dijo el Maestro de Vientos.

—Ése es un asunto peliagudo —dijo el Nombrador.

—La mujer que está con vosotros desafía la Norma de Roke —dijo el Maestro de Vientos—. Debe irse. Un barco está esperando en el muelle para llevársela, y el viento, puedo deciros, lo llevará directo hasta Way.

—No tengo dudas de eso, señor —dijo Azver—, pero dudo que ella vaya.

—Mi Señor Hacedor de Formas, ¿desafiaríais vos nuestra Norma y nuestra comunidad, que ha permanecido unida durante tanto tiempo, manteniendo el orden contra las fuerzas de la ruina? ¿Seríais vos, de entre todos los hombres, quien rompiera el todo?

—No es cristal, como para poder romperse —dijo Azver—. Es aliento, es fuego. —Le costaba mucho esfuerzo hablar.— No conoce la muerte —dijo, pero habló en su propia lengua, y ellos no le entendieron. Se acercó a Irian. Sintió el calor de su cuerpo. Ella estaba allí de pie, con la mirada fija, envuelta en aquel silencio animal, como si no comprendiera a ninguno de ellos.

—El señor Thorion ha regresado de la muerte para salvarnos a todos —dijo el Maestro de Vientos, feroz y claramente—. Será Archimago. Bajo su gobierno, Roke será como solía ser. El rey recibirá la verdadera corona de su mano, y gobernará siguiendo sus consejos, como gobernó Morred. Ninguna bruja profanará tierras sagradas. Ningún dragón amenazará el Mar Interior. Habrá orden, seguridad y paz.

Ninguno de los cuatro magos que estaban con Irian le respondió. En el silencio, los hombres que estaban con él murmuraron, y una voz entre ellos dijo: —Atrapemos a la bruja.

—No —dijo Azver, pero no pudo decir nada más. Tenía su vara de sauce, pero era sólo madera en sus manos.

De ellos cuatro, solamente el Portero se movió y habló. Dio un paso hacia adelante, mirando a cada uno de los muchachos. Y dijo: —Vosotros confiasteis en mí al darme vuestro nombre. ¿Confiaréis ahora en mí?

—Mi señor —dijo uno de ellos de rostro oscuro y agradable y una vara de mago hecha de roble—, nosotros confiamos en vos, y por eso os pedimos que dejéis ir a la bruja, y la paz regresará.

Irian dio un paso hacia adelante antes de que el Portero pudiera responder.

—No soy una bruja —dijo. Su voz sonaba aguda, metálica, comparada con las profundas voces de los hombres—. No poseo arte alguno. Ni conocimiento. He venido a aprender.

—Aquí no enseñamos a mujeres —dijo el Maestro de Nubes—. Y tú lo sabes.

—Yo no sé nada —dijo Irian. Dio otro paso hacia adelante, enfrentando al mago directamente—. Dime quién soy.

—Descubre dónde está tu lugar, mujer —le respondió el mago con fría pasión.

—Mi lugar —dijo ella, lentamente, arrastrando las palabras—, mi lugar está en la colina, donde las cosas son lo que son. Dile al hombre muerto que lo veré allí.

El Maestro de Vientos y Nubes permaneció en silencio. El grupo de hombres murmuraba, enfadado, y algunos comenzaron a avanzar. Azver se interpuso entre ella y los demás, sus palabras lo habían liberado de la parálisis mental y corporal que lo había atrapado. —Dile a Thorion que lo veremos en el Collado de Roke —añadió—. Cuando llegue, nosotros estaremos allí. Ahora ven conmigo —le dijo a Irian.

El Nombrador, el Portero y el Maestro de Hierbas lo siguieron con ella por el Bosquecillo. Había un sendero para ellos. Pero cuando algunos de los muchachos comenzaron a seguirlos, ya no había sendero alguno.

—Regresad —les dijo el Maestro de Vientos a los muchachos.

Ellos volvieron, inseguros. El sol bajo todavía brillaba sobre los campos y los tejados de la Casa Grande, pero dentro del bosque, todo eran sombras.

—Brujerías —dijeron—, sacrilegio, profanación.

—Es mejor que volvamos —dijo el Maestro de Vientos, el rostro sombrío y compungido, los penetrantes ojos alterados. Emprendió su camino de regreso hacia la escuela, y ellos se dispersaron detrás de él, discutiendo y debatiendo llenos de frustración y de rabia.

Aún no se habían adentrado mucho en el Bosquecillo, y todavía estaban junto al arroyo, cuando Irian se detuvo, se hizo a un lado, y se agachó junto a las enormes y encorvadas raíces de un sauce que se inclinaba sobre el agua. Los cuatro magos miraban desde el sendero.

—Habló con otra inspiración —dijo Azver.

El Nombrador asintió con la cabeza.

—¿Entonces tenemos que seguirla? —preguntó el Maestro de Hierbas.

Esta vez el que asintió con la cabeza fue el Portero. Sonrió un poco y dijo: —Parecería ser que sí.

—Muy bien —dijo el Maestro de Hierbas, con su mirada paciente, perturbada; y se hizo un poco a un lado, y se arrodilló para observar cierta planta o seta pequeña, que crecía en el suelo del bosque.

Él tiempo pasaba como siempre en el Bosquecillo, como si no pasara en absoluto, pero sin embargo no era así, el día transcurría tranquilamente en unos cuantos suspiros, en un temblor de hojas, en un pájaro cantando a lo lejos y en otro contestándole desde aun más lejos. Irian se puso de pie lentamente. No habló, simplemente miraba el sendero y luego comenzó a descender por él. Los cuatro hombres la siguieron.

Salieron al tranquilo y abierto aire de la tarde. El oeste todavía albergaba algo de claridad mientras cruzaban el Arroyo de Zuil y atravesaban los campos hacia el Collado de Roke, el cual se erguía ante ellos formando una alta y oscura curva contra el cielo.

—Están en camino —dijo el Portero. Los hombres estaban ya atravesando los jardines y subiendo el camino desde la Casa Grande, los cinco magos, varios alumnos. Al frente de todos ellos iba Thorion el Invocador, alto, envuelto en su capa gris, llevando su báculo de madera color hueso, alrededor del cual brillaba una esfera de fuego fatuo.

Donde se encontraban los dos caminos y se unían para acabar en las alturas del Collado, Thorion se detuvo y se quedó allí de pie, esperándolos. Irían caminó hacia adelante para ponerse frente a él.

—Irían de Way —dijo el Invocador con su clara y profunda voz—, para que haya paz y orden, y para mantener el equilibrio de las cosas, te invito a que te vayas de esta isla. Nosotros no podemos darte lo que pides, y por eso te pedimos perdón. Pero si buscas

quedarte aquí, lo que haces es renunciar al perdón, y debes aprender cuáles son las consecuencias de la transgresión.

Ella se puso de pie, casi tan alta como él, y tan erguida. No dijo nada durante un minuto y luego habló con una voz aguda y áspera. —Subamos a la colina, Thorion —le dijo.

Lo dejó de pie en el cruce de caminos, al nivel del suelo, mientras ella subía un poco el sendero de la colina, unos pocos pasos. Se dio la vuelta y lo miró allí abajo. —¿Qué es lo que te mantiene alejado de la colina? —le preguntó.

El aire alrededor de ellos se estaba oscureciendo. El oeste era sólo una apagada línea roja, el cielo oriental yacía cubierto de nubes sobre el mar.

El Invocador alzó la mirada y observó a Irían. Lentamente levantó los brazos y la vara blanca para invocar un sortilegio, hablando en la lengua que todos los magos de Roke habían aprendido, el lenguaje de su arte, el Lenguaje de la Creación: —¡Irian, por tu nombre te invoco y te ordeno que me obedezcas!

Ella dudó, y por un momento pareció rendirse, acercarse a él, y luego gritó: —¡No soy sólo Irian!

Ante aquello, el Invocador corrió hasta donde ella estaba, estirando los brazos, arremetiendo contra ella como para cogerla y retenerla. Ahora ambos estaban en la colina. Ella se elevó imposiblemente muy por encima de él, un fuego estalló entre ellos, una bengala de llamas rojas en el aire crepuscular, un destello de escamas rojas y doradas, de inmensas alas, luego eso desapareció, y no quedó allí nada más que la mujer sobre el sendero de la colina y el hombre alto inclinado ante ella, cayendo lentamente hasta quedar recostado en la tierra.

De todos ellos fue el Maestro de Hierbas, el Curador, quien primero se movió. Subió por el sendero y se arrodilló junto a Thorion. —Mi señor —dijo—, mi amigo.

Bajo el montón de tela de la capa gris, sus manos encontraron tan sólo un montón de ropas y huesos secos y una vara rota.

—Esto es lo mejor, Thorion —dijo, pero estaba llorando.

El anciano Nombrador se acercó y le dijo a la mujer en la colina: —¿Quién eres?

—No sé cuál es mi otro nombre —le contestó ella. Habló tal como lo había hecho él, de la misma manera en que le había hablado al Invocador, en el Lenguaje de la Creación, la lengua que hablan los dragones.

Dio media vuelta y comenzó a subir la colina.

—Irian —dijo Azver, el Maestro de Formas—, ¿regresarás aquí con nosotros?

Ella se detuvo de golpe y dejó que él se acercara. —Lo haré, si me llamáis —respondió.

Estiró su mano y tocó la de él. Él tomó aire con algo de dificultad.

—¿Adonde irás? —le preguntó.

—Donde se encuentran los que me darán mi nombre. En el fuego, no en el agua. Donde está mi gente.

—Hacia el oeste —dijo él.

Y ella dijo: —Más allá del oeste.

Se dio media vuelta y luego comenzó a subir la colina atravesando la envolvente oscuridad. Cuando estaba ya más lejos de todos ellos, la vieron todos. Los fuertes e inmensos flancos dorados, la cola enroscada y puntiaguda, las garras, el aliento, que era un fuego brillante. En la cresta del collado se detuvo unos instantes, su larga cabeza se volvió para mirar lentamente toda la Isla de Roke, y su mirada se detuvo durante más tiempo en el Bosquecillo, ahora tan sólo una oscura imagen borrosa en la oscuridad. Luego, con un repiqueteo similar al temblor de unas hojas de metal, las amplias y emplumadas alas se abrieron y el dragón se elevó de repente en el aire, rodeó una vez el Collado de Roke y se fue volando.

Un rizo de fuego, una voluta de humo fue bajando hasta desaparecer en el aire oscuro.

Azver, el Maestro de Formas, estaba de pie con su mano izquierda sobre la derecha, la que la caricia de ella había quemado. Bajó la mirada y vio a los hombres, quienes seguían callados al pie de la colina, mirando fijamente la estela que dejara el dragón. —Bueno, amigos míos —les dijo—, ¿y ahora qué?

Sólo el Portero respondió. Dijo: —Creo que deberíamos ir a nuestra casa, y abrir sus puertas.

UNA DESCRIPCIÓN DE TERRAMAR

Pueblos y lenguas

Pueblos

Las Tierras Hárdicas

Los pueblos Hárdicos del Archipiélago viven de la agricultura, la ganadería, la pesca, el comercio y de los habituales oficios y artes de una sociedad no industrializada. Su población es estable y nunca ha superado la capacidad límite de las tierras que le pertenecen. La hambruna es algo desconocido y la pobreza algo raras veces extremo.

Las pequeñas aldeas e islas están generalmente gobernadas por un consejo o Parlamento más o menos democrático, encabezado, o representado de acuerdo con otros grupos, por un elegido Hombre o Mujer de la Isla. En los Confines generalmente no hay otro gobierno más que el del Parlamento de la Isla y los Parlamentos de los Pueblos. En las Comarcas Interiores, fue establecida tempranamente una casta gobernante, y muchas de las grandes islas y ciudades son gobernadas al menos nominalmente por señores y damas herederas, mientras que el Archipiélago entero ha sido gobernado durante siglos por reyes. Sin embargo, frecuentemente los pueblos y las ciudades se autogobiernan casi totalmente a través de su Parlamento y de sus gremios mercantiles y de comercio. Los grandes gremios, debido a que su red cubre todas las Comarcas Interiores, no responden ante ningún señor superior o autoridad excepto ante el Rey en Havnor.

Han existido formas de feudalismo, vasallaje y esclavitud en algunas épocas y en algunas áreas, pero no bajo el gobierno de Reyes Havnorianos.

La existencia de la magia como un poder reconocido, efectivo y manejado por ciertos individuos, pero no por todos, da forma e influencia a todas las instituciones de los pueblos Hárdicos, tanto es así que, por mucho que la vida cotidiana en el Archipiélago parezca ser semejante a la de otros pueblos no industrializados en cualquier otro sitio, hay diferencias casi inconmensurables. Una de estas diferencias podría ser, o podría estar indicada por, la falta de cualquier tipo de religión institucionalizada. La superstición es tan común como en cualquier otra parte, pero no hay dioses, ni cultos, ni veneraciones formales de ninguna clase. Los rituales se suceden únicamente durante las ofrendas tradicionales en los sitios de los Poderes Antiguos, en las grandes fiestas celebradas universalmente, tales como el Retorno del Sol y la Larga Danza; cuando se cuentan o se cantan las epopeyas y los cánticos tradicionales en estas fiestas, y, tal vez, en el urdimiento de sortilegios de magia.

Todos los pueblos del Archipiélago y de los Confines comparten la lengua y la cultura Hárdica con sus respectivas variaciones locales. El Pueblo Balsero del lejano Confín Austral del Oeste conserva las grandes celebraciones anuales, pero poco más de la cultura archipielagueña, no practicando así el comercio, ni la agricultura, y no teniendo conocimiento alguno acerca de otros pueblos.

Gran parte de la gente del Archipiélago tiene la piel morena o moreno-rojiza, cabellos negros y lisos, y ojos oscuros; el prototipo de cuerpo que predomina es bajo de estatura, esbelto, de huesos pequeños, pero bastante musculoso y desarrollado. En el Confín del Levante y en el Austral la gente tiende a ser más alta, de huesos más pesados y de tez más oscura. Mucha gente del sur tiene la piel de un marrón muy oscuro. Muchos hombres del Archipiélago tienen poco vello facial o a veces nada.

La gente de Osskil, Rogma, y Borth tiene la piel más clara que la de otros habitantes del Archipiélago, y a menudo tienen los cabellos castaños, o incluso rubios, y los ojos claros; los hombres generalmente tienen barba. Su lengua y algunas de sus creencias se parecen más a las de los Kargos que a las de los Hárdicos. Estos lejanos septentrionales probablemente desciendan de los Kargos, quienes, después de establecer las cuatro comarcas del Levante, regresaron navegando hacia el oeste hace aproximadamente dos mil años.

Las Tierras de Kargad

En estas cuatro grandes islas al nordeste del Archipiélago principal, el color de piel predominante es el moreno claro o el blanco, con cabellos oscuros a claros, y ojos oscuros a azules o grises.

No se han dado muchas mezclas de los distintos colores de piel por parte de los Kargos y los archipielagueños excepto en Osskil, puesto que el Confín Septentrional está aislado y muy poco poblado, y el pueblo Kargo se ha mantenido apartado y muchas veces ha estado enemistado con los archipielagueños durante dos o tres milenios.

Las cuatro islas Kargas son principalmente áridas de clima aunque fértiles cuando son regadas y cultivadas. Los Kargos han conservado una sociedad que aparenta estar poco influenciada, excepto negativamente, por sus mucho más numerosos vecinos al sur y al oeste.

Entre los Kargos, el poder de la magia suele ser muy raro como don innato, tal vez porque ha sido desatendido o activamente reprimido por su sociedad y su gobierno. Excepto como un mal que debe ser temido y rehuido, la magia no representa un papel reconocido en su sociedad. Esta incapacidad o rechazo a practicar la magia coloca a los Kargos en desventaja con respecto a los archipielagueños en casi todos los aspectos, lo cual puede explicar el porqué de su general aislamiento del comercio o de cualquier tipo de intercambio, salvo por los asaltos piratas y las invasiones de las islas más cercanas del Confín Austral y alrededor del Mar de Gont.

Dragones

Canciones e historias indican que los dragones existieron antes que cualquier otra criatura viviente. Los eufemismos del Hárdico Antiguo para la palabra dragón son Primogénito, Mayor, Niños mayores. (Las palabras para el primogénito de una familia en osskili: akhad, y en kargo: gadda, derivan de la palabra haad, «dragón», en el Habla Antigua.)

Referencias y cuentos dispersos provenientes de Gont y de los Confines, párrafos de historia sagrada en las Tierras de Kargad y de misterio arcano en el Saber popular de Paln, todos ellos ignorados durante mucho tiempo por los eruditos de Roke, relatan que en los primeros días los dragones y los humanos eran una sola especie. Finalmente aquella gente-dragón se dividió en dos clases de seres, incompatibles en sus costumbres y deseos. Tal vez una gran separación geográfica provocó una divergencia natural gradual, una diferenciación de especies. El Saber popular de Paln y las leyendas Kargas sostienen que la separación fue deliberada, hecha a través de un acuerdo conocido como verw nadan, Vedurnan, la División.

Estas leyendas se conservan mejor en Hur-at-Hur, la más oriental de las Tierras de Kargad, donde los dragones han degenerado en animales sin demasiada inteligencia. No

obstante, es en Hur-at-Hur donde la gente mantiene la más viva convicción del parentesco original entre la especie humana y la dragontina. Y con estos cuentos de tiempos lejanos vienen historias de días recientes sobre dragones que adquieren forma humana, humanos que adquieren forma de dragón, seres que son de hecho tanto humanos como dragones.

Fuera como fuese que se originase la división, desde el comienzo de la historia los seres humanos han vivido en el Archipiélago principal y en las Tierras de Kargad al este de éste, mientras que los dragones se han limitado a ocupar las islas más occidentales, y más allá de ellas. La gente ha dudado a la hora de elegir el mar desierto para sus dominios, puesto que los dragones son «criaturas de viento y de fuego», que se ahogan si se sumergen en el mar. Pero no tienen necesidad de posar sus garras, ya sea sobre el agua o sobre la tierra; viven sobre sus alas, en el aire, a la luz de sol y de las estrellas. Lo único que un dragón utiliza del suelo es un tipo de espacio rocoso donde pueda poner sus huevos y criar a sus hijos. Los pequeños y estériles islotes del lejano Confín del Poniente bastan para eso.

La Creación de Éa no contiene ninguna referencia clara de una unión original y final separación de dragones y humanos, pero esto puede deberse a que el poema en su forma supuestamente original, en el Lenguaje de la Creación, data de una época antes de la separación. El mejor indicio en el poema sobre el origen común de dragones y humanos es la arcaica palabra Hárdica que contiene, la cual es comúnmente interpretada como «gente» o «seres humanos», alath. Esta palabra significa por etimología (por las Runas Verdaderas Atl y Htha) «seres de palabra», «aquellos que dicen palabras», y por lo tanto podría significar, o incluir, a los dragones. A veces la palabra utilizada es alherath, «verdaderos seres de palabra», «aquellos que dicen palabras verdaderas», hablantes de la Lengua Verdadera. Ésta podría referirse a los magos humanos, o a los dragones, o a ambos. En el arcano Saber popular de Paln, según se dice, esa palabra es utilizada para referirse tanto a los magos como a los dragones.

Los dragones nacen conociendo la Lengua Verdadera, o, como dijo Ged: «El dragón y la lengua del dragón son uno». Si los seres humanos compartieron originariamente esa identidad o ese conocimiento innatos, lo perdieron de la misma manera que perdieron su naturaleza dragontina.

Lenguas

El Habla Antigua, o Lenguaje de la Creación, con el cual Segoy creó las islas de Terramar al comienzo de los tiempos, es probablemente una lengua infinita, puesto que nombra a todas las cosas.

Esta lengua es innata para los dragones, no para los humanos, tal como he dicho antes. Hay excepciones. Unos pocos seres humanos con un poderoso don para la magia, o debido al antiguo parentesco de humanos y dragones, conocen algunas palabras del Habla Antigua innatamente. Pero la gran mayoría de gente debe aprender el Habla Antigua. Los practicantes Hárdicos del arte de la magia la aprenden de sus maestros. Los hechiceros y las brujas aprenden solamente algunas palabras; los magos aprenden muchas, y algunos llegan a hablarla casi tan fluidamente como los dragones.

Todos los sortilegios utilizan al menos una palabra del Habla Antigua, aunque la bruja o el hechicero de aldea pueda no saber exactamente cuál es su significado. Los grandes hechizos son urdidos completamente en el Habla Antigua, y son comprendidos al tiempo que se los pronuncia.

La lengua Hárdica del Archipiélago, la lengua osskili de Osskil, y la lengua karga, son todas descendientes remotas del Habla Antigua. Ninguna de estas lenguas sirve para el urdimiento de sortilegios de magia.

La gente del Archipiélago habla hárdico. Hay tantos dialectos como islas, pero ninguno tan extremo como para ser totalmente ininteligible para los demás.

El osskili, lengua que se habla en Osskil y en dos islas al noroeste de allí, tiene más afinidades con el kargo que con el hárdico. El kargo diverge más ampliamente en vocabulario y en sintaxis del Habla Antigua. Muchos de sus hablantes (como muchos hablantes de hárdico) no se dan cuenta de que sus lenguas tienen una ascendencia común. Los eruditos del Archipiélago son conscientes de ello, pero la mayoría de los Kargos lo niegan, puesto que han confundido el hárdico con el Habla Antigua, con la cual se urden los hechizos, y por lo tanto temen y desprecian toda lengua archipielagueña calificándola de hechicería malévola.

Escritura

Se dice que la escritura fue inventada por los Maestros de las Runas, los primeros grandes magos del Archipiélago, tal vez para ayudar a conservar el Habla Antigua. Los dragones no tienen escritura.

Hay dos clases completamente diferentes de escritura en Terramar: las Runas Verdaderas y la escritura rúnica.

Las Runas Verdaderas utilizadas en el Archipiélago simbolizan palabras del Lenguaje de la Creación. Las Runas Verdaderas no son solamente símbolos, sino que también materializan, atribuyen existencia real: pueden ser utilizadas para crear una cosa o una condición o para provocar un acontecimiento. Escribir una de estas runas es actuar. El poder de la acción varía según las circunstancias. Muchas de las Runas Verdaderas pueden encontrarse únicamente en antiguos textos y libros del saber, y ser utilizadas únicamente por magos entrenados en el arte de su uso; pero varias de ellas, tales como el símbolo escrito sobre el dintel de la puerta para proteger a la casa del fuego, son utilizadas comúnmente, y son familiares para la gente inculta.

Mucho después de la invención de las Runas Verdaderas, una escritura relacionada con ellas, pero no mágica, fue desarrollada para la lengua Hárdica. La escritura no afecta la realidad mucho más que ninguna otra escritura; es decir, indirecta, pero considerablemente.

Se dice que Segoy escribió por primera vez las Runas Verdaderas con fuego y en el viento, y que por eso son coetáneas del Lenguaje de la Creación. Pero puede que esto no sea así, puesto que los dragones no las utilizan, y si las reconocen, no las admiten.

Cada Runa Verdadera tiene un significado, una connotación o un área de significado, que puede ser más o menos definido en hárdico; pero es mejor decir que las runas no son de ninguna manera palabras, sino sortilegios, o actos. Sin embargo, únicamente en la sintaxis del Habla Antigua, y sólo cuando son pronunciadas o escritas por un mago, no como una declaración sino con la intención de actuar, reforzadas por la voz y los gestos —en un sortilegio— la palabra o la runa liberan completamente su poder.

Si son escritos, los hechizos se escriben con las Runas Verdaderas, a veces entremezcladas un poco con las runas Hárdicas. Escribir con las Runas Verdaderas, al igual que hablar en el Habla Antigua, es garantizar la verdad de lo que uno dice —si uno es humano—. Los seres humanos no pueden mentir en esa lengua. Los dragones sí; o al menos eso es lo que dicen los dragones; y si están mintiendo, ¿no prueba eso que lo que dicen es verdad?

El nombre hablado de una Runa Verdadera puede ser la palabra que significa en el Habla Antigua, o puede ser una de las connotaciones de la runa traducida al hárdico. Los nombres de las runas comúnmente utilizadas, tales como Pirr (para protegerse del fuego, del viento y de la locura), Sifl («que vaya bien»), Simn («trabaja bien»), son utilizados sin ceremonia alguna por la gente común que habla hárdico; pero los practicantes de magia pronuncian con cautela incluso esos nombres tan conocidos y utilizados, ya que de hecho son palabras en el Habla Antigua, y podrían influenciar en los acontecimientos de formas involuntarias e inesperadas.

Las comúnmente llamadas Seiscientas Runas del Hárdico no son las runas Hárdicas utilizadas para escribir la lengua común. Son Runas Verdaderas a las que se les han dado nombres «seguros» e inactivos en la lengua común. Sus nombres verdaderos en el Habla Antigua deben ser memorizados en silencio. El estudiante de magia más ambicioso continuará aprendiendo las «Runas Lejanas», las «Runas de Éa» y muchas otras. Si el Habla Antigua es inagotable, de igual manera lo son las runas.

El hárdico común, utilizado para cuestiones de gobierno o de negocios, o para mensajes personales, o para registrar acontecimientos históricos, o en cuentos y cánticos, se escribe con los caracteres correctamente llamados runas Hárdicas. Gran parte de los habitantes del Archipiélago aprenden desde unos escasos cien hasta varios miles de estos caracteres como una parte muy importante de sus pocos años de educación escolar. Hablado o escrito, el hárdico no sirve para urdir hechizos.

La Literatura y las Fuentes de la Historia

Hace un milenio y medio o más, las runas del hárdico fueron desarrolladas para dar lugar a la escritura narrativa. Desde aquel entonces, La Creación de Éa, El Villancico del Invierno, las gestas, las trovas y las canciones, que comenzaron siendo todos textos cantados o hablados, fueron escritos y preservados como textos. Siguen existiendo de ambas maneras. Las muchas copias escritas de los textos antiguos sirven para evitar que cambien mucho o para que no se pierdan del todo; pero las canciones y las historias que forman parte de la educación de todo niño son enseñadas y aprendidas en voz alta, pasadas de boca en boca a través de los años.

El Hárdico Antiguo difiere en vocabulario y en pronunciación del lenguaje actual, pero el aprendizaje de memoria y la habitual oratoria y escucha de los clásicos mantienen el lenguaje arcaico con todos sus significados (y probablemente frena un poco el cambio lingüístico del habla cotidiana), mientras que las runas Hárdicas, al igual que los caracteres Chinos, pueden albergar pronunciaciones ampliamente cambiantes y cambios de significado.

Las gestas, las trovas, las canciones y los cantares populares se componen todavía como interpretaciones orales, generalmente por cantores profesionales. Los nuevos trabajos de cualquier interés general se escriben de inmediato en periódicos con hojas de gran tamaño o se reúnen en compilaciones.

Ya sea cuando son representados o leídos en silencio, todos estos poemas y canciones son valorados a conciencia por su contenido, no por sus cualidades literarias, las cuales oscilan entre altas y nulas. Métrica regular, aliteraciones, fraseos estilísticos y estructuramiento por repetición son los principales recursos poéticos. Los contenidos incluyen narrativas míticas, épicas e históricas, descripciones geográficas, observaciones prácticas concernientes a la naturaleza, a la agricultura, al saber del mar y a las artes, cuentos y parábolas con moraleja, poesía filosófica, visionaria y espiritual, y canciones de amor. Las gestas y las trovas generalmente son recitadas, los cantares cantados, a menudo con un acompañamiento de percusión; los recitadores y los cantantes profesionales pueden cantar con el arpa, con la viola, con los tambores y con otros instrumentos. Las canciones tienen generalmente menos contenido narrativo, y muchas son valoradas y preservadas más que nada por su melodía.

Los libros de historia y los registros y las fórmulas de magia existen únicamente de forma escrita, las últimas normalmente en una mezcla de escritura rúnica Hárdica y Runas Verdaderas. De los libros del saber (una compilación de sortilegios creados y apuntados por un mago, o por un linaje de magos) hay normalmente una sola copia.

Muchas veces es un asunto de considerable importancia que las palabras de estos libros del saber no sean pronunciadas en voz alta.

Los osskilianos utilizan las runas Hárdicas para escribir su lengua, ya que comercian mayoritariamente con tierras hárdicohablantes.

Los kargos se resisten con empeño a cualquier tipo de escritura, puesto que la consideran producto de la hechicería o del mal. Realizan complejos informes y llevan registros en tejidos con hilos de diferentes colores y pesos, y son expertos matemáticos, utilizando la base doce; pero no comenzaron a emplear cualquier clase de escritura simbólica hasta que los Reyes Dioses subieron al poder, y aun entonces con mucha moderación. Los burócratas y los comerciantes del Imperio adaptaron las runas Hárdicas al kargo, con algunas simplificaciones y adiciones, con propósitos de negocios y diplomacia. Pero los sacerdotes kargos nunca aprenden a escribir; y muchos kargos trazan todavía sobre cada runa Hárdica que escriben, una pincelada clara para anular la hechicería que en ella se oculta.

Historia

Nota, sobre las fechas: Muchas islas llevan su propia cuenta de los años que pasan. El sistema de fechas más ampliamente utilizado en el Archipiélago, que parece provenir del Cuento Havnoriano, cuenta el año en que Morred subió al trono como el primer año de la historia. De acuerdo a este sistema, la «época actual» del relato que vosotros estáis leyendo es el año archipielagueño 1058.

Los Comienzos

Todo lo que sabemos de tiempos remotos en Terramar puede encontrarse en poemas y en canciones, y fue legado oralmente durante siglos antes de ser escrito por primera vez.

La Creación de Éa, el más antiguo y sagrado de los poemas, tiene por lo menos dos mil años de antigüedad en la Lengua Hárdica; su versión original pudo haber existido milenios antes. Sus treinta y una estrofas cuentan cómo Segoy creó las islas de Terramar en el comienzo de los tiempos y cómo creó a todos los seres nombrándolos en el Lenguaje de la Creación, la lengua en la cual el poema se dijo por vez primera.

El océano, sin embargo, es más antiguo que las islas; eso dicen las canciones.

Antes de la resplandeciente Éa,
antes de las islas que Segoy llegó a crear
el viento del alba soplaba sobre el mar...

Y los Antiguos Poderes de la Tierra, los cuales se manifiestan en el Collado de Roke, en el Bosquecillo Inmanente, en la Tumbas de Atuan, en el Terrenon, en los Labios de Paor y en muchos otros lugares, podrían ser coetáneos del propio mundo.

Podría ser que Segoy fuera o haya sido uno de los Antiguos Poderes de la Tierra. Podría ser que Segoy fuera o haya sido un nombre para la propia Tierra. Algunos piensan que todos los dragones, o ciertos dragones, o cierta gente, son manifestaciones de Segoy. Lo único que es seguro es que el nombre Segoy es un antiguo y respetuoso nominativo derivado del verbo del Hárdico Antiguo seoge: «Hacer, formar, crear intencionalmente». De la misma raíz viene el sustantivo esege: «Fuerza creativa, aliento, poesía».

La Creación de Éa es la base de la educación en el Archipiélago. A los seis o siete años, todos los niños han escuchado el poema y muchos han comenzado a memorizarlo. Un adulto que no se lo sabe de memoria, de manera que pueda recitarlo o cantarlo con otros y enseñárselo a los niños, es considerado alguien enormemente ignorante. Se enseña en el invierno y en la primavera, y se recita y se canta todos los años en la Larga Danza, la celebración del solsticio de verano.

Al principio de Un mago de Terramar se encuentra el siguiente trozo:

Sólo en el silencio la palabra,
sólo en la oscuridad la luz,
sólo en la muerte la vida;
el vuelo del halcón brilla

en el cielo vacío.
El comienzo de la primera estrofa se cita en Tehanu:
La creación y la destrucción,
el fin y el comienzo,
¿quién podría distinguirlos con certeza,?
Lo que conocemos es la puerta que los separa,
por la que entramos al marcharnos.
Regresando sin cesar entre todos los seres,
el anciano, el Portero, Segoy...
y el último verso de la estrofa:
Entonces desde la espuma surgió
resplandeciente Éa.

Historia del Archipiélago

Los Reyes de Enlad

Los dos textos épicos o históricos más antiguos que han sobrevivido son La Gesta de Enlad, y El Cantar del joven Rey o La Gesta de Morred.

La Gesta de Enlad, una buena parte de la cual parece ser puramente mítica, habla de los reyes anteriores a Morred, y del primer año de Morred en el trono. La ciudad capital de estos gobernantes era Berila, en la Isla de Enlad.

Los primeros reyes y reinas de Enlad, entre cuyos nombres están los de Ashal, Dohun, Enashen, Timan y Tagtar, incrementaron gradualmente sus dominios hasta autoproclamarse gobernadores de Terramar. Su reinado llegaba hacia el sur hasta Ilien y no incluía a Felkway en el este, a Paln y a Semel en el oeste, ni a Osskil en el norte, pero en realidad enviaron exploradores por todo el Mar Interior y a los Confines. Los mapas más antiguos de Terramar, que ahora se encuentran en los archivos del palacio en Havnor, fueron trazados en Berila hace aproximadamente mil doscientos años.

Estos reyes y reinas sabían algo del Habla Antigua y conocían algo de magia. Algunos de ellos eran realmente magos, o tenían magos para que les aconsejaran o les ayudaran. Pero la magia en La Gesta de Enlad es una fuerza errática, en la que no se debe confiar. Morred fue el primer hombre, y el primer rey, a quien se lo llamara mago.

Morred

El Cantar del joven Rey, cantado anualmente en el Retorno del Sol, la fiesta del solsticio de invierno, cuenta la historia de Morred, llamado el Rey-Mago, el Encantador blanco y el Joven Rey. Morred salió de un linaje colateral de la Casa de Enlad, heredando el trono de un primo; sus antepasados fueron magos, consejeros del rey.

El poema comienza con la más conocida y apreciada historia de amor del Archipiélago, la de Morred y Elfarran. En el tercer año de su reinado, el joven rey viajó hacia el sur hasta la isla más grande del Archipiélago, Havnor, para terminar con algunas disputas que se sucedían allí entre las ciudades-estado. Regresando en su «largo barco sin remos», llegó a la Isla de Solea y allí vio a Elfarran, la Mujer de la Isla o Dama de Solea, «en los huertos en primavera». No siguió su viaje hasta Enlad, sino que se quedó con Elfarran. Para comprometerse con ella le dio un brazalete o una pulsera de plata para el brazo, el tesoro de su familia, en el cual estaba grabada una única y poderosa Runa Verdadera.

Morred y Elfarran se casaron, y el poema describe su reinado como una breve época dorada, los cimientos y la piedra de toque de la ética y de los gobiernos que vinieron a partir de entonces.

Antes de su boda, un mago, cuyo nombre nunca es revelado excepto como el Enemigo de Morred o el Señor de la Varita Mágica, cortejaba a Elfarran. Implacable y decidido a poseerla, durante los pocos años de paz posteriores a la boda, este hombre desarrolló

inmensos poderes de magia. Cinco años después, apareció y anunció, en las palabras del poema:

Si Elfarran no es mía, desdeciré las palabras de Segoy, Desharé las islas, las olas blancas lo anegarán todo.

Tenía poder para levantar inmensas olas en el mar, y para detener la marea o para hacerla subir antes de tiempo; y su voz podía encantar a pueblos enteros, poniendo a todo el que lo escuchara bajo su control. Así que puso al pueblo de Morred en contra de su rey. Gritando que éste los había traicionado, los aldeanos de Enlad destruyeron sus propias ciudades y sus campos; los marineros hundieron sus barcos; y los soldados, obedeciendo los hechizos del Enemigo, lucharon unos contra otros en sangrientas y ruinosas batallas.

Mientras Morred intentaba liberar a su gente de estos sortilegios y enfrentar a su enemigo, Elfarran regresó con su hijo de tan sólo un año a su isla natal, Solea, donde sus propios poderes serían más fuertes. Pero el Enemigo la siguió hasta allí, intentó hacerla su prisionera y esclava. Ella se refugió en los Manantiales de Ensa, donde, con sus conocimientos de los Antiguos Poderes del lugar, pudo enfrentarse al Enemigo y obligarlo a que se fuera de la isla. «Las aguas dulces de la tierra echaron al destructor de sal», dice el poema. Pero mientras se iba, capturó a su hermano Salan, quien llegaba navegando desde Enlad para ayudarla. Al convertir a Salan en su gebbeth o instrumento, el Enemigo lo envió hacia donde se encontraba Morred con el mensaje de que Elfarran había escapado con el bebé a un islote en las Fauces de Enlad.

Confiando en el mensajero, Morred cayó en la trampa. Casi no escapó con vida. El Enemigo lo persiguió de este a oeste de Enlad dejando tras él una estela de perdición. En las Llanuras de Enlad, al encontrarse con los compañeros que habían permanecido fieles a él, muchos de ellos marineros que habían llevado sus barcos hasta Enlad para ayudarlo, Morred dio media vuelta y libró su batalla. El Enemigo no lo enfrentaba directamente, sino que enviaba a los guerreros del propio Morred protegidos por sortilegios para que lucharan contra él, y peor aún, enviaba hechicerías que secaban los cuerpos de los hombres de Morred hasta que «vivos, parecían la negra sed-muerta del desierto». Para salvar a su gente, Morred se retiró.

Cuando dejaba el campo de batalla comenzó a llover, y vio el verdadero nombre de su enemigo escrito con gotas de lluvia sobre la tierra.

Sabiendo el nombre del Enemigo, pudo responder a sus encantamientos y lo hizo salir de Enlad, persiguiéndolo por todo el mar invernal, «cabalgando en el viento del oeste, el viento de la lluvia, la nube pesada». Cada uno había encontrado a su rival, y en su confrontación final, en algún lugar del Mar de Éa, ambos perecieron.

En la furia de su agonía, el Enemigo levantó una inmensa ola y la envió a toda velocidad para que devastara la Isla de Solea. Elfarran lo supo, igual que supo cuál era el momento de la muerte de Morred. Le pidió a su gente que acudiera a sus barcos; entonces el poema dice: «Cogió su pequeña arpa», y mientras esperaba la ola destructora que únicamente Morred podría haber detenido, creó la canción llamada Lamento por el Encantador Blanco. La isla se hundió bajo el mar, y Elfarran con ella. Pero su cuna-canoa de madera de sauce, flotando libremente, condujo a su hijo Serreth hasta un lugar seguro, y éste llevaba la promesa de Morred, el anillo que tenía grabada la Runa de la Paz.

En mapas del Archipiélago, la Isla de Solea está representada por un espacio en blanco o por un remolino.

Después de Morred, siete reyes y reinas más reinaron desde Enlad, y el reino fue aumentando constantemente en tamaño y prosperidad.

Los Reyes de Havnor

Un siglo y medio después de la muerte de Morred, el Rey Akambar, un príncipe de Shelieth en Way, trasladó la corte a Havnor y convirtió al Gran Puerto de Havnor en la capital del reino. Más central que Enlad, Havnor estaba en mejor localización para el comercio y para enviar flotas para proteger a las islas Hárdicas contra los ataques y las incursiones de los Kargos.

La historia de los Catorce Reyes de Havnor (en realidad seis reyes y ocho reinas, (150-400) es contada en la Trova Havnoriana. Dejando un linaje de descendencia tanto por las líneas masculinas como por las femeninas, y casándose unos con otros con varias casas nobles del Archipiélago, la casa real abarcaba cinco principados: la Casa de Enlad, la más antigua, cuya ascendencia provenía directamente de Morred y Serriath; las Casas de Shelieth, Éa, y Havnor; y finalmente la Casa de Ilien. El Príncipe Gemal del Mar de Ilien fue el primero de su Casa en acceder al trono en Havnor. Su nieta fue la Reina Heru; su hijo, Maharion (quien reinó de 430 a 452), fue el último rey antes de la Época Oscura.

Los Años de los Reyes de Havnor fueron un período de prosperidad, descubrimientos y fuerza, pero durante el último siglo del período, los ataques de parte de los Kargos en el este y de los dragones en el oeste se convirtieron en algo frecuente y feroz.

Reyes, señores y Hombres de Islas encargados de defender las islas del Archipiélago terminaron por dejar el trabajo en manos de los magos para que alejaran a los dragones y a las flotas de los Kargos. En la Trova Havnoriana y en La Gesta de los Dragones, tal como sigue el cuento, las hazañas y los nombres de estos magos comenzaron a eclipsar a los de los reyes.

El gran mago-erudito Ath recopiló un libro del saber que reunía muchos conocimientos dispersos, particularmente de las palabras del Lenguaje de la Creación. Su Libro de Nombres se convirtió en la base de la atribución del Nombre como una parte sistemática del arte de la magia. Ath dejó su libro con un amigo mago en Pody cuando viajó hacia el oeste, enviado por el rey para derrotar o alejar a una nidada de dragones que había estado desbandando ganado, provocando incendios, y destruyendo granjas por todas las islas occidentales. En algún lugar al oeste de Ensmer, Ath se enfrentó con el gran dragón Orm. Los informes de este encuentro varían; pero a pesar de que después de aquello los dragones cesaron sus hostilidades durante un tiempo, lo que es seguro es que Orm sobrevivió, y Ath no. Su libro, perdido durante siglos, está ahora en la Torre Solitaria de Roke.

Se dice que la comida de los dragones es la luz, o el fuego; matan enfurecidos, para defender a sus crías, o por deporte, pero nunca se comen a su presa. Desde tiempos inmemoriales, hasta el reinado de Heru, habían utilizado solamente las islas más remotas del Confín del Poniente —que podrían haber sido los límites más orientales de su propio reino— para reunirse y alimentarse, e incluso raramente eran vistos por la mayoría de los isleños. Irritables y arrogantes por naturaleza, los dragones pudieron haberse sentido amenazados por las crecientes población y prosperidad de las Comarcas Interiores, las cuales llegaban con su constante tráfico de embarcaciones hasta el Confín del Poniente. Fuera cual fuese la razón, en aquellos años los ataques iban en aumento, repentinos y fortuitos, a rebaños y manadas y aldeanos de las solitarias islas occidentales.

Un relato acerca del Vedurnan o División, conocido en Hur-at-Hur, dice:

Los hombres eligieron el yugo,
los dragones el viento.
Los hombres poseer,
los dragones nada.

Eso quiere decir que los seres humanos eligieron tener posesiones y los dragones eligieron no tenerlas. Pero, así como hay ascéticos entre los humanos, algunos dragones codician cosas brillantes, oro, joyas; uno de ellos era Yevaud, quien a veces se mezclaba

entre la gente con forma humana, y quien convirtió a la rica Isla de Pendor en una guardería para dragones, hasta que fue devuelto hacia el oeste por Ged. Pero los dragones depredadores de la Trova y de las canciones parecen haber estado impulsados no tanto por la codicia como por la furia, por una sensación de haber sido engañados, traicionados.

Las gestas y las trovas que hablan de ataques de dragones y contraataques de magos retratan a los dragones como a cualquier animal salvaje sin piedad, aterrador, impredecible, sin embargo inteligente, a veces más sabio que los magos. Aunque hablan en la Lengua Verdadera, son infinitamente malévolos. Algunos de ellos disfrutan claramente de las batallas de ingenio con los magos, «desgarrando argumentos con una lengua bífida». Al igual que los seres humanos, todos, excepto el más poderoso, esconden su nombre verdadero. En la trova El viaje de Hasa, los dragones aparecen como seres temibles pero con sentimientos, cuya furia ante las flotas invasoras de humanos está justificada por el amor que le tienen a su propio dominio desolado. Se dirigen al héroe:

Navega, al hogar, a las casas del alba, Hasa.
Deja a nuestras alas los largos vientos del oeste,
déjanos el aire de mar, lo desconocido, lo supremo...

Maharion y Erreth-Akbe

La Reina Heru, llamada el Águila, heredó el trono de su padre, Denggemal de la Casa de Ilien. Su consorte Aiman era de la Casa de Morred. Después de haber reinado durante treinta años le dio la corona a su hijo Maharion.

El consejero-mago e inseparable amigo de Maharion era un plebeyo y un «hombre sin padre», hijo de una bruja de aldea del interior de Havnor. Es el héroe más adorado del Archipiélago, su historia es contada en La Gesta de Erreth-Akbe, que cantan los bardos en la Larga Danza en pleno verano.

Los dones para la magia de Erreth-Akbe fueron evidentes cuando todavía era sólo un niño. Fue enviado a la corte para ser adiestrado allí por los magos, y la Reina lo eligió como compañero para su hijo.

Maharion y Erreth-Akbe se convirtieron en «hermanos del corazón». Pasaron diez años juntos luchando contra los Kargos, cuyos ataques ocasionales desde el este se habían convertido en los últimos tiempos en captura de esclavos, en invasiones colonizadoras. Venway, Torheven y las Torikles, Spevy, Perregal y partes de Gont estuvieron bajo dominio Kargo durante toda una generación o más. En Shelieth en Way, Erreth-Akbe urdía una poderosa magia contra las fuerzas Kargas, quienes habían desembarcado en «mil barcos» en el Pantano de Way y estaban ocupando toda la península. Utilizando una invocación de los Antiguos Poderes llamó al Saber del Agua (tal vez el mismo que Elfarran había utilizado en Solea contra el Enemigo), convocó las aguas de las Fuentes de Shelieth —manantiales y estanques sagrados en los jardines de los Señores de Way— provocando una inundación que arrasó con los invasores y los condujo de regreso hacia las costas, donde el ejército de Maharion los estaba esperando. Ningún barco de la flota volvió a Karego-At.

El siguiente contrincante de Erreth-Akbe fue un mago llamado el Señor del Fuego, cuyo poder era tan grande que alargó un día agregándole cinco horas, aunque no pudo, tal como había jurado hacer, detener el sol a mediodía y desterrar para siempre la oscuridad de las islas. El Señor del Fuego adoptó la forma de un dragón para enfrentarse a Erreth-Akbe, pero finalmente fue derrotado, pero el precio que hubo de pagar fueron los bosques y las ciudades de Ilien, los cuales fue incendiando a lo largo de la lucha. Podría ser que el Señor del Fuego fuera, en realidad, un dragón con forma humana; puesto que muy poco tiempo después de su derrota, Orm, el Gran Dragón, quien había derrotado a Ath, iba al frente de muchos de su especie para hostigar a las islas occidentales del Archipiélago —

tal vez para vengar al Señor del Fuego—. Éstas ardientes bandadas provocaron un inmenso terror, y cientos de barcos llevaron gente que huía de Paln y de Semel hacia las Islas Interiores; pero los dragones no estaban causando tantos estragos como los Kargos, y Maharion juzgó que el peligro más urgente estaba en el este. Mientras que él mismo se encaminó hacia el oeste para luchar contra los dragones, envió a Erreth-Akbe hacia el este para que tratara de establecer la paz con el Rey de las Tierras de Kargad.

Heru, la Reina Madre, le dio al emisario el brazalete que Morred le diera a Elfarran; su consorte Aimal se lo había dado a ella cuando se casaron. Había pasado a través de las generaciones de los descendientes de Serriath, y era su más preciada posesión. En él estaba grabada una figura que no estaba escrita en ningún otro sitio, la Runa Unión o la Runa de la Paz, y se creía que era una garantía de gobiernos pacíficos y justos. —Deja que el Rey Kargo lleve el brazalete de Morred —dijo la Reina Madre. Y así, llevándolo como el más generoso de todos los obsequios, y como símbolo de su pacífica intención, Erreth-Akbe fue solo hasta la Ciudad de los Reyes en Karego-At.

Allí fue bien recibido por el Rey Thoreg, quien, después de la terrible pérdida de su flota, estaba preparado para pactar una tregua y retirarse de las islas Hárdicas ocupadas si Maharion no tomaba represalias.

El reino Kargo, sin embargo, ya estaba siendo manipulado por los sumos sacerdotes de los Dioses Gemelos. El sumo sacerdote de Thoreg, Intathin, se oponía a cualquier tregua o acuerdo, y desafió a Erreth-Akbe a realizar un duelo de magia. Aunque los Kargos no practicaban la magia como los pueblos Hárdicos la entendían. Intathin debió de embaucar a Erreth-Akbe para que fuera a un lugar en el cual los Antiguos Poderes de la tierra anularían sus poderes. La Gesta de Erreth-Akbe Hárdica habla sólo del héroe y del sumo sacerdote «bregando» hasta que:

la debilidad de la vieja oscuridad penetró la piel de Erreth-Akbe,
el silencio de la madre oscuridad penetró en su mente.
Y allí yacía, olvidando la fama y la hermandad,
allí, y sobre su pecho el brazalete de la runa, roto.

La hija del «rey sabio Thoreg» rescató a Erreth-Akbe de su hechizo de trance o cautiverio y le devolvió la fuerza. El le dio la mitad del Anillo de la Paz que todavía conservaba. (De ella pasó a través de sus descendientes durante más de quinientos años hasta llegar a los últimos herederos de Thoreg, un hermano y una hermana exiliados en una isla desierta del Confín del Levante; y la hermana se la dio a Ged.) Intathin conservó la otra mitad del Anillo roto, y «se hundió en la oscuridad», es decir, en los Grandes Tesoros de las Tumbas de Atuan. (Allí la encontró Ged, y al unir las dos mitades y con ellas la perdida Runa de la Paz, él y Tenar llevaron el Anillo hasta su hogar, a Havnor.)

La versión Karga de la historia, recitada por los sacerdotes como una narración sagrada, dice que Intathin derrotó a Erreth-Akbe, quien «perdió su vara y su amuleto y su poder» y regresó a Havnor arrastrándose como un hombre roto. Pero los magos no llevaban báculo en aquella época, y Erreth-Akbe era ciertamente un hombre inquebrantable y un mago poderoso cuando enfrentó al dragón Orm.

El Rey Maharion buscó la paz y nunca la encontró. Mientras Erreth-Akbe estaba en Karego-At (lo cual pudo haber sido un período de años), los estragos de los dragones se multiplicaron. Las Islas Interiores eran asaltadas por refugiados que escapaban de las tierras occidentales y los navíos y los comerciantes que viajan hacia otras tierras hostigadas, puesto que los dragones se dedicaban a incendiar los barcos que iban hacia el oeste de Hosk, y atacaban a los barcos incluso en el Mar Interior. Todos los magos y los hombres armados que Maharion podía reunir salieron a luchar contra los dragones, y él mismo salió con ellos en cuatro ocasiones; pero las espadas y las flechas servían de muy poco contra enemigos voladores que escupían fuego. Paln era «una llanura de

carbón», y las aldeas y los pueblos del oeste de Havnor habían sido quemados hasta los cimientos. Los magos del rey habían atrapado con sortilegios y matado a varios dragones sobre el Mar de Pelni, lo cual probablemente incrementó la ira de los dragones. Justo cuando Erreth-Akbe regresaba, el Gran Dragón Orm voló hasta la Ciudad de Havnor y amenazó con fuego las torres del palacio del rey.

Erreth-Akbe entraba navegando por la bahía «con velas transparentes después de haber desafiado los vientos orientales», y no pudo detenerse para «abrazar a su hermano de corazón o llegar a casa». Adoptando él mismo forma de dragón, voló para luchar contra Orm sobre el Monte Onn. «Llamas y fuego en el aire de medianoche» podían verse desde el palacio de Havnor. Volaron hacia el norte, Erreth-Akbe en persecución. Sobre la mar, cerca de Taon, Orm dio media vuelta y en ese preciso instante hirió de tal manera al mago que éste tuvo que descender hasta la tierra y adoptar su propia forma. Llegó, ahora con el dragón siguiéndolo a él, a la Antigua Isla, Éa, la primera tierra que Segoy hizo surgir desde las aguas. Sobre ese suelo sagrado y poderoso, él y Orm se encontraron. Cesando la batalla, hablaron como iguales y acordaron terminar con la enemistad de sus razas.

Desgraciadamente, los magos del rey, enfurecidos a causa del ataque producido en el corazón del reino y animados por su victoria en el Mar de Pelni, habían llevado la flota hasta el lejano Confín del Poniente y habían atacado los islotes y las rocas donde los dragones criaban a sus crías, matando muchas nidadas, «rompiendo monstruosos huevos con mazos de hierro». Al saber esto, la furia dragontina de Orm despertó nuevamente, y «salió disparado hacia Havnor como una flecha de fuego». (Generalmente se refiere a los dragones tanto en hárdico como en kargo como machos, aunque en realidad el género de todos los dragones es un asunto de conjetura, y en el caso de los más viejos y poderosos, un misterio.)

Erreth-Akbe, medio recuperado, fue detrás de Orm, lo sacó de Havnor y lo hostigó «por todo el Archipiélago y los Confines», sin permitirle nunca que se acercara a la tierra, sino llevándolo siempre por sobre el mar, hasta que en un último y terrible vuelo pasaron por El Paso del Dragón y llegaron hasta la última isla del Confín del Poniente, Selidor. Allí, en la playa exterior, ambos exhaustos, se enfrentaron y pelearon, «garra y fuego y palabra y espada», hasta que sus sangres se mezclaban, enrojeciendo la arena. Dejaron de respirar. Sus cuerpos yacían enredados junto al sonido del mar. Juntos entraron en la tierra de la muerte.

Cuenta la historia que el propio Rey Maharion viajó hasta Selidor para «llorar junto al mar». Recuperó la espada de Erreth-Akbe y la colocó en la cima de la torre más alta de su palacio.

Después de la muerte de Orm los dragones continuaron siendo una amenaza en el oeste, especialmente cuando eran provocados por cazadores de dragones, pero suspendieron los ataques a islas pobladas y embarcaciones pacíficas. Yevaud de Pendor fue el único dragón que asaltó las Comarcas Interiores después de la época de los Reyes. Ningún dragón había sido visto sobre el Mar Interior durante muchos siglos cuando Kalessin, llamado el Más Viejo, trajo a Ged y a Lebannen a la Isla de Roke.

Maharion murió pocos años después que Erreth-Akbe, sin haber visto la paz establecida, aunque sí mucho malestar y descontento en su reino. Por todas partes se decía que como el Anillo de la Paz se había perdido no podía haber un verdadero rey en Terramar. Mortalmente herido en la batalla contra el señor rebelde Gehis de los Havens, Maharion pronunció una profecía: «Heredará mi trono quien haya cruzado la tierra oscura con vida y regrese a las lejanas costas del día».

La Época Oscura, y la Escuela de Roke

Después de la muerte de Maharion en 452, varios pretendientes se disputaron el trono; ninguno lo consiguió. En unos pocos años sus batallas habían destruido todo gobierno

central. El Archipiélago se convirtió en un campo de batalla de príncipes herederos feudales, gobiernos de pequeñas islas y ciudades-estado, y señores de la guerra piratas, todos intentando aumentar su riqueza y extender o defender sus fronteras. El comercio y el tráfico marítimo fueron disminuyendo para dejar paso a la piratería, las ciudades y los pueblos se refugiaron dentro de sus muros defensores; las artes, los caladeros y la agricultura sufrieron constantes ataques y guerras; la esclavitud, que no había existido bajo el reinado de los Reyes, se convirtió en algo común. La magia era el arma principal en incursiones y batallas. Los magos trabajaban por voluntad propia para los señores de la guerra o buscaban el poder para ellos mismos. Debido a la irresponsabilidad de estos magos y de la perversión de sus poderes, la magia en sí perdió su prestigio.

Los dragones no fueron amenaza alguna durante este período, y los Kargos se habían internado en sus propias disputas, pero la desintegración de la comunidad del Archipiélago empeoraba a medida que iban pasando los años. La continuidad moral e intelectual yacía únicamente en el conocimiento y en la enseñanza de La Creación y de los otros mitos e historias de héroes, y en la preservación de oficios y destrezas: entre ellos el arte de la magia utilizada con fines benéficos.

La Mano, una liga o comunidad de tejido flexible preocupada principalmente por el entendimiento, la utilización ética y la enseñanza de la magia, fue establecida por hombres y mujeres en la Isla de Roke aproximadamente ciento cincuenta años después de la muerte de Maharion. Considerando a la Mano como una amenaza para su hegemonía, los señores de la guerra-magos de Wathort arrasaron Roke, y asesinaron prácticamente a todos los hombres adultos de la isla. Pero la Mano también se había extendido hacia otras islas por todo el Mar Interior. La comunidad sobrevivió durante siglos como las Mujeres de la Mano, manteniendo una tenue pero vigorosa red de información, comunicación, protección y enseñanza.

Aproximadamente en el año 650, las hermanas Elehal y Yahan de Roke, Medra el Descubridor, y otra gente de la Mano fundaron una escuela en Roke como un centro en donde podrían reunir y compartir el conocimiento, clarificar las disciplinas y ejercer un control ético de las prácticas de magia. Con la Mano como representante en otras islas, la reputación y la influencia de la escuela crecieron rápidamente. El mago Teriel de Havnor, al percibir la escuela como una amenaza para el incontrolado poder individual de los magos, fue hasta Roke con una gran flota para destruirla. Él fue destruido, y su flota dispersada. Esta primera victoria llegó muy lejos y estableció una reputación de invulnerabilidad para la escuela de Roke.

Bajo la constantemente creciente influencia de Roke, fue dándosele forma a la magia hasta convertirla en un cuerpo coherente de conocimientos, su utilización cada vez más controlada por resoluciones morales y políticas. Los magos educados en la escuela iban a otras islas del Archipiélago para trabajar contra los señores de la guerra, los piratas y los nobles feudales, evitando ataques e invasiones, imponiendo castigos y acuerdos, reforzando las fronteras, y protegiendo a los individuos, las granjas, los pueblos, las ciudades y las embarcaciones, hasta que el orden social fuera restablecido. Durante los primeros años eran enviados para imponer la paz; y eran llamados cada vez más para mantenerla. Mientras que el trono en Havnor permanecía vacío, durante más de doscientos años la Escuela de Roke ejerció eficazmente el papel de gobierno central del Archipiélago.

El poder del Archimago de Roke era en muchos aspectos el de un rey. Desde luego que la ambición, la arrogancia y los prejuicios influyeron en Halkel, el primer Archimago, a la hora de crear su propio título autoritario. Sin embargo, al haber estado controlado por las constantes enseñanzas y prácticas de la escuela, y por la vigilancia de sus colegas, ningún Archimago posterior hizo un serio uso indebido de su poder para debilitar a otros o para engrandecerse a sí mismo.

No obstante, la mala reputación que la magia se había ganado durante la Época Oscura continuaba aferrada a muchas de las prácticas de hechiceros y brujas. Se desconfiaba y se difamaban particularmente los poderes de las mujeres, y más aun cuando iban en combinación con los Poderes Antiguos.

Por toda Terramar, varios manantiales, cuevas, colinas, piedras y bosques eran y siempre habían sido sitios donde se concentraban el poder y lo sagrado. Todos estos lugares eran temidos o venerados localmente; algunos eran conocidos en todas partes.

El conocimiento de estos sitios y poderes constituía el corazón de la religión en el Reino de Kargad. En el Archipiélago, el saber popular de los Poderes Antiguos todavía formaba parte de la base común y profunda del pensamiento y la reverencia. En todas las islas, las artes practicadas mayoritariamente por las brujas, tales como la ayuda en los partos, las curaciones, la cría de animales, la minería y la metalurgia, obrar y urdir hechizos, sortilegios de amor, etcétera, etcétera, a menudo invocaban o recurrían a los Poderes Antiguos. Pero los magos eruditos de Roke generalmente desconfiaban de las prácticas antiguas y no apelaban nunca a los «Poderes de la Madre». Únicamente en Paln combinaban los magos las dos prácticas, en el arcano, esotérico, y de reputación peligrosa, Saber Pelniano.

Aunque como cualquier poder podían ser pervertidos para realizar un mal uso al servicio de la ambición (como sucedió con la Piedra de Terrenon en Osskil), los Poderes Antiguos eran intrínsecamente sagrados y preéticos. Durante y después de la Época Oscura, sin embargo, fueron feminizados y endemoniados por los magos en las tierras Hárdicas, ya que ellos se encontraban en las Tierras de Kargad con los cultos de los Reyes Sacerdotes y los Reyes Dioses. Así que, en el siglo ocho, en las Comarcas Interiores del Archipiélago, solamente las aldeanas continuaban realizando los rituales y las ofrendas en los lugares antiguos. Por ello eran despreciadas o insultadas. Los magos evitaban cualquier contacto con tales sitios. En Roke, en sí mismo el centro de los Poderes Antiguos de toda Terramar, nunca se hablaba de las manifestaciones más profundas de aquellos poderes —el Collado de Roke y el Bosquecillo Inmanente— como tales. Sólo los Hacedores de Formas, quienes vivían toda su vida en el Bosquecillo, servían de unión entre las artes y las acciones humanas y el más antiguo sacramento de la tierra, recordándoles así a los magos que los poderes no eran de ellos, sino que les habían sido prestados.

Historia de las Tierras de Kargad

La historia de las Cuatro Tierras es más que nada legendaria, incluyendo batallas locales y acuerdos entre las tribus, ciudades-estado y pequeños reinos que caracterizaron a la sociedad Karga durante milenios.

La esclavitud era algo común para muchos de estos gobiernos, y había un sistema social de casta y de diferenciación de género («división del trabajo») más estricto que en el Archipiélago.

La religión era un elemento unificador incluso entre las tribus más guerreras. Había cientos de Lugares de Tregua en las Cuatro Tierras, en donde ninguna guerra o disputa estaba permitida. La religión Karga era una veneración doméstica y comunitaria de los Poderes Antiguos, las fuerzas chthónicas o gaeanas se manifestaban como espíritus del lugar. Eran veneradas en los altares de la zona y del hogar con ofrendas de flores, aceite, comida, danzas, competiciones, sacrificios, esculturas, canciones, música y silencio. La veneración era tanto casual y ritual como privada y comunal. No había sacerdotes; cualquier adulto podía celebrar las ceremonias y enseñar a los niños a celebrarlas. Esta antigua práctica espiritual ha continuado, extraoficialmente y a veces a escondidas, bajo las religiones institucionales más nuevas de los Dioses Gemelos y el Rey Dios.

De las innumerables arboledas, cuevas, montañas, colinas, manantiales y piedras sagradas de las Cuatro Tierras, el lugar más sagrado era una caverna y algunas piedras

apiladas en el desierto de Atuan, llamadas las Tumbas. Fue un centro de peregrinaje desde los tiempos más remotos, y los reyes de Atuan y más tarde de Hupun conservaron allí un albergue para alojar a todos los que allí quisieran ir a venerar.

Hace seiscientos o setecientos años, una religión de dios celestial comenzó a expandirse por todas las islas, una evolución del culto a los Dioses Gemelos Atwah y Wuluah, originariamente héroes de una saga desértica de Hur-at-Hur. Se agregó un Padre Celestial como cabeza del panteón, y se desarrolló una casta de sacerdotes para encabezar los ritos. Sin reprimir los cultos a los Poderes Antiguos, los sacerdotes de los Dioses Gemelos y del Padre Celestial comenzaron a profesionalizar la religión, ocupándose de los rituales y de las fiestas, construyendo templos cada vez más costosos, y controlando las ceremonias públicas tales como las bodas, los funerales y la celebración de oficios.

La tendencia jerárquica y centralizadora de esta religión apoyó al principio la ambición de los Reyes de Hupun en Karego-At. A fuerza de armas y maniobras diplomáticas, la Casa de Hupun conquistó o absorbió en el término de un siglo la mayoría de los reinos de Kargad, de los que había habido más de doscientos.

Cuando (en el año 440, según el sistema para contar los años de los Kargos) Erreth-Akbe consiguió que se estableciera la paz entre el Archipiélago y las Tierras de Kargad, llevando el Anillo de la Unión como garantía de la sinceridad de su rey, fue a Hupun como capital del Imperio Kargo y trató con el Rey Thoreg como su gobernador.

Pero hacía algunas décadas que los reyes de Hupun estaban en conflicto con los sumos sacerdotes y sus seguidores en Awabath, la Ciudad Santa, a cincuenta millas de Hupun. Los sacerdotes de los Dioses Gemelos estaban a punto de arrebatarle el poder a los reyes y convertir a Awabath no sólo en el centro religioso sino también en el centro político del país. La visita de Erreth-Akbe parece haber coincidido con el cambio final del poder de los reyes en favor de los sacerdotes. El Rey Thoreg lo recibió con honor, pero Intathin, el Sumo Sacerdote, luchó contra él, lo derrotó o lo engañó, y lo tuvo prisionero durante algún tiempo. El Anillo que se suponía tenía que unir a los dos reinos fue roto.

Después de aquel enfrentamiento, la línea de los reyes Kargos continuó en Hupun, nominalmente respetada pero sin poder alguno. Las Cuatro Tierras eran gobernadas por Awabath. Los sumos sacerdotes de los Dioses Gemelos se convirtieron en Reyes Sacerdotes.

En el año 840, según los años del Archipiélago, uno de los dos Reyes Sacerdotes envenenó al otro y se declaró a sí mismo como la reencarnación del Padre Celestial, del Rey Dios, para ser venerado en carne y hueso. El culto a los Dioses Gemelos continuó, al igual que el culto popular de los Poderes Antiguos; pero de allí en adelante el poder religioso y secular pasó a manos del Rey Dios, elegido (a menudo con más o menos violencia oculta) y deificado por los sacerdotes de Awabath. Las Cuatro Tierras fueron declaradas el Imperio del Cielo y el título oficial del Rey Dios era el de Emperador de todas las cosas.

Los últimos herederos de la Casa de Hupun fueron un niño y una niña, Ensar y Anthil. Deseando terminar con el linaje de los reyes Kargos, pero sin querer arriesgarse a realizar un sacrilegio al derramar sangre real, el Rey Dios ordenó que se dejara a aquellos niños abandonados en una isla desierta. Entre sus ropas y sus juguetes, la princesa Anthil tenía la mitad del Anillo roto traído por Erreth-Akbe, el cual había heredado de la hija de Thoreg. Cuando era ya una anciana le dio aquella mitad al joven mago Ged, que había naufragado en su isla. Más tarde, con la ayuda de la suma sacerdotisa de las Tumbas de Atuan, Arha-Tenar, Ged pudo unir las dos mitades del Anillo y así rehacer la Runa de la Paz. Él y Tenar llevaron el Anillo enmendado a Havnor, para esperar al heredero de Morred y Serriath, el Rey Lebannen.

Magia

Entre la gente de habla Hárdica del Archipiélago, la habilidad de obrar con la magia es un talento innato, como el don para la música, aunque se da bastante menos frecuentemente. La gran mayoría de la gente no posee este don ni siquiera en un mínimo porcentaje. En unas pocas personas, quizás en una de cada cien, es un talento latente y cultivable. En muy poca gente se manifiesta sin entrenamiento.

El don para la magia adquiere poder principalmente a través de la utilización de la Lengua Verdadera, el Lenguaje de la Creación, en el cual el nombre de una cosa es la cosa.

Esta lengua, innata a los dragones, puede ser aprendida por los seres humanos. Algunas pocas personas nacen con el conocimiento no enseñado de al menos algunas palabras del Lenguaje de la Creación. La enseñanza de éste es el corazón de la enseñanza de la magia.

El nombre verdadero de una persona es una palabra en la Lengua Verdadera. Un elemento esencial del talento de una bruja, de un hechicero o de un mago es el poder de conocer el nombre verdadero de un niño y darle a ese niño aquel nombre. El conocimiento puede ser evocado y el don recibido únicamente bajo ciertas condiciones, en el momento indicado (generalmente a principios de la adolescencia) y en el lugar adecuado (un manantial, un estanque o un arroyo).

Puesto que el nombre de la persona es la persona, en el sentido más literal y absoluto, cualquiera que lo conozca tiene un poder real, el poder de la vida y de la muerte, sobre la persona. A menudo, un nombre verdadero no es sabido por nadie a no ser por el nombrador y el nombrado, y ambos lo mantienen en secreto durante toda su vida. El poder de dar el nombre verdadero y la necesidad de mantenerlo en secreto son uno. Nombres verdaderos han sido traicionados, pero nunca por el que ha dado el nombre.

Algunas personas de grandes poderes innatos y entrenados son capaces de averiguar el verdadero nombre de otra, o incluso puede ocurrirles que éste acuda a ellas sin haber sido buscado. Puesto que tal conocimiento puede ser traicionado o mal utilizado, es tremendamente peligroso. La gente normal —y los dragones— mantienen su nombre verdadero en secreto; los magos esconden y defienden los suyos con sortilegios. Morred no podía ni siquiera comenzar a pelear con su Enemigo hasta que vio su nombre escrito en la tierra por las gotas de lluvia. Ged pudo obligar al dragón Yevaud a que le obedeciera, habiendo descubierto, tanto con magia como con sabiduría, el nombre verdadero de Yevaud bajo siglos de nombres falsos.

La magia era un talento sin cultivar antes de los tiempos de Morred, quien, siendo tanto rey como mago, estableció una disciplina intelectual y moral para el arte de la magia, reuniendo a magos para que trabajaran juntos en la corte para el bien común y para estudiar las bases y las limitaciones éticas de sus prácticas. Esta armonía generalmente prevaleció a través del reinado de Maharion. En la Época Oscura, sin control alguno sobre los poderes de la magia y el uso generalmente indebido de los mismos, la magia se convirtió en algo de no muy buena reputación.

La escuela de Roke

La escuela fue fundada aproximadamente en el año 650, tal como ha sido descrito anteriormente. Los Nueve Maestros de Roke eran originariamente:

el Maestro de Vientos y Nubes, maestro de los sortilegios que controlan el clima

el Maestro Mano, maestro de todas las ilusiones

el Maestro de Hierbas, maestro en las artes de curar

el Maestro de Transformaciones, maestro de los sortilegios que transforman la materia y los cuerpos

el Maestro Invocador, maestro de los sortilegios que llaman a los espíritus de los vivos y los muertos

el Maestro Nombrador, maestro del conocimiento de la Lengua Verdadera

el Maestro de Formas, habitante del Bosquecillo Inmanente, maestro del significado y la intención

el Maestro Descubridor, maestro de los sortilegios de descubrimiento, atadura y retorno

el Maestro Portero, maestro de la entrada y el abandono de la Casa Grande

Halkel, el primer Archimago, abolió el título del Descubridor, reemplazándolo por el del Cantor. La tarea del Cantor es la conservación y enseñanza orales de todas las gestas, trovas, canciones, etcétera, y de los hechizos cantados.

El uso originalmente libre y primitivamente descriptivo de las palabras bruja, hechicero, mago, fue codificado por Halkel dentro de una estricta jerarquía. Bajo sus normas:

La brujería estaba restringida a las mujeres. Toda magia practicada por mujeres era llamada «arte menor», incluso cuando incluía prácticas, de las otras circunstancias llamadas «altas artes», tales como la curación, los cantos, las transformaciones, etcétera. Se suponía que las brujas sólo debían aprender unas de otras o de los hechiceros. Les estaba prohibido entrar en la Escuela de Roke, y Halkel se oponía a que los magos enseñaran absolutamente nada a las mujeres. Prohibió específicamente que se enseñara cualquier palabra de la Lengua Verdadera a las mujeres, y a pesar de que esta proscripción fue ampliamente ignorada, a la larga llevó a una profunda y duradera pérdida de conocimiento y poder entre las mujeres que practicaban la magia.

La hechicería era practicada por hombres —su única verdadera distinción con respecto a la brujería—. Los hechiceros se entrenaban unos a otros, y tenían algunos conocimientos de la Lengua Verdadera. La hechicería incluía tanto las artes menores definidas por Halkel (descubrir, enmendar, lavar, curar animales, etcétera) como algunas altas artes (curaciones humanas, cantos, trabajos con el clima). Un alumno que demostraba tener un don para la hechicería y era enviado a Roke para ser educado estudiaría primero las altas artes de la hechicería y, si tenía éxito con ellas, podía proseguir con su entrenamiento en el arte de la magia, especialmente en el arte de nombrar, en el de invocar y en el de crear formas, y así convertirse en un mago.

Un mago, tal como Halkel definiera el término, era un hombre que recibía su báculo de un maestro, él mismo un mago, que se había responsabilizado especialmente de su educación. Era generalmente el Archimago quien le daba a un estudiante su vara y lo convertía en mago. Esta clase de enseñanza y sucesión ocurría en otras partes además de Roke —especialmente en Paln—, pero los Maestros de Roke llegaron a considerar sospechoso a un estudiante que no hubiera sido educado en Roke.

El nombre y el cargo de archimago fueron inventados por Halkel, y el Archimago de Roke era un décimo Maestro, nunca contado entre los Nueve. Fuerza ética e intelectual vital, el Archimago también ejercía considerable poder político. En general, este poder se utilizaba con benevolencia. Manteniendo Roke como un fuerte elemento Pacífico de centralización y normalización en la sociedad archipielagueña, los archimagos enviaban hechiceros y magos entrenados para que comprendieran la práctica ética de la magia y para proteger a las comunidades de las sequías, las plagas, los invasores, los dragones y la inescrupulosa utilización de sus artes.

Tras la coronación del Rey Lebannen y de la restauración de las Altas Cortes y de los Consejos en el Gran Puerto de Havnor, Roke quedó sin Archimago. Parece ser que tal cargo, que originariamente no formaba parte del gobierno de la escuela o del gobierno del Archipiélago, ya no es útil o apropiado, y que Ged, a quien muchos llaman el más grande de los Archimagos, tal vez fue el último.

Celibato y Magia

La Escuela de Roke fue fundada tanto por hombres como por mujeres, y ambos, hombres y mujeres, enseñaron y aprendieron allí durante las primeras décadas de vida de la escuela; pero debido a que a partir de la Época Oscura las mujeres, la brujería y los Poderes Antiguos llegaron todos a ser considerados impuros, la creencia de que los

hombres debían prepararse para trabajar con la «magia mayor» y evitar escrupulosamente los «maleficios menores», el «Saber de la Tierra» y las mujeres, ya estaba presente en todas partes. El hombre que deseara sustraerse al férreo control del encanto de la castidad jamás podía practicar las artes mayores. No podía ser más que un hechicero común. Y así fue como los magos comenzaron a evitar a las mujeres, negándose a enseñarles o a aprender de ellas. Las brujas, que casi universalmente siguieron trabajando con la magia sin renunciar a su sexualidad, eran descritas por los hombres célibes como tentadoras, impuras, deshonradas, esencialmente perversas.

Cuando en 730 el primer Archimago de Roke, Halkel de Way, excluyó a las mujeres de la escuela, entre sus Nueve Maestros solamente el Maestro de Formas y el Portero protestaron; fueron desautorizados. Durante más de tres siglos, ninguna mujer enseñó o estudió en la Escuela de Roke. Durante aquellos siglos, la magia era un arte honorable, que confería prestigio y poder, mientras que la brujería era una superstición impura e ignorante, practicada por mujeres, pagada por campesinos.

La creencia de que un mago debía ser célibe fue incuestionable durante tantos siglos que probablemente llegó a ser un hecho psicológico. Sin embargo, sin este prejuicio, parece ser que la conexión entre la magia y la sexualidad podía depender del hombre, de la magia y de las circunstancias. No hay duda alguna de que un mago tan poderoso como Morred era esposo y padre.

Durante medio milenio o más, los hombres que ambicionaban urdir los grandes sortilegios de magia se obligaban a una castidad absoluta, reforzada por hechizos de autocastidad. En la Escuela de Roke, los alumnos vivían bajo este hechizo de castidad desde que entraban en la Casa Grande y, si llegaban a convertirse en magos, lo hacían durante el resto de sus vidas.

Entre hechiceros, pocos son estrictamente célibes, y muchos se casan y forman una familia.

Las mujeres que trabajan con la magia pueden observar períodos de castidad así como de ayuno y de otras disciplinas que se cree purifican y concentran el poder; pero la mayoría de las brujas llevan vidas sexuales activas, teniendo más libertad que muchas de las aldeanas y menos necesidad de temer a los abusos. Muchas dan su «promesa de bruja» a otra bruja o a una mujer común. No se casan muy a menudo con hombres y, si lo hacen, generalmente eligen a un hechicero.

FIN